



**LEONARDO
PADURA**

La neblina del ayer

se

La Habana, verano de 2003. Han transcurrido catorce años desde que el teniente investigador Mario Conde, desencantado, abandonara la policía. En esos años han ocurrido muchos cambios en Cuba, y también en la vida de Mario Conde. Su inclinación por la literatura y la necesidad de ganarse la vida lo han llevado a dedicarse a la compra y venta de libros de segunda mano. El hallazgo fortuito de una valiosísima biblioteca le coloca al borde de un magnífico negocio, capaz de aliviar sus penurias materiales. Pero, en un libro de esa biblioteca, aparece una hoja de revista en la que una cantante de boleros de los años cincuenta, Violeta del Río, anuncia su retiro en la cumbre de su carrera. Atraído por su belleza, por el misterio de su retiro y el silencio posterior, Mario Conde — ahora con más años y más cicatrices en la piel y en el corazón— inicia una investigación, sin imaginar que, al seguir el rastro de Violeta del Río, despertará un pasado turbulento que, como la fabulosa biblioteca, ha estado tapiado durante más de cuarenta años.



Leonardo Padura

La neblina del ayer

Mario Conde - 7

ePub r1.0
niorock 30.6.15

Título original: *La neblina del ayer*
Leonardo Padura, 2005

Editor digital: niorock
ePub base r1.2



Una vez más y como debe ser:
para Lucía, con amor y...

Nota y gratitudes

La neblina del ayer es una historia que se me interpuso, reclamando a empujones su escritura. No estaba en mis planes una recuperación tan inmediata del personaje de Mario Conde, pero los meses dedicados al arduo trabajo de convertirlo en protagonista de cuatro posibles películas —que alguna vez se filmarán, si Dios y el dinero quieren— me abocó a su rescate y a la escritura de esta novela, cuya idea central —la búsqueda de una olvidada bolero de los años cincuenta— me rondaba hace tiempo. Y como no conozco a nadie más empeinado y capaz para emprender esa persecución, pues decidí entregarle la historia al Conde, tan amante de los fantasmas del pasado.

Para la concepción de este libro, como siempre, he tenido que acudir al conocimiento y la experiencia de varias personas. Por eso quiero agradecer especialmente la imprescindible colaboración del librero Daniel Flores, quien me enseñó no sólo los misterios y artificios de su negocio, sino que me adiestró en el tema de los precios de los libros más raros y valiosos de la bibliografía cubana y me preparó incluso una biblioteca «ideal», con los libros que a su entrenado juicio no podían faltar. También me apoyaron en mis investigaciones la amable Naty Revueltas, que me prestó incluso algunos tesoros de su biblioteca. Mi imprescindible amiga Marta Armenteros, desde la Biblioteca Nacional. La eficiente y estricta Olga Vega, responsable del Fondo de Libros Raros y Valiosos de la Biblioteca Nacional José Martí, que luego de muchos ruegos me permitió ver y acariciar las joyas más preciadas del tesoro puesto

bajo su custodia. El doctor Carlos Suárez, quien me introdujo en el mundo de los narcóticos y los venenos, sus usos y efectos.

Como siempre, me resultaron decisivos los consejos de mis lectores más fieles y sacrificados, que lidiaron con las diversas versiones del manuscrito, ante todo mi indispensable Vivian Lechuga y los amables Álex Fleites, Elena Zayas, Dalia Acosta, Helena Núñez, José María Rodríguez Coso y Lourdes Gómez. Mi gratitud especial, como siempre, por su confianza y por su lectura salvadora a Beatriz de Moura. Y mis disculpas, por hacerla soportar lecturas, depresiones e inseguridades, a mi esposa (aunque me gusta más decir: a mi mujer), Lucía López Coll, mi primera lectora, para quien escribo siempre, con amor y escualidez.

La Habana, verano de 2003

Sólo hay un tiempo esencial para despertarte;
y ese tiempo es ahora.

Buda

El porvenir es de Dios, pero el pasado es de la historia. Dios ya no puede influir en la historia, en cambio el hombre aún puede escribirla y transfigurarla.

Juste Dion

Cara A:

Vete de mí

*... Seré en tu vida lo mejor
de la neblina del ayer
cuando me llegues a olvidar,
como es mejor el verso aquel
que no podemos recordar.*

Virgilio y Homero Expósito,
Vete de mí

Los síntomas llegaron de golpe, como la ola voraz que atrapa al niño en la costa apacible y lo arrastra hacia las profundidades del mar: el doble salto mortal en el estómago, el entumecimiento capaz de ablandar sus piernas, la frialdad sudorosa en las palmas de las manos y, sobre todo, el dolor caliente, debajo de la tetilla izquierda, que acompañaba la llegada de cada una de sus premoniciones.

Apenas corridas las puertas de la biblioteca, lo había invadido el olor a papel viejo y recinto sagrado que flotaba en aquella habitación alucinante, y Mario Conde, que en sus remotos años de policía investigador había aprendido a reconocer los reflejos físicos de sus salvadoras premoniciones, debió preguntarse si en alguna ocasión había sentido un tropel de sensaciones tan avasallador como el de ese instante.

Al principio, dispuesto a luchar con las armas de la lógica, intentó persuadirse de que había recalado en aquel caserón decadente y umbrío de El Vedado por la más pura y vulgar casualidad, incluso por un insólito toque de la buena suerte, que, por una vez, se dignaba posar en él sus ojos estrábicos. Pero varios días después, cuando viejos y nuevos muertos se revolvían en sus tumbas, el Conde comenzó a pensar, hasta llegar a convencerse, que nunca había existido margen para lo fortuito, que todo había estado dramáticamente dispuesto por su destino, como un espacio teatral listo para una función que sólo se iniciaría con su desestabilizadora irrupción en escena.

Desde que dejara su trabajo como investigador criminal, más de trece años atrás, y se dedicara en cuerpo y alma —todo lo que se lo permitían su cuerpo siempre macerado y su alma cada vez más reblandecida— al veleidoso negocio de la compra y venta de libros viejos, el Conde había conseguido desarrollar habilidades casi caninas para rastrear presas capaces de garantizarle, en ocasiones con sorprendente generosidad, la subsistencia alimenticia y alcohólica. Para su buena o mala fortuna —no sabría precisarlo él mismo— su salida de la policía y su forzosa entrada en el mundo de los negocios habían coincidido con el anuncio oficial de la llegada de

la Crisis a la isla, aquella Crisis galopante que pronto haría palidecer a todas las anteriores, las de siempre, las eternas, entre las cuales se habían paseado por décadas el Conde y sus coterráneos, recurrentes periodos de penurias que ahora empezaron a parecer, por inevitable comparación y mala memoria, tiempos de gloria o simples crisis sin nombre y, por tanto, sin el derecho a la personificación terrible de una mayúscula.

Como por un ensalmo maligno y con una celeridad espantosa, la escasez de todo lo imaginable se había convertido en estado permanente y capaz de atacar las más disímiles necesidades humanas. Cada objeto o servicio redefinió su valor y se transmutó, por arte de la precariedad, en algo diferente de lo que antes había sido: desde un fósforo hasta una aspirina, desde un par de zapatos hasta un aguacate, desde el sexo hasta los sueños y las esperanzas, mientras los confesionarios de las iglesias y las consultas de santeros, espiritistas, cartománticas, videntes y babalaos se poblaban de nuevos y numerosos adeptos, apremiados de una bocanada de consuelo espiritual.

La escasez fue tan brutal que alcanzó incluso el venerable mundo de los libros. De un año para otro la publicación se hundió en caída libre, y las telas de araña cubrieron los estantes de las ahora tétricas librerías de donde los propios empleados habían robado los últimos bombillos con vida, prácticamente inútiles en días de interminables apagones. Fue entonces cuando centenares de bibliotecas privadas dejaron de ser fuente de ilustración, orgullo bibliófilo y acopio de recuerdos de tiempos posiblemente felices, y trocaron su olor a sabiduría por la fetidez ácida y vulgar de unos billetes salvadores. Bibliotecas invaluable, sedimentadas por generaciones, y bibliotecas apresuradas, armadas con toda clase de ad venedizos; bibliotecas especializadas en los temas más profundos o insólitos y bibliotecas hechas de regalos de cumpleaños y aniversarios de boda, fueron lanzadas por sus dueños al más cruel sacrificio, ante el altar pagano de la necesidad creciente de dinero

en que habían caído, de repente, casi todos los habitantes de un país amenazado de muerte por acumulativa inanición.

Aquel acto desesperado de ofertar algunos libros específicos, pretendida o realmente valiosos, o de poner en venta cajas, metros, estantes y hasta la totalidad de los volúmenes reunidos en una o varias vidas, solía entrañar un sentimiento bicéfalo en los sueños de los vendedores y de los compradores: mientras los primeros siempre decían ofrecer joyas bibliográficas y ansiaban oír cifras redentoras, dispuestas a curarlos incluso del complejo de culpa que representaba para la mayoría de ellos el acto de deshacerse de unos amables compañeros en el viaje de la vida, los segundos, resucitando un espíritu mercantil que se creía desterrado de la isla, procuraban una adquisición capaz de convertirse en un buen negocio acudiendo al artificio de restar valor o posibilidades comerciales al producto en venta.

En los días de su debut en la profesión, Mario Conde había intentado negarse a escuchar las historias de las bibliotecas que caían en sus manos. Sus años como investigador, que lo obligaron a vivir cada día entre expedientes sórdidos, no habían conseguido hacerlo inmune a los pesares del alma y, cuando cumplió su voluntad y dejó de ser policía, había descubierto, dolorosamente, que lo oscuro de la vida se empeñaba en perseguirlo, pues cada biblioteca en venta era siempre una novela de amor con finales infelices, cuyo dramatismo no dependía de la cantidad o de la calidad de los libros sacrificados, sino de los caminos por los que aquellos objetos habían llegado a una determinada casa y las terribles razones por las cuales salían hacia el matadero del mercado. Sin embargo, el Conde aprendería con rapidez que escuchar era parte esencial del negocio, pues la mayoría de los propietarios se sentían en la necesidad expiatoria de comentar los motivos de su opción, engalanándola unas veces, otras desvistiéndola sin piedad, como si en aquel acto de confesión les fuera, cuando menos, la salvación de una famélica dignidad.

Luego, con las heridas cicatrizadas, Conde llegó a encontrar el lado romántico de su condición de oidor —le gustaba calificarse con esa palabra— y empezó a calibrar las posibilidades literarias de aquellos relatos, asumiéndolos mu chas veces como material para sus siempre pospuestos ejercicios estéticos, al tiempo que su sagacidad se afilaba hasta la exquisitez de sentirse capaz de determinar cuándo el narrador era sincero o cuándo un pobre embustero, necesitado de armar una superchería para encontrarse mejor consigo mismo o sólo para intentar hacer más atractiva su mercancía.

A medida que se adentraba en los misterios del negocio, Mario Conde descubrió que prefería el ejercicio de la compra al de la venta posterior de los volúmenes adquiridos. El acto de vender libros en un portal, en el banco de un parque, en el recodo de una acera prometedora, le remordía los restos de su devastado orgullo, pero sobre todo le engendraba la insatisfacción de tener que desprenderse de un objeto que muchas veces hubiera preferido conservar. Por eso, aunque sus ganancias mermaran, adoptó la estrategia de funcionar sólo como un rastreador, dedicado a nutrir los fondos de los otros vendedores callejeros. Desde entonces, en las prospecciones destinadas a descubrir minas de libros, el Conde, como todos sus colegas de la ciudad, había adoptado tres técnicas complementarias y en cierta forma antagónicas: la más tradicional de visitar a alguien que hubiera reclamado su presencia, gracias a su cimentada fama de comprador justo; la siempre vergonzante y casi medieval de ir anunciándose a voz en cuello por las calles —«Compro libros viejos», «Vaya, aquí está el que te va a comprar tus libros viejos»—, o la más agresiva de tocar a la puerta de las casas con aire propicio y preguntar a quien le abriera si estaba interesado en vender algunos libros usados. La segunda de aquellas técnicas mercantiles resultaba la más eficaz en los barrios de la periferia, eternamente empobrecidos, por lo general poco fértiles para su negocio —aunque no exentos de sorpresas—, y donde el arte de la compra y la venta de todo lo posible y hasta lo imposible

había sido por años el recurso de supervivencia de cientos de miles de personas. En cambio, el sistema de escoger las casas con «olor» se imponía en los barrios antes aristocráticos de El Vedado, Miramar y Kohly, y en algunos sectores de Santos Suárez, el Casino Deportivo y El Cerro, donde la gente, a pesar de la envolvente miseria nacional, había tratado de preservar ciertos modales cada vez más obsoletos.

Lo extraordinario fue que aquella casona umbría de El Vedado, de pretensiones neoclásicas y estructura definitivamente cansada, no había sido escogida por el recurso olfativo y mucho menos como respuesta a sus gritos callejeros. Mario Conde, sumergido en aquellos días en una etapa de salación pura y dura —como la del pescador Santiago de cierto libro en otros tiempos tan admirado—, casi andaba convencido de estar sufriendo una progresiva atrofia del olfato, y ya había gastado tres horas de aquella tarde tórrida del septiembre cubano en aporrear puertas y recibir respuestas negativas, varias veces motivadas por el paso previo de un colega afortunado. Sudoroso y decepcionado, temiendo por la inminente tormenta que anunciaba la acelerada reunión de nubes negras sobre la costa cercana, Conde se disponía a finalizar la jornada, contabilizando las pérdidas en el apartado irrecuperable del tiempo cuando, sin mayor razón, decidió tomar por una calle paralela a la avenida donde debía procurar la captura de un auto de alquiler — ¿le gustó la acera poblada de árboles, pensó que acortaría camino o simplemente respondía, aun sin saberlo, a un reclamo de su destino — y, apenas al doblar la esquina, vio la decrepita mansión, cerrada a cal y canto, envuelta en un aire de espeso abandono. En un primer momento tuvo la certeza de que por su apariencia aquel tipo de casa ya debía de haber sido visitada por otros colegas del negocio, pues las edificaciones de su estilo solían ser productivas: pasado de grandeza incluía biblioteca con tomos forrados en piel; presente de penurias incluía hambre y desesperación, y la fórmula tendía a funcionar para el comprador de libros. Por eso, no obstante su mala racha de las últimas semanas y las altísimas posibilidades

de que sus competidores ya hubieran pasado por allí, el Conde obedeció el impulso casi irracional que lo conminaba a abrir la reja, atravesar el jardín convertido en huerto de subsistencia poblado de plátanos, raquílicas matas de maíz y voraces bejucos de boniato, subir los cinco escalones que daban acceso al fresco portal y, sin meditarlo apenas, levantar la aldaba de bronce verdecido de la puerta de invencible caoba negra, quizás barnizada por última vez antes del descubrimiento de la penicilina.

—Buenos días —dijo cuando se abrió la puerta, y sonrió cortésmente, como indicaba el manual.

La mujer, a la que Mario Conde trató de ubicar en el interregno descendente de los sesenta a los setenta años, no se dignó responder al saludo y lo observó con dureza crítica, suponiendo con toda seguridad que el visitante era justo lo opuesto: un vendedor. Ataviada con un batón gris llovido de prehistóricos goterones de grasa, con el cabello descolorido y salpicado de escamas de caspa, tenía la piel casi transparente, surcada de venas pálidas, y era dueña de unos ojos espantosamente tristes.

—Usted me disculpa la molestia... Yo me dedico a comprar y vender libros de segunda mano —siguió, evitando decir «viejos»— y ando averiguando a ver si usted sabe de alguien...

Ésta era la regla de oro: usted nunca es quien anda tan jodido como para verse obligado a vender su biblioteca, o la de su padre, otrora doctor con gabinete famoso y cátedra universitaria, o la de su abuelo, quizás hasta senador de la república o tal vez veterano de las guerras de independencia. Pero quizás sabe quién, ¿verdad?

La mujer, como inmune a las emociones, no dio indicios de sorprenderse con la misión del recién llegado. Lo miró impávida por unos segundos morosos y expectantes, y Mario Conde se sintió en el filo de la navaja, pues su adiestramiento le advirtió que una decisión tremenda parecía resolverse en el cerebro oxidado, urgido de grasas y proteínas, de la mujer transparente.

—Bueno —empezó ella—, la verdad es que no, digo, no sé si por fin... Mi hermano y yo habíamos estado pensando... ¿Dionisio

le dijo que viniera?

Conde vio una luz de esperanzas y trató de ubicarse en la pregunta, pero se sintió suspendido en el aire. ¿Acaso había dado en el blanco?

—No, no... ¿Dionisio?

—Mi hermano —aclaró la mujer gastada—. Es que tenemos una biblioteca aquí. Muy valiosa, ¿sabe? A ver, pase... Siéntese. Un momentico... —Y el Conde creyó advertir en su voz una determinación capaz de imponerse a las calamidades más férreas de la vida.

La mujer de los ojos mustios se perdió en el interior de la mansión, atravesando una especie de pórtico erigido sobre dos columnas toscanas de reluciente mármol negro veteado en verde, y el Conde lamentó su deficiente conocimiento de la difuminada aristocracia criolla, ignorancia que le impedía saber, o siquiera suponer, quiénes habían sido los dueños originales de aquella marmórea edificación y si los actuales ocupantes eran sus descendientes o sólo los beneficiarios de su posible estampida postrevolucionaria. Aquella sala, con manchas de humedad, desconchados y hasta algunas grietas en las paredes, no tenía mejor aspecto que el exterior de la casa, pero conseguía conservar un aire de elegancia solemne y la capacidad vigorosa de recordar cuánta riqueza durmió alguna vez entre aquellas paredes ahora desguarnecidas. Los techos altos, rematados por cornisas peligrosamente abofadas y cenefas de colores ya desvaídos, debían de ser obra de maestros del oficio, como los dos ventanales que conservaban, asombrosamente intactos, los románticos vitrales con estampas caballerescas, sin duda diseñados en Europa aunque destinados a atenuar y colorear la luz rotunda del verano tropical. Los muebles, más eclécticos que de estilos conocidos, más gastados que vencidos, todavía sólidos, rezumaban incluso olfativamente su decrepitud, a pesar de que los suelos, de losas de mármol blanco y negro, dispuestas como un exagerado tablero de ajedrez, brillaban con la alegría de la reciente limpieza. A un lado del

salón, dos altísimas puertas cubiertas de biselados espejos rectangulares, empotrados en marquetería de madera oscura, reflejaban entre los rosetones del azogue perdido la inquietante desolación del sitio, y fue en ese instante cuando al Conde se le develó la incongruencia que había sentido al entrar en el salón: ni en las paredes, ni en las mesas, ni en las repisas o los techos había un solo adorno, un cuadro, un motivo visual capaz de romper el espantoso vacío. Supuso que las nobles porcelanas, las platas repujadas, las lámparas de lágrimas, los cristales labrados y quizás los lienzos con oscuros bodegones y recargadas naturalezas muertas que alguna vez debieron de dar armonía al ambiente, con toda seguridad habían sido desterrados de allí antes que los libros, procurando el mismo remedio alimenticio que, si la suerte lo acompañaba, debía ahora asumir la biblioteca anunciada como muy valiosa.

El momento prometido por la mujer se convirtió en una espera de varios minutos durante los cuales el Conde se dedicó a fumar un cigarrillo, lanzando la ceniza por una ventana, a través de la cual vio caer las primeras gotas del chaparrón vespertino. Cuando su anfitriona regresó, venía seguida por un hombre unos años mayor, definitivamente al borde de la ancianidad, tan magro como ella, urgido de un afeitado y, como su presunta hermana, de tres comidas al día con suficiente potencial calórico.

—Mi hermano —anunció ella.

—Dionisio Ferrero —dijo el hombre, con una voz más joven que su físico, y le extendió una mano de uñas sucias y piel encallecida.

—Mario Conde. Yo...

—Ya mi hermana me explicó —dijo el hombre, cortante, como acostumbrado a la rispidez del mando, y lo ratificó, ordenando más que pidiendo—. Venga conmigo.

Dionisio Ferrero caminó hacia las puertas de espejos biselados y entre las manchas oscuras el Conde comprobó cómo su propia estampa, cuadriculada en el reflejo, no desentonaba demasiado en medio de las esqueléticas imágenes de los hermanos Ferrero. El

agotamiento facial de noches sucesivas de mucho ron y poco sueño, y su delgadez escuálida y conmovedora daban la impresión de que la ropa le hubiera crecido sobre el cuerpo. Con un vigor inesperado, Dionisio empujó las puertas y Conde se perdió de vista a sí mismo y a sus reflexiones fisiológicas mientras lo asaltaba un violento escozor en el pecho, porque ante sus ojos se erguían ahora unos soberbios anaqueles de madera, protegidos con puertas acristaladas, donde reposaban, trepando por las paredes hacia el techo altísimo, cientos, miles de libros de lomos oscuros, en los que aún lograban brillar las letras doradas de su identidad, vencedoras de la malvada humedad de la isla y de la fatiga del tiempo.

Paralizado ante aquel prodigio, consciente del ritmo torpe de su respiración, Conde pensó si tendría fuerzas y se atrevió a dar tres pasos cautelosos. Cuando traspuso el umbral descubrió, ya totalmente estupefacto, que la acumulación de estantes repletos de volúmenes se extendía hacia los lados de la habitación, cubriendo todo el perímetro del local, de unos cinco por siete metros. Y fue justo en ese momento cuando, ya debilitado por la emoción y el deslumbramiento más justificados, lo había sorprendido la llegada tumultuosa de los síntomas del presentimiento, una sensación distinta del asombro libresco y mercantil sufrido hasta ese instante, pero capaz de alarmarlo con la certeza de que algo extraordinario se escondía allí, clamando por su presencia.

—¿Qué le parece?

Paralizado por los efectos físicos de la premonición, Conde no escuchó la pregunta de Dionisio.

—Dígame, ¿qué le parece? —insistió el hombre, interponiéndose en el campo visual del Conde.

—Fabuloso —logró decir al fin, pues la conmoción apenas le permitía barruntar que sin duda alguna estaba ante una veta extraordinaria, de esas que se buscan siempre y sólo se encuentran una vez en la vida. O ninguna. Su experiencia le gritaba que allí, seguramente, habría sorpresas inimaginables, pues si sólo el cinco por ciento de aquellos volúmenes llegaban a tener un valor especial,

estaba ante veinte, treinta posibles tesoros bibliográficos, capaces por sí solos de matar— o al menos de aturdir por un buen tiempo — el hambre de los hermanos Ferrero y la suya propia.

Cuando recuperó la convicción de que podía moverse, el Conde se acercó al estante que lo desafiaba de frente y, sin pedir autorización, abrió las portezuelas de cristal. Miró unos lomos, al azar, buscando entre los libros colocados a la altura de sus ojos, y descubrió el forro de piel rojiza de las *Crónicas de la guerra de Cuba*, de Miró Argenter, en la edición *princeps* de 1911 y, luego de secarse el sudor de las manos, extrajo el volumen, para descubrirlo firmado y dedicado por el escritor-guerrero «A mi entrañable amigo, mi querido general Serafín Montes de Oca». Junto a las *Crónicas* de Miró reposaban los dos tomos contundentes del perseguido *Índice alfabético y de defunciones del ejército libertador de Cuba*, del mayor general Carlos Roloff, en su rara y solitaria impresión habanera de 1901 y, con un temblor creciente en las manos, Conde se atrevió a sacar del sitio contiguo los tomos de los *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba*, el clásico de Antonio Bachiller y Morales, publicado en La Habana entre 1859 y 1861. Con un dedo cada vez más lento Conde fue acariciando el lomo leve de la novela *El cafetal*, de Domingo Malpica de la Barca, impresa en la tipografía habanera de Los Niños Huérfanos en 1890, y las espaldas musculosas, de amable piel, de los cinco volúmenes de la *Historia de la esclavitud* de José Antonio Saco, en la edición de la imprenta Alfa de 1936, hasta que, como un poseso, pescó el libro siguiente, en cuyo lomo sólo estaban grabadas las iniciales C. V., y cuando lo abrió sintió cómo las piernas le flaqueaban, pues sí, se trataba de la primera edición de *La joven de la flecha de oro*, la novela de Cirilo Villaverde, en aquella impresión inicial y mítica hecha en La Habana por la famosa tipografía de Oliva, en 1842...

Conde tuvo la nítida sensación de que aquel recinto era como un santuario perdido en el tiempo y por primera vez pensó si no estaría realizando un acto de profanación. Con delicadeza devolvió cada

libro a su sitio y respiró el entrañable perfume que escapaba del estante abierto. Inhaló varias veces, hasta llenarse los pulmones, y sólo cuando se sintió embriagado cerró las puertas. Tratando de ocultar su desasosiego, se volvió hacia los hermanos Ferrero, en cuyos rostros encontró una llama de esperanza, empeñada en imponerse a los desastres más visibles de la vida.

—¿Por qué quieren vender estos libros? —preguntó al fin, en contra de sus principios y buscando ya un camino hacia la historia de aquella biblioteca demasiado singular: nadie se deshacía así, consciente y repentinamente, de un tesoro como aquél (del cual apenas había entrevisto unas alhajas prometedoras), a menos que, además del hambre, hubiera otra razón, y el Conde sintió que le urgía conocerla.

—Es una historia larga y... —Dudó Dionisio Ferrero por primera vez desde que se encontrara con el Conde, pero de inmediato recuperó su aplomo casi marcial—. Todavía no sabemos si queremos venderlos. Eso depende de lo que usted nos ofrezca. En el negocio de las antigüedades hay mucho bandido, usted sabe... El otro día pasaron dos por aquí. Querían comprarnos las ventanas con los vitrales y los muy descarados nos ofrecían trescientos dólares por cada una... Se piensan que uno es imbécil o se está muriendo de hambre...

—Sí, claro, hay mucho oportunista. Pero lo que me gustaría saber es por qué se deciden a vender los libros ahora...

Dionisio miró a su hermana, como si no entendiera: ¿aquel tipo era tan estúpido como para preguntar semejante cosa? El Conde comprendió de inmediato y sonrió, tratando de reorientar por tercera vez su curiosidad.

—¿Por qué no se decidieron a venderlos *hasta ahora*?

La mujer transparente, quizás movida por las exigencias de sus apetitos, fue quien se apresuró a responder.

—Por mamá. La mamá de nosotros —aclaró—. Hace muchos años ella se comprometió a cuidar estos libros...

El Conde sintió que penetraba en el clásico terreno pantanoso, pero no le quedaba otro recurso que seguir adelante.

—¿Y la mamá de ustedes...?

—No, no está muerta. Está muy viejita. Este año cumple noventa y uno. Y la pobre está...

Conde no se atrevió a insistir: la primera parte de la confesión estaba en tránsito y esperó en silencio. El resto debía caer por su propio peso.

—La vieja está ida..., bueno, está mal de los nervios hace mucho tiempo. Y, la verdad, nos hace falta un poco de dinero —soltó Dionisio y extendió la mano hacia los libros—. Usted sabe cómo están las cosas, con la jubilación no alcanza ni...

Conde asintió, sí, lo sabía, y tras la mano del hombre volvió la vista hacia los anaqueles repletos de libros y comprobó cómo el presentimiento de estar al borde de algo definitivamente extraordinario no lo abandonaba, seguía allí, imperturbable, punzándole debajo de la tetilla, humedeciéndole las manos, y se preguntó por qué aquella vehemencia. Si ya sabía que estaba rodeado de libros valiosos, ¿qué podía seguir alarmándolo con esa intensidad? ¿Sería por la posible existencia de un libro demasiado inesperado? ¿Estaría allí, olvidado y feliz, el libro imposible que cualquier bibliófilo sueña encontrar alguna vez? Eso debía de ser, tenía que ser, se dijo, y si ésa era la razón sólo tendría remedio cuando hubiese registrado de arriba abajo todas las estanterías.

—Disculpen mi curiosidad, pero es que... ¿Desde cuándo nadie toca esa biblioteca? —preguntó entonces.

—Desde hace cuarenta..., cuarenta y tres años —precisó la mujer y el Conde movió la cabeza, impulsado por la incredulidad.

—¿En todo ese tiempo no entró ni salió un libro de ahí?

—Ni uno —intervino Dionisio, seguro de valorizar con su afirmación el contenido de la biblioteca—. Mamá pidió que la ventiláramos una vez al mes y la limpiáramos sólo con un plumero, así, por arriba...

—Miren, voy a serles franco —prefirió advertir Mario Conde, consciente de que iba a traicionar las reglas más sagradas de su profesión—: tengo el presentimiento, es un decir, tengo la seguridad de que aquí puede haber libros que valen mucho dinero, y otros quizás tan valiosos que no se pueden o no se deben vender... Me explico: pudiera haber libros, sobre todo libros cubanos, que no deberían salir de Cuba y casi nadie en Cuba les puede pagar lo que realmente valen. Menos que nadie la Biblioteca Nacional. Y esto que voy a decirles va en contra de mi negocio, pero yo pienso que sería un crimen vendérselos a algún extranjero para que luego los saque del país... y digo crimen porque, además de imperdonable, sería un delito, aunque ahora eso es lo que menos importa. Si nos ponemos de acuerdo, podemos hacer negocios con los libros vendibles, y si luego ustedes quieren vender esos otros libros más valiosos, yo me quito del camino y ya...

Dionisio miró al Conde con una intensidad inesperada.

—¿Me dijo que su nombre es...?

—Mario Conde.

—Mario Conde —masticó el nombre lentamente, como si de sus letras obtuviera la dosis de dignidad que su sangre le exigía en ese instante—. Aquí donde usted nos ve, mi hermana y yo nos hemos jodido mucho por este país, mucho. Yo me jugué la vida incluso, aquí y hasta en el África. Y aunque me esté muriendo de hambre no voy a hacer algo así... Por mil ni por diez mil pesos —y se volvió hacia su hermana, como buscando el último refugio para su orgullo—. ¿Verdad, Amalia?

—Claro, Dionisio —aseguró ella.

—Veo que nos entendemos —admitió el Conde, conmovido por la ingenuidad del épico Dionisio, que pensaba en pesos mientras él calculaba cifras similares, pero en dólares—. Vamos a hacer lo siguiente. Yo voy a escoger, así por arriba, veinte o treinta libros que se puedan vender bien, aunque no sean especialmente valiosos. Los voy a separar y mañana vengo con el dinero a buscarlos. Después quiero revisar toda la biblioteca, para decirles qué me

interesaría llevarme, qué libros no le interesan a ningún comprador, y también qué libros no se pueden vender, o mejor dicho, no se deberían vender, ¿de acuerdo? Pero antes me gustaría escuchar la historia completa, digo, si no les molesta... Perdonen que insista, pero una biblioteca donde hay libros como los que saqué ahorita y que lleva cuarenta y tres años sin que nadie la toque...

Dionisio Ferrero miró a su hermana y la mujer sin color le sostuvo la mirada, sin dejar de morderse la piel de los dedos. Después volteó la cabeza hacia el Conde:

—¿Cuál historia? ¿La de la biblioteca o la de por qué vamos a venderla ahora?

—¿No es la misma historia, con un principio y un final?

Cuando los Montes de Oca se fueron de Cuba, mamá y yo nos quedamos en esta casa, que era una de las más elegantes de El Vedado... como todavía se ve, a pesar del tiempo. El señor Alcides Montes de Oca, que al principio simpatizó y todo con la Revolución, se dio cuenta de que las cosas iban a cambiar más de lo que él había calculado y en septiembre de 1960, cuando empezó la intervención de las compañías americanas, se fue para el norte con los dos niños, pues su esposa había muerto cuatro, cinco años antes, en 1956, y él no se había vuelto a casar. Aunque los negocios no le habían ido bien con Batista, el señor Alcides todavía tenía mucho, pero mucho dinero, suyo y de la herencia de su difunta mujer, Alba Margarita, que era una de los Méndez-Figueroa, los dueños de dos centrales azucareros en Las Villas y ni se sabe de cuántas cosas más... Y fue ahí cuando él nos propuso a mamá y a mí que, si queríamos, podíamos irnos con él. Imagínese, mamá era su brazo derecho para todos sus negocios y además era como su hermana, ella hasta había nacido en esta casa, quiero decir, en la casa que los Montes de Oca tenían en El Cerro antes de que mandaran construir ésta, porque mamá nació en el año 1912 y esta casa se terminó en 1922, después de la guerra, que fue cuando los

Montes de Oca tuvieron más dinero. Por eso pudieron traer mármoles de Italia y Bélgica, azulejos de Coimbra, maderas de Honduras, acero de Chicago, cortinas de Inglaterra, vidrios de Venecia y decoradores de París... En esa época mis abuelos eran el jardinero y la lavandera de los Montes de Oca, y como mamá había nacido en la casa, se crió siendo casi de la familia, ya le digo, como hermana del señor Alcides, y por eso mamá pudo estudiar, hasta que se hizo bachiller. Pero cuando iba a entrar en la Escuela Normalista de Maestros ella sola decidió no estudiar más y le pidió a la señora Ana, la esposa de don Tomás, los padres del señor Alcides, que la dejara trabajar en la casa como ama de llaves o como administradora, pues a ella le gustaba estar aquí, entre cosas lindas, limpias y caras, más que en una escuela pública como maestra, lidiando con niños mocosos por cien pesos al mes. Eso pasó cuando mamá tenía diecinueve, veinte años, y ya los Montes de Oca no tenían tanto dinero, porque en el año 1929 perdieron mucho por la crisis y porque don Serafín, que había peleado en la Guerra de Independencia, y su hijo don Tomás, un abogado muy conocido, no quisieron hacerle el juego a Machado, que se había vuelto un dictador y un asesino, y Machado y su gente les hicieron la vida imposible, les tumbaron muchos negocios, lo mismo que después le iba a pasar al señor Alcides con Batista, aunque antes de que Batista diera el golpe de Estado el señor Alcides había ganado una fortuna con unos negocios que hizo cuando la otra guerra, y por eso casi no le importó quedarse fuera de las tajadas que repartía ese degenerado... Ay, siempre me pierdo... Bueno, el caso es que mamá ayudó muchísimo al señor Alcides, ella le llevaba todos los papeles, las cuentas, las declaraciones de impuestos, era su secretaria de confianza, y cuando murió su esposa, la señora Alba Margarita, mamá también se hizo cargo de los niños. Por todo eso, cuando el señor Alcides decidió irse, le propuso a mamá que nos fuéramos con él, pero ella le pidió un tiempo para pensarlo, en ese momento ella no estaba segura de si debíamos irnos o quedarnos, porque Dionisio, que desde jovencito estaba en la

clandestinidad para tumbar a Batista, ya se había metido de cabeza en la Revolución, se había ido a alfabetizar en las lomas de Oriente, y mamá no quería dejarlo solo. ¿Tú tenías cuántos, Dionisio? ¿Veinticuatro años? Pero a la vez mamá no quería separarse de Jorgito y Anita, los hijos del señor Alcides, ella prácticamente los había criado y sabía que le iba a hacer mucha falta al señor Alcides cuando empezara otros negocios allá en el norte. Mamá estaba en una disyuntiva tremenda. El señor Alcides le dijo que lo pensara sin prisa y cuando se decidiera, su casa, la que él tuviera, donde la tuviera, siempre iba a estar abierta para nosotros, y que podíamos reunirnos con él cuando quisiéramos. Pero si nos quedábamos un tiempo en Cuba, podíamos vivir aquí y él sólo nos pedía un favor: que le cuidáramos la casa, pero sobre todo la biblioteca y los dos jarrones de porcelana de Sèvres que había comprado en París su abuela, doña Marina Azcárate, pues ya no podía llevárselos con él, pero él era de los que pensaba que la Revolución se iba a caer y cuando eso pasara podría regresar a sus cosas y sus negocios aquí. Y si no se caía la Revolución y nosotras no nos íbamos, nos pedía lo mismo, hasta que un día fuera posible que él, y si no era él, su hijo Jorgito o su hija Anita, pudieran venir a buscar los libros y los jarrones para tenerlos donde estuviera la familia. Por supuesto, mamá le prometió que si ella se quedaba en Cuba, el señor Alcides podía estar seguro de que cuando volviera todo iba a estar en su sitio, ella se lo juraba y para ella ese era un compromiso sagrado...

Yo nunca he podido saber cuál era la verdadera idea de mamá, si ya había decidido quedarse o si nada más estaba dando tiempo a ver qué pasaba acá con Dionisio o allá con el señor Alcides cuando se instalara. Dos o tres veces se lo pregunté y siempre me decía lo mismo: andaba con la cabeza como perdida, quería darse un tiempo, era una decisión muy grande... Pero una mujer como ella tenía que saber, seguro, por muy perdida que tuviera la cabeza. La complicación definitiva vino siete meses después, en marzo de 1961, cuando el señor Alcides, manejando un carro, completamente borracho, tuvo un accidente y se mató. La noticia nos llegó como

una semana después. Cuando colgó el teléfono, mamá, que ya andaba medio deprimida, se encerró en su cuarto y estuvo una semana sin salir ni dejar entrar a nadie, y cuando por fin me abrió la puerta me encontré con otra mujer: aquélla no era la misma mamá de siempre, y enseguida supimos que el dolor y un sentimiento de culpa por no haberse ido con el señor Alcides la habían trastornado.

Creo que fue en ese momento cuando yo tuve una idea exacta de lo que significaba para ella la familia Montes de Oca, haber trabajado con don Alcides, haberse sentido tan importante para aquel hombre poderoso, que ya no existía. Después de tantos años, ella no podía imaginar que don Alcides ya no estuviera en esta tierra para darle órdenes y pedirle consejos... Pobre mamá, había empeñado su vida en función de aquel hombre y ahora había perdido el rumbo. El caso es que empezó a vivir encerrada en su cuarto, como petrificada, porque si alguna vez pensó irse con el señor Alcides, ayudarlo con sus hijos y sus negocios, ya aquello no tenía sentido, porque Jorgito y Anita estaban viviendo con su tía Eva, que también se había ido de Cuba, y la promesa del señor Alcides de recibirnos en su casa se había ido a la tumba con él... Mientras ella se pasaba los días encerrada, rumiando su dolor y su desorientación, Dionisio y yo tratamos de encaminar nuestras vidas, imagínese, yo tenía veintiún años y había empezado a trabajar en un banco, me hice federada primero y miliciana después, Dionisio entró en el ejército cuando regresó de alfabetizar y enseguida lo hicieron sargento, y los dos empezamos a vivir, no sé, de otra manera, por nuestra cuenta, por nosotros mismos, sin pensar en los Montes de Oca ni depender para nada de ellos, como había sucedido con mi familia durante casi cien años, como le había pasado a mamá desde que tuvo uso de razón... Aunque Dionisio diga lo contrario, la verdad es que eso fue solo una ilusión, porque el fantasma de los Montes de Oca se había quedado en esta casa: el encierro enfermizo de mamá que terminó por convertirse en locura, las vajillas, la biblioteca, las porcelanas de Sèvres, los muebles, muchos adornos y dos o tres pinturas que el señor Alcides no quiso

llevarse con él, siguieron donde estaban, aquí, como un recordatorio, esperando por el señor Alcides, que ya nunca volvería, y luego por sus hijos, que nunca vinieron ni se interesaron por lo que había quedado aquí. Durante varios años yo me carteé con la señorita Eva, ella se había ido a vivir a Nueva Jersey, me acuerdo, a un pueblo o una ciudad que se llama Rutherford, y el contacto se mantuvo, aunque eran una o dos cartas por año. Pero hacia 1968 la señorita Eva se mudó, pues un par de cartas más regresaron con un sello de destinatario desconocido, y estuvimos años sin saber de ellos. Yo hasta empecé a pensar lo peor, escribí a otras gentes que vivían allá, quizás ellos supieran dónde estaban los Montes de Oca, pero pasaron como diez años sin tener noticias de ellos, hasta que vino a Cuba una señora amiga de la familia, y al fin nos enteramos de que se habían ido a vivir a San Francisco y que la señorita Eva se había muerto de cáncer tres o cuatro años antes. Pero quedaban los muchachos y, por respeto a la promesa de mamá, yo seguí esperando por si alguna vez ellos se interesaban por las porcelanas y los libros, y decidí conservarlos como siempre. Los libros más viejos habían sido casi todos de don Serafín, el padre del señor Tomás, que igual compró muchos, pues era un hombre muy culto, abogado y profesor de derecho en la universidad, y tenía la costumbre, como su padre, de comprar cualquier libro que le interesara, sin importar el precio, y en los cumpleaños de sus nietos y de sus amigos únicamente les regalaba libros. Los dos jarrones de Sèvres venían con la familia desde el siglo XIX, cuando los Azcárate y los Montes de Oca viejos se habían exiliado en Francia, esperando a que empezara otra vez la guerra contra España. Esos libros y las porcelanas, igual que esta casa, eran la historia misma de la familia, y como mamá se había sentido como una Montes de Oca, porque ellos siempre la trataron como si lo fuera, para ella todo esto tuvo siempre un valor sentimental y nosotros teníamos que respetar su compromiso..., aunque la verdad es que ya de los Montes de Oca no quedaba nada, nadie se acordaba de ellos, y esa biblioteca y las porcelanas eran su única relación con el pasado y

con este país... Pero los años pasaban y los libros y las porcelanas seguían aquí. Como yo ganaba un buen sueldo y Dionisio me daba siempre un dinero para mamá, nosotras nos arreglábamos muy bien y yo jamás pensé en vender nada, porque no nos hacía falta para vivir. Pero las cosas se empezaron a poner malas de verdad en 1990, en 1991. Para colmos a Dionisio le dio un infarto, lo desmovilizaron del ejército y después se separó de su mujer. Aunque al año de que lo desmovilizaran Dionisio empezó a trabajar en una corporación que atendía el ejército, con su mismo sueldo, la verdad es que lo que ganábamos entre los dos de pronto no nos daba para nada, porque no había comida y la que aparecía, imagínese, había que ser tan rico como los Montes de Oca para poder comprarla. Para rematar la situación, Dionisio se fue de la corporación y hubo que contar con él también para el almuerzo y la comida... No, no me da pena decirlo, porque seguro usted pasó por lo mismo: las cosas se pusieron tan feas que más de una noche mi hermano y yo nos acostamos con un jarro de agua con azúcar en el estómago, con un cocimiento de hojas de naranja o de menta, porque lo poquito que hubiera de comida se lo dejábamos a mamá, y a veces ni para ella alcanzaba a derechas... Ahí fue cuando pensé hacer algo con los adornos, los cuadros, las porcelanas y los libros, lo único de valor que teníamos. Era cuestión de vida o muerte, se lo juro. Así y todo fueron meses de dudas, hasta que me convencí de que si seguíamos como estábamos nos íbamos a morir de hambre, de hambre de no comer, había que ver cómo estaba de flaco Dionisio, que después de haber sido mayor y mandar gentes en la guerra de Angola, tuvo que empezar a sembrar plátanos y yucas en el patio y conseguirse un trabajo de custodio nocturno para ganar unos pesos más... Un día ya no lo volvimos a pensar y empezamos primero a vender las piezas que quedaban de las vajillas, después los adornos y los cuadros, que no eran nada especial, aunque tuvimos que darlos casi regalados, pues no encontrábamos a nadie que pudiera pagar lo que supuestamente valían. Luego vendimos algunos muebles, unas lámparas, y entre todo eso fuimos sacando

un buen dinero, no crea, pero se nos iba como agua entre los dedos, y hace cuatro años por fin nos decidimos a venderle los jarrones de Sèvres a un francés que vive aquí en Cuba y tiene negocios con el gobierno, un hombre serio, se lo aseguro. Por los jarrones, imagínese, eran de este tamaño, pintados a mano, nos dieron una buena plata, y con eso nos fuimos remediando hasta ahora. La verdad es que esos jarrones nos salvaron la vida... Pero en tantos años, con los precios como están... Hace un tiempo Dionisio y yo empezamos a pensar que ya era hora de vender los libros. Bueno, Dionisio empezó a pensarlo, porque yo lo quería hacer desde mucho antes. Cada vez que entraba en la biblioteca para limpiarla me decía lo mismo, total, si ya nadie los leía y nadie iba a reclamarlos, ¿no?... Además, siempre le he tenido, no sé, mala voluntad a esos libros, no por los libros en sí, sino por lo que significan, lo que significaron: son el alma viva de los Montes de Oca, el recuerdo de lo que fueron ellos y otros como ellos, que se creían los dueños del país, y solamente entrar en esa biblioteca me resulta desagradable, es un lugar que me rechaza y que yo rechazo... Y nada, ésa es la historia. Yo sé que ahora hay gente que ya no pasa tanto trabajo como hace cinco, diez años, incluso hay gente que vive muy bien, pero nosotros, saque la cuenta, con dos retiros y sin que nadie nos mande dólares, bueno, seguimos en las mismas, o peor, no sé. Al final la vida misma es la que se ha encargado de hacerlo todo menos difícil: ya nosotros no tenemos alternativas y mi hermano lo sabe..., o vendemos los libros o nos morimos de hambre poco a poco, todos, hasta la pobre mamá, que por suerte está completamente desconectada de la realidad, porque a lo mejor hasta podría perdonarnos que hubiéramos vendido lo demás, incluso los jarrones, pero si pudiera enterarse de lo que pensamos hacer con la biblioteca de los Montes de Oca, creo que sería capaz de matarnos a los dos y dejarse morir de hambre ella misma...

El Conde se había tragado las palabras de Amalia sentado en el borde del raído sofá, fumando y utilizando su propia mano como cenicero, hasta que Dionisio salió y regresó con un plato de postre, mellado en un borde fileteado en oro, y se lo ofreció al fumador con un gesto de disculpa. Pero el movimiento de Dionisio pasó inadvertido para el Conde, conmovido como estaba por aquella crónica de una fidelidad casi irracional. La conmoción, sin embargo, no había logrado nublarle toda su capacidad crítica: la alarma automática entrenada en sus tiempos de policía lo alertó de que aquélla era sólo una parte de la historia, quizás la más amable o la más dramática, aunque en ese momento debía conformarse con lo escuchado.

—Pues si están decididos... Yo vengo mañana...

—¿Y no se va a llevar hoy ningún libro? —lo interrumpió Amalia, casi con un eco de súplica en la voz.

—La verdad es que hoy no traigo dinero suficiente...

Amalia miró a su hermano y se decidió:

—Mire, se ve que usted es un hombre serio, una persona decente...

—Hacía años que no oía eso —la interrumpió el Conde—. Una persona decente...

—Sí, eso se ve —aseguró la mujer traslúcida—. ¿Se imagina con cuántos bandidos hemos tratado para vender las porcelanas y los demás adornos? ¿Cuántas veces han querido pagarnos una miseria por cosas que tenían su valor? Mire, háganos una oferta y llévese unos cuantos libros y... nos paga los que pueda. ¿Le parece? Después viene, hace el inventario que usted quiere y se lleva los que decida comprar...

Conde había observado que, mientras Amalia hablaba, Dionisio hacía un gesto casi defensivo, como si quisiera protegerse de las palabras que escuchaba. Discretamente había desviado la mirada hacia la biblioteca, cuyas puertas de espejo habían quedado

abiertas, como una invitación a traspasarlas y servirse del regio banquete allí dispuesto.

—Traigo encima quinientos pesos... Cuatrocientos noventa. Si me voy a llevar algunos libros me hacen falta diez para una máquina.

—Sí, está bien, eso mismo... —dijo ella, sin poder atar su ansiedad.

Conde prefirió caminar hacia la biblioteca antes que volver a mirarle los ojos a Amalia y mucho menos a Dionisio. Aquella desesperación, capaz de triturar los restos de una vieja promesa y cualquier reminiscencia de orgullo, debía de ser el último escalón de una dignidad macerada por las calamidades de unas vidas arruinadas. Lamentó, como otras veces, el lado sórdido de su oficio, pero lo alivió de sus remordimientos la búsqueda de textos de fácil salida en el mercado. Dos volúmenes de censos de población anteriores a 1940 que andaba buscando un italiano, cliente de su socio Yoyi el Palomo, fueron los primeros en ser apartados; luego escogió tres primeras ediciones de obras de Fernando Ortiz, siempre fáciles de colocar entre los buscadores de misterios del mundo negro cubano; una primera edición de la novela *El negrero*, de Lino Novás Calvo; y, después de apartar algunos libros impresos en el siglo XIX cuyo valor debía comprobar, colocó en su bolso varias monografías históricas publicadas en La Habana, Madrid y Barcelona en los años veinte y treinta, sin demasiado valor bibliográfico, pero codiciadas por los compradores no cubanos que revoloteaban entre los puestos de libros viejos. Cuando ya cerraba el bolso, dispuesto a sacar cuentas, vio ante sus ojos, en el centro del tablero, aquel libro que casi lo llamó con un grito: era un ejemplar intacto, sólido, rozagante y bien alimentado de ¿Gusta usted?, apellidado «Prontuario culinario y... necesario», impreso por Úcar y García en 1956, e ilustrado por el gran caricaturista Conrado Massaguer. Desde la tarde lejana en que el Conde viera por primera vez aquel libro, en manos de un enriquecido dueño de unos de aquellos restaurantes privados nacidos en los días de más

carencias, comprador compulsivo de literatura gastronómica, le había seguido la pista, deslumbrado por su maravilloso recetario de platos criollos y de la mesa internacional, recopilado para satisfacer las más aristocráticas cocinas de una época en que aún quedaban cocinas aristocráticas en Cuba. Pero la persecución interesada del Conde no tenía fines bibliófilos y mucho menos mercantiles, sino el más grandioso e interesado propósito de regalarle aquella maravilla a la vieja Josefina, la única persona conocida por el Conde con la capacidad mágica para operar el milagro —aun en tiempos de Crisis— de convertir algunos de aquellos platos de ensueño en una realidad digerible.

Con su bolsa de libros auestas y el estómago vacío dando saltos de alegría prefigurada, Mario Conde regresó al salón, donde lo esperaban los hermanos Ferrero, serios y ansiosos. Sólo entonces advirtió el detalle de que los dedos de Amalia, que en ese instante se secaba el sudor de las manos, tenían los bordes de las cutículas atrofiados y enrojecidos, como dedos de rana, sin duda debido a la impulsiva necesidad de comerse las uñas y la piel de sus alrededores.

—Bueno, me llevo aquí dieciséis libros. Uno solo es excepcional, el de cocina cubana, aunque no tiene un valor especial en el mercado... Pero ése lo quiero para mí. ¿Les parece bien quinientos pesos por este lote?...

Los ojos de Dionisio buscaron a su hermana y sus miradas se sostuvieron mutuamente. Luego, con lentitud ambos volvieron la vista hacia el Conde que, desconcertado, se adelantó a cualquier posible reproche.

—¿Les parece poco?

—No —reaccionó Dionisio de inmediato—. No..., la verdad. Quiero decir, está bien así.

Conde sonrió aliviado.

—No es demasiado, pero es justo. En ese precio estoy calculando una ganancia para mí y otra para el vendedor de los libros, luego de que él pague el espacio y los impuestos... A ustedes

les toca más o menos el treinta por ciento del precio final posible. Con los libros que se venden fácil siempre calculamos así, una ganancia de tres a uno.

—¿Tan poco? —Fue ahora Amalia quien no pudo contener la exclamación.

—No es poco si están convencidos de que no los voy a estafar. Yo soy una persona decente y, si seguimos de acuerdo, les voy a comprar muchos libros a buen precio —sonrió, dando por zanjado el diferendo, y, antes de que los hermanos hicieran otros cálculos, les entregó el dinero acordado.

Cuando salió a la calle lo recibió el vapor húmedo de la tarde, azotada otra vez por el sol, luego del efímero chaparrón en que se había disuelto la presunta tormenta y que apenas había servido para multiplicar la humedad del ambiente. De inmediato el Conde reparó en el contraste térmico: la casa de los Ferrero, antes de los opulentos Montes de Oca, tenía la capacidad de sobreponerse al verano habanero y por un momento sintió la tentación de volverse y observar nuevamente la fresca mansión, pero una chispa de clarividencia le advirtió que no debía mirar atrás, pues si lo hacía casi seguro se petrificaría al ver a uno de los hermanos cuando salía corriendo de la casa hacia el mercado más cercano, tratando de llegar antes de que dieran las cinco y clausuraran las tarimas con las carnes, los vegetales y las viandas destinadas a sacarlos esa misma noche de la dieta forzosa de arroz con frijoles que compartían con varios millones de compatriotas. Pero mientras se alejaba, en busca de los caminos donde era posible capturar un auto de alquiler, Mario Conde notó que, si bien algunos síntomas habían remitido, su premonición seguía coleteando, prendida a la piel de su tetilla izquierda, como una sanguijuela voraz.

Yoyi el Palomo, que había sido civilmente inscrito y católicamente bautizado con el sonoro nombre de Jorge Reutilio Casamayor Riquelmes, tenía veintiocho años, un pecho levemente

abombado al cual debía su colombófilo apodo y una incontenible propensión a las muletillas verbales. Era, además, un hombre rápido de pensamiento y eficiente en los cálculos más intrincados, como lo avalaba académicamente el diploma de ingeniero civil, encristalado tras un sobrio y elegante marco de bronce labrado, colgado en la sala de su casa de Víbora Park, a la paciente espera, decía el laureado ingeniero, de que escaseara más el papel sanitario y se decidiera a utilizar en aquella función el crujiente pergamino universitario que no le había reportado demasiadas satisfacciones sociales y ninguna ventaja económica. A pesar de ser veinte años más joven que el Conde, éste le reconocía al Yoyi, con una pizca de envidia, la posesión de un cinismo esencial y una pragmática sabiduría de la vida que él jamás había poseído y, por lo visto, jamás llegaría a poseer, a pesar de que aquellas cualidades le parecieran cada vez más necesarias para subsistir en la selva de la vida criolla del tercer milenio.

Desde que tres, cuatro años antes, el Conde se convirtiera en uno de los proveedores del Palomo, sus ganancias en la faena de la compra y venta de libros viejos se habían multiplicado satisfactoriamente. Entre otros rubros comerciales —compra de joyas y antigüedades, de obras de arte, de dos automóviles ahora dedicados al alquiler y la posesión del veinticinco por ciento de las acciones de una pequeña empresa constructora, totalmente clandestina—. Yoyi tenía como vínculo oficial con las autoridades la licencia para montar un puesto de venta de libros en la plaza de Armas, en realidad atendido por un tío materno, al cual visitaba un par de veces a la semana para suministrarle novedades y controlar la salud mercantil del negocio que le servía de fachada. El Conde había llegado a considerar que la capacidad innata de aquel joven para comerciar, vender bien, convencer a los posibles clientes —a quienes, por principio, siempre había que tratar de joder, repetía como otra muletilla—, debía de ser el resultado de la herencia genética aportada por el abuelo gallego y bodeguero al que debía también el nombre de Reutilio, pues el muchacho había crecido en

un país donde la escasez y la penuria habían desterrado hacía varias décadas el buen arte de la venta. La gente vendía por necesidad y compraba por la misma razón, y unos vendían lo que podían y los otros compraban lo que les permitían sus desfondados bolsillos, sin más complicaciones bursátiles y, sobre todo, sin el agobio que significa escoger: lo tomas o lo dejas, es éste o no es ninguno, apúrate o se acaba, compra lo que aparezca aunque ahora mismo no te haga falta... Pero Yoyi el Palomo, no. Él era un artista consumado, capaz de colocar objetos suntuarios a precios imposibles y el Conde apostaba que cuando cumpliera su sueño de irse de la isla —hacia cualquier parte, Madagascar incluida— llegaría a ser un comerciante exitoso.

Cuando se conocieron, Conde había sentido un rechazo primario por la apariencia del joven, amante de las joyas, que exhibía en manos y cuello, y cultor empedernido de su propio cuerpo. Sin embargo, la relación entre aquellos dos hombres, nacida para un trato puramente comercial, logró superar la férrea barrera de los prejuicios del Conde y empezó a transformarse en amistad tal vez por las carencias de cada uno de ellos, que encontraban complemento en el carácter y las cualidades del otro. La despiadada visión mercantil del joven y el romanticismo trasnochado del Conde, la peligrosa celeridad del primero y la parsimonia y los escrúpulos del otro, la vehemencia a veces irreflexiva del Palomo y la experiencia maligna que sus años policiales habían aportado al Conde, los equilibraban de un modo peculiar.

La relación de amistad alcanzó su sedimentación definitiva la tarde, tres años atrás, en que Conde pasó por la casa de su socio con el pretexto de anunciarle que al día siguiente le traería unos libros, aunque el propósito verdadero era tomar una taza del excelente café que solía hacer la madre del muchacho. Pero aquella tarde, con su presencia, Conde lo había salvado, cuando menos, de una estafa que estaba pasando invisible ante los ojos de halcón del Palomo.

Conde había llegado a la casa en el instante preciso en que Yoyi, deslumbrado con un lote de joyas ofrecido a un precio demasiado razonable por dos personajes llegados hasta él a través de la referencia de un joyero, se disponía a buscar en su cuarto los dos mil doscientos dólares acordados por el conjunto. Al llegar, Conde había saludado a Yoyi y a los vendedores de las joyas y, discretamente, había salido hacia el portal de la casa, con el presentimiento de que algo no andaba bien. Exprimiendo su memoria, había conseguido recordar el rostro de uno de los presuntos vendedores, muchos años atrás encartado en un caso de robo con violencia. De inmediato tuvo la certeza de que el negocio era un fraude: o bien las joyas eran producto de un robo a punto de descubrirse o, lo más peligroso, apenas servían como cebo para despojar a Yoyi del dinero acordado. Sin tiempo para intervenir y abortar la operación, Conde había entrado por el pasillo lateral de la casa para acceder al patio, donde se armó con una tubería de hierro que se podía blandir como un bate de beisbol. Desanduvo el camino y, cuando llegó a la sala, encontró la escena en su punto culminante: uno de los vendedores ya amenazaba a Yoyi con un enorme cuchillo, exigiéndole el dinero, mientras el otro recogía las joyas. Conde, apenas sin pensarlo, había descargado el tubo contra el costillar del hombre armado, quien soltó el cuchillo y cayó de rodillas frente al Palomo, que lo lanzó de espaldas con una patada en la mandíbula. El otro vendedor, al ver lo ocurrido, agarró las joyas de cualquier modo y pasó entre Yoyi y Conde para alcanzar la calle antes de que el expolicía pudiera volver a blandir su arma. Sintiendo cómo el cuerpo le temblaba por el acto de violencia cometido, Conde había entregado el tubo de hierro a Yoyi y, luego de alejar con el pie el cuchillo, se dejó caer en un sofá, exigiéndole al joven:

—No le vuelvas a dar. Déjalo que se vaya. No te compliques la vida...

Pero esta tarde, como en otras de buena fortuna, Yoyi sonrió feliz al ver llegar a su socio con una bolsa repleta de libros. Luego de reclamarle a su madre la preparación del imprescindible café,

Yoyi siguió al Conde hacia la terraza de la casa, donde se disputaban el espacio varias macetas pobladas de helechos y malangas, beneficiadas por la sombra protectora de los árboles frutales que crecían en el patio contiguo. El Conde vació la bolsa sobre la mesa y le contó al Palomo que aquel pequeño lote era apenas el palidísimo aperitivo de un festín de libros recién descubierto. El muchacho lo escuchó con toda su impaciencia y luego se acarició la quilla saliente del esternón.

—Compadre, se lo juro, usted tiene que ser comemierda —dijo al fin—. ¿Cómo le va a decir a esos muertos de hambre que hay libros que no se venden? ¿Cómo se te ocurre, Conde?

—Me dio pena con ellos. Se están muriendo de hambre... Y porque tú sabes que yo no entro en eso...

—Sí, nada más hay que verte... Mira esa camisa, men, se te va a caer arriba. Puedes forrarte de billetes y sales con ésa bobería de que hay libros que no se venden...

—Eso es problema mío. —Conde trató de zanjar la cuestión.

—Claro, claro —aceptó el Palomo y sacudió la mano izquierda, donde constantemente se le trenzaban las dos manillas de oro—. ¿Y qué vas a hacer?

—Quedé con ellos en pasar por la casa con más dinero para inventariar lo que tienen y llevarme otro lote. Así que págame éste y adelántame un poco de plata para comprar más.

Sin hacer preguntas, con una confianza mercantil que sólo tenía en el Conde, el muchacho metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes que hizo palidecer al otro. Con una habilidad digital impresionante empezó a contar, pasando los papeles a una velocidad superior a la capacidad del Conde de llevar la cuenta.

—Aquí hay mil, que son tuyos, y tres mil más para empezar el negocio. ¿Está bien, men?

—Si saco este bulto, así de pronto, se pueden morir del susto. —Recordó los ojos ávidos de Dionisio Ferrero y los dedos carcomidos de su transparente hermana, aferrados al dinero que les había

entregado—. Pero acuérdate de que estos dos censos tienen precio especial.

—Cuando se los venda a Giovanni te liquido lo tuyo. Con la obsesión que tiene ese italiano comemierda por los censos, le puedo sacar veinticinco fulas por cada uno... Y estos están como nuevos. ¿Ves cómo son las cosas? Ese negocio con los censos suma, él solito, mil trescientos pesos, porque tengo el cliente adecuado. ¿Oíste bien? Si de verdad me traes libros buenos te voy a hacer rico, men...

El Palomo sonrió y le hizo un gesto de satisfacción a Conde. Fue hacia la cocina y regresó con una bandeja sobre la que humeaban las tazas de café y se erguía una botella de añejo, escoltada por dos vasos cortos, de cristal labrado, entre los que venía calzado un pliego de lija de grano fino.

—Ve limpiando los libros —le pidió al Conde y le entregó la lija.

Mientras saboreaba el café y observaba, goloso, cómo el Palomo servía el ron, Conde partió en dos la lija para facilitar su tarea y arrastró hacia él la pila de libros.

—¿Y ese otro? —preguntó el Palomo, señalando con el vaso de ron el volumen medio oculto debajo del bolso.

—Es para regalárselo a la madre del Flaco. Un libro de cocina, hacía tiempo que lo estaba buscando.

El joven bebió un trago y sonrió otra vez.

—¿Un libro de cocina? ¿Para cocinar qué? Oye, men, tú y tus amigos son increíbles: el Flaco, el Conejo, el negro Candito con su locura de Jehová y toda esa paja... Parecen marcianos, coño, te lo juro. Yo los veo y me pregunto qué carajo les metieron en la cabeza para ponerlos así...

Conde bebió de su trago y encendió un cigarro. Tomó uno de los libros y empezó a lijarle delicadamente los cortes, para borrar las posibles huellas de humedad y eliminar cualquier traza de polvo.

—Nos hicieron creer que todos éramos iguales y que el mundo iba a ser mejor. Que ya era mejor...

—Pues los estafaron, te lo juro. En todas partes hay unos que son menos iguales que los otros y el mundo va de mal en peor. Aquí mismo, el que no tiene billetes verdes está fuera de juego, y hay gentes ahora mismo que se están haciendo ricos, a las buenas y a las malas...

Conde asintió, con la vista perdida entre los árboles del patio.

—Fue bonito mientras duró.

—Por eso ahora ustedes están tan jodidos: demasiado tiempo soñando. Total, ¿para qué?

Conde sonrió, apartó el libro lijado y buscó otro. Recordó que Yoyi era un fanático de la lectura de las páginas deportivas de los periódicos, donde siempre se hablaba de ganadores y perdedores, la única división válida, según él, entre los pobladores de la Tierra.

—¿Tú piensas entonces que perdimos el tiempo y que no hay solución?

—Perdieron el tiempo y media vida, pero hay solución, Conde: la que tú te busques para ti mismo, para la gente que está contigo, tu familia, tus amigos. Y esto no es egoísmo... Mira, hoy mismo: con este negocio, sin moverme de mi casa, durmiendo el mediodía con aire acondicionado y sin robarle a nadie, estoy ganando más dinero que si trabajara el mes completo como ingeniero, levantándome a las seis de la mañana y fajándome con una guagua (si pasa la cabrona guagua), comiendo la gandofia que dan en los comedores y resistiendo a un jefe empeñado en destacarse a costilla de los demás a ver si agarra un cargo con el que pueda viajar al extranjero..., y para ir ganándose puntos se dedica a joderles la existencia a los demás con la cantaleta de la emulación, el trabajo voluntario y los planes de producción. La cuenta está clarita, men.

—A lo mejor tienes razón —admitió el Conde, que conocía perfectamente la realidad dibujada por el Palomo, y sopló el corte superior del libro, dando por terminada la limpieza.

—A ti lo que te pasa es que como fuiste policía te creíste eso de que la justicia es verdad. Pero si la gente no hace bisnes y si no

mete la mano, ¿cómo vive? Por eso aquí roba hasta Dios... Y algunos, bueno, tú lo sabes, roban en condiciones.

—Yoyi, ya hace más de diez años que no soy policía, pero antes y ahora siempre he sabido cómo vive la gente... A lo mejor lo que me pasa es que me estoy ablandando demasiado porque me voy poniendo viejo. —Conde tomó la edición original de El negrero y la apartó, pues necesitaba revisar el cosido del lomo. Alcanzó el siguiente, uno de los censos, y empezó a lijarlo como si lo acariciara.

—Claro, suma eso..., ya estás temba —admitió el Palomo, sonriente—. Y los años aflojan a la gente. Bueno, voy a bañarme, esta noche parto para la discoteca con una ninfa. Dime, ¿quieres que vaya contigo mañana a tirar un vistazo en la casa ésa?

Conde dejó el libro en la mesa y terminó su trago. Pensó la respuesta.

—Está bien. Son muchos libros y entre los dos despalillamos aquello más rápido... Pero déjame advertirte bien: esa biblioteca la encontré yo, y si vas, yo soy el que manda, ¿okey? No quiero marañas con esas pobres gentes...

—Así que pobres gentes. —El Palomo se sacó la camiseta y el Conde vio cómo la cadena de gruesos eslabones dorados, con una enorme medalla en la que sobresalía la figura de santa Bárbara, reposaba sobre el promontorio pectoral del joven—. ¿El hombre no fue mayimbe del ejército y después estuvo metido en una corporación? ¿No te dijeron por qué lo sacaron de ahí y lo tiraron a mierda? ¿Así que tú crees que son pobres gentes?... Dale, está bien, tú mandas. Te lo juro, men.

—Te llamo mañana antes de salir —y el Conde se puso de pie, con un nuevo cigarrillo en la boca.

—Oye, Conde, ¿y qué vas a hacer con ese dinero que te ganaste hoy? —le preguntó el Palomo, sonriendo con su más pura socarronería.

—Arriba, se acabó la libreta de abastecimientos. Prepárense a tragar como Dios manda... —gritó al trasponer el umbral y golpeó con la palma de la mano el peso compacto de las ochocientas páginas de aquel compendio del buen comer cuyo simple índice le había alterado todos los órganos, glándulas y conductos relacionados con el hambre. Como siempre, la casa del flaco Carlos estaba abierta de par en par, y como siempre, luego de anunciarse con el primer grito, el Conde siguió hacia el fondo, sin más protocolos.

—Dale, estamos aquí —escuchó la voz de su amigo cuando ya atravesaba el comedor, y salió al patio, sombreado por los mangos y los aguacates, con sus troncos cubiertos de consentidas orquídeas, jubilosas por la lluvia reciente. Allí estaban Carlos y su madre, silenciosos, aferrados al último reflejo de la tarde moribunda, como náufragos de una vida que también se les agotaba sin que apareciera un islote salvador en el horizonte.

Conde se acercó a la anciana y le besó la frente, para obtener idéntica recompensa.

—¿Cómo estás, Jose?

—Cada día más vieja, Condecito.

Luego se acercó a la silla de ruedas del flaco Carlos, que hacía veinte años no era flaco y desbordaba su gordura enfermiza sobre los límites de aquel sillón de su condena, y con el brazo libre atrajo hacia su pecho la cabeza húmeda de sudor de su amigo.

—Dime algo, salvaje.

—Aquí, en lo mismo de siempre, tú —dijo Carlos y propinó dos afectuosas palmadas en el estómago vacío del Conde, que percutió como un tambor mal tensado.

Conde ocupó una de las butacas de hierro fundido y suspiró aliviado al sentarse. Miró a Josefina y a Carlos y percibió en la paz del atardecer los efluvios sostenidos del amor que le provocaban aquellos dos seres insustituibles con los cuales había compartido

casi toda su vida y la mayoría de sus sueños y frustraciones, desde el día, cada vez más remoto pero nunca olvidado, en que, en un aula del Pre de La Víbora, le pidió al Flaco una cuchilla para afilar la punta del lápiz y, sin esfuerzos adicionales, descubrieron que podían ser amigos y empezaron a serlo. Luego, la fatalidad o el destino había sellado con un cerrojo invencible aquella relación, cuando Carlos regresó de su fugaz estadía en la guerra de Angola con la médula destrozada por un disparo de fusil salido de un sitio y un odio que él jamás pudo precisar. La invalidez irreversible de su amigo, sometido a varias cirugías inútiles, se había convertido en una carga espiritual asumida por el Conde con un doloroso complejo de culpa —¿por qué Carlos, por qué él?, se había preguntado todos esos años—. Desde entonces, servirle a su amigo de compañía y sostén material se había convertido en una de las misiones sagradas de su existencia, y por eso, durante los años más álgidos de la Crisis, a principios de los noventa, cuando los apagones y las penurias invadieron sus vidas, Conde había invertido cada centavo ganado en su nueva profesión de librero en la búsqueda de las satisfacciones que hicieran posible y llevadera la cotidianidad atrofiada del Flaco. Pero en los últimos tres, cuatro años, cuando la inmovilidad, la obesidad y las insanas orgías de comida y alcohol empezaron a poner en peligro evidente la vida de Carlos —los riñones le fallaban, el hígado se le endurecía, el corazón le palpitaba a ritmos diversos—, Conde se vio en la disyuntiva terrible de negarse a compartir aquellas agresiones o, con pleno conocimiento de causas y consecuencias, ayudar con su aliento y su contribución material al desenlace que su viejo amigo parecía buscar denodadamente: un modo digno de terminar con una vida de mierda, rota para siempre a los veintiocho años. Mario Conde, consciente del peso terrible que asumía con su decisión, optó por la solidaridad militante y se dijo que en la vida y en la muerte su deber era ayudar a su amigo, estar a su lado, y continuó procurándole los recursos y motivaciones para acelerar, del modo más alegre posible, la llegada de una liberación añorada, mediante el sistema lento pero

seguro de envenenar su sangre y tupir sus arterias con la grasa, la nicotina y el alcohol que Carlos ingería en cantidades liberadoras.

—¿Qué tú venías gritando por ahí, Conde? —le preguntó el Flaco.

—Ah, ¿no me oyeron? Claro, por eso los veía tan cándidos y distantes... Pues gritaba que prepararan los colmillos, nos vamos a comer fuera. Reservé una mesa en la paladar de Contreras...

—¿Pero te volviste loco? —Carlos lo miró, con una sonrisa tímida, como si no entendiera lo que debía de ser un mal chiste de su amigo.

—Hoy me gané quinientos pesos de un solo palo. Y mañana debo ganarme el doble, el triple, el cuádruple y pasado más todavía... Mírenme bien, me estoy volviendo rico. Voy a ser un magnate, como dice el Yoyi.

—Mentiroso es lo que te volviste —matizó Josefina—. ¿En qué negocio raro tú andas? ¿Quién ha visto que unos libros viejos valgan tanto?

—Jose, ponte linda, ahorita nos viene a buscar un carro... ¡Coño, es en serio! Estoy enmasao... —insistió el Conde, palmeándose a la altura del bolsillo.

—Vieja, a los locos no se les puede contradecir. Dale, ponte una coba y tráeme una camisa —le pidió Carlos—. Hoy tengo un hambre que trino. Total, lo que no se va en lágrimas se va en suspiros.

—Eso digo yo, y mejor suspiros, ¿no? —ratificó Conde y se puso de pie para ayudar a levantarse a Josefina, que entró en la casa hablando en susurros.

—Flaco, ¿cuántos años tiene ya la vieja?

—Ni sé... Más de setenta, menos de ochenta.

—Se nos está poniendo vieja de verdad —se lamentó el Conde y regresó a su butaca.

—Cambia el tema —exigió Carlos—. A ver, ¿qué cosa es eso? —preguntó, indicando el sobre de papel que el Conde aún sostenía en sus manos.

—Ah, un regalo para tu madre. Un recetario de cocina. Según dicen, el mejor que se ha publicado en Cuba. Pero para abrirlo, la primera condición es tener delante una mesa con bastante comida, porque si no, uno se puede morir de hambre en la primera receta... Por eso nos vamos a la paladar de Contreras.

—¿Contreras? —Se quedó pensativo Carlos—. ¿El gordo aquel que fue policía?

—El mismo... Le echaron seis años, cumplió dos, y cuando salió se hizo empresario privado. Con lo que ese gordo le sabe a la calle, ya debe de ser rico de verdad.

—¿Te has fijado, Conde, cuántos que fueron policías y militares andan viviendo ahora de los negocitos esos?

—Una pila. La vida es la vida y casi todos se las han arreglado para escapar... Pero hoy me encontré con uno que fue mayor del ejército y la verdad es que está a punto de morirse de hambre... Bueno, el que me vendió los libros —y agregó con entusiasmo—: Flaco, no te lo puedes imaginar, de verdad encontré una mina de oro. Tienen libros que valen ni se sabe cuánto... Mira éste: es una maravilla, con ilustraciones de Massaguer y todo. Bueno, ahorita vamos a comer, así que oye esto.

Conde se atrevió a abrir la primera página y, tratando de encontrar el ángulo más apropiado para recibir la luz de la farola del patio y la mejor distancia para su galopante presbicia, leyó:

—¿Gusta usted? «Prontuario culinario y... necesario». Auspiciado por las Madrinas de las Salas Costales y San Martín del Hospital Universitario «General Calixto García»... ¿Qué te parece? Es un recetario exquisito, escrito por la mala conciencia de la burguesía cubana... Este libro está lleno de recetas imposibles...

—Ése es un libro subversivo, tú —concluyó Carlos.

—Casi terrorista.

El Conde, distraídamente, comenzó a hojear el volumen y le fue citando a su amigo, sin entrar en detalles gástricamente alarmantes, los nombres de algunas recetas y mostrando las ilustraciones de Conrado Massaguer, cuando entre las páginas 561 y 562 encontró

una hoja de papel de periódico doblada por la mitad y, con el cuidado que le habían inculcado sus oficios de policía y de librero, la sacó de su sitio y la observó.

—¿Qué es eso, tú? —quiso saber Carlos.

Por estar a salvo del aire y de la luz, la hoja de la revista, de unas quince por diez pulgadas, había conservado casi intacto su color original, levemente verdoso. En el pie de página Conde pudo encontrar la identificación del impreso: *Vanidades*, mayo de 1960. La cara visible de la página hacía la propaganda de unas nuevas lavadoras automáticas de la General Electric a la venta en Sears, El Encanto y Flogar. Convencido de que el papel guardaba otro mensaje más sustancioso, abrió la plana y por primera vez cruzó su mirada con los ojos oscuros de Violeta del Río.

—¿Qué cosa es? —insistió el flaco Carlos, acercando su sillón de ruedas al Conde.

—No sé... «El adiós de Violeta del Río»... Coño, Flaco, mira eso, qué mujer.

A toda plana habían impreso una foto calada de Violeta del Río, enfundada en un vestido de lamé —eso pensó el Conde, aunque nunca en su vida había tocado un vestido de lamé—, ajustado a la estructura de la mujer como una piel de serpiente. La tela, dotada de la capacidad de insinuar la potencia de unos senos embravecidos, dejaba ver unas piernas sólidas, que recortaban la evidencia de las caderas macizas, abiertas desde una cintura estrecha y tentadora. El pelo negro, levemente ondeado, en el más estricto estilo de los años cincuenta, le caía hasta los hombros, enmarcando una cara de cutis terso donde sobresalía la boca, gruesa, provocadora, y aquellos ojos que desde el viejo papel transmitían un vigoroso magnetismo.

—Cojones, qué hembra —reconoció el Flaco—. ¿Y quién era?

—Deja ver... —Y leyó, a salto de líneas—: Violeta del Río..., la excitante bolerista..., la Dama de la Noche..., anunció al final de una presentación memorable que era su última actuación... Dueña y señora del segundo *show* del *cabaret* Parisién... En el momento

cumbre de su carrera... Recientemente grabó el single promocional *Vete de mí*, como adelanto de su *long play Havana Fever*... ¿Tú habías oído hablar de ella?

—No —reconoció el Flaco—. Pero tú sabes cómo eran esas revistas. A lo mejor no la conocían ni en su casa a la hora de bañarse y decían que era la Reina de Saba, ¿no?

—Sí, sí, puede ser. Pero de alguna parte a mí me suena este nombre —comentó el Conde, sin darse cuenta de que su mirada seguía prendida a los ojos negros de aquella mujer de papel, exultante y provocativa, entre los veinte y los veinticinco años, que desde su estatismo y a través del tiempo era capaz de transmitirle un vívido calor.

Josefina regresó, engalanada con el vestido punteado de flores diminutas que utilizaba para sus más importantes salidas: sus periódicas visitas al médico. La anciana se había recogido el pelo y llevaba un color tenue pero brillante en los labios, donde flotaba una tímida sonrisa.

—Vaya, vaya —la observó el Conde, feliz—: la Dama de las noches calientes de La Víbora.

—Estás de paquete, vieja —fue el piropo de Carlos, y de inmediato preguntó—: Ven acá, ¿tú oíste hablar alguna vez de Violeta del Río, una cantante de boleros de los años cincuenta?

Josefina se tocó el labio superior con el pequeño pañuelo que llevaba en la mano.

—No, no me acuerdo...

—¿Qué te dije, Conde? Nadie la conocía...

—Sí, a lo mejor... Pero no sé de dónde me suena... —Y añadió —: Bueno, vamos para el portal, el carro de Tinguaro debe de estar al llegar.

—¿Tinguaro? —preguntó Carlos.

—Sí, el que era policía. Ahora es taxista por cuenta propia, vende tabacos Montecristo, Cohiba y Rey del Mundo, igualitos y hasta mejores que los de la fábrica, y también tiene una brigada de

pintores que te dejan reluciente una casa, un edificio o un mausoleo.
¡Y Tinguaro consigue la pintura, eh!

2 de octubre.

Querido mío:

Qué más quisiera yo que al recibo de ésta te encuentres bien, allá tan lejos y a la vez tan cerca, tan lejos de mis manos y tan cerca de mi corazón, de mis manos que no pueden alcanzarte mientras mi corazón te siente en cada latido, como si estuvieras aquí, junto a mi pecho, de donde nunca debiste haberte separado.

No te imaginas lo que han significado estos días sin verte, agravados por la incertidumbre de no poder calcular siquiera cuánto tiempo durará esta separación. Cada hora, cada minuto, he tenido algún pensamiento para ti, pues acá todo te recuerda, todo existe porque tú exististe y diste tu aliento a cada cosa, a cada persona, pero sobre todo a mí.

En estos días todavía calurosos, cuando en las tardes salgo al patio en busca del refresco de la brisa y veo el follaje de los árboles que fuiste sembrando a través de los años, siento que ese aire, filtrado por el rumor áspero de las hojas del mamey, el susurro de las hojas de la guanábana y el tintineo diminuto de las hojas del viejo flamboyán (tu flamboyán, ¿recuerdas con qué júbilo saludabas cada verano la llegada de sus primeras flores?), es una parte tuya que me llega de la lejanía, y sueño si tal vez una partícula de ese aire estuvo en algún instante dentro de ti y luego, atraída por mi soledad, ha volado sobre el mar para venir a consolarme y alimentarme, a mantenerme viva para ti.

Y tú, amor mío, ¿cómo estás?, ¿cómo te sientes?, ¿qué has hecho en estos primeros días?, ¿has visto ya a tus amigos y socios? Sé que nunca te complació demasiado ese sitio, preferías vivir acá, pero si logras ver esta ausencia solo como un paréntesis en tu vida, de seguro te podrá ser más

llevadera la distancia, y así te conectarás mejor conmigo (pues quiero creer que este tiempo es apenas lo que hago ahora: un paréntesis en medio de una pasión, dolorosamente cortada, pero sólo para reforzarse y seguir hacia su mejor final). ¿No te parece?

De acá hay poco que contar. Yo, paralizada como me siento, creo haberme convertido en enemiga de un tiempo que se niega a pasar, que dilata cada hora y me obliga a mirar el almanaque varias veces al día, como si en sus números fríos estuvieran las respuestas que necesito. Esa sensación de inmovilidad se me hace más patente porque, desde tu partida, no pongo un pie fuera de la casa. Acá está lo que preciso para recordarte y sentirte próximo, mientras en la calle imperan el caos, el olvido, la prisa, la guerra contra el pasado y, sobre todo, está esa gente ilusionada con un cambio, desbordada de júbilo, diría que hasta muy contenta con lo que confían recibir por su fervorosa credulidad, sin pensar que pronto les llegarán las exigencias terribles de la fe sin cuestionamientos que ahora profesan. Mi esperanza es que, como decía tu padre, en este país nada suele durar demasiado, somos definitivamente inconsistentes y lo que hoy parece un terremoto devastador, mañana se disolverá como un pintoresco desfile de carnaval.

Lo peor, sin embargo, es sentir el vacío que ha quedado flotando entre las paredes de esta casa, donde reina el silencio desde que se dejaron de oír las voces de los niños y donde faltas tú, que con tu espíritu marcabas este espacio que ahora resulta inmenso, en el cual me siento desubicada por tantas ausencias.

De tu hijo he sabido muy poco en estos días. Sé que anda por algún rincón perdido de la isla, viviendo a plenitud su aventura revolucionaria. Me lo imagino flaco y feliz, pues está haciendo su vida y su voluntad, con ese carácter de acero que heredó de tu sangre. Tu hija, en cambio, parece retraída,

como triste, pero razones no le faltan para ello, siempre se sintió más cerca de la familia (a pesar del respeto que tu distancia le infundía) y tu partida le ha arrancado la esperanza de disfrutar alguna vez lo que, por derecho natural, siempre debió tener (perdóname, pero no puedo dejar de decirlo). Por suerte, ella dedica la mayor parte del día a su trabajo y me da la impresión de que allí busca alejarse de la casa, aturdirse con sus tareas, como si quisiera escapar de algo que la persigue, entregándose (¡ella también!), a la nueva vida de un país donde todo parece empeñado en cambiar, empezando por las personas.

Y bueno, ¿cuándo me llamarás? Ya lo sé, después de la nacionalización de la compañía telefónica las comunicaciones andan de mal en peor, pero deberías hacer el esfuerzo, tú no eres como tu abuelo, siempre me acuerdo, al pobre anciano le parecía tan irreal eso de hablar por un tubo con una persona distante, que se negó hasta su muerte a usar el teléfono y prohibió a sus amigos que lo llamaran. En cualquier caso no creo que sea tanto esfuerzo para ti. Lo principal es que desees hacerlo. Yo, como sabes, estoy imposibilitada de intentarlo, pues ni siquiera sé en qué número te puedo localizar. ¡Y me gustaría tanto oír tu voz!

Está bien por esta vez. Sólo quería decirte algo de mí y de mis sentimientos... De mi parte besa a los niños y recuérdales, siempre, cuánto los quiero. Saluda igual a tu hermana y tu cuñado, diles que no sean falsos, alguna vez deberían escribirme. Y tú, por favor, no me olvides: escíbeme, llámame, o por lo menos recuérdame, aunque sea un poco... Porque te quiero siempre, siempre...

Tu Nena.

El estómago desentrenado de Mario Conde se vio en el trance de realizar un esfuerzo especial para albergar primero, y digerir

después, el abrumador compromiso alimenticio que le había impuesto su desconsiderado dueño. Mientras Josefina se conformaba con un filete de pescado a la plancha, una alegre ensalada de verduras y una copa de helado de almendras como postre, Conde y el Flaco empezaron el asedio de sus hambres físicas e intelectuales, históricas y contemporáneas, con cocteles de ostiones y de camarones, destinados a alborotarles el paladar con sabores marinos extraviados en la memoria y disponerlos para perderse, el primero, por la senda salsosa de una carne con papas al más clásico estilo cubano y a lanzarse, el segundo, al pozo oleaginoso del lacón con garbanzos destinado a hacerlo transpirar por cada uno de sus muchísimos poros. Entonces, con el cuerpo ya caliente, como corredores de fondo que han encontrado su mejor paso, compitieron a ver quién comía más arroz con pollo, servido en proporciones exageradas —de arroz y de pollo, como gesto amable de la casa—, para terminar compartiendo una *pizza* de jamón que el Flaco había insistido en pedir para rellenar un huequito sobreviviente que clamaba su horror vacui. Como epílogo ambos escogieron las torrejas, bien cargadas de almíbar perfumado con anís y corteza de limón verde, y no se negaron, gentiles como solían ser en semejantes circunstancias, a probar el arroz con leche llovido de canela que el gordo Contreras preparaba él mismo —según una receta de su bisabuela, una puta andaluza acogida al buen vivir, muerta a los ochenta y ocho años, con un tabaco en la boca y un trago de ron en la mano—. Las dos botellas de vino chileno de Concha y Toro habían sido liquidadas antes de la llegada de los postres y por eso pidieron añejos dobles para limpiar las papilas y acompañar el café, rones que se convirtieron en cuádruples cuando los amigos encendieron los puros de capa delicadísima, obsequiados por el expolicía devenido gastrónomo, quien, al final de la noche, depositó su voluminosa humanidad entre ellos y Tinguaro, para beber juntos una copa de Fra Angelico previamente congelado. La cuenta de setecientos ochenta pesos no sorprendió al Conde, quien luego de pagarle cien pesos a Tinguaro, cerraba felizmente el

que había resultado uno de los días más rentables de su vida con una pérdida de trescientos ochenta pesos y la tranquilizadora convicción de que quizás pudiera atravesar el ojo de una aguja, pues nunca sería rico...

Revolviéndose en la cama, incapaz de leer, Conde sólo se quedó dormido hacia las cuatro de la madrugada, y en aquellas horas de incomodidad, eructos y calor, volvió una y otra vez a su retina, con una tenacidad casi irritante, la imagen recién revelada de aquella Violeta del Río, de quien tampoco el gordo Contreras jamás había oído hablar. Tal vez su persistente instinto policial también se había desvelado con la hartera y le había obligado a advertir algunas incongruencias en aquel hallazgo. La primera y más provocadora era la extraña decisión, sin motivos conocidos, al menos para el redactor de *Vanidades*, por la cual aquella «bellísima y delicada» mujer, «en el momento cumbre de su carrera», dejaba el escenario y, según todas las evidencias, se esfumaba de una manera tan radical que, al parecer, nunca se volvió a saber de ella. ¿Habría salido de la isla, como tantos miles de cubanos por aquellas fechas? Al Conde se le antojaba que ésta era la posibilidad más atendible, aunque no descartaba que Violeta pudiera seguir viviendo en Cuba, bajo su verdadero nombre. —Lucía, Lourdes, Teresa, porque nadie puede llamarse, de verdad, Violeta del Río—, privada y particularmente, lejos del lamé, los micrófonos y las candilejas. No, no era descabellado pensarlo, pues en aquellos años de tantos cambios en la vida del país y de las gentes que lo poblaban se produjeron infinitas transmutaciones políticas, morales, religiosas, profesionales, económicas y hasta deportivas: su abuelo Rufino sufrió como una condena la prohibición de las peleas de gallos y el propio padre del Conde estuvo hasta su muerte sin volver a ver un partido de beisbol, pues no concebía ni aceptaba que hubiese dejado de existir el club azul del Almendares, del cual había sido rabioso fanático cada minuto de los primeros treinta y cinco años de su vida... Pero ningún artista deja de serlo de un día para otro, así, de golpe —como tampoco un policía deja de serlo del todo, a pesar

de los años fuera del oficio, y eso bien lo sabía Mario Conde—. Tal vez por eso lo intrigaba la presencia de aquel recorte, agazapado dentro de un libro de cocina que nadie había abierto en muchos años, como no sólo lo refrendaba su estado de conservación, sino el hecho históricamente probado de que su contenido se había vuelto inútil en un país alimenticiamente racionado desde hacía casi medio siglo. ¿Civet de liebre con ciruelas pasas?, ¿oeufs en gelée au foie-gras?, ¿costillas de ternera Foyot?... ¡No jodan...! Haciendo conjeturas, Conde pensó que el libro debió de haber sido propiedad de la esposa del tal Alcides Montes de Oca, aunque, según recordaba, la mujer había muerto más o menos en 1956, justo cuando se editó el recetario. Si, como aseguraba Amalia Ferrero, su hermano Dionisio dejó de vivir con ellas al triunfo de la Revolución, era poco probable que él hubiera colocado allí el recorte publicado en 1960. En su posible inventario quedaban cinco personas: el difunto Alcides Montes de Oca y sus dos hijos adolescentes, la anciana y ya desmemoriada mamá Ferrero y la propia Amalia. ¿Qué relación podía tener alguno de ellos con una cantante de *cabarets* habaneros de los años cincuenta? El Conde no se lo imaginaba, pero algún vínculo debió de existir entre una de aquellas personas y la evaporada bolerista, la seductora mujer a quien habían bautizado como la Dama de la Noche y que, en algún recodo extraviado de la memoria del Conde, palpitaba como una presencia difusa, casi extinguida, pero todavía capaz de proyectar un reflejo inquietante.

Eran más de las tres de la madrugada cuando el Conde sintió unos arañazos autoritarios en la puerta de la cocina. Sabía que era inútil pretender desentenderse de ellos, pues la persistencia era la característica más acusada del arañador, y se levantó para abrir la puerta.

—Cojones, Basura, ¿éstas son horas de llegar a la casa?

Al borde de la proveyta edad de los catorce años, Basura conservaba intactas sus aficiones de perro callejero y cada noche salía a recorrer el barrio en busca de aire puro, pulgas peregrinas y hembras en celo. Desde que el Conde lo llevara a vivir a su casa,

una noche ciclónica de 1989, aquel maltés apócrifo y pendenciero estableció las reglas de su libertad ineludible y el Conde las aceptó, complacido por el temple del animal que, ahora, advertido por su olfato, ladró un par de veces reclamando su comida.

—Está bien, está bien, voy a servirte la mesa.

Conde salió a la terraza y regresó con la bandeja de metal. Abrió la bolsa repleta de sobras recogidas en la paladar y vertió una parte de su contenido sobre la bandeja.

—Pero vas a comer afuera... —le advirtió el Conde y salió con la comida hacia la terraza—. Y mañana hablamos, porque esto no puede seguir así...

Basura ladró otras dos veces y movió como un rehilete su rabo deshilachado, exigiéndole prisa al hombre.

De vuelta a la cama, Mario Conde se fumó un cigarro. Con los ojos oscuros de Violeta del Río en el fondo de sus retinas, deslizándose su memoria por las ondas profundas de su pelo y la tersura de su piel, recibió al fin el beneficio del sueño y, contra lo que había previsto, durmió cinco horas de un tirón y, al despertar, se sintió defraudado, pues no pudo recordar que hubiese soñado con la mujer hermosa enfundada en un vestido de lamé.

¿Qué coño hago yo aquí?... De pie, en la puerta de la iglesia, Conde respiró con excesiva fruición el aire húmedo que corría por la nave central del modesto edificio de mampostería y tejas donde había entrado por primera vez —en los últimos tiempos lo calculaba, acumulando cifras crecientes— cuarenta y siete años atrás para recibir el sacramento del bautismo. Al fondo, el altar mayor, quizás hasta demasiado discreto, le entregó otra vez la imagen apacible del arcángel Rafael, con su rostro rosado y limpio de ser celestial, inmune a las lacras del mundo. Las hileras de bancos oscuros, desiertos a esa hora de la mañana, contrastaban con el bullicio que el Conde había dejado en la calle, poblada con su abigarrada humanidad de vendedores de churros y pasteles, de transeúntes apresurados y de matadores del tiempo, de vociferantes borrachos matinales acontonados en el bar de la esquina y de los resignados ancianos que aguardaban la demorada apertura de la cafetería donde consolarían sus estómagos devastados.

En los últimos diez, doce años, Conde había comenzado a visitar la iglesia del barrio con sospechosa frecuencia. Aunque nunca había vuelto a asistir a misa y ni siquiera pensara en la posibilidad de arrodillarse junto al confesionario, el impulso de sentarse por unos minutos en el templo desierto, dispuesto a liberar las compuertas de su mente, lo recompensaba con una sensación de sosiego que él insistía en considerar ajena a todo misticismo o necesidad espiritual ultraterrena: fuera de su función esencial, que el Conde no utilizaba —nunca oraba ni pedía nada, pues había olvidado todos los rezos y no tenía siquiera a quién dirigirlos—, la iglesia había empezado a funcionar para él como una especie de refugio donde el tiempo y la vida perdían el ritmo feroz de la supervivencia cotidiana. Sin embargo, su conciencia le advertía que, a pesar de su descreimiento en cuestiones del más allá, existía un sentimiento difuso, todavía impreciso para él mismo, que sin mellar aún su ateísmo esencial, había empezado a penetrarlo y a atraerlo hacia aquel mundo con un magnetismo empecinado. Conde había llegado a sospechar que la mezcla de los años con los desengaños que

desbordaban su corazón terminarían, quizás, por arrojarlo, o en realidad por devolverlo, al redil de los que se consuelan con una fe. Pero la sola idea de que aquella posibilidad se concretara lo aguijoneaba: para el fundamentalismo del Conde por las fidelidades, los conversos podían ser tan despreciables como los renegados y los traidores, pero ser un reconverso casi rozaba lo abominable.

Aquella mañana Conde se sentía al borde de la expectación, pues no entraba en la iglesia en busca de un sosiego pasajero, sino de una improbable respuesta, sin la menor relación con los misterios de la trascendencia, sino con los de su propio pasado, en el más terrenal de los mundos posibles. Por eso, en lugar de sentarse anónimamente en uno de los bancos, atravesó el pasillo central del templo y fue en busca de la sacristía, donde halló, como esperaba, la estampa todavía firme del octogenario padre Mendoza, con la Biblia abierta en el libro del Apocalipsis, en busca tal vez de un pasaje para su próximo sermón.

—Buenos días, padre —dijo y penetró en el recinto.

—¿Ya? —preguntó el anciano, sin levantar la vista.

—Todavía no.

—No te demores mucho —advirtió el párroco.

—¿En qué quedamos? ¿El tiempo del Señor es infinito o no?

—El del Señor sí, el tuyo no. Y el mío tampoco —dijo y al fin miró al Conde, con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué te importa tanto convertirme? —preguntó el Conde.

—Porque lo estás pidiendo a gritos. Te empeñas en no creer y tú eres de los que no puede vivir sin creer. Nada más tienes que atreverte y dar el paso.

Conde tuvo que sonreír. ¿Sería verdad aquello o se trataría de un sibilino razonamiento de aquel cura cargado de artimañas?

—No estoy preparado para volver a creer en ciertas palabras. Además, me vas a exigir cosas que no puedo ni quiero hacer.

—¿Por ejemplo?

—Te las digo cuando me confieses —se escabulló el Conde y, para volver a la tierra, le alargó un cigarrillo al sacerdote, mientras

se colocaba el suyo en los labios. Con su fosforera dio fuego a los pitillos y los hombres quedaron envueltos por el humo—. Vine a verte porque hay algo que quiero saber y a lo mejor tú me puedes ayudar... ¿Desde cuándo conoces a mi familia?

—Desde que llegué a esta parroquia, hace cincuenta y ocho años. Tú ni pensabas nacer... Tu abuelo Rufino, que era más ateo que tú, fue mi primer amigo en este barrio.

Conde asintió y volvió a dudar de las intenciones que lo habían llevado hasta el padre Mendoza. El cura, diestro en aquellas desazones, lo ayudó a dar el paso.

—A ver, ¿qué quieres saber?

Conde lo miró a los ojos y asimiló la confianza que le entregaba la mirada del anciano que una vez le colocara en la boca la pastilla de harina que, según él, era el cuerpo mismo de Cristo.

—¿Alguna vez oíste hablar de una mujer llamada Violeta del Río?

El cura alzó la cabeza, tal vez extrañado por aquellas palabras inesperadas. Fumó un par de veces antes de apagar el cigarrillo en el cenicero y devolvió la mirada al Conde.

—No —dijo, con firmeza—. ¿Por qué?

—Ayer me encontré con ese nombre y, no sé por qué, me suena de alguna parte. Tengo la sensación de que era algo dormido que de pronto se despertó. Pero no puedo ubicar dónde ni por qué...

—¿Quién es esa persona? —quiso saber el cura.

El Conde le explicó, tratando de encontrar en aquella historia sin pies ni cabeza la razón por la cual Violeta del Río le resultaba misteriosa y remotamente conocida.

—¿Qué edad tenías tú en 1958? —le preguntó el cura, mirándolo fijamente.

—Tres años —respondió el Conde—. ¿Por qué?

El viejo meditó unos segundos. Parecía calibrar sus pensamientos y las palabras que debía pronunciar o callar.

—Por esa época tu padre se enamoró de una cantante.

—¿Mi padre? —Reaccionó el Conde, pues las palabras del párroco chocaban contra la imagen estricta y hogareña que almacenaba de su padre—. ¿De Violeta del Río?

—No sé cómo se llamaba, nunca lo supe, así que pudo haber sido esa u otra cualquiera... Por lo que sé, fue un enamoramiento platónico. Pero enamoramiento al fin y cabo. La oyó cantar y embobeció. Creo que la cosa no pasó de ahí. Creo... Ella vivía en un mundo y tu padre en otro: él no la podía alcanzar y parece que lo supo desde el principio. Tu madre nunca se enteró. Es más, yo creía que nadie se había enterado, nada más que tu padre y yo...

—¿Y por qué me suena ese nombre?

—¿Él no te habló nunca de ella?

—Me parece que no, no sé. Mi padre nunca me habló de sus cosas, tú lo conocías. No, no puede sonarme de ahí.

Conde trató de recomponer la imagen monolítica de su padre, con el que nunca logró establecer los puentes de comunicación que tuviera con su madre o con su propio abuelo, Rufino el Conde. Se habían querido, Conde estaba seguro, pero ninguno de los dos fue capaz de expresar jamás, verbalmente, aquel afecto, y el mutismo cubrió casi todos los detalles de sus vidas. Además, concebirlo en bares y *cabarets* a la caza de una hermosa cantante no encajaba con los estereotipos que aquel hombre le legara.

—Pues tiene que haber sido él... A lo mejor te contó un día esa historia y tú la habías olvidado. Un hombre enamorado es capaz de cualquier disparate.

—Eso ya lo sé. Pero él no.

—¿Por qué estás tan seguro? Era un hombre como otro cualquiera.

—Es que hablábamos muy poco.

—¿Y tu abuelo Rufino? ¿No se lo habrá contado a él?

—Tampoco.

—A lo mejor sí, se lo contó al viejo Rufino, y va y tú lo oíste y...

—¿Pero cómo era esa mujer para conseguir que mi padre se enamorara de ella?

—No tengo ni idea —sonrió el cura—, él nada más me contó que la cantante, Violeta o como se llame, se le había metido en la cabeza de mala manera. Tu padre vino a verme porque decía que iba a volverse loco. Aquí mismo me lo contó todo... El pobre.

Conde al fin sonrió. La imagen de su padre enamorado de una cantante de boleros le parecía irreal, pero tan humana que lo reconfortó.

—Así que mi padre se enamoró de una cantante y se babeaba por ella. Y nadie lo supo nunca...

—Yo lo supe —rectificó el cura.

—Tú eres distinto —aclaró el Conde.

—¿Por qué soy distinto?

—Porque eres distinto. Si no, mi padre no te hubiera dicho lo que le pasaba.

—Eso es verdad.

—¿Y por qué nunca le preguntaste el nombre de esa mujer?

—Eso no era importante. Ni para mí ni para él. Fue como una ráfaga de deseo: llegó y le removió la vida. ¿Qué importa un nombre? Yo nada más le advertí que tuviera cuidado, que hay pasos irreversibles —afirmó el cura y se puso de pie, con una queja—. Bueno, voy a prepararme para la misa. ¿Te quedas? Mira que todavía no ha llegado el monaguillo...

—Me vería bonito yo de monaguillo... Sigue esperándome, pero bien sentado... ¿Sabes qué? Si descubro que mi padre se enamoró precisamente de Violeta del Río voy a empezar a creer en los milagros.

No lo pudo evitar: viendo aquellos rostros recordó el júbilo madrugador de Basura ante el banquete de desperdicios; recordó las noches más álgidas de los tiempos de la Crisis, cuando la desolación de su propia despensa lo obligaron a tostar un pan viejo y beber un vaso de agua azucarada; recordó incluso al anciano que varios días atrás le había pedido dos pesos, un peso, cualquier

cosa, para comprar algo de comer. Los rostros ahora felices aunque todavía demacrados con que lo recibieron Amalia y Dionisio Ferrero le confirmaron al Conde que la tarde anterior los hermanos habían llegado al mercado antes de la hora de cierre y, como él mismo, se habían regalado un banquete excepcional que, por falta de entrenamiento gástrico, quizás también les había dificultado el sueño, pero sin que ese contratiempo menor fuera capaz de mermarles la satisfacción de sentirse repletos de comida, a salvo de las punzadas arteras del hambre. Era incluso posible que aquella mañana hubieran desayunado con leche, devolviéndoles a sus papilas aquella satisfacción cremosa, y a lo mejor hasta se habían dado el lujo de untarle mantequilla al pan, y bebido un café verdadero y denso, como el que ahora le brindaban a los compradores, un café tal vez pasado de azúcar, según lo diagnosticaba el paladar experto en cafés del expolicía, pero sin duda real, distinto al polvo bastardo, de granos innobles, que se vendía en cuotas mínimas por la estricta cartilla de racionamiento.

Al llegar, Conde les había presentado a su socio mercantil, y Yoyi el Palomo, ansioso por la proximidad del tesoro, aceleró los trámites protocolares y pidió pasar a la biblioteca, como si se tratara de un almacén de martillos o un contenedor de tijeras.

Amalia se había disculpado, pues debía bañar y alimentar a su madre, ir al mercado —¿todavía le quedaba dinero?— y hacer mil cosas en la casa, pero Dionisio permaneció con ellos en la biblioteca, como si lo hubiera picado la mosca de la desconfianza. Por sugerencia del Conde, los compradores iniciaron el cateo por los libreros ubicados en el sector derecho del recinto, el menos poblado, pues la estantería había sido cortada para dejar espacio al ventanal de rejas labradas, asomado hacia el jardín devenido huerto de supervivencia. Tal como había dispuesto el Conde, empezaron a formar tres grupos sobre la superficie del generoso buró: el de los libros que nunca debían salir al mercado, el de los que interesaban menos o definitivamente no interesaban a nadie, y el de los destinados a la venta inmediata. En el primer grupo Conde fue

colocando ediciones cubanas del siglo XIX a simple vista cotizadísimas y varios libros europeos y norteamericanos, entre los cuales lo puso a sudar de emoción una edición original del *Cándido* de Voltaire y, sobre todo, las exquisitas e invaluables impresiones originales de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas, fechada en 1552, y la de *La Florida del Inca: Historia del adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reyno de la Florida y de otros heroicos caballeros españoles e indios*, hecha en Lisboa en 1605. Pero los libros que más alarmaban al Conde eran las inconcebibles exquisiteces de la bibliografía criolla, algunas de las cuales veía y tocaba por primera vez, como los cuatro volúmenes de la *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba*, de José Antonio Saco, impreso en París, en 1858; *Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba: Arrate-Valdés-Urrutia*, estampado en tres tomos, en La Habana, en 1876 y 1877; los *Anales de la Isla de Cuba*, de Félix Erenchun, impreso en La Habana, en 1858, en cinco sólidos tomos; *Agrimensura aplicada al sistema de medidas de la Isla de Cuba*, de don Desiderio Herrera, también estampado en La Habana, en 1835; la rarísima edición de la *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana*, de don Antonio José Valdés, uno de los primeros libros hechos en la isla, en 1813; y, como si cargara lingotes de oro, trasladó los trece tomos de la *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba*, del controvertido Ramón de la Sagra, editados en París entre 1842 y 1861 y que, de estar íntegro como parecía, debía lucir doscientas ochenta y una planchas, de ellas ciento cincuenta y ocho coloreadas al natural, por lo que su precio podría sobrepasar los diez mil dólares incluso en el mercado menos exigente.

Pero la montaña que crecía, como empujada por fuerzas volcánicas interiores, era la de los libros que podían ponerse a la venta, los cuales, además de calmar la ansiedad de Yoyi, causada por la cantidad de volúmenes considerados invendibles por el

Conde, dieron brillo metálico a las pupilas del joven, convertido en esos momentos en un gavilán en vuelo de rapiña.

Mientras cataban los libros, sorprendiéndose con sus fechas y lugares de impresión, acariciando los lomos de piel rugosa o de pasta histórica, deteniéndose en ocasiones a admirar sus láminas grabadas sobre metal o iluminadas a mano, Conde había sentido cómo regresaba su punzante premonición del día anterior, para advertirle que aún no había penetrado en el camino de asombros que con toda seguridad lo aguardaba en algún rincón de aquel recinto. Sin embargo, no podía evitar la incómoda certidumbre de estar introduciendo el caos en un universo de papel que, por más de cuarenta años, había conseguido navegar a salvo de las iras del tiempo y de la historia gracias a una simple promesa férreamente sostenida.

Cuando otro lote de los libros más codiciados pasó por sus manos —había cargado como a un bebé delicado los volúmenes ya frágiles y profusamente ilustrados del *Paseo pintoresco por la Isla de Cuba*, impresos en 1841 y 1842—, trató de convencerse de que aquellos tesoros podían ser el preámbulo de otros encuentros sorprendentes, y pensó si su premonición no estaría relacionada con la posibilidad tangible de alcanzar la culminación soñada por todos los especialistas de su oficio: hallar lo inimaginable. ¿Habría entre aquellos volúmenes alguno anterior a la *Tarifa general de precios de medicinas*, el escuálido folleto impreso en La Habana por Carlos Habre en 1723 y considerado el primogénito de la tipografía cubana?; ¿podrían encontrarse allí, dormidos pero al acecho, los pergaminos originales capaces de demostrar la escandalosa autenticidad de los escritos gaélicos del mítico Ossian?; ¿y las placas de oro grabadas con jeroglíficos del libro de los Mormones, nunca vistas por nadie desde que Joseph Smith las halló y las tradujo —con la indispensable ayuda divina—, para que luego un ángel cargara con ellas y las llevara de vuelta al cielo, según todos los testimonios? ¿O el nunca descrito ni cotejado original del *Espejo de paciencia*, que supuestamente marcaba en 1608 el nacimiento

de la poesía de temas cubanos y cuya aparición terminaría de una vez con el debate sobre una alevosa superchería o la autenticidad de un poema épico poblado de sátiros, faunos, silvanos, napeas y náyades puras, cristalinas y retozonas, felices de la vida entre bosques y arroyos cubanos, a pesar del eterno calor de la isla?

La fatiga emocional de Conde se impuso al brío mercantil de Yoyi, y a las tres de la tarde dieron por terminada la jornada, tras contabilizar doscientos dieciocho libros vendibles, algunos de los cuales podrían alcanzar precios tentadores, casi todos impresos en Cuba, en México y en España entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX.

—Aquellos vuelven al librero —dijo el Conde, dirigiéndose a Dionisio, e indicó los volúmenes más valiosos—. Y nos quedamos con éstos. ¿Le parece bien?

—Por mí no hay problemas. ¿Y qué hacemos con los que usted dice que no se deben vender? —preguntó el hombre, observando la montaña de los libros fabulosos que el Conde iba devolviendo a un rincón del estante escaldado.

—Eso lo decide usted... Lo lógico es tratar de vendérselos a la Biblioteca Nacional. Todos tienen valor patrimonial. La Biblioteca no paga bien, pero...

—Pero men, yo creo que... —El Palomo no pudo evitar una reacción, rápidamente interrumpida por su socio.

—Sobre eso no hay discusión, Yoyi —y dirigiéndose a Dionisio Ferrero, el Conde agregó—: Pero ya le dije, usted decide. Cualquiera de esos libros vale más de quinientos dólares, otros más de mil y algunos varios miles —y observó la palidez enfermiza que ascendía por el rostro de Dionisio y, para evitarle el infarto, añadió—: Si usted quiere, cuando terminemos hoy, hable directamente con él —y señaló a Yoyi—. Pero yo no entro en esa parte del trato. Mi única condición es que, si no se va a poner de acuerdo con la Biblioteca Nacional o con algún museo, lo haga con Yoyi. Es quien mejor le va a pagar, se lo aseguro.

Dionisio Ferrero, removido por las cifras, tosió, sudó, pensó, tembló, dudó y miró a Yoyi, quien recibió la mirada con los brazos del corazón abiertos y una sonrisa comprensiva en su rostro de ángel.

—La verdad, yo sabía que podían valer bastante, pero no me imaginaba que fuera tanto. Claro, si me lo hubiera oído, ya hace rato... —Dionisio sonrió, feliz ante la perspectiva vislumbrada de un futuro mejor—. ¿Y cuánto me dan por los que han separado?

—Tenemos que hacer cuentas —entró veloz el Palomo—. ¿Nos deja solos unos minutos para ponernos de acuerdo?

—Claro, claro... Así aprovecho y hago café. ¿Agua fría?

Cuando Dionisio salió, el Conde miró a su colega y recibió la mirada criminal que esperaba y merecía.

—Un día te mato, te lo juro. ¿Cómo coño se puede ser tan comemierda? Y de contra le dices que hay libros que valen más de mil dólares...

—Me fui por abajo, Yoyi. ¿Cuánto le calculas a los trece tomos de La Sagra? ¿Y a las primeras ediciones de Las Casas y el Inca Garcilaso? ¿Sabes cuánto dan en Miami por el *Paseo pintoresco*...?

—Pinga por abajo, men. Ni que tú vivieras en Miami o todos los días hubiera compradores que paguen más de mil dólares por un libro de esos.

—Ése es tú problema.

—Pues debería ser el tuyo también. Fíjate, con dos o tres de esos libritos puedes pasarte un año tomando *whisky* y no ese mofuco rompe hígado que le compras a Blakamán y al Vikingo.

—Para emborracharse cualquier cosa es buena... Arriba, sacamos cuentas...

La evaluación de los libros se prolongó una media hora, durante la cual bebieron café dos veces y, por insistencia del Conde, acordaron una cifra que les pareció satisfactoria para todos. Cuando Conde ocupó nuevamente el sofá, Yoyi el Palomo prefirió colocarse junto a una de las ventanas de vidrios coloridos, como el boxeador que en la esquina neutral aguarda el fin definitivo del conteo o la

señal de volver al combate. Los hermanos Ferrero se acomodaron en las butacas y al Conde le resultó patético el nerviosismo evidente de sus gestos, y pensó que el hambre y los principios, la miseria y la dignidad, las penurias y el orgullo son parejas difíciles de armonizar.

—Vamos a ver —dijo—. Hoy escogimos doscientos dieciocho libros... Unos pueden venderse muy bien, otros con mucho trabajo para sacarles un buen precio. Algunos se pueden vender en doce, quince dólares, aunque no es fácil, y otros si acaso en dos o tres... Calculando un treinta por ciento, acá mi colega y yo decidimos hacerles un precio global: tres dólares por libro.

Amalia y Dionisio se miraron. ¿Esperaban más? ¿Se habían engolosinado? Yoyi el Palomo advirtió el recelo de los hermanos y, armado con una calculadora, avanzó hacia el grupo.

—Vamos a ver... Doscientos dieciocho libros, a tres fulas cada uno... son seiscientos cincuenta y cuatro dólares... O sea, seis cinco cinco, para redondear. A veintiséis pesos el dólar... —Y realizó la pausa teatral con la cual, bien lo sabía, derrumbaría cualquier recelo, y para enfatizarlo, simuló que él mismo se asombraba—. ¡Coñó! ¡Diecisiete mil pesos! Les advierto, ningún comprador les va a dar esta cantidad, porque vender libros se ha puesto difícil últimamente... Y les digo más: con lo que hay allá dentro pueden acabarse todos los problemas de su vida...

Conde sabía que las piernas, los estómagos y los cerebros desnutridos de Amalia y Dionisio Ferrero debían de estremecerse con aquellas cifras, como se estremecieron los suyos al imaginarse, esa misma tarde, feliz propietario de unos diez, doce mil pesos, que bien distribuidos le podían garantizar medio año de vida... Y sólo habían revisado una séptima u octava parte de la biblioteca, y su premonición todavía seguía intacta, advirtiéndole que algo extraordinario, aún inasible, sucedería en aquella habitación. ¿De verdad terminaría esa historia haciéndose rico, gracias al hallazgo de un incunable a cuyo magnetismo —en términos monetarios— ni siquiera su ética se podría resistir?

—¿Cómo prefieren el dinero, en pesos o en dólares? —Trató de rematar el Palomo y, como siempre, los hermanos se consultaron visualmente y el Conde descubrió en aquellas miradas un gusano hasta ese instante oculto: el de la ambición.

—Cuatro dólares por libro —soltó Dionisio, recuperando la fuerza verbal de ordeno y mando que debió de utilizar en sus tiempos gloriosos de militar en campos de batalla.

Yoyi sonrió y miró al Conde, como diciendo: «¿Ves?, son unos cabrones y no unos infelices. Son unos artistas...».

—La mitad en pesos cubanos y la mitad en dólares —añadió Dionisio, dueño ya de la situación—. Es una oferta justa y no hay discusión...

—Okey —dijo Yoyi, sin atreverse a contradecirle, pero haciendo evidente su insatisfacción—. Son veintidós mil seiscientos setenta pesos. Les pago diez mil ahora y el resto y los dólares mañana.

Y extendió una mano hacia el Conde, para recibir el fajo de los tres mil que le entregara el día anterior y sumarlos al dinero que había sacado del canguro colgado debajo del estómago. Separó dos paquetes y se los entregó a Dionisio, dándole con los billetes un leve golpe en la mano abierta.

—Cinco mil en cada fajo. Cuéntelos, por favor. Le estoy debiendo mil trescientos pesos y cuatrocientos treinta y seis dólares —le aclaró al exmilitar, cuya seguridad había vuelto a esfumarse apenas recibida la ofensiva de los billetes.

Mientras Dionisio, ensimismado, contaba el dinero, Amalia no sabía dónde posar sus ojos acuosos, que resbalaban constantemente hacia el dinero manipulado por su hermano, dedicado a hacer montañas de cien, y luego de mil, sobre la mesa de centro. Sin poder contenerse, la mujer se llevó uno de sus dedos a la boca y empezó a morder la piel que rodeaba la uña, lacerada más allá del borde del dedo, y en su rostro afloró una sombra de dolorosa satisfacción autofágica.

—Por cierto, Amalia —el Conde, atragantado con la pregunta, decidió aprovechar el momento de éxtasis de la mujer—, ¿usted

sabe quién es Violeta del Río?

Al Conde le pareció auténtica la expresión de extrañeza e incompreensión con que lo observó Amalia, que de mala gana abandonó su afición caníbal.

—No sé... ¿Por qué?

—¿Y usted, Dionisio?

Dionisio apenas levantó la mirada del dinero, pero interrumpió el conteo.

—Nunca la había oído mentar —y reanudó su labor.

El Conde les habló brevemente del hallazgo del recorte y se dirigió a Amalia.

—¿Y su mamá? ¿Podría saber algo?

—Ya le dije que está ida...

—Pero a veces los viejos recuerdan cosas del pasado. ¿Podría preguntarle?

—No... No tiene sentido que lo haga —ratificó Amalia, como si le doliera admitirlo, y agregó—: Perdón, voy al baño.

La mujer atravesó las columnatas de mármol y Dionisio, desentendido de todo lo que no fuera contar billetes, se concentró más aún en su faena.

—¿Y por qué te importa esa mujer, Conde? —quiso saber Yoyi, con una sonrisa irónica en sus labios.

—No sé..., no sé —mintió el Conde, incapaz de confesar su descubrimiento de esa mañana, y agregó—: ¿Quién de los vendedores de libros es el que más sabe de discos viejos?

—Pancho Carmona. Acuérdate de que antes vendía discos.

—Hoy quiero verlo.

—Lo que yo digo —movió la cabeza el Palomo—, estás más loco que una chiva, te lo juro, men.

—Correcto —los sorprendió la voz de Dionisio.

—Podemos llevarnos todos los libros, ¿verdad? —preguntó Conde, presumiendo que su cara de hombre decente pudiera haber perdido cualidades de un día para otro.

—Sí —dijo Dionisio, luego de una vacilación—. No hay problemas.

—Pues andando. Voy a buscar unas cajas. Tengo mi carro allá fuera —anunció Yoyi y salió.

Amalia regresó del interior de la casa y volvió a ocupar su sitio a la vera de su feliz hermano.

—Y bueno... —Comenzó Dionisio—. Mañana nos traen el dinero que falta, ¿verdad?

—Claro que sí —aseguró el Conde—. No se preocupe. Hay que seguir sacando libros... Por cierto, Dionisio, y perdóneme la curiosidad: ¿por qué se fue usted de la corporación donde trabajó después que lo desmovilizaron del ejército?

Dionisio miró a Conde, extrañado por la pregunta, y luego a su hermana, que había puesto aquella historia en manos del librero.

—Porque allí pasaban cosas que no me gustaban. Y yo también soy un hombre decente. Y un revolucionario, no se olvide de eso.

Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde solían ser las más feraces para los vendedores de libros viejos acantonados en la plaza de Armas, a la sombra de los falsos laureles, la estatua del Padre de la Patria, y los adustos palacios donde se sostuvieron las riendas de un poder colonial que consideró a la isla como una de las joyas más preciadas de su corona imperial. Las hordas de turistas extranjeros, ansiosos unos, aburridos otros por la obligación de zambullirse en un programado baño de historia, habitualmente abrían o cerraban su periplo de la ciudad antigua justo en las inmediaciones de la que una vez fuera su plaza mayor. A pesar de que los vendedores de libros siempre los recibían como clientes potenciales aunque demasiado veleidosos, la experiencia les había demostrado que sólo con cierta dificultad y mucha verborrea persuasiva se les podía hacer tragar algún libro, generalmente poco significativo por su valor histórico o bibliográfico: aquella turba de empleados públicos, pequeños comerciantes,

pensionados ahorrativos, viejos militantes ya sin militancia pero empeñados en ver con sus propios ojos el último reducto del socialismo más real, sumados a los trasnochados de las más diversas especies, convencidos por sus hábiles agentes de viaje de que Cuba era un paraíso de bajo costo, tendían a ser adictos a otras pasiones más elementales —sensuales, climáticas, y a veces hasta ideológicas—, distintas de la bibliofilia.

En realidad, el muestrario de libros desplegado en la histórica plaza era apenas las sobras exhibibles del verdadero banquete. Porque los libros valiosos, los que podían encontrar sin titubeos la ruta hacia las subastas donde lucirían en la frente cifras de tres y cuatro dígitos, tenían prohibida su venta pública y nunca llegaban a los modestos tableros de venta. Aquellas *delicatessen*, por lo general, estaban predestinadas a compradores más o menos establecidos: algunos diplomáticos bibliófilos; corresponsales de prensa y negociantes extranjeros radicados en Cuba, con dólares suficientes para comprar joyas de papel; unos pocos cubanos enriquecidos por vías legales, semilegales o totalmente ilegales, decididos a invertir en valores seguros; además de algunos amateurs que visitaban con cierta frecuencia la isla y habían establecido ya sus preferencias en los rubros de la literatura, el tabaco y las mujeres. Sin embargo, los verdaderos destinatarios de las rarezas bibliográficas invisibles eran varios tratantes profesionales de libros valiosos, especialmente españoles y mexicanos, más algunos cubanos radicados en Miami y Nueva York, proveedores de subastas o dueños de librerías promovidas incluso en Internet. Estos especialistas habían descubierto a principios de los noventa el filón habanero, destapado en los años más arduos de la Crisis, y al principio llegaban dispuestos a comprar lo que buenamente les pudieran ofrecer sus desesperados colegas cubanos. Luego, establecidas las conexiones precisas y comprobada la profundidad de la mina, cambiaron el estilo y en cada viaje empezaron a aparecer con una lista de golosinas exóticas ya solicitadas por clientes empeñados en tener un título

específico, de un autor con nombre y apellidos, en una edición determinada. Esta trata subterránea resultaba con mucho la más productiva, a la vez que la más peligrosa, pues las autoridades cubanas habían llegado a saber cómo algunos vendedores de libros, en contubernio con empleados de las bibliotecas, habían sacado del país verdaderos tesoros del fondo bibliográfico cubano y universal e, incluso, manuscritos definitivamente irrecuperables. Pero erradicar aquella práctica desangrante resultaba casi imposible, pues en algunas ocasiones la fuente proveedora era el bibliotecario que gana doscientos cincuenta pesos al mes, el cual difícilmente puede resistirse a una oferta de doscientos dólares —su sueldo de veinte meses— por extraer una papelería o un volumen solicitado por algún comprador enfáticamente interesado. Aquel saqueo sordo había obligado a las bibliotecas cubanas a poner bajo siete llaves sus libros más valiosos, aunque nadie había logrado cerrar el goteo de un grifo irreparable, gracias al cual algunos encontraban solución transitoria a sus calamidades materiales.

Pancho Carmona gozaba de la fama de ser el más recurrido de los ofertores de joyas bibliográficas. En su tarjeta de presentación se anunciaba pomposamente como especialista en libros raros y valiosos, aunque su negocio tenía tentáculos en ramos afines como las artes plásticas, los muebles de estilo, las joyas de Tiffany's y las más diversas antigüedades. Tres veces a la semana Pancho montaba su muestrario de exquisiteces permitidas en la plaza de Armas, y los otros tres días en la sala de su casa, en la calle Amargura, donde había organizado una especie de librería a la cual sólo tenían acceso clientes de confianza o muy bien recomendados, que un mes eran invitados a sentarse en unos muebles Luis XVI, otro en butacas del Segundo Imperio y el siguiente en mullidos sofás estilo Liberty, siempre a la sombra de algún clásico de la pintura o la gráfica cubana, iluminados por renovadas lámparas *art-nouveau* y rodeados de vidrios de Murano o Bohemia, dispuestos a emprender un viaje ultramarino. Pero todos los colegas del negocio sabían que en ninguno de los dos sitios era posible ver los libros más

candentes, aunque nadie conocía a ciencia cierta dónde estaba el nicho secreto de Carmona, cuyos verdaderos contactos iban a verlo directamente, apenas llegados desde Madrid, Barcelona, Roma, Miami y Nueva York.

Pancho, que durante veinticinco años había vivido de su salario como dibujante industrial, se había especializado en el comercio de los libros cuando éste comenzó a ser ascendentemente rentable, y el de la venta de discos, al que en ese momento se dedicaba, había dejado de serlo, justo con la llegada de una Crisis que, para él, había resultado de la más abundante cosecha. A diferencia de los otros librereros, desde el principio Carmona tuvo la intuición de que el verdadero filón no estaba en el discreto ejercicio de comprar libros viejos a dos pesos y venderlos a diez. Lo que se imponía, pensó, era saltar al vacío de las inversiones en serio. Por eso, apenas iniciado en el negocio, se atrevió a pedir un préstamo, luego de haber vendido el televisor, el refrigerador y el aire acondicionado, soviéticos todos —obtenidos gracias a su antigua condición de obrero ejemplar—, para acumular los fondos requeridos y adquirir rarezas bibliográficas escondidas por años y desenterradas por las acechanzas del hambre, pagando buenos precios para eliminar dudas de los magros propietarios y rivalidades de competidores. En unos meses Pancho acumuló varias decenas de volúmenes de ensueño, a los cuales puso precios de venta altos pero justos y, con la paciencia más sólida, al filo de la inanición, se había sentado a esperar la chispa generadora del incendio. El cielo se abrió para él cuando, ya al borde de la desesperación, un comprador llegado de Madrid puso en sus manos doce mil dólares de 1994 por un pequeño lote que incluía una *Historia general y natural de las Indias*, de Fernández de Oviedo, madrileña y de 1851; la *Isla de Cuba pintoresca*, de Andueza, madrileña también, pero de 1841; el *Essai Politique sur l'Île de Cuba*, del barón de Humboldt, en dos tomos parisinos de 1826; el clásico *Tipos y costumbres de la isla de Cuba*, ilustrado por Víctor Patricio de Landaluze, en su edición habanera de 1891; la extraordinaria impresión cubana de *Las comedias de*

Don Pedro Calderón de la Barca, editadas en La Habana en 1839 e ilustradas por Alejandro Moreau y Federico Mialhe; y los seis tomos preciosos y siempre perseguidos de *La historia de las familias cubanas*, escrita por Francisco Javier de Santa Cruz y Mallén, conde de Jaruco y de Santa Cruz del Mopox, en su sólida edición de 1940-1943.

A partir de entonces el ya potentado Carmona se especializó en la compra y venta de libros y objetos capaces de alcanzar precios respetables en las subastas europeas y norteamericanas. A su casa iban a verlo, casi a diario, los desesperados poseedores de reliquias familiares que habían sobrevivido a terremotos anteriores, quienes anhelaban, cuando menos, oír cifras razonables por sus libros, muebles y adornos, y, siguiendo el sendero ya desbrozado, los más serios compradores recalados en la isla, en busca de las muchachas en flor que sólo Carmona, con toda seguridad, era capaz de ofrecerles.

Sus años en las catacumbas del giro habían hecho de Pancho Carmona un vademécum viviente, al cual acudían sus colegas para orientarse respecto a precios, posibilidades de existencia y probables fuentes de suministro o de compra. Como verdadero especialista, el librero sólo ofrecía consultas los tres días de la semana que trabajaba en la plaza de Armas y —para los compañeros de oficio— cobraba un precio fijo y módico: la invitación a un café en la terraza del restaurante La Mina, en uno de los laterales de la plaza de Armas.

—Un café y dos cervezas —pidió Yoyi el Palomo cuando ocuparon la mesa más cercana a la entrada.

Desde allí Pancho mantenía bajo vigilancia su tarima, al cuidado del sobrino encargado de montarla y, al cerrar la jornada, trasladar los libros hacia la casa de Amargura.

—El café es para mí, Lento —le advirtió Pancho al dependiente, para evitar el mal trago de una infusión cargada de agua—. Estabas perdido, Conde —dijo luego, dándole fuego al cigarrillo que siempre empezaba a fumar antes de beber el café.

—El negocio va en picada, Pancho. Ya es difícil encontrar lo que a ti te gusta...

—Sí, se está poniendo duro. Cada vez hay menos de donde sacar. *Tutto è finito* —admitió el hombre, pero el Palomo, eufórico, interrumpió su lamentación.

—Pues mira, el Conde encontró una veta madre.

—¿Sí? —Apenas preguntó Pancho, vacunado contra aquellas exaltaciones.

—¿Qué te parece una primera edición del *Cándido de Voltaire*?

—Soltó el Palomo—. ¿Y una del padre Las Casas de 1552, o una *Florida del Inca* de 1605, y la *Historia de la Isla de Cuba*, de Valdés? ¿Y qué me dices de los trece tomos de la *Historia de Ramón de la Sagra*, nuevecitos, con todas sus ilustraciones...?

Los ojos de Pancho Carmona fueron cobrando brillo con cada promesa y no pudo evitar la exclamación.

—¡Cojones! ¿Cuándo me dan la lista de lo que tienen?

—Todo lo que te mencionó el Palomo está fuera de la venta —intervino el Conde—. Pero tenemos otras cosas que te pueden interesar...

—En una semana —rectificó el Palomo, desentendiéndose de la mirada asesina de su socio—. Cuando te digo que es una mina...

—Miren a ver si les aparece por ahí un ejemplarcito con todas sus ilustraciones de *El libro de los ingenios* y la edición de las poesías de Heredia de 1832. Tengo un comprador loco por ellos y el hombre es de los que paga sin protestar... Les arreglo el negocio por un diez por ciento.

—¿Y cuánto puede valer el de Heredia? —quiso saber el Conde.

—Esa edición, que es la más completa y que Heredia tipografió él mismo, anda ahora por arriba de los mil dólares, aquí en Cuba. Fuera... tres mil y más. Y si está autografiada... Y bueno, ¿dónde coño encontraron esa biblioteca?

El Palomo sonrió, miró al Conde y luego a Pancho.

—¿De qué tú me ves cara a mí, Panchón?

El otro también sonrió.

—Está bien. Entre tiburones...

—El único problema es que éste no quiere meterse en esa candela —dijo Yoyi señalando al Conde.

—Nunca he querido —aclaró el Conde y sirvió en un vaso la cerveza helada.

—A ver, Pancho, dile algo ahí que lo convenza —pidió el Palomo y el librero sonrió.

—¿Para convencerlo o para matarlo de un infarto?... Ahí va: ¿ustedes saben lo que tiré el otro día? —Bajó la voz—. Los dos tomos de la primera edición de 1851 y 1856 de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, de Felipe Poey... con el ex libris de Julián del Casal.

—¿No jodas, men? —Se asombró Yoyi—. ¿En cuánto?

—Dos mil papeles verdes, para no discutir mucho... —Y sonrió, llevándose el café a los labios.

—¿Y de dónde salió eso? —quiso saber el Conde.

Pancho negó con la cabeza ante la ingenuidad de la pregunta.

—Está bien, está bien... Secreto de guerra.

—De todas maneras tráiganme una lista. Seguro hacemos negocio.

—¿Y qué tú haces con toda esa plata, Pancho? —Seguía intrigado Yoyi, que no escondía su admiración.

—Eso no se dice, niño. Pero sueño: sueño con tener una librería de verdad, con muchos libros, muy iluminada, con una cafetería al fondo, y me veo sentado allí, como un pachá, así, con mi café, mi cigarrito, recomendando libros... Mientras espero que llegue ese sueño, vendo en la sala de mi casa y en esa tarima de palo que está ahí.

—Cuando yo sea grande quiero ser como tú, Panchón, te lo juro —dijo el Palomo y el Conde sabía que en esa ocasión no juraba en vano.

—Bueno, no hablen más mierda —interrumpió el Conde—. Pancho, ando averiguando por un *single* que se llama *Vete de mí*. Creo que es un 78...

Pancho Carmona apenas necesitó unos segundos para mover el mouse de su computadora mental.

—Es un 45, de una tal Violeta del Río. Lo grabó la casa Gema, creo que en 1958 o a principios de 1959. Tenía por una cara *Vete de mí*, de los hermanos Expósito, y por la otra *Me recordarás*, de Frank Domínguez. Una vez tuve uno y trabajo me costó venderlo.

Al escuchar la descripción del disco, que al fin cobraba corporeidad real, el Conde había sentido un júbilo inesperado, como si Pancho Carmona le diera una imprescindible respiración a su extraña curiosidad.

—¿Y no lo oíste? —quiso saber.

—No, no me dio por oírlo...

—¿Y a quién se lo vendiste?

—Ahora mismo no me acuerdo...

—Claro que te acuerdas, piensa un poco.

—Lento, otro café —se adelantó Yoyi—. Mira a ver, que es para Pancho. Y dos láguers más...

Pancho encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Qué fue de la vida de esa cantante? —Ansioso, el Conde se llevó un cigarrillo a los labios.

—Ni puta idea. Yo nunca había oído hablar de ella... El disco me cayó en las manos hace como quince años... Deja ver —y Pancho Carmona cerró los ojos, según él, para ver: quizás leía las listas de compra y de venta grabadas en su cerebro. Al fin levantó los párpados—. Ya, ya, se lo vendí en un lote al cegato ese que escribe de música...

—¿Rafael Giró?

—Ese mismo...

—¿Y qué más sabes de esa cantante, Pancho?

—Ni cojones. ¿O es que tú te crees que tengo que saberlo todo?

—Por dos cafés de a dólar podrías saber más, ¿no? —dijo Conde y le palmeó el hombro al oráculo de la calle Amargura, el hombre que soñaba con ser propietario de una deslumbrante librería donde además se vendería el mejor café de La Habana.

Aquel Chevrolet fabricado en 1956, modelo Bel Air, de cuatro puertas y sin columnas, era considerado por los expertos como uno de los carros más «machos» que rodaban por las devastadas calles de La Habana. Conducirlo, mover con suavidad la palanca horizontal de los cambios y escuchar la conjugación armónica de su velocidad y su potencia, sentirlo deslizarse pesado, seguro, orgulloso, recibir el aire que penetraba por las ventanillas amplias como sonrisas felices, constituía para Yoyi el Palomo la sensación más cercana al clímax erótico que conocía.

Cuando Yoyi lo adquirió, dos años antes, ya aquel Bel Air 56 era un auto llamativo, gracias a su porte clásicamente distinguido y a sus cromados intactos de máquina siempre alojada en garaje techado. Pero cuando pasó a ser propiedad del recién graduado ingeniero, gracias a los siete mil dólares ganados en una simple transacción mercantil de una pintura de Goya que cambió de manos y voló con rumbo desconocido, su tío, el más famoso mecánico especializado en aquella marca de autos —al punto de ser conocido en La Habana como Paco Chevrolet—, invirtió su cotizada sabiduría en el empeño de convertir el vehículo del sobrino en una reliquia rodante. Para ello le rectificó el motor, procurando concentrar su potencia, y lo equipó con piezas auténticas, a las que añadió filtros, carburadores y sensores capaces de multiplicar su calidad mecánica y su rumorosa eficiencia de maquinaria perfecta, hecha para la eternidad. Luego, la carrocería fue lijada hasta la lata, para concederle un lustre deslumbrante a la superficie de la máquina cuando la pintaron con una laca especial de brillo metálico recomendada por la Ferrari, en una combinación del azul celeste para el capó, el maletero, los guardafangos y puertas, con el blanco reluciente, utilizado sólo para el techo y dos cuñas laterales. Engalanado, finalmente, con faroles halógenos traídos de Miami y gomas Firestone de banda blanca llegadas de México, el Chevrolet Bel Air 1956 tuvo un esplendor quizás hasta superior al de los días

remotos en que había salido de la planta automotriz de Detroit, sin que sus fabricantes pudieran imaginar que cincuenta años después seguiría siendo el modelo de auto más bello, equilibrado y elegante que jamás hubiera rodado en la Tierra.

El Bel Air avanzaba por la avenida del Malecón y el Conde, acomodado en el largo asiento forrado de vinyl beige imitación piel de cerdo, dividió su interés entre la música de Marc Anthony —emitida por el reproductor de CD oculto en la guantera y proyectada a través del sistema cuadrofónico de audio que el Palomo había incorporado, sin sacrificar la radio Motorola original, mantenida en su sitio de privilegio en la pizarra del auto— y la observación del mar apacible, dorado por el último sol de la tarde de estío, aquel mar tropical y magnético siempre empeñado en hacerlo evocar su sueño ya moribundo de tener una pequeña casa de madera, a la orilla de una playa, donde dedicaría las mañanas de su imaginación a escribir alguna de las novelas que todavía planeaba, las tardes a pescar y deambular por la arena, y las noches a disfrutar de la compañía y el calor húmedo de una mujer, olorosa a algas, brisa marina y flores de efluvios nocturnos.

—Yoyi —se sintió hablar, casi como una explosión ajena a su voluntad—, ¿hay algo que te gustaría mucho tener y nunca has podido conseguir?

El Palomo sonrió sin quitar la vista de la avenida.

—¿Y esa descarga, men? Una pila de cosas..., te lo juro.

—Anjá, pero de esa pila, ¿no hay ninguna muy especial?

El muchacho movió la cabeza, negando algo que sólo él sabía.

—Antes de comprar este carro daba la vida por tener un Bel Air. Ahora lo tengo y no sé..., creo que... Sí, claro, me hubiera gustado alguna vez estar en un concierto de Queen. Con Freddy Mercury, por supuesto...

—Qué bien —admitió el Conde, pues esperaba una respuesta menos espiritual.

Aquel sueño frustrado del Palomo hablaba de una sensibilidad perdida o atrofiada en la lucha por la subsistencia, y remitía a un

estado de pureza anterior a la conversión del muchacho en un predador con seis garras en cada pata.

—Y ahora que lo pienso —siguió el Palomo después de un silencio—, también me hubiera gustado mucho saber bailar bien. Te lo juro. Me encanta la música pero soy malísimo bailando.

—Igual que yo —admitió el Conde y se impulsó—. ¿Y has pensado alguna vez qué esperas de la vida?

Yoyi lo miró un instante.

—No me la pongas tan dura, men. Tú sabes que aquí hay que vivir el día a día y no pensar demasiado. Ése es uno de tus líos, piensas más de la cuenta... Ahora mismo, ¿por qué te picó tan fuerte la mosca esa de saber dónde se metió la tal Violeta del Río?

Conde echó un vistazo de despedida al mar, antes de iniciar el descenso por la rampa del túnel que pasaba bajo el río.

—Debe de ser porque soy obsesivo compulsivo...

—¿Además de eso, además de eso? —quiso saber Yoyi.

—Todavía no lo sé —confesó el Conde—. Puede ser simple curiosidad, rezagos de cuando fui policía, o algo que todavía no entiendo... ¿Sabes una cosa? Las historias y los personajes de los años cincuenta son mi Bel Air. Es como una fascinación por vivir esa época tan extraña con los recuerdos de otras gentes... Pero lo que más picazón me da en esa historia es que me parece demasiado raro que esa mujer, cuando era más famosa, se retirara y desapareciera, y que ahora nadie se acuerde de ella, ¿verdad?... ¿Y tú, por qué quisiste traerme a casa de Rafael Giró?

—Tampoco lo sé... Por acompañarte, creo. Tú eres el personaje más loco y más comemierda que conozco, pero me gusta andar contigo. ¿Sabes qué, men? Tú eres el único tipo legal con quien trato en éste y en todos mis negocios. Eres como un cabrón marciano. Como si fueras de mentira, vaya.

—¿Y eso es un elogio? —quiso saber el Conde.

—Más o menos... Tú sabes, uno vive en una selva. Desde que sales del cascarón estás rodeado de buitres, gente empeñada en joderte, sacarte dinero, tumbarte la jeva, en denunciarte y verte

escachao para ellos ganar puntos y subir un poco... Hay una pila de gente que está por escapar, por no complicarse la existencia, y la mayoría lo que quiere es ir echando, poner agua por medio, aunque sea pa' Madagascar. Y al carajo los demás... Sin esperar mucho de la vida.

—Eso no se parece a lo que dicen los periódicos —lo aguijoneó Conde, para verlo saltar, pero Yoyi le resultó demasiado ágil.

—¿Qué periódicos? Una vez compré uno, para limpiarme el culo, y me lo dejó medio sucio, te lo juro...

—¿Alguna vez oíste hablar del hombre nuevo?

—¿Qué cosa es eso? ¿Dónde lo venden?

A la altura de la avenida 51 y la calle 64 el Palomo dobló a la derecha y buscó el número que les había indicado Pancho Carmona.

—Ahí vive el cegato. Míralo, está en el portal —dijo y arrimó el auto a la acera—. No me tires la puerta, men, esto es un carro de verdad y no una lata de carne rusa con ruedas...

Conde apenas soltó la portezuela del auto, y la vio cerrarse suavemente, atraída por su propio peso. Atravesó el pequeño jardín y saludó a Rafael Giró. Le explicó que eran amigos de Pancho Carmona, y le despertó el orgullo al comentarle que había leído su libro sobre el mambo y le había parecido excelente.

—¿Y a qué vienen? ¿A venderme un libro? —preguntó Rafael, sin detener el balanceo de su sillón de madera. Sus ojos parecían dos lámparas redondas y potentes detrás de los gruesos lentes concéntricos de sus espejuelos de tosca armadura plástica, lamentable imitación de carey.

—No, no... Pancho nos dijo que hace como quince años le vendió un disco de Violeta del Río, aquella bolerista...

—La Dama de la Noche —dijo Rafael justo cuando el Palomo se incorporaba al grupo.

—¿Usted la conoce? —Se atrevió el muchacho y se dejó caer en uno de los sillones, sin haber sido invitado a sentarse.

—Claro que la conozco. ¿O tú te crees que yo soy como esos musicólogos, bueno, se dicen musicólogos, que hablan de música sin oírla y sin escribir un puñetero libro en toda su repuñetera vida...? A ver, siéntate —le dijo al fin, dirigiéndose al Conde, y éste ocupó otro de los sillones.

—Es que le hemos preguntado a varias gentes...

—Sí, casi nadie se acuerda de ella. Nada más grabó un disco, y como trabajaba en clubes y *cabarets*... Imagínense que en esa época, en La Habana, había más de sesenta clubes y *cabarets* con dos y hasta tres espectáculos por noche. Sin contar los restaurantes y los bares donde había tríos, pianistas y hasta conjunticos...

—Increíble —dijo el Palomo, sinceramente asombrado.

—¿Se imaginan cuántos artistas tenía que haber para mantener ese ritmo? La Habana era una locura: yo creo que era la ciudad con más vida de todo el mundo. ¡Qué carajo París ni Nueva York! Demasiado frío... ¡Vida nocturna la de aquí! Verdad que había putas, había drogas y había mafia, pero la gente se divertía y la noche empezaba a las seis de la tarde y no se acababa nunca. ¿Te imaginas que en una misma noche podías tomarte una cerveza a las ocho oyendo a las Anacaonas en los Aires Libres del Prado, comer a las nueve con la música y las canciones de Bola de Nieve, luego sentarte en el Saint John a oír a Elena Burke, después irte a un *cabaret* a bailar con Benny Moré, con la Aragón, con la Casino de Playa, con la Sonora Matancera, descansar un rato vacilando los boleros de Olga Guillot, Vicentico Valdés, Níco Membiela... o irte a oír a los muchachos del *feeling*, al ronco José Antonio Méndez, a César Portillo y, para cerrar la noche, a las dos de la mañana, escaparte a la playa de Marianao a ver el espectáculo del Chori tocando sus timbales, y tú ahí, como si nada, sentado entre Marlon Brando y Cab Calloway, al lado de Errol Flynn y de Josephine Baker. Y después, si todavía te quedaba aire, bajar a La Gruta, ahí en La Rampa, para amanecer metido en una descarga de *jazz* de Cachao con Tata Güines, Barreto, Bebo Valdés, el Negro Vivar, Frank Emilio y todos esos locos que son los mejores músicos que ha dado Cuba?

Eran miles, la música estaba en la atmósfera, se podía cortar con un cuchillo, había que apartarla para poder pasar... Y Violeta del Río era una de ellos...

—¿Era una del montón? —se atrevió a preguntar el Conde, al borde de la decepción.

—Ella no era Elena Burke ni Olguita Guillot, pero tenía su voz. Y su estilo. Y su cuerpo. Yo nunca la vi, pero Rogelito, el timbalero, me dijo un día que era una de las hembras más tremendas de La Habana. Paraba el tráfico.

—¿Y qué se hizo de ella, Rafael?

—Un día dijo que no cantaba más y desapareció.

—¿Desapareció?

—Es un decir. No volvió a cantar y ya... Se perdió, como otras cien boleristas que tuvieron su día de gloria y muchos años para el olvido...

—¿Y no se sabe por qué?

—He oído cosas... Que se le acabó la voz. Ella tenía una voz chiquita, no era un chorro como Celia Cruz o como Omara Portuondo, aunque se sabía defender bien con lo que tenía. Pero la verdad es que nunca me preocupé por saber dónde se había metido... Una vez quien me habló de ella fue Katy Barqué. Me contó que habían tenido una bronca.

—¿Una bronca? —El Conde sonrió—. No me imagino a una mujer tan..., tan espiritual como Katy Barqué metida en una bronca.

—Katy Barqué es un demonio, ni se crean eso de que es así suavecita y canta canciones de amor... Pero la bronca fue nada más de palabras. No se caían bien, porque tenían estilos parecidos. Aunque la verdad es que había varias que cantaban más o menos igual, con mucho *feeling*, muy dramáticas, como con desdén por todo. Era un estilo muy años cincuenta, ¿no han oído el disco que sacaron de Freddy? Después, en los sesenta, La Lupe convirtió ese estilo en otra cosa, algo doloroso, el desdén se hizo desprecio, lo dramático se hizo trágico: La Lupe es otra época... Pero cuando Violeta empezó a cantar, Katy Barqué era la más conocida en su

estilo, y parece que sintió que la otra le hacía la competencia... Por ahí vino la bronca.

—¿Pero no había espacio para todas? —Se preocupó Yoyi.

—Abajo, en la base de la pirámide, cabe todo el mundo. Arriba, en la cúspide, no es lo mismo. Esas boleristas fueron todas unas mujeres muy especiales, de carácter, como mandadas hacer para la música que cantaban. El bolero no es cualquier cosa, claro que no: para cantarlo hay que asumirlo, más que sentirlo. El bolero no es una realidad, sino un deseo de realidad, al que se llega a través de una apariencia de realidad, ¿me entienden? No importa... Ésa es la filosofía del bolero, yo lo digo en un libro... Y aquélla fue la época de oro, porque se cruzaron los clásicos que venían componiendo desde 1920 y 1930, con los muchachos del *feeling*, que leían poesía francesa y conocían qué cosa era el atonalismo. Y de ese encuentro salieron esos boleros que todavía hoy parece que hablan de las cosas de la vida... De la vida real. Aunque todo sea mentira: puro teatro, ya lo dijo La Lupe.

—¿Y el disco de Violeta? —preguntó el Conde, aferrándose al último saliente del precipicio.

—Lo tengo ahí..., pero mi tocadiscos está roto. Y en este cabrón país no hay agujas de tocadiscos. Estoy esperando que un amigo me traiga una de España, porque... ¿Saben cuántos elepés, discos de 78 y de 45 revoluciones tengo allá dentro?

Rafael colgó su pregunta de un silencio tan compacto que Conde se vio obligado a hacer la indagación exigida.

—No, ¿cuántos?

—Doce mil seiscientos veintidós. ¡Díganme algo!

—Tremendo —admitió el Palomo.

—Me costaron una fortuna, y ahora, con lo de los compactos, ya nadie los quiere. A cada rato se me aparece alguien con un cajón de discos y me los regala.

—¿Y cómo podemos hacer para oír el de Violeta? —La pregunta del Conde llevaba implícita una súplica.

Rafael se quitó los espejuelos para limpiarlos con el borde de la camisa y el Conde se sorprendió al observar que casi no tenía ojos. Las cuencas eran dos hoyos redondos, como balazos, profundos y oscurecidos por la aureola de las ojeras que ennegrecían su piel de mulato. Cuando devolvió los espejuelos a su cara, el hombre recuperó las pupilas de lechuza desvelada y el Conde se sintió aliviado.

—Yo no presto ni mis discos ni mis libros ni mis recortes de prensa. Como ustedes se imaginarán, me han jodido mil veces...

El cerebro del Conde empezó a girar en busca de una solución. ¿Volver hasta allí con un tocadiscos? ¿Traer una aguja para el equipo de Rafael?... ¿O dejar una prenda?

—Le propongo un trato... Ahí, en el maletero del carro, tenemos siete cajas de libros que no se encuentran en cualquier parte. Le doy el que usted escoja por el disco de Violeta del Río...

Los ojos irreales de Rafael cobraron un brillo especial, casi malvado.

—¿Son buenos libros?

—Le digo yo que son especiales. Véalos y escoja el que quiera. Arriba.

El Conde se puso de pie y extendió la mano hacia el Palomo, reclamándole las llaves del auto. En el rostro del joven advirtió la inconformidad, pues aquel capricho podía costarles literalmente caro y, como juraba Yoyi, con la comida de sus hijos no se podía estar jugando —aunque no tuviera hijos ni idea de tenerlos—. Rafael, impulsado por la proposición, se había puesto de pie y salieron a la calle.

El Palomo abrió el maletero y accionó el interruptor que daba luz al baúl del automóvil. Como todos los enfermos de bibliofilia, el musicólogo hizo evidente la ansiedad que le produjo ver los cajones de libros repletos hasta los bordes y, volviéndose hacia el Conde, ratificó:

—¿El que yo quiera?

—Anjá...

Uno a uno el musicólogo fue observando los libros, llevándolos a la altura del rostro, apenas a unos centímetros de sus espejuelos, como si necesitara olerlos más que verlos. Algunos de los volúmenes fueron examinados con especial detenimiento y premiados con esporádicas exclamaciones de «¡Qué maravilla!», «¡Mira esto, por Dios!», o la más suficiente afirmación de «Este yo lo tengo». Al final, con todos los ejemplares dispersos por el baúl del auto, Rafael concretó sus deseos entre la edición original de 1925 de *La crisis de la alta cultura en Cuba*, de Jorge Mañach, y la primera también, pero de 1935, de *Historia universal de la infamia*. ¿Borges o Mañach?, trataba de resolver el conflicto y, con dolor, extendió la mano derecha y depositó en uno de los cajones vacíos el ensayo de Mañach, mientras palmeaba el recién adquirido clásico borgiano.

—Bueno —dijo y acarició el lomo del libro, al parecer más frustrado por la imposibilidad de tenerlo todo que satisfecho por haberse convertido en dueño de una rareza perseguida en medio mundo—, vamos a buscar ese disco.

28 de octubre

Querido mío:

Hoy amaneció lloviendo. Es una lluvia mansa pero persistente, como si el cielo la llorara y, en su dolor, no tuviera intenciones de parar. Debe de ser que Dios sabe que hoy hace treinta y nueve días que no te veo y ni siquiera sé de ti. Y seguramente Dios mismo no se explica cómo he conseguido seguir viva. ¿Tú lo podías creer? Yo jamás pensé que algo así fuera posible, pero he aprendido con los años cómo muchas veces llegamos a ser más fuertes de lo que creemos, y una capacidad desconocida, a veces muy oculta, nos permite resistir los golpes más duros y nos obliga a seguir hacia delante.

Dime: ¿cómo te sientes tú? Ojalá las jaquecas que tanto te atormentaron en los últimos meses hayan quedado acá y

las nuevas preocupaciones te mantengan distraído, lo cual sería una ventaja, aunque también un riesgo: la ventaja de sentir menos el paso del tiempo y el riesgo de aceptar el alivio de la resignación y el olvido...

El ciclón que parecía venir hacia nosotros por fortuna se desvió y pasó de largo, sin tocarnos con sus ráfagas, aunque nos dejó esta lluvia. Yo le agradecí a la Virgen que así sucediera, pues bien sabes cuánto temo a los huracanes (debe de ser herencia de mi padre, el pobre, temblaba sólo con oír la palabra ciclón). Y, debo decirlo, con el vendaval que se está viviendo en el país basta y sobra. Acá todos los días pasa algo, sale una nueva ley o se deroga otra, alguien habla por horas frente a una cámara de televisión mientras otro se va en silencio (muchos de tus viejos amigos, de tus compañeros de la universidad), o alguien renuncia a ser lo que fue (algunos eran también tus amigos), se envuelve en la bandera y jura que siempre fue un patriota (aunque nunca hizo nada para demostrarlo), y públicamente saluda la libertad y la dignidad nacional que al fin nos ha sido dada, como se dice ahora. Estamos viviendo una historia demasiado turbulenta: todo cae y se levantan nuevos mitos; ruedan algunas cabezas y las cosas se bautizan de nuevo. Como en cualquier revolución. Sin necesidad de salir de la casa, sintiéndome una testigo distante, creo que puedo ver mejor cuanto ocurre allá afuera y por primera vez temo que la situación llegue a ser realmente trágica y, sobre todo, irreversible. ¿Es el fin definitivo de nuestro mundo?

Si la hubieras podido leer, habrías notado cómo en mi carta anterior no quise hablarte de cosas demasiado tristes. Pero pienso tanto, yo sola, que necesito esta confesión capaz de vaciar mi alma, y para la cual solamente tú puedes servir de confesor. Porque sigo creyendo que todo lo ocurrido, antes de tu salida, debió de ser el zarpazo de un destino que quisiste forzar y que se rebeló, como una maldición, para

recordarte la existencia de alianzas sagradas. Ya lo sé: por tu cabeza han pasado ideas horribles, y la mayoría de ellas me culpan a mí por lo sucedido. Pero, conociéndome como me conoces, no podrás encontrar ni en tu mente (si eres justo) y mucho menos en la realidad la más mínima justificación para convencerte de que yo haya sido culpable de algo. Es más, amor mío: hoy creo que nadie es culpable de nada. Simplemente la vida intentó rectificar un rumbo torcido y devolver las cosas a su sitio original, de donde no debieron haberse movido. Ya sé que tu dolor y tu ira durarán mucho tiempo, pero cuando el olvido empiece a borrar esos sentimientos, comprenderás que tengo la razón y verás lo injusto que has sido por considerarme culpable de algo que, bien lo sabes, soy incapaz siquiera de haber pensado: provocar la muerte de otra persona es un acto que jamás podría cometer, a pesar de las vejaciones y el dolor que he sufrido, por más dolor que me haya provocado la existencia de esa persona y su presencia indeseada.

Sabes que por ti, por tu amor, acepté un triste papel y la postergación de mis deseos y derechos cuando te lanzaste a la más absurda aventura de tu vida. Amarla a ella era matarme a mí. Tú lo sabías, pero no te detuviste. Muchas veces el corazón manda cuando el cerebro debería ser quien impusiera la cordura (si no lo sabré yo) y nada se puede contra ese mandato, aunque hay ocasiones en que es preciso pasar por encima de los sentimientos para poder llegar a la verdad, que es la justicia.

3 de noviembre

Querido mío:

Aquí estoy, otra vez.

Ayer salí de la casa, por primera vez desde que te fuiste, y esa salida me ha dado fuerzas para retomar esta carta que

interrumpí hace unos días, transida por un dolor que me sacó las lágrimas y me hizo temblar las manos.

¿Te imaginas adónde fui? Eso espero, pues lo hice por ti. Era el Día de los Fieles Difuntos y, como solíamos hacer, visité la tumba de tus padres y tus abuelos en el cementerio, y les llevé las flores que te gustaba colocarles en su panteón. Fue una experiencia extraña, pues es la primera vez que hago esto sin ti. Incluso resultó más difícil porque tu hijo me acompañó. Yo tenía mucho miedo de ir sola, salir a un mundo que siento cada vez más hostil, y, ya en el cementerio, el pobre muchacho no entendió por qué su madre podía llorar como si estuviéramos asistiendo al entierro de un ser muy querido, recién fallecido. Feliz él, que no sabe y por no saber no sufre, y sólo piensa que estoy enloqueciendo porque lloro sobre la tumba de unas personas muertas hace tantos años.

Esta salida me ha servido para comprobar cuánto ha cambiado este país en unos pocos meses. Desde la máquina de alquiler que nos llevó, pude ver las calles y sobre todo las gentes, todavía parecen desbordadas y felices con lo que sucede, y viven normalmente, sin temores a los peligros cada vez más inminentes que oscurecen el firmamento. Encontré en sus rostros y en sus miradas un júbilo que estuvo como escondido por demasiados años y, sobre todo, me pareció descubrir que tenían esperanzas y disfrutaban de una nueva dignidad. ¿Hasta cuándo durará ese estado de gracia colectivo?... Debo confesarte, amor mío, que sentí envidia de ellos, que han continuado o redescubierto sus vidas (tu hijo, con su entusiasmo fanático, dice que han nacido) y disfrutan los minutos que estarán sobre la Tierra con una fruición que yo sólo hubiera podido sentir si tú estuvieras a mi lado, acá o allá. Viéndolos tuve la certidumbre de que esta vez ha ocurrido algo muy grande y ya nada volverá, jamás, a ser igual. Comprendí de repente que gentes como tú y yo somos parte de una época cumplida. Somos cadáveres de ese

pasado y tal vez por eso donde más cambios vi fue en el cementerio. No te puedes imaginar cuántas de las tumbas donde se reunían este día las personas más cercanas a la familia hoy estaban solitarias, sin flores, sin el consuelo de una mano querida sobre la losa fría. Tuve entonces la medida real de lo que está ocurriendo en un país donde los vivos se van lejos, buscando su felicidad, o se afincan a lo suyo y parecen dichosos, mientras los muertos se quedan abandonados en la más ingrata soledad.

No quisiera ponerte triste y que te sintieras culpable con noticias como ésta. Debes de tener mil preocupaciones en la cabeza y, para todos, lo mejor es dejar a los muertos en su sitio y en su merecida paz. A todos los muertos. Y que siga la vida, para los que aún la tienen.

Amor mío, besa mucho a los niños y recuérdales cuánto los quiero. Y tú, por favor, nunca te olvides de quien más te ha amado, siempre,

Tu Nena

Sintió cómo le sudaban las manos cuando, con dos dedos y toda su delicadeza, levantó el brazo del tocadiscos, lo movió hacia atrás para que el plato recibiera el aviso eléctrico y comenzara a girar. Lo bajó lentamente, procurando encontrar, por encima de un leve temblor, el primer surco del pequeño acetato. Conde se frotó las manos en las perneras del pantalón y cerró los ojos, dispuesto para aquel viaje al pasado.

Yoyi el Palomo, mordido por la curiosidad, lo había llevado a la casa del flaco Carlos, donde el Conde sabía que existía un viejo tocadiscos RCA Victor del modelo de maleta, quizás todavía dispuesto a funcionar. En aquel pequeño aparato, al cual alguna vez consiguieron adaptarle una bocina alemana y democrática en sustitución de la original, Conde y sus amigos habían escuchado cientos de veces unas placas plásticas sobre las que, por

procedimientos misteriosos, los técnicos cubanos lograron estampar la música de Paul Anka, los Beatles y The Mamas and the Papas. — Conde, en el camino recto hacia sus cincuenta, todavía se erizaba escuchando *Dedicated To One I Love*—, en aquellos años más que remotos en los cuales, sólo por esos recursos casi medievales, era posible oír en la isla a los grupos que hacían furor en el resto capitalista y decadente del planeta, donde hacían y difundían su música diversionista, impropia para los oídos de un joven revolucionario, según sabia y marxista decisión del aparato ideológico estatal que la desterró de la radio y la evaporó de la televisión. Sólo algunos privilegiados, hijos de papás y mamás no precisamente cantantes, pero con cargos gubernamentales que les permitían poner de vez en vez un pie en México, Canadá o España, tuvieron acceso a los discos originales, los cuales, por el uso y abuso excesivo, en muchas ocasiones hasta llegaron a perder los surcos magnetizados.

Como brujos ante un engendro maravilloso, inolvidables tardes y noches calurosas, Conde, Carlos, Andrés, el Conejo y Candito, todos desheredados del privilegio de portar una gota de sangre dirigente en sus venas plebeyas, se habían conformado con aquellas placas sin brillo y, reunidos alrededor de ese mismo tocadiscos, se lanzaron a impregnarse de unos sonidos cálidos y de unas palabras inalcanzables para su entendimiento, pero que les sabían tocar ciertas fibras sensibles, ajenas a la comprensión literal y hasta al más mínimo asomo ideológico. Unos años después, cuando Carlos al fin pudo hacerse de una pequeña grabadora de casetes, los amigos dieron un paso superior hacia el disfrute de la música y con copias no menos manoseadas que las placas de antes, grabadas en los corrosivos casetes Orwo —también democráticos y alemanes— entraron en el mundo de Blood, de Sweat and Tears, de Chicago y, sobre todo, de Credence Clearwater Revival, y convirtieron a Proud Mary y la voz compacta de Tom Fogerty en uno de los iconos de la amistad sanguínea que habían cimentado desde aquellos días de un pasado férreo, tan plagado de

limitaciones y escaseces materiales como de lemas de obligatorio cumplimiento, emulaciones socialistas y mítines de reafirmación política, un tiempo pasado que, sin embargo, aún solía parecerles casi perfecto, quizás por el empeño romántico de conservarlo intacto, como hibernando en la bruma propicia de los mejores años de la vida.

Conde y Yoyi habían desembarcado en la casa de Carlos con unas *pizzas* compradas por el camino y dos botellas de ron para aclararse la garganta y el cerebro. Mientras Josefina mejoraba las supuestas *pizzas* añadiéndoles unas rodajas de cebolla, más puré de tomate y lascas de ají verde solicitadas por su hijo, el Conde debió bucear en el clóset de la terraza hasta desenterrar el tocadiscos, con el temor de que ya resultara incapaz de reproducir algún sonido. Luego de sacudirlo por dentro y por fuera, se dedicó a limpiar la aguja del aparato con su pañuelo mojado en el ron de alto octanaje recién comprado, y por fin lo conectó a la corriente, a ver si cuando menos giraba.

La primera botella descorchada ya andaba por su tercer acto cuando Conde empezó a bajar el brazo del tocadiscos y colocó la aguja en su sitio, para que la carraspeante bocina emitiera unos quejidos augurales. Luego, como los goterones que anticipan el pesado chaparrón estival, a sus oídos llegaron los acordes de un piano, sólo un piano, casi violento, sin floreos ni adornos superfluos, al cual se le incorporó el toque percutivo del bongó, el sonido profundo del contrabajo y, finalmente, aquella voz más parlante que cantante, cargada de una densidad casi varonil y portadora de una súplica, primero, y de un adolorido y a la vez exigente despecho, después, capaz de provocar la sensación de que no hacía falta ver a la mujer para saber que existía algo diferente en aquella voz gruesa, caliente, empeñada en hablar al oído, más que en cantar...

*Tú, que llenas todo de alegría y juventud
y ves fantasmas en la noche de trasluz
y oyes el canto perfumado del azul.*

Vete de mí...

*No te detengas a mirar
las ramas muertas del rosal
que se marchitan sin dar flor,
mira el paisaje del amor
que es la razón para
soñar... y amar...*

*Yo, que ya he luchado contra toda la maldad,
tengo las manos tan deshechas de apretar
que ni te puedo sujetar.
Vete de mí...*

*Seré en tu vida lo mejor
de la neblina del ayer
cuando me llegues a olvidar,
como es mejor el verso aquel
que no podemos recordar...
Sí, ya..., vete de mí.*

Cuando el Conde abrió los ojos y levantó la aguja encallada en la zona virgen del acetato, tuvo la justificada certeza de que dos días antes, al atravesar el umbral de la biblioteca de los poderosos Montes de Oca, la premonición que lo sorprendió quizás no lo estaba impulsando hacia el hallazgo de ningún libro fabuloso, como había creído, sino que le estaba marcando el camino capaz de enfrentarlo a aquella voz dormida en el pasado, una voz que lo estaba esperando precisamente a él. ¿Sería posible aquello? Sin pensarlo, sin mirar al Flaco ni al Palomo, también silenciosos y conmovidos, el Conde volvió a colocar el brazo en el primer surco del disco y se dejó atrapar por la melodía y la voz, como el amante

vencedor de las sorpresas del primer contacto, lanzado ahora a la búsqueda de las esencias más ocultas del contrincante. Trató de entender el drama dibujado por una voz dirigida a un tú que podía ser cualquiera, él mismo, a lo mejor su propio padre, embrujado tal vez por aquella misma mujer, una voz que conseguía proyectar un sentimiento demasiado parecido a un dolor real y que, al final de la primera estrofa, adoptaba un tono de súplica al rogar: «Vete de mí». Pero luego la voz ordenaba: «No te detengas a mirar», reclamando una lejanía de resonancias bíblicas, que conseguía adquirir toda su connotación en una tercera estrofa donde se hacía lenta, cansada, más susurrante aún, para explicar su negación a continuar aquella lucha a muerte. Con un nuevo aire irrumpía el acto final, donde la voz prefiguraba un futuro indeseado aunque posible, en el que su propietaria quedaría perdida en la densa neblina del ayer. Y concluía con una orden inapelable, con un desgarrado «Vete de mí» postrero, dispuesto incluso a silenciar la música que, sólo cuando se apagaba la última vibración de la voz, regresaba cálida, pesada, hacia el presumible silencio total..., pero, antes de llegar a él, abría un breve espacio para imponer, como última e inapelable voluntad, otra vez: «Sí, ya..., vete de mí», con un reclamo tan visceral que convencía al Conde de que en aquel modo de cantar había mucho más que un juego de espejos con la realidad: ¿sería pura y verdadera realidad?

—¿Qué coño es esto? —preguntó, ahora en voz alta, y depositó el brazo del tocadiscos sobre su soporte, mientras el acetato, ya mudo, seguía girando como una espiral hipnótica. Para recuperar la compostura levantó el vaso mediado de ron y lo tragó de un golpe. Lentamente sintió cómo se reencontraba con su anatomía y su lugar, difuminados por la conmoción que le provocaran la música y la voz de una mujer esfumada de la memoria y en el tiempo.

—¿Y tú dices que esa mujer desapareció? —Fue la pregunta del flaco Carlos, que con sus brazos y sus manos deshechas de apretar, trataba de acomodarse mejor en su silla de ruedas.

—Parece... No volvió a cantar —ratificó el Conde—. Ni siquiera sé si está viva o si está muerta...

—Te lo juro, tiene una voz, así... —Yoyi buscaba en vano un calificativo escurridizo, capaz de encasillar aquel extraño prodigio.

—No se parece a nadie, no señor —concluyó el Flaco, distribuyendo los restos de la primera botella—. Pon la otra cara, salvaje.

—No —soltó sin pensarlo el Conde y golpeó el pequeño acetato—. No. Déjame digerir esto.

Conde volvió a leer los créditos del disco, iluminados por los destellos de la gema amarilla que distinguía al sello discográfico, y por fin lo devolvió al rústico sobre de papel de estraza que le había preparado Rafael Giró. Pensó si sería apropiado contarles a sus amigos que ahora tenía la certeza de que su padre había estado enamorado justamente de esa mujer cantante, tal vez sin siquiera haberle hablado nunca. Pero concluyó que no tenía derecho a realizar semejante confesión y por eso dejó escapar, sin pensarlo apenas, un deseo que le corroía por dentro y por fuera:

—Estoy jodido. Tengo que saber quién era esa mujer y qué pasó con ella.

Ahora Mario Conde podía recordar, sin que lo atacara una mezcla abrasiva de nostalgia y remordimiento, los doce años que trabajó como policía. Alcanzar el beneficio de esa distancia resultó un proceso paulatino, por momentos hasta doloroso, como la cura de una adicción. Sólo el fluir del tiempo había conseguido obrar el ensalmo de alejar de su espíritu los lastres que el oficio policial, inevitablemente sucio, había prendido de los recodos de su alma. Él, por su condición de nostálgico empedernido o, como solía definirlo el flaco Carlos, por ser un cabrón recordador, disfrutó doblemente la llegada de aquel distanciamiento que al fin le permitía ver como un letargo sin contornos nítidos su época de policía investigador. Por eso, cuando alguna circunstancia lo obligaba a evocarse como el representante de un orden que durante doce años había sido, sentía un extrañamiento de sí mismo capaz de inducirlo a ver a aquel Mario Conde como alguien ajeno y por momentos hasta desconocido, ubicado durante demasiado tiempo entre los supuestamente fuertes y poderosos, cuando su naturaleza propendía a la militancia en el club de los inconformes.

Sin embargo, como se sabía demasiado apegado a su memoria, Mario Conde debía reconocer ante sí mismo que la demolición de aquel fragmento de su vida había sido apenas una estrategia de supervivencia a la cual se aferró cuando decidió darle un sentido nuevo —¿o era viejo?— a su vida. Quizás lo que más le ayudó a conjurar el pasado, en aquel proceso de negación, fue su convencimiento de que jamás había sido injusto y, sobre todo, la seguridad de no haber actuado nunca de un modo prepotente, como tantos de sus colegas habidos y por haber. Su reacción alérgica hacia la violencia o el uso de la fuerza, su rechazo a la propensión policial de doblegar conciencias y dignidades, siempre lo mantuvieron a salvo de aquellos excesos habituales en el oficio y, de paso, lo alejaron de nocivos efectos secundarios como la corrupción, que manchó las vidas de varios de sus colegas, derribó muchas ilusiones del Conde y lo hizo comprender más claramente las invencibles debilidades del alma humana —aun de las almas

que decían tener de su lado el peso del poder y la responsabilidad de la justicia.

Como nunca supo con certeza por qué se había hecho policía — era demasiado joven, necesitaba un trabajo, aún arrastraba por la vida una credulidad compacta—, durante mucho tiempo sostuvo como bandera que lo indujo a ser investigador policial la simple y sencilla razón de que su alma juvenil no soportaba ver cómo los hijos de puta hacían cosas y no pagaban por ellas. Tal vez por eso disfrutó, incluso disfrutó mucho, desvistiendo a tipos supuestamente intachables, derribándolos de sus pedestales y haciéndolos pagar por sus crímenes, su soberbia, por el abuso de las potestades que se habían arrogado y gracias a las cuales podían hasta aplastar destinos. Practicando aquellas demoliciones, el Conde se había sentido inmune, casi fortalecido, frente a las miradas de odio que tantas veces le habían regalado aquellos personajes, antes poderosos, ahora vencidos.

Por suerte para el Conde, ese tipo de reflexiones, convenientemente escondidas en su conciencia, sólo se atrevían a salir a flote en circunstancias muy específicas, como las de aquella mañana, cuando, con un ron tempranero entre las manos, se sentía arrollado por la necesidad primaria de hallar una verdad, mientras su cerebro trataba de poner en movimiento viejos mecanismos oxidados, quizás aún funcionales.

—A ver, ¿qué carajo te duele ahora?

La voz, a sus espaldas, no lo sorprendió. Él mismo la había convocado, como a un fantasma flotante en la neblina de su propio ayer, y percibió que aquellas vibraciones conocidas despertaban una raigal alegría, revivida en cada encuentro. Por eso, sin volverse, movió el vaso sobre la madera pulida de la barra, hasta colocarlo frente a la banqueta vecina, y preguntó:

—Dime la verdad, mi socio, ¿uno puede ser maricón un tiempo y después dejar de serlo?

—Ni lo sueñes. La mariconería no tiene retroceso. Si una vez tragaste para dentro, eso ya no lo arregla nadie... Y el tipo que una

vez fue policía ni dándose candela deja de serlo.

—Me lo imaginaba —dijo y al fin se volvió para contemplar la figura eternamente esquelética, los ojos irremediablemente estrábicos y la sonrisa increíblemente pueril del capitán Manuel Palacios, su viejo compañero de investigaciones—. ¿Así que ni dándome candela...?

Manolo esperó a que el Conde bajara de su banqueta y se dieron un abrazo. Luego levantó el vaso mediado de ron y bebió un trago demoledor.

—Ajij... A tu salud.

—¿Cómo te lleva la vida, Manolo?

Cuando el Conde dejó la policía, el entonces joven Manuel Palacios era apenas un sargento novato que sólo por insistencia del Conde trabajaba vestido de civil. Ahora, ya congratulado con los grados de capitán investigador, Manolo no se separaba jamás de aquel uniforme que tanto le gustaba lucir, un uniforme al cual, seguramente, dedicaría todos los años posibles de su vida.

—Mucho trabajo, la locura. Ni te imaginas cómo están las cosas. Antes aquello era juego de muchachos, ahora es al duro y sin careta. El robo con fuerza está al tolete, la droga da al pecho, los asaltos son una plaga, la corrupción es como la hierba mala, no se acaba por más que arranques... Y ni te hablo del proxenetismo y la pornografía.

—A mí me encanta la pornografía...

—¡La pornografía infantil, Conde!

—Oye, que hay unas niñas de catorce años...

—Vete al carajo, tú no cambias.

—¿Y tú?

Manolo sonrió y puso una de sus manos sobre la que el Conde tenía en la barra.

—Trato de no cambiar... Así que regálame un cigarro.

—¿Te echas un ron? —le preguntó el Conde y le acercó la cajetilla y el mechero.

—No, no, con el buche que me di ya tengo.

—¡Diablo! —El Conde reclamó al cantinero—. Otro para mí... ¿Qué es lo que pasa, Manolo? ¿Será verdad que viene el fin del mundo? ¿Por qué la gente es cada vez más jodida, eh?

Manolo suspiró y expulsó el humo del cigarro.

—A cada rato yo me pregunto eso. No sé, debe de ser que hay demasiada gente que no quiere pasar más trabajo en la vida y buscan la vía fácil. Hay muchos, demasiados, que han crecido viendo a medio mundo dedicado a robar, falsificar, malversar y ya les parece de lo más normal y lo hacen como si no hicieran nada malo. Pero lo más terrible es la violencia: no respetan nada y cuando quieren algo lo consiguen como sea...

El Conde probó su nuevo trago.

—Tengo un socio en el negocio de los libros. Su teoría es que hay mucha gente que ya no cree en nada y por eso las cosas están así. ¿Te acuerdas cuando viramos al revés La Habana porque en el Pre de La Víbora había tres muchachos que de vez en cuando se fumaban un pito de marihuana?

—Tiempos felices, Conde..., te lo digo yo. Ahora se meten *crack*, cocaína, parkisonil con ron y anfetaminas, cuando pueden. Si no, cualquier pastilla para los nervios con alcohol y hasta anestesia de animales, oye tú... Antes inhalaban gasolina, pintura, barniz, goma industrial... ¿Y sabes cuál es la última? Le dan candela a los discos compactos y los huelen. Y se van para el cielo, pero en el camino dejan un saco de neuronas... Pero no vayas a creerte que son tres... Si pasas por el Psiquiátrico, vas a ver cuántos están amarrados a un palo como el indio Hatuey. Mira, cada vez que hay un baile público o una pelea de perros, o cuando están aburridos, se meten lo que encuentran y después están que se matan entre ellos: pero se matan de verdad... Y sacan el dinero de cualquier parte, pero casi siempre lo consiguen robando, puteando o vendiéndoles drogas a los otros. O se les ocurre meterse en una casa, robarse cualquier cosa, y en el camino pueden dejar dos o tres muertos. ¿A sangre fría?, ¿así se llamaba el libro que me regalaste una vez? Bueno, como ese acabo de ver un caso la semana pasada. Cinco

mueritos en una casa, torturados, mutilados... y todo para llevarse dos mil pesos y un televisor.

—Los periódicos no hablan de esas cosas... ¿Y alguien se pregunta por qué pasa eso? —quiso saber el Conde, alarmado ante el panorama dibujado por su excompañero y congratulándose de estar lejos de aquella tétrica realidad en expansión.

—No sé, pero alguien debería preguntárselo. Yo soy policía, Conde, nada más que policía: yo recojo la mierda, no reparto la comida...

—Estamos perdidos, Manolo. Lo interesante sería saber cuándo se rompió la probeta, como dice el Yoyi, y empezó a joderse todo, ¿no?

—Bueno, pariente, deja la filosofía que estoy a mil. Dime, ¿qué te hace falta?

—Lo mío es menos terrible pero a lo mejor más difícil... Me hace falta localizar a una persona que se perdió hace cuarenta y tres años.

—¿Se perdió, desapareció, cómo es la cosa?

—Se esfumó y nadie se acuerda de ella. No sé si está viva o muerta, aunque ahora podría tener, no sé, sesenta y un poco...

—Dame el nombre y busco en los archivos.

—Ahí está la primera jodienda: era una cantante y nada más tengo el nombre artístico. Porque nadie se llama de verdad Violeta del Río.

—¿Violeta del Río?

—¿Oíste hablar de ella?

—Nananina...

Manolo extendió el brazo, tomó el vaso del Conde y bebió un pequeño sorbo.

—¿Quieres o no quieres ron?

Manolo negó con la cabeza y comentó:

—Dame un chance, porque va y aparece por el alias... ¿Por qué la estás buscando?

—No sé —admitió el Conde—. Creo que todavía no lo sé. Pero quiero encontrarla. A lo mejor así descubro por qué quería buscarla.

Rogelito bien podía ser el último de los dinosaurios, una especie de fósil escapado de la extinción natural de sus congéneres y llegado al siglo *xxi* desde una era geológica remembrada sólo en los libros viejos trasegados por el Conde y por algunas memorias empecinadas en el ejercicio de recordar un pasado nebuloso y satanizado. Su leyenda se iniciaba en el año 1921, recién finalizada la cada vez más histórica Primera Guerra Mundial, cuando con apenas diecisiete años ingresó en la orquesta danzonera del gran Tata Alfonso y empezó a tejer su mitología de timbalero excepcional, al servicio de todas las orquestas y *jazz bands* notables que recorrieron la abultada crónica musical cubana durante sesenta años, las que lo solicitaban por lo que siempre había sido: el mejor.

De Rogelito se decía que allá por el año 1920 había tenido la suerte de ser discípulo del genial Manengue, aquel timbalero alcohólico y estrafalario que, buscando sonoridades inexistentes en su primitivo instrumento, lo enriqueció incorporándole el percutir metálico del cencerro y el paso rítmico de la cajita japonesa que hicieron de la paila, con aquellos sonidos tórridos y cortantes, el instrumento básico de la percusión danzonera.

A pesar de aquella historia épica, Conde no se asombró al comprobar que el eterno Rogelito vivía en uno de esos estrechos y oscuros «pasajes» del barrio de Buenavista, en un diminuto apartamento de paredes desconchadas y rezumantes de humedad, sin vista a la calle, embutido entre otros dos diminutos apartamentos también condenados a mirar la tapia que los separaba del pasaje vecino, igual de húmedo y oscuro. Como casi todos los músicos de su época, por las manos de Rogelito debieron de pasar los dineros suficientes para, cuando menos, haber comprado, alquilado, construido una casa luminosa y ventilada, pero como la mayoría de ellos, Rogelito se vistió, se bebió, se fumó, se comió y se templó —

no estaba mal, después de todo, se dijo el Conde— cada peso ganado, mientras se refugiaba, sin complejo de culpa, en uno de aquellos apartamentos asmáticos, donde lo habían sorprendido la vejez y el olvido. ¿Viviría en una de esas cuarterías ruinosas la una vez rutilante Violeta del Río?

Después de pedirle unos minutos al Conde, la bisnieta encargada de cuidar a Rogelito, una mulata blanconaza de unos treinta y tantos años sólidos y calientes, dueña de unos pezones empeñados en perforar la leve tela de la blusa y de unas nalgas abruptas sobre las cuales podía sentarse un hombre, había traído al anciano hasta el sillón mullido con cojines adicionales que semejaba el trono de un patriarca venido a menos. Rogelito había salido del cuarto apoyado en el brazo de la bisnieta, avanzando con pasitos deslizantes, incapaz ya de levantar unas piernas que seguramente danzaron en los mejores salones de La Habana, y el Conde tuvo la sensación de estar ante una vela en trance de quemar la última hebra de su pabilo. Salvo las orejas irreductibles, alguna vez pertenecientes a un hombre de estatura mediana, y los dientes postizos, empeñados en imponerle una alegría grotesca y permanente, todo en el anciano parecía a punto de esfumarse, de convertirse en polvo por los efectos de la química implacable del tiempo.

Acomodado en su sillón, con los ojos muy abiertos, buscando procurarse el beneficio de la claridad, Rogelito ofrecía la estampa de un pichón prematuramente sacado de un huevo gigantesco, y el Conde pensó que la vejez exagerada podía ser el peor de los castigos deparados al hombre.

—¿Para qué quería verme, joven?

—Primero para saludarlo, maestro —dijo el Conde, pues creyó poco delicado entrar directamente en el tema de su visita.

—Qué extraño. Ya nadie se acuerda de mí.

—Muchos libros hablan de usted. Y hay discos viejos...

—Eso no da de comer.

—Es verdad —admitió el Conde y recibió el perfume del café puesto a colar en una cocina de donde también brotaba el olor a pobreza del keroseno calcinado—. ¿Cuándo dejó de tocar usted, maestro?

—Uf..., hace como quince años. Primero me pasó una cosa extraña: ya no podía leer música, pero era capaz de tocar cualquier pieza si la había tocado una vez. Si tú me decías, Rogelito, vamos a meterle, no sé, a *El bombín de Barreto*, a *Almendra*, yo me ponía a pensar y no me acordaba de nada... Pero si me paraba delante de la paila, y el piano o el bajo daban los primeros acordes, yo cogía las baquetas y empezaba a tocar, casi sin saber lo que hacía, pero sin equivocarme un compás. Ya no pensaba con la cabeza, sino con las manos. Pero después perdí el tino —y le mostró a Conde unas manos gigantescas, desproporcionadas respecto al resto de su físico—: estas hijas de puta dejaron de responderme.

La bisnieta salió de la opresiva cocinita con una taza para el Conde y un jarrito de plástico para el anciano. El supuesto café olía a chicharo requemado, y el Conde esperó a que se enfriara lo suficiente para pasar el trago ingrato de un solo golpe, y observó cómo Rogelito, auxiliado por su bisnieta, levantaba el recipiente con las dos manos y bebía la infusión a pequeños sorbos. Conde encendió un cigarro, apartó la vista del espectáculo deprimente y la depositó sobre la evidencia eréctil de unos pezones oscuros como el deseo más oscuro, encallado en una mujer seguramente hastiada de cuidar a un anciano con la magra esperanza de heredar aquellas cuatro paredes rezumantes y, por tanto, con seguridad dispuesta a regalarse un par de horas de placer sin pensarlo demasiado. Nervioso, como solía sentirse en tales circunstancias, el Conde recuperó la imagen del pichón prematuro, con dientes de caballo y orejas de elefante, y se lanzó hacia su objetivo.

—Rogelito, alguien me dijo que usted había conocido a Violeta del Río...

Un día, en el café Vista Alegre, nos estábamos tomando unos tragos antes de salir para el Sans Souci, donde teníamos un *show* a las once de la noche. Eso fue en el año..., qué carajo, hace dos mil años, imagínese, uno se podía tomar un café con leche en cualquier esquina de este país. El caso es que Barbarito Diez, que era cuando aquello el cantante de la orquesta, me aceptó una apuesta: como él no tomaba alcohol y comía bien, y no andaba con putas y se acostaba cuando terminaba de trabajar, y yo era todo lo contrario, pues hicimos la apuesta de ver cuánto duraba un negro bien cuidado, como él, y cuánto un negro loco como yo, y el testigo fue Isaac Oviedo. Isaac era de mi edad, Barbarito un poco más chama, cinco o seis años más chiquito, pero yo le regalé la ventaja y, mire, enterré al pobre Barbarito y al pobre Isaac, que se murieron los dos viejísimos, y del Vista Alegre no quedan ni los cimientos, ni el recuerdo..., pero yo sigo aquí, no sé por qué ni para qué... En más de sesenta años tocando en cuanta orquesta aparecía, dándome tragos en todos los bares de La Habana, jodiendo hasta el amanecer los siete días de la semana, ¿se imagina cuánta gente del ambiente conocí? Desde los años veinte La Habana era la ciudad de la música, de la gozadera a cualquier hora, del trago en todas las esquinas, y eso le daba vida a mucha gente, no solo ya a maestros como yo, que donde usted me ve pasé siete años en el conservatorio y toqué también en la Filarmónica de La Habana, sino a cualquiera que quisiera buscarse la vida con la música y tuviera agallas para insistir... Después, los treinta y los cuarenta fueron el tiempo de los salones de baile, los clubes sociales y los primeros *cabarets* grandes con casino de juego, Tropicana, el Sans Souci, el Montmartre, el Nacional, el Parisién, y de los cabarecitos de la playa, donde mi socio el Chori era el rey. Pero en los cincuenta aquello se multiplicó por diez, porque se abrieron más hoteles, todos con *cabarets*, y empezaron a ponerse de moda los night clubs, había no sé cuántos en El Vedado, en Miramar, en Marianao, y ahí

no cabían orquestas grandes, sino un piano o una guitarra, y una voz. Fue la época de la gente del feeling, y de las boleristas sentimentales, como yo les decía. Eran unas mujeres especiales, cantaban con deseos de cantar y dejaban la piel en el escenario, vivían las letras de las canciones y lo que hacían era pura emoción, pura emoción. Una de ellas fue Violeta del Río...

Me acuerdo de haber visto a la Violeta, no sé, tres o cuatro veces, claro, yo no tenía tiempo de ir a ver a otros músicos. Una vez estaba en el *cabaret* Las Vegas, y otra, de la que mejor me acuerdo, en La Zorra y el Cuervo, donde había una pista así, chiquitica, y ese día ella no estaba actuando, quiero decir, ella no actuaba allí, sino que estaba cantando porque tenía muchas ganas de cantar y Frank Emilio estaba en el piano porque tenía muchas ganas de tocar y como los dos tenían tantas ganas, lo que hicieron esa noche fue como para que a uno no se le olvidara nunca, así viva mil años. ¿Ya te dije que la Violeta era una hembra de campeonato? Bueno, tenía dieciocho o diecinueve años y a esa edad está buena hasta la Madre Teresa de Calcuta. Era una trigueña así, quemadita, pero no mulata, de pelo negro, ondeado, y una boca grande, linda, gorda, con los dientes parejitos, aunque un poquito botados, con mucha gracia. Pero lo mejor eran los ojos: un par de ojos negros que te enfriaban la vida cuando te enfocaban, registrándote por dentro y por fuera, como un aparato de rayos X. Era una de esas mujeres que te ponen dulzón nada más que de mirarlas... Ella, me dijeron, a cada rato hacía eso de ponerse a cantar por cantar, disfrutaba cantando, siempre boleros, bien suaves, y los cantaba con un aire de desprecio, así medio agresiva, como si te estuviera contando cosas de su propia vida. Tenía un timbre un poco ronco, de mujer mayor que ha bebido muchos tragos en la vida, y nunca subía demasiado, casi decía los boleros, más que cantarlos, y cuando se soltaba a cantar la gente se quedaba callada, se olvidaban de los tragos, porque era como una bruja que hipnotizaba a todo el mundo, a los hombres y a las mujeres, a los chulos y a las putas, a los borrachos y a los marihuaneros, porque hacía de aquellos boleros

un drama y no una canción cualquiera, ya te dije, como si fueran cosas de su propia vida y las contara allí, delante de todo el mundo.

Aquella noche yo me quedé pasmado, me olvidé hasta de Vivi Verdura, una putona grande, como de seis pies, que se me había encarnado y estaba tumbándome los tragos. Y la hora, hora y pico, dos horas, qué sé yo, todo el tiempo que Violeta estuvo cantando, fue como andar lejos del mundo, o muy cerca, tan cerca como estar metido dentro de aquella mujer, sin querer salir nunca de allí... ¡Del carajo!... Ese día un fotógrafo que siempre andaba por los clubes y los *cabarets*, porque se dedicaba a tirar fotos de los artistas para los periódicos y las revistas, me dijo: Rogelito, el milagro de Violeta no es que cante mejor, sino que sabe seducir. ¡Santa palabra!: ésa era la verdad. Tanta verdad que, oyendo un día una cosa por aquí y otra por allá, me enteré de que un tipo muy rico, de los ricos de verdad que no iban a los clubes, se había enamorado de ella, quería casarse y todo, aunque le llevaba como treinta años. Parece incluso que el señorón aquel fue quien pagó la grabación de un disco para lanzarla después al mercado grande y poder meterla en la televisión y hacerle luego *long play* con diez o doce canciones...

Pero Violeta no necesitaba de ningún impulso, porque de verdad era buena, se lo digo yo, y por eso se fue haciendo un nombre con aquellas actuaciones y, como siempre pasa en este país de mierda, enseguida destapó la olla de la envidia. Las otras cantantes empezaron a picarse con ella y algunas decían que sin el señorón ella no podría cantar ni en el patio de su casa, cosas así. La que más roña le cogió fue Katy Barqué. La Katy estaba en su mejor momento, pero siempre fue una cabrona víbora, no quería competencia y sabía que en ese estilo de hacer el bolero, al duro, con desprecio, la Violeta podía llevársela por delante, porque le salía más natural, y porque como hembra estaba mucho mejor hecha que Katy. Según supe, aquella jodienda terminó en bronca, como era de esperar: un día Katy le dio un escándalo y le gritó mil cosas, pero Violeta ni le respondió, se rió un poco y al final le dijo

que si la envidia pusiera el pelo amarillo, a Katy no le haría falta decolorarse todas las semanas...

En lo de la bronca entre Katy y Violeta y el misterio del tipo rico empeñado en casarse con la muchacha andaban las habladurías de la gente cuando ese mismo fotógrafo de los *cabarets*, le decían Salutaris, porque se parecía al tipo aquel que anunciaba los refrescos Salutaris, me comentó una noche: Oye, Rogelito, la Violeta no canta más. Él mismo no sabía bien por qué, y eso que sabía vida y milagros de todo el mundo, pero el chisme era que se iba a casar con el tipo rico, y el tipo rico, después de haber pagado y todo para hacerle un disco, ahora quería que dejara el club y el *cabaret*, que no se presentara en la televisión y se convirtiera en una señora de verdad. Yo me creí lo que me dijo Salutaris, porque esa misma historia había pasado mil veces y en el caso de Violeta no era raro: seguro ella era una chiquita pobretona, aunque parecía fina y educada, la verdad, que se ganaba la vida cantando, pero si de pronto podía vivir como una princesa, pues al carajo el canto, la melodía y hasta el Parísien y las malas noches, que acaban con uno. Bueno, con algunos... Para serte franco, a mí aquello me extrañó un poco, pues más que para ganarse unos pesos, yo diría que Violeta vivía para cantar. Tanto sentimiento, tantas ganas de cantar a cualquier hora de la noche, con paga o sin paga, la hacían distinta a Katy Barqué y a todas las demás, y por eso me parecía extraño que aceptara aquella condición de dejar de cantar, aunque a veces las mujeres —también los hombres, qué coño— se enamoran, y hacen lo que tengan que hacer y sobre todo lo que no deben hacer. Así y todo, aquello me olió raro, a pescao, como decía Vicentico Valdés... Nada, el caso es que Violeta se perdió del ambiente, como tanta gente en esa época, incluido Salutaris, que se fue para el norte y nunca más supe de su vida... Eso fue lo último que oí decir de ella, tiene que haber sido a principios de 1960, porque ese año yo salí a trabajar para Colombia y estuve por allá casi tres años, y hasta hoy, mira tú, nunca volví a oír hablar de ella...

Sí, claro, además del fotógrafo, que recuerde ahora, vamos a ver..., bueno, ya te dije que la conoció Katy Barqué. Y era amiga de Flor de Loto, la rubia aquella que bailaba casi encuera en el Shanghai y después montó su propia casa de putas. Sé que ellas eran cúmbilas porque aquel día de La Zorra y el Cuervo las dos se sentaron a la misma mesa y estuvieron hablando largo rato. Otro que debía de conocerla, porque ese conocía a todo el mundo, es Silvano Quintero, el periodista de *El Mundo* que escribía sobre la farándula. Pero el ricachón nunca supe quién era. Como que no me importaba... Aunque seguro era de una familia bien billetuda y, si es así, voló de aquí, a lo mejor con Violeta, al surete. Si de verdad el hombre tenía, no sé, cincuenta años cuando aquello..., si estuviera vivo tendría como mi edad y de los míos quedan pocos, creo que ninguno... Carajo. Una vez lo leí, eso nunca se me ha olvidado, que la mayor desgracia de un hombre es sobrevivir a todos sus amigos. No sé si el que lo escribió pasó por eso, pero yo le digo que es verdad... Todos los días, cuando abro los ojos a las cinco de la mañana y descubro que sigo aquí, me hago la misma pregunta: ¿hasta cuándo vas a seguir jodiendo, Rogelito? Es que hace rato estoy convencido de que lo único que me falta por hacer en esta vida es morirme.

Aquella tarde, apenas regresó a su casa, Conde había registrado la guía telefónica para descubrir, alborozado, que el periodista Silvano Quintero aún existía y vivía en La Habana, y luego de llamarlo habían quedado en verse al día siguiente en el apartamento del hombre, en la calle Rayo. ¿A qué hora? A cualquiera, le había dicho Quintero, yo nunca salgo de aquí. Más complicado, en cambio, resultó pactar una cita con Katy Barqué, hasta que le mintió burdamente y le habló de una película que estaba planeando un amigo suyo productor y en la cual, era casi seguro, se utilizarían algunas de sus canciones y, como ella debía de saber, eso se pagaba muy bien...

Como reclamado por una necesidad impostergable, Conde abrió el viejo tocadiscos de maleta que la noche anterior había traído de la casa de Carlos y volvió a escuchar tres, cuatro veces Vete de mí, mientras sentía cómo lo penetraba, desgarrándole la piel, la voz roma de Violeta del Río, manchada por la aguja embotada que corría sobre el acetato, y entendió las razones de la envidia de las otras boleristas de las noches habaneras de los cincuenta, en especial la de Katy Barqué, quien jamás había logrado cantar algo así.

Conmovido hasta extremos alarmantes, cada vez más persuadido de que aquella voz lo alteraba de ese modo porque tocaba alguna fibra sensible de su memoria, Conde se decidió a darle la vuelta a la placa y explorar el territorio ignoto de la otra cara de la luna. Aquel lado del 45 prometía emociones fuertes, pues en ella estaba grabada Me recordarás, la canción de Frank Domínguez que, por lo ya conocido, debía de avenirse como un vestido de lamé al estilo agresivo y despótico de Violeta del Río.

Mientras el disco se estabilizaba tras los giros iniciales y lanzaba unos crujientes lamentos en su camino hacia los surcos grabados, el Conde cerró los ojos y contuvo la respiración, para dejar que sus oídos imperaran sobre el resto de los sentidos. Como en Vete de mí, el piano hizo el preámbulo melódico y preparó el terreno para la llegada de la voz, igual de cálida y gutural, con un acento de suficiencia capaz de multiplicar su condición de vencedora negada a ofrecer la gracia del perdón:

*Me recordarás
cuando en la tarde muera el sol.
Tú me llamarás
en las horas secretas
de tu sensibilidad.
Te arrepentirás
de lo cruel que tú fuiste con mi amor,
te lamentarás,*

*pero será muy tarde
para volver.
Te perseguirán
los recuerdos divinos del ayer,
te atormentará
tu conciencia infeliz...*

*Me recordarás
dondequiera que escuches mi canción,
porque al fin fui yo
quien te enseñó todo..., todo...
lo que sabes del amor.*

Conde levantó el brazo del tocadiscos y bajó la tapa. Algo definitivamente enfermizo le ocurría con aquella voz empecinada en removerlo hasta el punto irracional de provocarle una inconfundible ardentía hormonal. ¿Será posible que me esté enamorando de una voz?, se preguntó, ¿de un fantasma de mujer?, siguió, temiendo que aquella posibilidad pudiera ser como el primer escalón en la espiral de la locura. Negándose a la solución masturbatoria a la cual recurría con notable frecuencia a pesar de su ya impropia edad, Conde optó por meterse bajo el chorro de la ducha, confiando en la capacidad del agua para limpiarlo de obsesiones y calores adolescentarios.

Con la mente más fresca pudo recapacitar sobre lo conocido hasta ese momento y confió en que los encuentros planeados para el día siguiente con la perseverante Katy Barqué y con el periodista Silvano Quintero pudieran despejarle la duda que más lo martirizaba: ¿qué había sido de la vida de Violeta del Río cuando se alejó de los escenarios? Ante todo trataría de saber si el amante rico de la cantante había sido el señor Alcides Montes de Oca, último dueño y abastecedor de la deslumbrante biblioteca que lo había puesto a sudar dos días atrás. La existencia del recorte de periódico

en las entrañas de un libro de cocina tendría así un verdadero sentido y comenzaría a explicar la posible relación entre aquellas personas provenientes de planetas distantes. Sin embargo, una pieza crucial no acababa de ajustarse en el engranaje que el Conde iba armando, pues Alcides Montes de Oca parecía haberse marchado de Cuba sólo con sus hijos, y Amalia Ferrero aseguraba no haber escuchado siquiera el nombre de la bolerista. Conde comprendió que quizás había cometido un error: tal vez Amalia nunca conociera a Violeta del Río, sino a una mujer con otro nombre, ya retirada de la música, y se reprochó la torpeza de no haber llevado consigo la foto de la cantante. Pero la posibilidad de que el amante hasta ahora sin rostro no hubiera sido el Montes de Oca, sino otro cualquiera, seguía latente. ¿Sería posible que luego de dejar el espectáculo Violeta se hubiera casado, parido tres veces, y vivido por más de cuarenta años a la sombra engañosa de la estabilidad hogareña, entre la cocina y el lavadero de una casita de Luyanó o de Hialeah? ¿Sería hoy una señora gorda, de carnes flácidas y nalgas agrietadas, envenenada de amargura por haber dejado de ser lo que más amaba en la vida? Aquella imagen devastadora disolvió los últimos fervores del Conde, aunque una tibia certeza de su incontrolable imaginación le advirtió que seguramente desvariaba: no, no podía ser, Violeta siempre había sido la mujer excitante de la foto, la cantante singular que grabó el disco, y lo había sido para siempre jamás. ¿Por qué pensaba aquello? No lo sabía, pero estaba seguro de que así había sido.

Luego de afeitarse, se roció con su mejor perfume. Confiaba, en ese instante, en que la noche resultara tan prometedora como necesitaba. Después de comprobar que el irreductible Basura no andaba por los alrededores, le sirvió un poco más de sobras en su bandeja. Al fin salió a la calle y, poniendo en práctica su nueva condición de hombre adinerado, abordó un auto de alquiler al que le ofreció treinta pesos si se desviaba de su ruta para llevarlo a Santos Suárez.

Frente a la casa de Tamara, Conde lanzó una súplica al dios de la fortuna, pues de los lugares conocidos y posibles, aquél era el sitio donde podía encontrar un alivio más satisfactorio para sus desveladas exigencias sexuales, pospuestas por varios días. Con un cigarro en los labios, parapetado tras el ramo de refulgentes girasoles comprados en el camino, atravesó el jardín y saludó, como solía hacerlo, a las esculturas de concreto que adornaban la mansión, con aquellas formas a medio camino entre lo humano y lo animal, entre Picasso y Lam.

Tamara abrió la puerta. Sus ojos limpios de siempre, como dos almendras húmedas, hicieron el registro visual del recién llegado y se detuvieron en el ramo de flores. Su olfato fue el primero en reaccionar.

—Hueles a puta. Y no son las flores —aseguró y sonrió.

—Cada cual huele a lo que puede...

—¿Y ese milagro? Hacía como cinco días, no, una semana...

—Estaba trabajando denodadamente para hacerme rico.

—¿Y?

—Soy rico. Por lo menos esta semana. Y tengo frente a mí un futuro promisorio como hombre de negocios. Tamara, hay que cambiar con los tiempos. Tú sabes, ya no es pecado ser un hombre de negocios... Más bien lo contrario. ¿Te acuerdas de aquel poema de Guillén que decía «me dan pena los burgueses» y bla, bla, bla...?

—Claro que me acuerdo... Pero ¿qué hace uno cuando es rico?

—Lo primero es no coger guaguas. Después, regalar flores — extendió el ramo hacia Tamara— y para cerrar el día se imagina que es Gatsby y hace una comida espectacular con sus amigos, pero antes va a buscar a su novia y le pide que lo acompañe.

—¿Sí? ¿Y quién es el amor imposible de Gatsby?

Ella recibió las flores. Él trató de sonreír y lanzó hacia la calle la colilla de su cigarro. Se armó de cautela. Fallar en el próximo disparo podía ser fatal.

—El mismo de siempre, ¿no? Aquella muchacha que conoció en el Pre de La Víbora en 1972 y...

Ella sonrió, con una dosis breve pero inconfundible de dulzura, y el Conde supo que había ganado la partida.

—Mira que tienes la cara dura, Mario Conde. Gracias por las flores... Dale, entra, ahora mismo iba a hacer café. Pero ¿qué perfume es ese que te echaste...?

Conde la siguió hasta la cocina, deleitándose con el ritmo de carne de primera que vio contonearse debajo de la bata de casa, imaginando ya todo lo que podía obtener de aquel cuerpo explorado tantas veces a lo largo de tantos años. El tránsito de Tamara por el peligroso desfiladero de los cuarenta era armónico y amable, aunque ella sabía ayudarlo con cuclillas, abdominales, caminatas y cremas destinadas a darle más tono a los músculos, brillo a la piel, y el Conde le agradecía una preocupación femenina de la cual, periódicamente, él resultaba beneficiario directo.

—Cuéntame eso de que eres rico, a ver —dijo ella y colocó la cafetera en el fuego.

—Encontré una mina de libros y estoy ganando dinero. Así de simple. Por eso le pedí a la vieja Jose que nos hiciera hoy una comida de sueños, costara lo que costase... Pero a veces uno tiene más de un hambre...

—¿Y vienes a hacer la merienda aquí? —Ella se volvió para observar el avance de la colada.

Aquella tensión siempre devastaba al Conde, que optó por el silencio y el ataque frontal, aunque en realidad inició el asedio por la montañosa retaguardia: se acercó a Tamara y, aplastando su pelvis contra las nalgas de la mujer, empezó a besarla en el cuello, deslizó sus manos del estómago hacia los senos, libres bajo la tela liviana, y los encontró menos compactos que quince años atrás, cuando al fin consiguió acariciarlos por primera vez, pero los percibió todavía bien puestos. Conde sintió cómo algo entre sus piernas se disponía a flotar, cautelosa aunque valerosamente. Respiró, goloso, el olor a piel limpia y femenina, sin advertir que sus manos, su olfato, su

lengua recorrían a una mujer mientras su cerebro alterado buscaba a tientas a otra, extraviada en la neblina del ayer.

15 de noviembre

Querido mío:

Dime la verdad: ¿no me echas de menos? ¿No piensas que derrochar mi amor y vivir lejos de mí y de lo que siempre te di es injusto, incluso contigo mismo? ¿No imaginas, en algún momento del día, que mis manos acarician tu pelo después de colocar frente a ti el plato que te alimentará y te dará satisfacción? Y en tu cama, ¿no sería mejor tener mi calor que dormir con la soledad y la ausencia? Yo, sin consultártelo (por primera vez en tantos años), me atreví a tomar una decisión: me mudé a tu cuarto y ocupé el lado de la cama matrimonial que siento me corresponde. Todas las noches, antes de acostarme, doblo el cubrecamas, sacudo la sábana, como te gustaba que hiciera, y le doy unos golpecitos a tu almohada hasta redondearla, buscando la forma más apropiada para tus lecturas nocturnas. Enciendo tu lámpara de noche y acomodo junto a ella el vaso de agua con unas gotas de limón y endulzada con miel, como la bebías para aliviar tus toses nocturnas. ¿Qué libro te gustaría que trajera de la biblioteca para leer mientras buscas el sueño y espantas las preocupaciones de la vida? (Recuerdo que el último que me pediste fue El negrero, de Novás Calvo..., ¿cuántas veces lo leíste?, ¿qué encontrabas en ese libro para que volvieras a leerlo una y otra vez?). Entonces me desnudo, mirando esa mitad de la cama donde te veo, tendido, a la espera, y usurpo alguna de las muchas batas de dormir que habías decidido conservar como recuerdo de tu esposa, y siento, al contacto con la seda cariñosa, cómo mi piel se convierte en la de una señora dueña de esa media cama, en la cual va a recibir en la noche la presión de unos brazos fuertes, un olor masculino a colonia y tabaco, el roce

de unas mejillas recién afeitadas y de un bigote que erizará la piel de mi cuello. Me revuelvo, todo el cuerpo me suda, abrasado por una fiebre y una fatiga que sólo tienen un remedio, que tú bien conoces, pues muchas veces me lo suministraste, el remedio que ahora debo procurarme en soledad. A mi edad, por Dios...

A veces paso la noche en vela. Y pienso: ¿qué puedo hacer para convencerte de mi inocencia? Tanto pienso, en mis desvelos agotadores, que a veces temo la asechanza de la locura, la siento rondarme, amenazando con ser ella quien ocupe la mitad vacía de la cama, para desposarme y arrastrarme a su mundo tenebroso.

En estas noches sin sosiego he barajado todas las posibilidades a mi alcance para explicar lo sucedido y encontrar la razón de la tragedia que nos ha abocado a esta ingrata separación. Lo único que se me ocurre pensar es que las mujeres tenemos demasiados trasfondos, somos demasiado desconocidas incluso para nosotras mismas y, por tanto, capaces de acciones inimaginables. ¿Quién, además de mí, podría beneficiarse con un acto tan irreversible como esa muerte? Estoy segura de que esa pregunta retumba en tu mente, pero desde aquí te juro: la verdad es que yo misma no lo sé. Sólo ella debía de conocer los motivos que la llevaron a terminar como terminó con su propia vida o las razones que le dio a alguien no sólo interesado en hacerla desaparecer, sino también capaz de ejecutar ese acto atroz. Piénsalo así y sé sincero: ¿cuánto sabías de ella, de esas otras vidas anteriores y exteriores (yo estoy segura, ella las tenía) que ni te imaginas si existían o no? La simpleza de los hombres, aun cuando se creen tan fuertes, los hace cristalinos, predecibles, pero las mujeres... ¿Quién conoce los pliegues infinitos de su alma, lo que pueden llegar a hacer para salvarse o perderse, para vengarse o humillarse, para esconderse o mostrarse según sus conveniencias? ¿Piensas

de verdad que ella era esa niña cándida que te enloqueció de amor?

Ayer tu hija me obligó a tener una conversación sobre lo que me está sucediendo, sobre lo que puede ocurrir en el futuro. Escuchándola tuve la certeza más descarnada de mi soledad. Ella, enterada de nuestra verdad, siente indignación por el modo en que te has comportado y, con horror, he creído descubrir cómo ese conocimiento se ha convertido en un odio sordo hacia ti. Sólo escribir esta idea me aterra, pero no hay otro modo de expresarla. Ahora ella, igual que los de allá afuera, habla del pasado como de un tiempo infame, de servidumbre, de humillación, y me impulsa a rehacer mi vida, todavía soy joven, soy capaz de hacerlo, me dice, y me repite que el mundo ha cambiado y hay lugar para todos. Yo le he pedido un tiempo para acostumbrarme a esa idea, para pensarme a mí misma sin tenerte cerca, y poder tomar una decisión.

Si pudieras leer estas cartas todo resultaría más fácil. Sentirte del otro lado de estas palabras sería mi salvación, oír tus opiniones, como siempre hice, serviría para poner un norte a esta vida perdida que llevo hoy. Ay, mi amor, si pudiéramos hablar...

En unos días es el cumpleaños de tu hija Anita. Desde aquí le deseo toda la felicidad del mundo, a tu lado, y que disfrute de ese privilegio que tus otros hijos (esos hermanos suyos que ella desconoce, pues tú se los negaste) jamás han tenido y, al parecer, ya nunca tendrán.

Para ti van siempre los besos de...

Tu Nena

—¡Coño, Jose, eso huele bien! A ver, cuéntame, cuéntame...

Conde extendió el vaso hacia Carlos y esperó a que su amigo llevara la dosis de ron hasta el borde. Bebió el trago devastador que

le estaba reclamando su espíritu alebrestado por los efectos postorgásmicos y dedicó su atención a Josefina. Alrededor de la mesa, como esperando la lectura de un misterioso testamento destinado a cambiar sus vidas, Tamara, Candito el Rojo, el Conejo, Yoyi el Palomo y el flaco Carlos imitaron al Conde y guardaron silencio, sin atreverse por unos minutos a lanzarle el anzuelo a alguno de los entrantes distribuidos por aquella mesa, florecida de especies exóticas y hasta consideradas por ellos en peligro de extinción, cuando no definitivamente desaparecidas de sus mapas gastronómicos individuales y colectivos: aceitunas rellenas, trocitos de queso manchego, lascas de jamón serrano, ruedas de chorizo gallego, maní y otros granos tostados, *foiegras*, rueditas de salpicón, galletas finas y espárragos bañados en mayonesa...

—Bueno, como el libro que me regalaste tiene tantas recetas, lo abrí así, por cualquier parte, y sin complicarme mucho escogí un plato de peso ligero para empezar y un superpesado para cerrar.

—Me parece bien —dijo el Conde y los demás asintieron, como personajes entrenados para aquel vodevil de la más absoluta e inverosímil fantasía, por una vez convertida en masticable realidad—. Tampoco hay que exagerar...

—Vamos a empezar con un jigote camagüeyano... —anunció Josefina.

—¿Y qué coño es eso, vieja? —quiso saber el Flaco.

—No seas tolete, Carlos —intervino el Conejo—. Viene del francés *gigot*, y es un guisado de carne picada rehogada en manteca...

—¿Y cómo tú sabes eso, Conejo? —intervino Candito.

—Culto que soy... Aunque nunca he comido nada parecido...

—Bueno, no jodan más —los calló el Conde—. Sigue, Jose.

—Es un plato típico de Camagüey y la receta es de la señora Olga Núñez de Argüelles...

Conde levantó un dedo hacia el Conejo, exigiéndole silencio. El afán del Conejo por saber cualquier historia podía desbocarse y truncar el disfrute gastronómico al cual había convocado a sus

amigos, luego de que esa misma mañana le entregara a Josefina un fajo de billetes destinados a crear la cena fabulosa que su imaginación le dictara. Después de tantos años comiendo lo que buenamente aparecía —malamente, en puridad— e imaginando banquetes exquisitos, tendría al fin una merecida venganza en la realidad objetiva, ahora que el Conde se decía rico y podía acceder —siempre en compañía de su vieja tropa, pues no imaginaba otra forma de disfrutar la riqueza— a ciertos placeres cuyas puertas sólo se abren con la llave esquivada del dinero o del poder.

—Los ingredientes para cuatro personas son: una gallina bien gorda, tres cebollas, tres ajíes, dos ramitas de perejil, media libra de almendras, una taza de vino seco y pan. Como vamos a ser ocho, todo eso lo multipliqué por dos.

—Correcto, correcto —concedió Carlos—. Cuando llegue Manolo, somos ocho...

—La receta explica que la gallina se pica en pedazos, se pone en una cazuela con las cebollas, los ajíes, el perejil, y se sofríe un poco. Se le echa agua, la suficiente para cubrir la gallina, se le añade sal a gusto y se cocina hasta ablandarla. Cuando ya esté fría, se deshuesa y se pasa por la máquina de moler. Se maja en el mortero una cebolla grande, otra ramita de perejil y se le agrega el picadillo con el caldo, y se sazona. Las almendras se sumergen en agua durante un cuarto de hora para poder pelarlas bien. Después se pican y se ponen en un pañito para hacerlas horchata, se unen al caldo, se pone todo al fuego y se revuelve constantemente, pues de lo contrario se corta. Cuando ha hervido un rato se le echa vino seco, se deja hervir otra vez... —dijo e hizo una pausa altamente dramática—. Se sirve con pedacitos de pan frito.

El aplauso emocionado salió del fondo de los corazones y los estómagos asombrados con aquel prodigio que el arte de Josefina y el dinero del Conde hacían posible.

—Pues suena muy bien —admitió Yoyi el Palomo.

—Usted se calla, niño —lo recriminó el Conde y se lanzó dos aceitunas a la boca—. Usted lleva nada más que veintisiete años de

racionamiento, así que más respeto con los veteranos acá presentes que cargamos cuarenta abriles de experiencia ininterrumpida...

—Más de cuarenta. Con dos barcos de chícharos cada uno en la barriga —evocó Candito, masticando queso.

—No digas malas palabras, Rojo. Ah..., ¿chícharos? —lo recriminó el Conejo, indeciso entre el jamón serrano y el foie-gras.

—¿Y de segundo, vieja? —quiso saber Carlos, procurando que la audiencia no se dispersara en el acto diversionista de la picadera o en el lamento de racionamientos multiplicados en los años pasados de la Crisis, aquellos tiempos arduos cuando más de una vez debieron engañar sus estómagos con engendros como picadillo de cáscara de plátanos y bistecs de cortezas de naranja.

—De segundo encontré el pavo relleno a lo Rosa María. Ya sé que el segundo no debía ser carne de la misma especie, pero me gustó la receta de Rosa María y...

—¿Quién es ésa? —preguntó, incontenible, el Conejo.

—Rosa María Barata de Barata.

—Ah... —se limitó a decir, estrechamente vigilado por el Conde.

—¿Y ese guanajo cómo se hace? —quiso saber Candito.

—Guanajo no, Rojo, pavo —lo rectificó el Conde—. Mira que los ricos comen pavo, no guanajo...

—Lo primero —recitó Josefina— es un pavo de diez libras...

—Eso pinta bien —comentó Manolo al asomar la cabeza en el comedor y con la mano hizo un saludo a la concurrencia.

—Siéntate y cállate. Por llegar tarde te puedes quedar fuera —lo recriminó el Conde.

—¿Y cómo se prepara, Jose? —intervino Tamara, curiosa, disfrutando del circo alimenticio al que había sido convocada.

—Dice la receta de la señora Barata de Barata...

—A mí me está saliendo cara —comentó el Conde.

—Dice que se lava el pavo con agua y jabón, enjuagándolo bien.

—¿El guanajo vivo? —preguntó el Flaco—. ¿Y si no le gusta bañarse?

—Me cago en... —protestó el Conejo.

—Se le corta la cabeza a unos cuatro dedos por encima de la pechuga...

—Menos mal —respiró Carlos.

—Se le limpia la parte posterior, como es lo usual...

—Coño, Flaco, tenías razón —dijo el Conde y alzó la mano para golpear en el aire la de su amigo—. Al guanajo no le gustaba bañarse y la vieja tuvo que limpiarle el culo...

—¿Sigo? —quiso saber Josefina, que no pudo ocultar una sonrisa—. Bien, dice Rosa María que se limpia el pavo y después se deshuesa, con cuidado, para no romper la piel. Luego se le deja reposar, bañado en un adobo de jerez seco y limón, al que se le ponen unas ruedas de cebolla, pimienta blanca molida, sal y una ralladura de nuez moscada. Cuando se va a cocinar, se rellena y se cose.

—Esto se pone bueno —comentó Manolo.

—¿Qué lleva el relleno, Jose? —indagó otra vez Tamara.

—Cinco libras de masas de puerco, dos y media de jamón, seis u ocho galletas molidas...

—¿Le echaste galletas? —preguntó Carlos un poco desilusionado.

—Seis huevos crudos, un octavo de libra de mantequilla, una cucharadita y media de sal y un cuarto de nuez moscada, una manzana, pepino dulce, cuatro ciruelas pasas sin semilla, un cuarto de libra de almendras tostadas y una latica de trufas...

—Dios mío, trufas, a mí me privan... —No pudo contenerse el Conde—. Yo me pasaría la vida comiendo trufas blancas de Alba...

—¿Qué cosa son trufas? —quiso saber Yoyi el Palomo, asombrado de los exquisitos gustos del Conde.

—Son unos animalitos así chiquiticos, con plumas y unos pelitos en la cabeza... ¡Qué coño sé yo! —dijo el Conde—. Nunca en mi puñetera vida he visto una trufa, ni viva ni muerta.

—Juntamos todos los ingredientes, se rellena el pavo, se pone en una bandeja y se adoba con unos dientes de ajo machacado,

limón y manteca. Se pone al horno a trescientos cincuenta grados durante dos horas, hasta que se dore y se seque completamente. —Josefina respiró—: Puede servirse en su propia salsa o con mermelada de fresa, de albaricoque o de manzana.

—Ahí la cagó la Barata —intervino Carlos—. Al mío no le echés esa mierda dulce por arriba...

—Oye qué manera de hablar —se lamentó el Conde y de inmediato agregó—: Al mío tampoco le echés de eso, Jose. Dámelo con salsa...

—Da aproximadamente para veinte personas —concluyó Josefina y recibió el nuevo aplauso del auditorio, del que escaparon gritos de «¡Llegó la abundancia!», «Nacimos para vencer y no para ser vencidos», «¡Industriales, campeón!» y «Viva Josefina».

—¿Y ya todo eso está hecho? —preguntó Conde.

—Ya. Candito se ocupó de conseguir todos los ingredientes, el Conejo y Carlos fueron los pinches de cocina...

Hubo más aplausos y vivas, pero Carlos trató de imponerse al júbilo general levantando las manos. Cuando regresó el silencio, seriamente el Flaco miró a su madre.

—Vieja..., se te olvidó decir algo.

—Ah, claro —recordó la anciana—, hice una cazuela de arroz con grí, un racimo de plátanos maduros fritos, una ensalada de tomate, lechuga, aguacate y pepino... Y de postre no me compliqué: helado de chocolate con coco rayado y nueces por arriba...

—¿Todo esto es de verdad? —preguntó Manolo, histórica, racional, policiacamente imposibilitado de salir de su estupefacción.

—Y yo traje una caja de vino tinto de Rioja —anunció Yoyi—, más cuatro botellas de champán...

—Se va a acabar el mundo. Es el Armagedón —comentó Candito.

—Te has tenido que pasar el día trabajando, Jose —se condolió Tamara.

—Llevábamos una semana a arroz con frijoles —recordó Carlos—, y no comíamos carne desde la última novena de pollo, que tocó

hace..., ¿fue en el siglo pasado, vieja? Así que le vino bien un poco de ejercicio.

—¿Cuánto costó todo eso? —quiso saber Manolo y Conde saltó:

—No lo confíes, Jose. Ahora vamos a comer, qué carajo. Nosotros los ricos no estamos en boberías de centavos más o menos.

—¿Y cuánto te va a durar la riqueza, Conde? —quiso saber Candito.

—A este ritmo... —Calculó el Conde—, comiendo en palada res, cogiendo carros de alquiler, comprando flores, haciendo banquetes para una partida de huevones muertos de hambre... Pasado mañana vuelvo a la pobreza. Pero valió la pena ser rico tres días, ¿verdad?

—Claro que sí, qué coño —ratificó Carlos—. A lo mejor así aguantamos con más firmeza y coraje otros cuarenta años de bloqueo imperialista y libreta de racionamiento...

Cuando abrió los ojos, Mario Conde tuvo la onerosa sensación de que su cuerpo era como un saco de papas tirado de cualquier modo en medio de la cama. La experiencia acumulada —lo que el Conejo, más filosófico, con suficiente memoria para recordar enunciados de los manuales de marxismo, llamaba «la praxis como criterio de la verdad»— volvía a demostrarle, alevosamente, que luego de una noche de desfachatez alimenticia y desenfreno alcohólico lo aguardaba un amanecer cada vez más tormentoso.

—¿Y qué tú haces aquí? —preguntó cuando trató de buscar la segunda almohada y ésta se movió—. ¿Quién te invitó a dormir en esta cama?

Por respuesta, Basura levantó una pata, exigiendo una mano que le rascara la barriga todavía repleta con la nueva carga de sobras obsequiadas por su dueño.

En mañanas así, el Conde sentía, de manera avasalladora, que se estaba aproximando a velocidades ciclónicas a la terrible cifra del medio siglo de residencia en la Tierra. En aquel ascenso —que en realidad era uno más de sus muchos descensos, quizás el más definitivo—, había debido aprender a convivir con su organismo, adquiriendo conciencia de sus válvulas, ejes, bisagras y tubos de escape, de un modo jamás advertido antes de los cuarenta y cinco. En aquel tiempo de la juventud, luego de una noche de muchos tragos, si acaso debía cargar con un dolor de cabeza, una rebelión del estómago que se resolvía expulsando mierda —en su caso, generalmente, mucha mierda— y una punzada en la rodilla debido al golpe que se había propinado con el borde afilado de la cama en cuya reputa madre solía cagarse tras cada colisión: mas todo era pasajero y curable con una ducha, un par de duralginas y un antidiarreico. Ahora no: ahora había descubierto, por ejemplo, que tenía un corazón donde, además de sentimientos y cicatrices de guerra, albergaba un mecanismo destinado a impulsar sangre y, ciertos amaneceres postorgiásticos, aquella bomba podía acelerarse hasta hacerse patente en su pecho; había aprendido que poseía riñones y éstos podían doler en la madrugada traicionera; y sabía,

tristemente, que una noche de mucho alcohol exigía todo un día — esta vez pensó que necesitaría dos— de recuperación física y moral, pues su cuerpo se negaba ya a asimilar en unas pocas horas las dosis de ron recibidas, vengándose de las más arteras y variadas formas...

Pero la noche anterior podía ser grabada con letras doradas entre sus experiencias memorables, pues ni siquiera la noticia traída por Manolo de que en los archivos policiales no existía rastro alguno de una persona llamada o apodada Violeta del Río fue capaz de nublar la alegría del Conde al observar el costillar desnudo del pavo, las botellas de ron, cerveza, vino y champán alegremente vaciadas de su contenido, y al comprobar el regocijo patente que le había obsequiado a sus amigos, en especial al flaco Carlos.

Con dos duralginas en el estómago, un cigarro en los labios y una taza doble de café en las manos, salió a la terraza de su casa y recordó que, al llegar en la madrugada, Basura lo había estado esperando, como si supiera que él también participaría en un banquete.

—Basura, no te acostumbres. Cuando se nos acabe la fiesta, volvemos a las de siempre...

Observando cómo el animal bostezaba, mientras con la pata trasera trataba de sacarse una pulga especialmente molesta, Conde sintió cierta envidia hacia el perro que, a pesar de su edad, parecía dispuesto a reemprender la vida cada mañana. Entonces pensó que no podía dilatar más su decisión de empezar a hacer ejercicios y de reducir la cuota diaria de cigarros hasta el límite de una cajetilla por jornada, pero de inmediato olvidó aquellas metas eternamente pospuestas, pues calculó que si hacía un esfuerzo todavía podía tratar de hablar con Katy Barqué antes de ir a cumplir la cita acordada con el periodista Silvano Quintero. En ese momento debió reconocer ante sí mismo que el impulso fundamental capaz de empujarlo a realizar aquel sacrificio sobrehumano era una curiosidad malsana que le exigía, con una vehemencia

desproporcionada, saber más sobre Violeta del Río, como si en ello le fuera la vida.

—Yo siempre lo he dicho: para cantar boleros hay que tener dos cosas, pero las dos grandes y bien puestas: un corazón de este tamaño en el medio del pecho, con mucho sentimiento, y unos ovarios zangandongos, forrados de acero. La voz es lo de menos, lo de menos... Pero es que yo, además de tener esta voz que Dios me dio y me conserva como si tuviera quince añitos, siempre tuve más corazón y más ovarios que todas esas cantantes juntas, empezando por la Violeta del Río.

Conde estudió el rostro momificado de la cantante. Katy Barqué andaba acechando los ochenta y quizás fuera posible admitir que estaba bien conservada para su edad. Pero el esfuerzo por parecer veinte años más joven, que incluía cirugías empeñadas en dar una tirantez artificial a su cara, se completaba con varias capas de cremas, brochazos de colores vivificantes, unas pestañas como abanicos, unos labios rellenos de silicona y un pañuelo aferrado como un ancla en la mitad de la frente, empecinado en disolverle hacia el cráneo los pliegues más rebeldes de su piel vencida.

—El bolero es sentimiento, puro sentimiento y mucho dramatismo. Siempre habla de las tragedias del alma y lo hace con un lenguaje que va de la poesía a la realidad. Por eso lo mismo se le puede cantar a un cielo tisú que decir tú tienes una forma de querer un poco extraña, o gritar vete, ya no hay calor entre tus piernas... Lo importante es decir todo eso con el alma, hacerlo creíble, ¿no?... Como lo hago yo, que soy una vedette y por eso he hecho cine, teatro musical, zarzuela, muchísimos espectáculos... ¿Eso lo sabe ese productor de cine?

La disertación iba acompañada por movimientos de manos, miradas pretendidamente intensas y el apoyo melódico a las frases entresacadas de viejos boleros, como si estuviera sobre el escenario más exigente.

—Los europeos y los americanos son muy fríos, por eso no entienden qué cosa es un buen bolero, y últimamente se tragan esos discos llenos de versiones hechas por chiquitos lindos, unas versiones que dan ganas de cagar. De cagar de verdad. El bolero es del Caribe, por eso nació en Cuba, se aclimató en México, en Puerto Rico, en Colombia. Es la poesía de amor del trópico, un poco picúa a veces, porque somos picúos, qué le vamos a hacer, aunque siempre diciendo verdades. Oigan esto que escribió Arsenio Rodríguez y díganme algo:

*Después que uno vive
veinte desengaños
qué importa uno más,
después que conozcas
la acción de la vida
no debes llorar.
Hay que darse cuenta
que todo es mentira,
que nada es verdad.
Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedas gozar.*

(Movimiento de cabeza, validando la verdad tremenda de la afirmación de Arsenio. Mirada intensa con la que devoraba la juventud exultante de Yoyi).

*porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño
y todo se va.
La realidad es nacer y morir.*

(Nueva afirmación, más categórica. Nueva mirada a Yoyi, más sugestiva).

*por qué llenarnos de tanta ansiedad,
todo no es más que un eterno sufrir,
el mundo está hecho... sin felicidad.*

»Coño, miren cómo me erizo... Eso lo escribió el pobre Arsenio, ¿saben cuándo? Cuando los mejores médicos de Nueva York le dijeron que su ceguera no tenía cura y supo que iba a ser ciego para siempre...

Conde miró a Yoyi y, como por acuerdo previo, los dos asintieron. La veterana conservaba más malicia que voz, pero verla cantar, con aquella máscara facial, envuelta en un kimono lleno de letras chinas o japonesas, tratando de parecer conmovida por lo que decía el texto, resultaba visual y auditivamente patético, incluso para el bolero memorable de Arsenio.

—A lo que iba... En aquella época la competencia era tremenda, había que ser buena de verdad para ganarse un espacio. No podías imitar a nadie, tenías que buscarte los mejores compositores, que los arreglistas trabajaran para tu estilo, además tener la suerte de conseguir un buen *show* y de pasar después a la televisión, que aquí ya era hasta en colores cuando en España había un televisor en Madrid y otro en Barcelona... Yo lo conseguí todo, a puro pulmón y talento, por eso fui la mejor, eso lo sabe todo el mundo. ¿No han leído la última entrevista que me sacaron en Bohemia?

En ese instante Conde tuvo la revelación precisa de las razones por las cuales, desde siempre, había sostenido un impávido rechazo hacia Katy Barqué: no se debía, como creyó hasta ese momento, a la tesitura casi masculina de su voz, a los textos ridículamente agresivos, por momentos soeces, que muchas veces ella misma componía en su papel de mujer-suficiente-capaz-de-despreciar-a-los-hombres, ni siquiera a las oportunistas versiones de himnos

revolucionarios y loas políticas que había incluido en diversos estadios de su carrera, o a las máscaras fáciles con las cuales salía al escenario —y no sólo al escenario, como comprobaba ahora—. En realidad, su rechazo era algo más visceral y se debía a la patente ausencia, por parte de la cantante, del sentido del límite histórico y al empeño de aferrarse, contra viento, marea, lógica, tiempo y medida de lo grotesco, a una preeminencia que ya no le correspondía y que, desde hacía unos veinte años, la había transformado en una caricatura cantante de sí misma, una especie de espectáculo circense. Katy Barqué, como otros que el Conde conocía, nunca se bajaría del caballo: habría que tirarla de la montura o resignarse a verla morir, calamitosamente, con las riendas en las manos, sin dejar herederos y haciendo el peor de los papeles en el teatro de la vida: el del ridículo.

—De pronto apareció la Violeta esa dispuesta a quitarme lo que era mío. Tenía juventud, tenía cuerpo, creo que hasta tenía corazón, pero le faltaban ovarios... y un maestro que le enseñara a cantar. La pobre, a veces parecía que se iba a ahogar... Pero ¡cómo sabía ese bicho! Pescó un amante, él estaba loco por ella y le dio un empujón como para ponerla en las nubes. Imagínense a una improvisada como ella de estrella en el segundo *show* del Parísien, cuando por ese *cabaret* pasaban los que decidían quién valía y quién no valía en La Habana, en Cuba...

Desde su llegada al bien iluminado *penthouse* de aquella torre de la calle Línea, Conde y Palomo recibieron el impacto visual de haber penetrado en una especie de museo del *kitsch* bolerístico. Un retrato al óleo, obviamente amateur, de una Katy Barqué en sus días de plenitud física, ocupaba la pared más codiciada de un salón atiborrado de porcelanas, cerámicas y cristales —el colmo del mal gusto era una flor de metal, en trance de oxidación, con una chapilla donde se advertía: Premio de la Popularidad— recibidos como reconocimientos en sus más de cincuenta años de carrera.

—Y además era una fresca. Una descarada, sobre todo eso. Una vez me enteré de que andaba hablando cosas de mí y la puse

en su sitio: la agarré y le dije hasta del mal que iba a morir. Porque está bien que una se defienda como pueda, pero ¿subirse en la cabeza de los otros para destacarse? No, eso sí que no. Aquí había buenas cantantes, Celia Cruz, Olguita Guillot, Elena Burke, una pila, pero cada una andaba por su camino y nadie se metía en el terreno de las otras. Era como una ley no escrita. Pero esa chiquilla no entendía nada y nos jodía a todas. ¿Sabe lo que es eso de pasarse media noche cantando gratis en un club? Eso, perdonenme la expresión, era una mariconada y maleaba el negocio... ¿No es verdad?

Yoyi el Palomo asintió: su ética mercantil coincidía con el juicio de la Barqué. Pero Conde pensó un poco en las reflexiones de la vedette, y recordó que en algunas entrevistas escuchadas jamás oyó a la mujer mencionar a ninguna de las grandes boleristas, a las verdaderamente grandes, las que podían hacer evidente que el ascenso de la Barqué tenía mucho de autopromoción y oportunismo de toda clase, incluido el sexual y el político.

—Nunca supe quién era el hombre que estaba detrás de ella. Se habló mucho de eso en La Habana, pero el tipo no daba la cara. Debía de ser un ricachón lleno de prejuicios que no quería dejarse ver con una cantante de *cabarets*, que, por cierto, tenía su pinta: porque con pelo bueno y todo, a mí nadie me jode, ella tenía su pinta de negro.

La ausencia de un nombre revelador, sin embargo, ratificó al Conde en su idea de que el amante misterioso no podía ser otro que Alcides Montes de Oca. Y, con la convicción, le llegó la sospecha de que alguna razón oculta motivaba el escamoteo de una identidad que, estaba seguro, Katy Barqué debía de conocer, empeñada como estuvo en una guerra particular con Violeta del Río.

—Después de esa discusión no la volví a ver jamás, por suerte... Como a los cinco o seis meses, no sé, ella anunció que dejaba de cantar y desapareció del ambiente. Y yo, feliz como una lombriz: una menos, otra que no resistía el rigor de la competencia, de las noches sin dormir, de la lucha por sacar buenos contratos para las

actuaciones y las grabaciones. Si se iba a casar con el ricachón podía olvidarse de todo eso y gozar su suerte, pues a diferencia mía, yo siempre fui una artista, entregada día y noche a mi arte. Ella no fue más que una huelebraguetas con suerte... Después, cuando ya casi ni me acordaba de su existencia, me enteré de que se había suicidado. Así mismo: ella solita se mató... Por cierto, ¿dónde coño ustedes oyeron hablar de ella?

La noticia de un suicidio, llegada sin previo aviso, provocó el asombro elemental de Yoyi y removió las estructuras físicas y espirituales del Conde. La certeza de que Violeta del Río apenas era un recorte de periódico y una voz rústicamente escuchada gracias a una vieja placa de 45 revoluciones mataba de un golpe las expectativas de Mario Conde, alimentadas durante los dos días en que soñó con la posibilidad de hallar a la misteriosa y seductora mujer de cuya imagen y modo de cantar se había llenado con avidez de adolescente. Una ola de frustración desbordó al hombre que, de pronto, se sintió como perdido en los trágicos versos finales de un bolero, dispuestos a decapitar las ilusiones creadas a lo largo de una cálida canción de amor.

—¿Dónde coño vive ese viejo, men? —quiso saber Yoyi cuando el Conde, decepcionado y aturdido, le indicó que dejara la calle Zanja y entrara por Rayo, en busca de la casa de Silvano Quintero.

A pesar de algunos retoques recientes, el viejo Barrio Chino de La Habana seguía siendo el lugar sórdido y opresivo donde se arracimaron por décadas los asiáticos llegados a la isla con la vana esperanza de una vida mejor y hasta el sueño, pronto asesinado, de acumular riquezas. Aunque en los últimos años las antiguas y cada vez más obsoletas sociedades chinas habían pospuesto su previsible muerte natural, transformándose en restaurantes —de ofertas grasientas a precios cada día menos módicos— que dieron vida y ambiente al barrio, la geografía de la zona seguía exhibiendo, casi descaradamente, un deterioro furioso, al parecer imparable, que emergía desde los hoyos callejeros, desbordados de aguas pútridas, para trepar por los latones repletos de desperdicios hasta

alcanzar la verticalidad de las paredes, carcomiéndolas y derribándolas en más de un caso. Aquellas viejas edificaciones de principios del siglo xx, muchas de ellas convertidas en solares donde se hacinaban varias familias, habían olvidado hacía demasiados años el posible encanto que alguna vez pudieron tener y en su decadencia irreversible ofrecían un panorama de compacta pobreza. Negros, blancos, chinos y mestizos de todas las sangres y creencias convivían allí con una miseria que no distinguía tonalidades epidérmicas y procedencias geográficas, igualándolos a todos, empujándolos a una lucha por la supervivencia que solía tornarlos agresivos y cínicos, como seres ya ajenos a cualquier esperanza.

—Sigue por aquí, dos cuadras —le explicó el Conde e imaginó que al Palomo no debía de serle grato meter su brillante Bel Air con gomas de banda blanca entre las furnias de la calle y las miradas cortantes que los perseguían.

—El otro día dijeron en la televisión que lo peor de la crisis ya había pasado... —Yoyi hablaba y con la vista examinaba los hoyos de la calle—. El que lo dijo no pasó por aquí. Esto está cada vez peor...

—Siempre fue un barrio jodido —recordó el Conde.

—Pero nunca como ahora. Con el lío de los restaurantes y los turistas carroñeros que vienen por aquí esto se ha puesto caliente de verdad. Para rematar la cosa, ahora también se mueve droga. Y no es opio precisamente... Dime, ¿qué hago?

—Sigue, es en la otra esquina... Yoyi, ¿tú has probado drogas?

—¿Eso a qué viene, men? —El otro saltó, con cierta suspicacia.

—Acuérdate de que ya no soy policía. Nada, me gusta saber...

—Alguna pastilla con ron, algún cigarrito de marihuana en una fiesta. Pero de ahí no paso, te lo juro. Mira este cuerpón: tengo que cuidarlo...

—¿Qué te parece si te digo que yo jamás he probado ninguna droga de ésas?

—Me parece lo mismo de siempre, men: tú y tus amigos son marcianos. A ustedes los metieron de cabeza en una probeta... ¿Y qué salió? ¿El hombre nuevo que me dijiste el otro día? Lo que pasa es que en la probeta les pusieron alcohol y ustedes se lo chuparon enseguida...

—¿Por qué hay tanta gente enganchada? ¿Es tan fácil conseguir droga?

—Ni te lo creas. Aquí no hay plata y donde no hay plata no hay tráfico. ¿Diez, veinte turistas, vamos a poner cien, dispuestos a comprar un poco de droga? ¿Más cien chiquillos con dólares suficientes para comprar una toma? Eso no da para montar un negocio...

—¿Y de dónde la sacan? Porque droga hay...

—Son paquetes que aparecen flotando en el mar y que alguien se dedica a pescar. Ahí empieza el negocio: el que lo saca del mar no invierte nada y se lo vende barato al que lo coloca en La Habana. Desde el principio todo es ganancia, no hay inversiones grandes, por eso se montó el negocio. Pero después de la limpieza que metió la policía se ha puesto más difícil, aunque siempre hay algún loco que se arriesga y vende lo que aparece. Lo jodido es que ahora está más cara y más adulterada, los vendedores ganan más y los viciosos se meten en líos más gordos para buscar el dinero...

—Cuando nosotros teníamos, no sé, quince, veinte años, no habíamos visto ni de lejos un cigarro de marihuana. Tuve que hacerme policía para saber cómo olía... Y mira ahora.

El muchacho sonrió.

—Te creo...

—Para, es aquí.

—Conde, si ya sabes que la mujer se suicidó hace un cojón de años... ¿qué quieres averiguar ahora?

—No sé —admitió otra vez—. Lo que me falta por saber, ¿no?

Yoyi arrimó el auto frente al edificio. Era una de las construcciones típicas del barrio, con el aspecto de deterioro que el Conde se esperaba. En el edificio contiguo, semiderruido, un

enjambre de personas se empeñaba en limpiar ladrillos centenarios, en rescatar barras de acero oxidadas y azulejos prehistóricos, dispuestos a reciclarlos con el propósito de remendar sus casas, mientras otros hurgaban entre los escombros buscando algo inesperado que seguramente nunca hallarían. Por la calle, varias personas, como condenados a trabajos forzados, arrastraban tanques de cincuenta y cinco galones llenos de agua, colocados sobre artefactos rodantes contruidos con viejos rodamientos, y los dos únicos chinos verdaderos que logró ver el Conde —tan viejos que quizás hasta fueran milenarios— ofrecían, sentados en un quicio, las laticas de la pomada china que tanto consumía el Conde como bálsamo para sus dolores de cabeza. A través de algunas ventanas abiertas a la calle, pequeños mostradores anunciaban *pizzas* de quesos apócrifos, dulces de harina robada de alguna panadería, café mezclado hasta con pezuñas de gato y croquetas de malas entrañas. En cada esquina varios hombres conversaban, como si fueran propietarios del tiempo. El Conde calculó que en aquellos cien metros de calle debía de haber más de sesenta personas inventando un modo cualquiera de arreglarse la vida o de verla pasar de la manera menos traumática posible. La sensación de degradación que flotaba en el aire alarmó al espíritu del expolicía, que percibió en la piel un temblor demasiado parecido al miedo: aquel ambiente era definitivamente explosivo, ajeno a la ciudad amable donde él había vivido por tantos años. Demasiadas gentes sin nada que hacer o perder. Demasiadas gentes sin sueños ni esperanzas. Demasiado fuego bajo una olla tapada, que más tarde o más temprano reventaría por las atmósferas de presión acumuladas.

Mientras el Palomo acordaba con dos negros de aspecto carcelario el precio por el cuidado de su auto, el Conde cruzó la calle, evitando un charco donde flotaba una rata hinchada, y les compró a los chinos cuatro laticas de pomada, a diez pesos cada una. Desde allí observó el panorama que lo circundaba y le recordó ciertas imágenes de ciudades africanas vistas en la televisión. Es el

regreso a los orígenes, pensó, preparándose para sorpresas mayores.

Conde y Yoyi entraron en el edificio y ascendieron la escalera. Un olor a humedad concentrada y a orines fermentados los envolvió y, a pesar de su debilidad, Conde no se atrevió a tocar el pasamanos mugriento, aunque tomó distancia de la pared, contra la que flotaban decenas de cables eléctricos deshilachados, en constante riesgo de provocar un cortocircuito. En el primer piso la escalera conducía hacia un pasillo estrecho al cual daban varias puertas, casi todas abiertas. Conde se asomó a la baranda metálica y observó el patio interior, donde varias personas se repartían el espacio alrededor de una mesa de dominó, al parecer inmunes a la fetidez del ambiente, multiplicado por el aporte que añadía el corral donde dormían dos cerdos y la jaula en la cual picoteaban varias gallinas famélicas. Cerca de los hombres, en los ángulos de la mesa, Conde vio botellas de cerveza y platos con restos de comida.

—Por lo visto aquí nadie trabaja —dijo el Conde, casi para sí mismo.

—Todo el mundo vive del invento —le recordó Yoyi—. Esos están jugando dominó al interés, claro. Pero hay uno que alquila el espacio; otro vende cervezas; aquél hace algo de comer; otro más vende cigarros; otro cría perros de pelea; otro alquila su cuarto como posada; otro vigila a la policía...

—¿Y cómo nosotros entramos aquí y ellos ni se movieron?

—Los negrones que me cuidan el carro, men..., éstos son los cancerberos y nos dieron el salvoconducto... Aquí el dinero se mueve entre ellos y así van escapando. Por la noche alguno de esos cambia de oficio y se dedica a robar en las casas, a proponerles putas a los turistas y, claro, a vender la droga que tú sabes...

—¿Qué coño es esto? ¿El infierno?

—Sí..., pero el de arribita. El primer círculo más o menos. Porque se puede bajar más..., te lo juro. ¿Hace tiempo que no vas al Prado por la noche? Date una vuelta y vas a ver la candela de

verdad, ahí, exhibiéndose como si tal cosa... Ahora tus antiguos colegas andan con perros pastores.

El Conde, sin mirar los interiores de los cuartos frente a los cuales fue pasando, llegó a la puerta marcada con el número siete, increíblemente cerrada, y tocó.

Silvano Quintero resultó ser mucho menos viejo de lo esperado por el Conde. Andaba por los setenta y su extrema delgadez — quizás hasta genética— podía favorecerlo, pero el tono violáceo de su piel advertía que el hombre era de los militantes en el club de los alcohólicos irreductibles. Silvano necesitaba de un afeitado, un pelado, incluso reclamaba a gritos un buen baño. Cuando los hizo entrar, Conde observó la mano derecha del hombre: era como una garra semicerrada, rígida, con un notable hundimiento en la piel lisa de la parte superior. El pequeño cuarto les ofreció a los recién llegados el mismo estado lamentable que exhibía su inquilino. A través del umbral sin puerta del pequeño baño brotaba una fetidez concentrada y el piso no tenía trazas de haber sido limpiado desde alguna fecha lejana del siglo anterior. Con su mirada entrenada, el Conde descubrió, bajo la mesa de madera cubierta con un zinc donde reposaba la cocina de kerosene, un ejército de botellas vacías, seguramente bebidas en honor al hígado endurecido de aquel hombre.

Silvano les ofreció las dos sillas desvencijadas y él se acomodó en el borde de la cama, donde se extendía una sábana de color gris acerado. Sin poder evitarlo, Conde pensó en sí mismo y su afición alcohólica y se alarmó al comprender que tal vez estaba ante una película de anticipación científica, dotada de la perversa intención de mostrarle su propio futuro.

—¿Y bueno? —preguntó Silvano.

El Conde sacó su cajetilla de cigarros y le alargó uno al hombre, quien lo aceptó, con la mano izquierda, para luego colocarlo, como si fuera un cenicero, entre dos dedos de la contraída mano derecha y dedicar la otra a buscar en el bolsillo de su camisa una boquilla en

la cual acomodó el cigarrillo, realizando toda la manipulación con la mano izquierda.

—Ayer le expliqué..., mi amigo y yo nos dedicamos a comprar y vender libros y discos viejos...

—¿Y eso da para vivir? —se extrañó Silvano y fumó de su boquilla con cierto estilo, leve y *démodé*.

—A veces sí, a veces no... En una compra nos encontramos con un disco de una tal Violeta del Río, y alguien nos dijo que seguramente usted la había conocido.

—¿Quién dijo eso? —preguntó el hombre, sorbiendo los mocos con el mismo estilo refinado que utilizaba para fumar.

—Rogelito, el timbalero.

—¿Ése está vivo todavía? —preguntó, casi sin entonación.

—Va a cumplir cien años —aseguró el Conde—. Según dice, no sabe cómo morir.

Silvano fumó un poco más, como si meditara sus posibilidades, que el Conde de inmediato redujo a dos: hablar o callar. A partir de ahí se podía complicar la historia. El Conde sacó del sobre la página de *Vanidades* dedicada al adiós de Violeta del Río. El viejo periodista la tomó con la mano izquierda y apoyó el pliego sobre la engarrotada derecha.

—Me cago en Dios —musitó, dobló la hoja y se la devolvió al Conde, que ya se preguntaba el origen de la exclamación—. ¿Por qué la están buscando? ¿No saben que se murió en 1960?

Conde asintió.

—Queremos saber más de ella. Por curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —sentenció el otro—. Es una historia larga. Y no me gusta contarla...

—Es que nadie sabe nada de Violeta, ni siquiera que se suicidó y... —El Conde puso dosis de súplica en su voz.

—¿Por qué dice que se suicidó? Que yo sepa, eso nunca quedó claro...

El Conde entornó los ojos, tratando de procesar las palabras del viejo.

—¿Qué me quiere decir?

—Por lo que yo sé, no estaba claro si se suicidó o si la suicidaron.

Conde trató de acomodar sus nalgas antes de seguir.

—¿Me está diciendo que pudieron haberla matado?

—Me parece que yo hablo en español.

—¿Y cómo sabe eso?

—Fue lo que oí. Hubo dudas, nunca quedó claro lo de su muerte... Pero, vamos a ver. —Silvano cambió el tono—, ¿qué gano yo con decirles nada?

Conde pensó que no había entendido la pregunta, pero tuvo la certeza de haber oído bien cuando Yoyi, como una flecha, puso precio a la conversación.

—Una botella y dos cajas de cigarros. Déme la jabita esa...

El Conde no salía de su asombro. Debía de ser la primera vez en su vida que alguien le cobraba por una conversación, y el Palomo era quien le resolvía el trance, señalando hacia una cesta de paja atada con una soga, con toda seguridad utilizada por Silvano para subir y bajar encargos desde el patio central.

—Está bien —aceptó el hombre y le alcanzó la cesta a Yoyi, luego de haber puesto dentro una botella vacía.

—¿Cuánto es, viejo? —quiso saber Yoyi.

—El litro veinticinco y las cajas de cigarro a ocho cañas...

El joven salió y el Conde miró a Silvano, que desvió la vista hacia su mutilada mano derecha. El hombre sopló el cigarro, expulsándolo de la boquilla, y el Conde se ratificó en su convicción de que cada vez entendía menos, pues los códigos y lenguajes en uso le resultaban desconocidos. Y pensó que otra vez Yoyi tenía razón: parecía un cabrón marciano sacado de una probeta.

A los veinticinco años yo lo tenía todo: inteligencia, una familia bien colocada, aunque no éramos ricos, un trabajo en uno de los mejores periódicos de este país, empuje para subir, ningún vicio

lamentable... Por eso creo que pude haber tenido otra vida, y todavía pienso que la hubiera tenido si Violeta no se hubiese cruzado en mi camino. O yo en el camino de Violeta... Cuando la conocí, ella también tenía lo suyo: aquel cuerpo como hecho a mano y esa cara que le daba un poder sobre los hombres, aquella voz un poco ronca, que convencía de la primera oída, y unas espuelas como para pelear en cualquier valla donde la lanzara la vida. Me acuerdo de la primera vez que la vi, en el *cabaret* Las Vegas, una de aquellas noches locas de La Habana de finales de los cincuenta, después del asalto a Palacio, cuando Batista vio que las cosas iban en serio y la policía se puso sanguinaria, y de verdad se hizo peligroso andar por ahí. Pero uno era un bohemio, un irresponsable, salía y trasnochaba, como si meterse en la cama fuera un pecado. Uno se ponía a girovagar, bebiendo un trago aquí, otro allá, con el jamo dispuesto por si caía un buen pez que justificara las horas de tragos, cigarros y callejeo.

La vi y la oí por primera vez una noche de ésas en que uno se empecina en no irse a dormir, así, por gusto, y que de pronto se hizo la noche mágica, porque desde que sentí aquella voz en la oscuridad del *cabaret* me quedé como alelado, convencido a los dos minutos de que oírla cantar era una experiencia, y lo más jodido, enseguida supe que era una experiencia enfermiza, porque aquella voz se te metía debajo de la piel, y te dejaba un escalofrío de fiebre, como si se te hubiera revuelto algo por dentro. Claro, esa noche ella cantó varias cosas, pero lo que me tocó de verdad fue *Vete de mí*, ése era su himno de combate, y lo cantaba siempre como si le fuera la vida en la canción... Pero la complicación de la enfermedad vino unos días después, cuando empecé a darme cuenta de algo: lo que me había entrado aquella noche se negaba a salir. Casi sin darme cuenta empecé a seguirle la pista, a tratar de hacerme amigo de ella para ver si podía pasar a mayores, porque su voz se me había incrustado en la cabeza, y también la cara, el pelo, el cuerpo de aquella cabrona mujer... Yo no era un niño, tenía veinticinco años, había rodado mucha carretera, sobre todo desde que escribía para

la página de espectáculos de *El Mundo*, y como todas aquellas cantantes, bailarinas, coristas querían verse en letra de imprenta, pues publicándole algo a una, o nada más prometiéndoselo a la mayoría, me templé a unas cuantas de las hembras más sabrosas de La Habana, cuando las mujeres eran sabrosas de verdad, con buenos culos y mucha pechuga... ¿Se han fijado cómo las mujeres ahora no tienen ni tetas, y hasta se ponen contentas de pasar hambre porque así no les engorda el culo?... Pues me templé a muchísimas, sobre todo cantantes, eran mi debilidad, a Katy Barqué, por ejemplo..., que resultó ser más envoltura que mercancía, la verdad. Así empecé a echarle maíz a Violeta, pero no a lo burdo, enseguida me di cuenta de que ella no era de las desesperadas por salir en el periódico, por eso la atacué con cuidado, elegantemente, o por lo menos eso creía yo, mientras la iba siguiendo por toda La Habana, dos o tres noches por semana, invitándola a un trago, pidiéndole una canción... Y cuando vine a reaccionar ya estaba enamorado como un loco, o mejor dicho, como un comemierda, que es el único modo en que uno se enamora.

Ya a principios de 1958 ella dejó de cantar en *cabarets* de segunda. Fue cuando la contrataron en el Parisián, y yo escribí sobre su espectáculo y la bauticé con aquel epíteto de la Dama de la Noche, que pegó, pues lo que Violeta cantaba nada más tenía sentido si se oía en la noche, cuanto más tarde, mejor. Dos o tres veces había escrito sobre ella, cosas pequeñas, pero decidí lanzarme a la ofensiva y le hice un reportaje de media página que me costó el odio de muchas cantantes, anunciando su nuevo espacio en el segundo *show* del Parisián. Para ese tiempo habíamos ido entrando en confianza, haciéndonos un poco amigos, muchas noches nos habíamos quedado solos en la barra, tomándonos un trago, pero Violeta nunca me dio entrada, y eso fue lo peor, porque yo me empeciné, tuve más y más ganas de revolcarme con ella, y hasta pensé tener algo serio si ella me lo permitía, aunque Violeta era una muchacha, bueno, una mujer, con muchos trasfondos y pasadizos secretos, y yo nunca logré saber a

ciencia cierta quién era ni cómo era... Ella sabía guardar sus cosas. Su nombre, por ejemplo: una vez me confesó que su verdadero nombre era Catalina, en su casa le decían Lina, pero no me dijo el apellido, y la única razón para explicarme aquel misterio era que esa historia de que había venido de un pueblo del campo fuera un cuento y la verdad era que tuviese un apellido con demasiado sonido en Cuba y por eso quería esconderlo, porque ser de una familia de la *high* y cantar en *cabarets* dirigidos por mafiosos eran cosas que no casaban. Pero acabé por convencerme de que ella cantaba porque era lo que más le gustaba hacer en el mundo y no porque pretendiera ser una simple profesional. Quizás por eso no me daba demasiada bola ni me pedía salir en el periódico, como las demás cantantes: era como si todo eso le sobrara si tenía un pedacito de tarima donde cantar y unas cuantas gentes dispuestas a oírla... Nada, que era rara la Violeta... Lo que no me cabía en la cabeza era cómo aquella mujer, mezclada con los pájaros nocturnos de La Habana, no tuviera una vida alegre como las demás, no se le conociera ningún novio, ningún amante, aunque ya se empezaba a hablar de un hombre rico que andaba con ella o detrás de ella. Pero ese misterio era parte de su encanto, de su poder de seducción... Yo, en mi desesperación, para consolarme, llegué a pensar si el problema de Violeta no sería que le gustaban las mujeres. —Katy Barqué lo decía, con esa lengua viperina que siempre tuvo— y por eso no me hacía caso ni a mí ni a otra caterva de tipos que tenía detrás, invitándola todas las noches. Y como ella era muy amiga de mujeres extrañas, se me metió esa idea en la cabeza. Una de esas amigas, la que más parecía gustarle, era Flor de Loto, la rubia que se hizo famosa bailando en cueros en el teatro Shanghai y después se metió a matrona de putas exclusivas... A cada rato Flor de Loto se aparecía por el *cabaret* donde estuviera cantando Violeta, y se veía que le encantaba oírla y a las dos les gustaba hablar de sus cosas, pues muchas veces se sentaban, al final del espectáculo, y conversaban un rato largo, bebiéndose un trago. —Violeta siempre pedía high-ball de Bacardí con *ginger ale*—, sin dar cabida a otras

gentes en sus conversaciones, como si tuvieran un secreto..., aunque nunca pude ver nada como para asegurar que entre ellas hubiera algo sexual, y todo eso fue haciendo más enigmática y más apetecible a Violeta.

Pero un periodista de verdad es como un sabueso, y ustedes saben lo que hace un perro cuando está detrás de una hembra ruina: eso hice yo. Empecé a pegármele, a seguirla incluso por el día, hasta que por fin encontré una razón para tanto misterio. Violeta vivía en un apartamento en la calle Tercera, esquina con 26, en una de las mejores zonas de Miramar. En comparación con los palacios de la Quinta Avenida era un lugar modesto, pero la verdad, estaba muy bien, y ella tenía un carrito inglés muy chic, un Morris de aquellos que parecían una cuña, pero virada al revés. Yo empecé por averiguar a nombre de quién estaban el carro y el apartamento, sacando siempre un par de billetes y mi carné de *El Mundo*, y me apareció como dueño legal un tal Louis Mallet, con residencia en Nueva Orleáns. Primero pensé si el tal Mallet no sería el padre o el amante, quizás hasta el marido de Violeta, y eso explicaba que hubiera puesto la casa y el carro a su nombre, y como vivía en Nueva Orleáns, seguramente venía de vez en cuando a Cuba si era el amante o el marido, o va y no venía nunca, si era el padre... Pero a mí me sonaba raro que una gente del ambiente de Violeta tuviera un amante, o un marido, capaz de ponerle casa y carro, y ella le fuera tan fiel. Por eso la sospecha de que le gustaban las mujeres seguía en pie, sobre todo cuando vi que dos o tres noches, después de hablar un rato con Flor de Loto, se habían ido juntas al apartamento de Miramar y habían dormido allí. Además, cuando empecé a vigilarla también por el día, vi llegar y subir a casa de Violeta —lo supe porque una de esas veces se asomó al balcón— a una mujer de unos cuarenta años, todavía de buen ver, que se pasaba horas allí, sabe Dios haciendo qué, porque no tenía tipo de criada ni de cocinera... Varias semanas estuve en esa persecución, hasta que un día comprendí que me habían estado pasando el rabo del gato por debajo de la nariz y, como yo cerraba los ojos para

estornudar, no veía lo que debía ver. Había un hombre que parecía vivir en uno de los apartamentos, pero pocas veces estaba allí. El hombre tenía unos cincuenta años, siempre vestía ropa elegante y manejaba un Chrysler nuevo, del modelo más caro y, aunque fuera a estar diez minutos en la casa, le gustaba parquear el Chrysler en el garaje del edificio. Siempre me extrañó que el tipo se pasara dos o tres días sin aparecer por allí, pero no me olí nada hasta que una tarde vi a Violeta sacando una maceta con una planta en el balcón del apartamento del hombre elegante que manejaba el Chrysler. Y comprendí que éste debía de ser el amante de Violeta y por alguna razón tomaba sus precauciones y fingía vivir en el mismo edificio, justo en el apartamento debajo del de Violeta. Averiguar el nombre de este señor resultó más fácil y empecé a explicarme muchas cosas: Alcides Montes de Oca tenía negocios muy gordos en Cuba, pertenecía a una vieja familia, gente de sociedad, de la high-high de verdad, como se decía, nieto del general Serafín Montes de Oca, hijo del senador Tomás Montes de Oca. Para más ardor, había estado casado con una Méndez-Figueroa, que era como decir una loma de dinero. Entonces creí que al fin sabía cuál era el misterio de Violeta, y ojalá le hubiera hecho caso a mi primera reacción de irme y olvidarme de aquella historia sabiendo lo que ya sabía y convencido de que aquel juego de Grandes Ligas no era para un amateur como yo.

Pero cuando las cosas van a pasar, pasan. Como a los tres días del descubrimiento, ya estaba otra vez vigilando la casa de Violeta, como un imbécil, y vi a Alcides Montes de Oca llegar en su Chrysler, pero esta vez lo manejaba un chofer, un negro grande, con tipo de boxeador. Como a los diez minutos quien se apareció fue Flor de Loto con un señor de unos cincuenta años, y un rato después llegó otro hombre, en un carro también con chofer, y a éste sí lo reconocí: aunque mucha gente en La Habana no lo identificaba, pues no se dejaba retratar y casi ni salía en los periódicos, yo sabía que ese tipo era Meyer Lansky, el socio de Lucky Luciano, que se había hecho dueño del juego y del negocio de las putas en La Habana y

había metido mucho dinero en la construcción de hoteles nuevos con el consentimiento de Batista, que por supuesto sacaba sus buenas tajadas de aquellas inversiones. Para cualquiera, y más si es periodista, esa liga de una cantante de *cabaret*, un respetable rico cubano, una matrona de putas y un judío mafioso metido a hombre de negocios era una mezcla demasiado extraña, y me engolosiné tratando de averiguar lo que se estaba cocinando allí, pues había un embaraje muy grande para ser nada más cosa de sexo, por complicada que pudiera ser. ¿Violeta con Flor de Loto? ¿Violeta y Flor de Loto con Lansky? ¿Todos juntos? Lo que uno quisiera imaginar era de todas maneras cosa entre hombres y mujeres y a nadie iba a importarle demasiado, además de que ningún periódico me iba a publicar una historia de ese tipo, pues el poder de Lansky y de Montes de Oca juntos era muchísimo poder. Mi segundo error fue creer que quizás Violeta era una víctima en todo aquel negocio raro, a lo mejor hasta podía ser cierto que era una pobre muchachita del campo, metida por sus ganas de cantar en una historia turbia. Esa noche volví a mi casa, dormí unas horas y por la mañana metí en el carro algunas cosas, para resistir una vigilancia de varios días. A las nueve de la mañana estaba en la esquina frente al edificio de Tercera y 26, con los ojos puestos en los apartamentos del segundo y el tercer piso. Ahora mismo no sé qué carajo pensaba sacar de toda aquella persecución, si lo hacía porque estaba enamorado de Violeta o por curiosidad, o si nada más me daba roña que el rico y el mafioso tuvieran lo que yo no podía alcanzar. Violeta regresó sola esa noche, a las dos de la madrugada, entró su carro y se acostó. Al día siguiente salió como a las seis de la tarde y volvió otra vez a las dos, también sola. Lo mismo pasó al otro día y al otro. Cuatro días llevaba yo en el carro, orinando y cagando cuando podía, comiéndome las chucherías que había llevado, durmiendo a ratos, cuando decidí que estaba perdiendo el tiempo: lo mejor era irme de allí y olvidarme de lo que había visto. Pero como no andaba pensando bien, hice la estupidez más grande de mi vida. Salí del carro, caminé hasta los bajos del

edificio, dispuesto a orinar allí mismo, como acto final de venganza, y fue en ese momento cuando oí la voz de Violeta: estaba cantando su canción, *Vete de mí...* Tienen que creerme: fue algo capaz de gobernarme sin que yo pudiera impedirlo y que me llevó a entrar en el edificio, subir las escaleras hasta el tercer piso, y empezar a patear la puerta a través de la cual seguía saliendo aquella voz del infierno, como empecinada en volverme loco...

Cuando recuperé el conocimiento estaba dentro de mi carro, hedía a orines, a mierda y tenía un dolor insoportable en todo el brazo derecho. Hice un esfuerzo y pude levantar la mano. Al verla entendí la causa del dolor: el hoyo en la palma era tan grande que podía ver a través de él y no sé si por la impresión o por el dolor me volví a desmayar. Estuve allí no sé cuánto tiempo. Era un descampado, sin rastros humanos hasta donde alcanzaba la vista. Como pude, ayudándome con los dientes, me amarré un pañuelo en la mano y arranqué el carro. Di mil vueltas hasta que me encontré a un hombre a caballo que me indicó cómo salir y al fin encontré una carreterita, en un lugar entre Bauta y San Antonio. A duras penas pude manejar un rato más hasta llegar a la autopista y bajarme del carro, para que alguien me trajera a La Habana, pues sentía cómo se me iba la vida.

En el hospital se formó tremendo alboroto, pensaban que yo era un revolucionario y me había explotado una bomba en la mano. No querían ni atenderme, pero grité que era periodista y me habían asaltado, no sabía quién, hasta que por fin me metieron en la sala de operaciones. Cuando me desperté había en el cuarto un teniente de policía, me hizo mil preguntas, yo le repetí mil veces lo del asalto, sin dar más detalles, y aunque no parecía convencido, al fin me dejó tranquilo. El médico que me había operado vino a verme y me explicó que lo más extraño era que me habían dado dos tiros en la mano, no uno, sino dos, con un revólver de gran calibre, quizás un 45, por eso la herida era tan grande. Ellos habían hecho lo posible, pero entre huesos y tendones destrozados, no podían hacer más y seguramente perdería la movilidad de la mano. Los policías me

interrogaron otra vez, a lo mejor dispuestos a buscar a los que me habían asaltado. Yo les conté casi toda la verdad, pues les dije que me habían dado un golpe en la cabeza y sólo había recuperado el sentido cuando estaba en el descampado, con la mano hecha trizas... Con una advertencia como aquélla, ¿quién se atrevía a decir otra cosa?

Cuando salí del hospital, dejé el periódico: yo era otra persona, hasta tenía miedo de salir a la calle, no quería estar en nada que pudiera llevarme a Violeta del Río y menos a hacerme sospechoso a la policía, que seguía sin creerme, y en aquella época la policía no se andaba con demasiados remilgos, te dejaban en cualquier esquina con la boca llena de hormigas. Me encerré en la casa y, la verdad, no volví a saber de Violeta hasta que leí ese artículo donde anunciaba su decisión de dejar de cantar, precisamente después de haber grabado su primer disco... No pude evitar ir a una tienda de música y comprar el *single*. Cuando lo oí, empecé a llorar, por mí y por ella, por mi mano tullida y por su voz perdida, por la vida que pudimos haber tenido y que, por mi culpa, o por culpa de la voz de Violeta, se había muerto por dos disparos que alguien había ordenado que me dieran en la mano derecha...

No volví a saber de ella hasta que al poco tiempo me enteré de su muerte. Se dijo que se había suicidado con cianuro, aunque un periodista me contó que la policía tenía muchas dudas y estaban investigando todavía. Pero la verdad es que Violeta estaba muerta y lo demás, ¿qué importaba ya? Lo poco que quedaba de mi mundo se vino abajo, pues con aquella noticia tuve la sensación de que en mis manos, en estas manos, pudo haber estado la salvación de esa muchacha... Porque desde el principio yo supe que lo del suicidio era una patraña. Es que las cuentas estaban más que claras: si a mí me habían arrancado media mano con dos tiros nada más por tocar una puerta, ¿qué cosa no podían haberle hecho a ella por saber lo que seguramente sabía?

1 de diciembre

Querido mío:

Hoy empieza el último mes de este año maldito y yo, ilusionada, suelto mi mente y me pongo a soñar que en treinta y un días amanecerá un nuevo año capaz de traernos una vida verdaderamente nueva y mejor, la vida que debimos posponer por tanto tiempo: de amor, sosiego, tranquilidad familiar, olvidados de todo cuanto nos rodea. ¿Es que acaso no nos la merecemos? ¿No la merezco?

Si alguien conoce mi vida, esa persona eres tú. Bien lo sabes, eché todo a la hoguera del olvido y de la negación por acercarme a ti, por pertenecerte: cerré ojos y oídos a otros amores posibles; renuncié a la familiaridad de mis pobres y simplísimos padres (me avergonzaba de su simplicidad y pobreza) para sentir cómo ascendía a tu altura; cancelé mi futuro individual, rechazando estudios, o un trabajo que podía haberme sostenido, sólo por estar siempre a tu sombra, en esa humedad donde sentía que podía crecer como mujer y hasta florecer. Conoces también con cuánto celo guardé tus secretos más secretos, compartí tus planes más arriesgados, y siempre obtuviste el mismo apoyo. Y sin pedirte jamás nada a cambio: apenas que me dieras las oportunidades para demostrar la mujer que podía ser como dueña de tu amor.

¿Qué he obtenido a cambio? Olvido, silencio, distancia... Los años vividos contigo me robaron las fuerzas que antes tuve y hoy resulta que soy incapaz de reemprender otra vida, pues no imagino ni quiero vivir la mía sin ti, que fuiste mi creador. Mucho he pensado en cómo orientar mi futuro, y al final siempre me quedo con la misma respuesta: seguiré esperando, como una monja en clausura aguarda con la muerte la gracia definitiva de su Señor.

Lo que más extraño en estos días es el ambiente de fiesta que antes solía respirarse en la casa. Apenas cambiaba el mes, comenzaba el júbilo, la preparación de las cenas, el reabastecimiento de las bodegas, la compra de regalos, la

espera de las visitas a las que congratulábamos y deseábamos dicha y prosperidad. Hoy todo eso desapareció, al menos en esta casa. ¿Y en tu nueva casa? ¿Se encargan tus hijos de montar el árbol de Navidad y el nacimiento del niño Jesús? ¿Sigues escogiendo tú los turrónes españoles y los vinos franceses que alegrarán la mesa de Nochebuena? ¿Qué se siente en la distancia? ¿Qué se piensa cuando un hombre como tú es sorprendido por la condición de exiliado, viviendo lejos, siendo apenas uno más? ¿Pena por ti u odio por los que te obligaron a partir y alejarte de lo tuyo?

Es increíble cómo todo se ha trastocado, cuántas cosas se han perdido. La política y una muerte absurda acabaron con esa felicidad, incompleta para mí, pero felicidad al fin y al cabo, que disfrutaba con tu cercanía. Hoy veo cómo la vida y lo sucedido te han dado la razón, amor mío, y ojalá hubiéramos tenido el tiempo y los medios necesarios para haber cambiado esta historia con la simple muerte de alguien que sí merecía morir, pues si algún culpable veo en todo esto es ese imbécil entorchado, borracho de ambición, que no supo irse cuando debía y al que tantas veces deseamos ver lejos: mejor si en el infierno, donde le correspondía estar, por sus crímenes y pecados.

Pero la historia nos superó. Hoy no queda nada de ese pasado: si acaso algunos recuerdos felices, lamentablemente empañados por tus sospechas de mi culpabilidad. Dios mío: ¿cómo podría demostrarte mi inocencia? Cada minuto pienso en lo ocurrido, busco en mi mente cualquier indicio capaz de liberarte de esa duda que te atormenta, y al final sólo encuentro que un motivo muy oculto debió de llevar a esa maldita mujer a tomar la decisión fatal que, sin esa clave perdida, no nos explicamos. ¿O sería que de verdad ella tenía otra vida que tú desconocías? Esto, lo sé, siempre te sonará a sacrilegio, pero debo pensarlo si quiero llegar alguna vez a la verdad redentora. ¿Alguien, en esa otra vida,

podía estar interesado en su muerte? ¿Alguien, viéndola feliz, dueña del mundo, quiso cobrarle radicalmente esa felicidad y esa posesión que no le correspondían?... Es una locura, pero pensar y buscar es lo único que me queda, más en días así, cuando tanta gente quiere celebrar su fiesta y yo apenas puedo dejar que las horas se arrastren para ver si un nuevo año, de verdad esta vez, me trae una nueva vida, sin muertos que se interpongan. Y a tu lado, amor mío.

Siempre te quiere...

Tu Nena

En los años de su existencia, Mario Conde se había adiestrado en el ejercicio de convivir con las idealizaciones y las satanizaciones más diversas del pasado, entre convenientes reescrituras, fabulaciones e infranqueables silencios, perpetrados a veces con esmero dramático o de los modos más prepotentes. En aquella coexistencia había aprendido que, aun a su pesar, cada persona, cada generación, cada país, todo el mundo, debe arrastrar consigo, como el grillete de una condena, ese pasado que de modo inevitable le corresponde, incluso con las alharacas de propicios afeites o con fealdades resaltadas a conveniencia. Pero la experiencia también le había enseñado, lenta y hasta dolorosamente, que las verdades del pasado se pueden enterrar en los baúles más herméticos para después lanzar la llave al mar, sin obtener por ello la garantía de quedar a salvo de sus zarpazos desesperados, pues ni los olvidos más rígidos, los decretados con mayor encono, son capaces de enclaustrar de forma definitiva los gritos de la memoria, cuyo alimento único es, por supuesto, el pasado.

La historia macabra de Silvano Quintero le había arrebatado los últimos rezagos de la resaca alcohólica, esquilados por una narración capaz de resquebrajar los cimientos amables sobre los cuales se había ido levantando la efigie romántica de Violeta del Río, arrojada en los sueños del Conde por el colorido decorado

musical de las equívocas noches habaneras de los años cincuenta, tan llenas de brillo y alegría como de muerte y pavor. Con todas sus alarmas disparadas, sintió cómo se le renovaba la necesidad de la caza, en busca de la pieza esquivada de las verdades recónditas sobre la existencia de aquella mujer esfumada de las memorias.

Mientras Yoyi el Palomo, silenciado por la historia escuchada, guiaba su deslumbrante Chevrolet Bel Air hacia la casa de los Ferrero, un torrente de preguntas sin respuestas empezó a atormentar al Conde, que tuvo al fin la certeza de que el presentimiento recibido unos días antes no había sido más que otro de los juegos sucios de su destino, siempre empeinado en lanzarlo en los pozos sin fondo de la incertidumbre. Después de todo, Silvano tenía razón: si por atreverse a tocar la puerta de la cantante le habían arrancado a tiros la mitad de una mano, ¿qué le habrían hecho si llegaba a enterarse de algo, ese algo seguramente terrible que ahora empañaba la imagen borrosa del señor Alcides Montes de Oca y la suerte de la bolerista Violeta del Río, metidos en algún oscuro compromiso con el capo Meyer Lansky y el brumoso personaje llamado Louis Mallet? ¿Qué le habrían podido hacer a la cantante si en algún momento se había convertido en alguien potencialmente peligroso sólo por saber lo que nunca debió saber? ¿Alguien como Violeta del Río pudo ser tan cruel consigo misma o sentirse tan acorralada como para suicidarse ingiriendo cianuro?

Conde recibió un soplo de satisfacción cuando vio que los hermanos Ferrero los recibían con sus mejores sonrisas, como a los auténticos enviados del País de Jauja en que se habían convertido los libreros. Sus estampas empezaban a reactivarse visiblemente con la inyección proteica recibida gracias a los libros vendidos, y hasta los ojos tristes y acuados de Amalia habían recuperado destellos que se hubieran creído enterrados. Un detalle nimio pero significativo le advirtió al Conde hasta qué punto eran bienvenidos: sobre la despintada mesa de centro habían colocado un pequeño cenicero de vidrio, del modelo más simple y barato, pero firmemente dispuesto a cumplir su cometido.

Amalia atravesó las columnas de mármol prometiendo regresar en un minuto con el café, y los hombres se acomodaron en los desvencijados butacones del salón.

—Miren lo que son las casualidades de la vida —dijo Dionisio, casi sonriente—. Hoy por la mañana vino un hombre preguntando si teníamos libros para vender...

Conde y Yoyi chocaron el acero de sus miradas.

—¿Y? —preguntó apenas el Conde.

—Le dije que sí, pero que ya teníamos compradores, claro...

—¿Cómo llegó ese hombre hasta aquí?

—Igual que usted, ¿no? —respondió Dionisio, convencido de la legitimidad de su razonamiento, aunque de inmediato pareció comprender las intenciones del Conde—. ¿O ustedes creen que sabía...?

—Nosotros no le hemos dicho a nadie de dónde estábamos sacando los libros —aclaró el Palomo.

—¿Y el hombre se fue, sin dejarle ningún dato?

—Bueno, no, ni siquiera me dijo cómo se llamaba, ¿qué raro, eh? Pero me pidió mirar por arriba la biblioteca. Como no le iba a vender nada, pues lo dejé pasar.

—¿Cómo es ese hombre, Dionisio?

—Negro, alto, de treinta o treinta y cinco años. Parece saber de libros porque se asombró con algunos. ¿Saben?, tiene el tipo de esa gente que dan sermones en las iglesias adventistas, por la forma de hablar, de persona educada. Ah, y cojeaba un poco.

Conde y Yoyi barajaron posibilidades.

—¿Será alguno de los compradores de Pancho Carmona? —preguntó el joven.

—Pudiera ser —admitió Conde, observando el regreso triunfal de Amalia, con una bandeja con tres tazas, una de las cuales había perdido el asa—. Pancho es capaz de haber mandado a que nos siguieran. ¿De qué pie cojeaba el hombre, Dionisio?

Dionisio escogió la taza mutilada y la observó, pensativo.

—¿No se acuerda? —insistió el Conde y el hombre reaccionó.

—De la derecha —dijo, al parecer convencido, y se llevó la taza a los labios.

Conde probó el café y se sintió congratulado, pues sabía a café real, café de café, y se dispuso a inaugurar el cenicero.

—Bueno..., ¿empezamos? —propuso Dionisio, con una prisa sonriente.

—Sí, vamos para la biblioteca —aceptó el Conde, aunque permaneció en su asiento—, pero antes quiero preguntarles algo, y me disculpan que sea tan insistente... ¿De verdad ustedes nunca oyeron hablar de la tal Violeta del Río? Parece que se llamaba Catalina, le decían Lina, pero eso no es seguro...

Los hermanos se miraron, como buscando respuestas posibles en cada uno de ellos. El persistente interés del comprador parecía sorprenderlos, pero la negativa de ambos fue simple y redonda: no.

—Esa mujer, además de cantar boleros —siguió el Conde, tratando de abrir las márgenes de la información, de despertar algún rincón dormido de la memoria de sus anfitriones—, parece que tuvo alguna relación con Alcides Montes de Oca. Relación amorosa, quiero decir. Lo seguro es que se conocían, y debe de ser por eso que apareció este recorte entre uno de los libros...

Conde les mostró la página de la revista *Vanidades*. Amalia apenas necesitó unos instantes para revalidar su negativa, pero Dionisio la observó unos dilatados segundos antes de admitir que ni aun así la identificaba.

—¿Y ustedes creen que si su mamá ve la foto...? —El Conde temió rozar lo impertinente con su propuesta, pero se atrevió, aprovechándose de su preeminencia económica en aquella casa—. Si ella era la persona de confianza de Alcides Montes de Oca...

—Ya le dije que mamá no puede... —musitó Amalia cuando Dionisio la interrumpió.

—Mire, Conde, el problema es que Amalia habla siempre a medias, con... ¿eufemismos?... eso es, con eufemismos, porque le cuesta trabajo decirlo: pero mamá está completamente loca hace

cuarenta años. Y cuando digo loca, es porque está loca, sin remedio...

—Bueno, pues no hay nada que hacer... —se lamentó el Conde —. Arriba, a los libros.

Amalia se disculpó, regresaba a sus faenas —¿iría otra vez al mercado?— y los hombres entraron en la biblioteca.

—¿Qué libros miró el comprador? —quiso saber el Conde.

—Empezó mirando éstos, los que ustedes dicen que son muy valiosos. Después se agachó por ahí, por ese estante, en la parte de abajo —señaló Dionisio. Yoyi se dirigió hacia la zona del librero indicada por el hombre, curiosamente en el lateral izquierdo que ellos no habían revisado aún, y de inmediato reclamó la presencia de su compañero.

—Ven acá, Conde, ven acá... Mira esto...

El índice del Palomo recorría los lomos de varios libros y el Conde se acuclilló para observar mejor.

—¡Mi madre! No, no puede ser...

La exclamación y las negativas del expolicía alarmaron a Dionisio Ferrero, quien se aproximó al estante, de donde Conde, abiertas ya las portezuelas de cristal, extraía dos volúmenes de gran tamaño, ambos forrados en piel.

—¿Qué es eso? —quiso saber Dionisio.

—¿Cómo es posible que ese hombre supiera...? ¿Vino directo a ver estos libros...? No entiendo, men, te lo juro —admitió el Yoyi—. Esto no puede ser verdad...

Percibiendo cómo se le aceleraba el corazón, Conde abrió el primero de los libros y luego de leer el lema que advertía «*Labore et Constantia*», dejó desfilas ante sus ojos los grabados, coloreados a mano, que reproducían con tal precisión las figuras de unos peces que daba la impresión de que habían sido fotografiados, recién sacados de los mares tropicales, húmedos aún. Pero la ansiedad lo aguijoneaba y de inmediato hojeó el otro volumen, un álbum pesado, de unos cuarenta y cinco por treinta centímetros, para que se sucedieran, ante las pupilas deslumbradas de los compradores,

las estampas litografiadas de un puerto con varios veleros atracados, un valle sembrado de caña de azúcar, un paisaje campestre captado en todos sus detalles y varias vistas de ingenios azucareros en plena faena. Conde acarició con toda su delicadeza la pesada cartulina sobre la cual estaba grabada la imagen idílica y orgullosa del ingenio La Flor de Cuba, y cerró el volumen, para levantarse, apoyándose torpemente en las traviesas del estante, con los dos libros contra el pecho, como si quisiera protegerlos de los infinitos peligros del mundo.

—Éstos son dos joyas. No tienen precio. No tienen comparación —consiguió decir, sintiendo torpe la lengua, pensando qué adjetivos podía atribuirles a aquellas maravillas invaluables de la impresión cubana—. A este todo el mundo le llama «El libro de los peces», pero su verdadero título es —abrió la tapa y leyó la portadilla—. *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo representadas en 75 láminas*. Es el primer libro importante impreso en Cuba..., lo hicieron en 1787... Y este otro, ya lo ve, se llama *Los ingenios*, la impresión es de 1857, debe tener veintiocho láminas de Eduardo Laplante y es uno de los libros más hermosos que jamás se haya hecho en el mundo. De más está decir que son los dos libros más valiosos que se han impreso en Cuba.

—¿Qué significa valioso? —Los nervios delataban a Dionisio, cuya voz marcial se rajó al hacer la pregunta.

—Pues significa que pueden costar una fortuna... —La emoción del Conde no remitía, la sequedad bucal se incrementaba, como si hubiera sido invadido por una fiebre fulminante—. Si no les falta ningún grabado, creo que incluso la Biblioteca Nacional sería capaz de sacar dinero de abajo de la tierra para comprarlos... Estamos hablando de más de diez mil dólares cada uno, de más, de más...

Dionisio Ferrero palideció.

—Eso no puede ser —afirmó, convencido de que Conde desvariaba.

—Nunca los había tenido en las manos. —El Conde se había olvidado de Dionisio y, sin apartarlos de su pecho, acariciaba la piel

de los libros—. Si Cristóbal los pudiera ver...

—¿Cristóbal? —Dionisio parecía cada vez más alterado, definitivamente incapaz de entender nada de lo que ocurría frente a él de manera inesperada—. ¿Quién es Cristóbal?

—Pero ¿cómo coño ese negro cojo del coño de su madre vino directo hasta estos libros? —El Yoyi, alterado, casi gritó un asombro cada vez más cargado de malos presentimientos.

—Demasiada casualidad —admitió el Conde, y por fin llevó los libros al estante que habían escogido para colocar los ejemplares a los que había atribuido la categoría de invendibles—. Demasiada casualidad —repitió y acarició otra vez los lomos potentes de los dos volúmenes, en un gesto de amorosa despedida, y trató de sacudirse las sensaciones que lo atenazaban—. Bueno, Yoyi, vamos a trabajar, no vaya a ser que ese hombre nos gane la fraternal emulación socialista, ¿no?

Hasta que se convirtiera en un depredador profesional de libros, empeñado en alimentarse de ellos también físicamente, Mario Conde había tenido una respetuosa, casi mística relación con las bibliotecas. Aunque en el barrio demasiado caliente y pendenciero donde había nacido no existía por aquellos tiempos una sola biblioteca particular con más de veinte volúmenes, la suerte quiso que en su propia casa hubiera una docena de libros —todos de su madre, pues su padre, como su abuelo Rufino el Conde, jamás se detuvo a abrir un libro en su vida—, llegados hasta allí por las vías más diversas, y acomodados, con orgullosa prominencia, como si alguien sospechara que aquellos objetos tenían algún valor, en un extremo de la repisa del aparador, junto a la foto de boda de sus padres, un reloj de porcelana vienesa y un pequeño búcaro *art-nouveau*. A lo largo de su adolescencia, Conde fue leyendo distraídamente aquellos libros —dos volúmenes de condensados de *Selecciones* del Reader's Digest, la lacrimosa y para él detestable *Corazón*, de Edmundo de Amicis, una de las aventuras de Sandokán y, sobre todo, *Huckleberry Finn*, en una edición barata que se deshacía— y sintió cómo se despertaba en él un tímido

fervor por aquel acto, tan extraordinario para un miembro de su familia y un habitante de su barrio, muy poco dados, por lo general, a aficiones tan pasivas. Aun cuando el Conde prefería gastar sus días en juegos de pelota, en mataperrear por las calles y robar mangos, su curiosidad innata le hizo dar el primer paso firme hacia la bibliofilia cuando, leído en éxtasis emocional *El conde de Montecristo*, quiso saber sobre el destino final de Edmundo y Mercedes y salió a la caza del segundo acto de aquella aventura fabulosa y encontró a un Dumas decepcionante, casi cruel, que en la novela *La mano del muerto* destrozaba la felicidad por la que tanto habían luchado el generoso Dantès y su amada Mercedes. Un par de años más tarde, ya matriculado en el preuniversitario, otra vez la curiosidad había venido en su ayuda, aunque en esta ocasión de manera definitiva: después de leer, como ejercicio de clases, un ridículo condensado de *La Ilíada*, Conde había ido a la bien poblada biblioteca del viejo instituto de La Víbora en busca de una edición completa del poema homérico y, ya intrigado por la suerte de aquellos guerreros, procuró algunas respuestas en *La Odisea* y de manera natural, casi por caída libre, penetró en una trampa sin salida cuando quiso saber sobre el destino del resto de los héroes griegos, y Cristóbal, el viejo bibliotecario al que le faltaba una pierna, lo instó a leer *La Eneida*, primero, y otras sagas de los héroes aqueos, después.

La relación con Cristóbal el Cojo, como lo llamaban todos en el Pre, fue uno de los encuentros decisivos en la vida de Mario Conde, quien no sólo se hizo lector voraz y obediente, de los capaces de terminar cualquier libro iniciado —pudo vencer *Los miserables* y hasta *La montaña mágica*—, sino que empezó a amar los libros y las bibliotecas del mismo modo en que los creyentes adoran sus templos: como sitios sagrados, donde no está admitida la profanación, a riesgo de la perdición eterna.

Además de suministrarle libros y orientarle lecturas, Cristóbal fue el primero en descubrir que el muchacho tenía una sensibilidad latente y lo conminó a probar suerte con la escritura. Mario Conde,

poseedor desde siempre de un compacto sentido de sus muchas limitaciones y un altísimo temor al ridículo, desechó la idea, pero no pudo evitar que una semilla quedara oculta en algún rincón de su conciencia, presta a germinar. Mientras tanto, profundizó su relación con los libros y, gracias al viejo bibliotecario, se familiarizó con la valiosa bibliografía cubana del siglo XIX y la primera mitad del XX y comenzó a valorar los libros no sólo por su contenido, sino por su muchas veces poco atendido continente, por su edad y origen.

Uno de los empeños más sostenidos de Cristóbal fue acercar al joven a una parte de la literatura cubana que iba quedando oculta por las nuevas tendencias estéticas y políticas. Por ello lo hizo leer a autores malditos o maldecidos, innombrables en aquella árida década de los setenta, escritores de los cuales el Conde no oiría hablar públicamente hasta muchos años después. Para abrir la puerta hacia aquel mundo preterido, Cristóbal había escogido a Lino Novás Calvo y Carlos Montenegro, con los cuales adivinaba —y acertó— que el joven podría establecer una rápida comunicación, gracias a sus historias de negreros, matones y presidiarios. Luego vinieron Labrador Ruiz, Lydia Cabrera y Enrique Serpa, para más tarde lanzarlo hacia los mundos cáusticos de Virgilio Piñera, por aquel tiempo condenado al silencio más aplastante en que lo sorprendería la muerte. De todos aquellos escritores, leídos a los dieciséis, diecisiete años, Conde extrajo una mirada compleja de su pasado, del pasado de todos los habitantes de la isla, y tuvo una intuición de que el mundo podía ser de muy diversos colores, y las verdades, más complejas de lo que oficialmente parecía.

Mario Conde, que en su selvática juventud había cometido los más diversos desafueros —robar comida en los campamentos cañeros adonde eran enviados por varios meses de zafra, beneficiarse de los exámenes filtrados por la mismísima dirección del Pre y que les garantizaban altas calificaciones, hacer trampas a la hora de pagar en la heladería cercana al instituto, sustraer ejemplares de la librería La Polilla—, jamás se atrevió a llevarse con afares personales un solo libro de la biblioteca del Pre, a pesar de

que Cristóbal había establecido la impensable excepción de dejarlo entrar en el almacén de libros para que hurgara a su antojo y escogiera sus lecturas. La convicción de que el mundo podía ser un campo de batalla, pero que una biblioteca era un terreno inviolablemente neutral y colectivo, se enraizó en su espíritu como una de las ganancias más amables de su vida, una noción con la cual, llegada la Crisis, tendría que negociar para sobrevivir, como tantos otros debieron hacer con sus recuerdos y hasta con su dignidad.

A pesar de los años invertidos en el oficio de la compraventa, Conde siempre enfrentaba un leve malestar cuando fungía como depredador de bibliotecas y, por principio, decidió no comprar ningún libro acuñado, que advirtiera su origen de objeto público. Pero en todo el tiempo dedicado a aquellos tratos mercantiles, jamás había percibido una sensación de acto profanatorio tan patente como el que le estaba produciendo la biblioteca de los Montes de Oca. Quizás el hecho de saber que, por más de cuatro décadas de huracán revolucionario, aquel tesoro se había mantenido indemne —justo hasta su llegada a aquel recinto—, como ofrenda de una promesa inalterable, contribuía a la existencia de aquella molesta sensación. Conocer que tres generaciones de una familia cubana habían dedicado dineros y esfuerzos en la maravillosa convocatoria de aquellos cinco mil volúmenes, llegados de medio mundo para ocupar un sitio en esas estanterías inmunes a la humedad y el polvo, se le revelaba como un acto de amor que él ahora destrozaba sin piedad. Lo más doloroso, sin embargo, era la certeza de que la profanación traía de la mano el caos y el caos muchas veces puede conducir al desplome de los sistemas más sólidos. Con su presencia ¿no se estaba cumpliendo justamente esa ecuación? Algo sagrado estaba siendo alterado por sus manos y sus intereses económicos, y el Conde presentía que su acción provocaría una reacción, todavía inimaginada, pero cuya llegada debía esperar de un momento a otro.

Fue en una de aquellas tardes perezosas en que el joven Conde se refugiaba con un libro en el rincón más reservado y fresco de la biblioteca del Pre de La Víbora, cuando Cristóbal el Cojo, apoyado en sus muletas, lo había interrumpido con el pretexto de compartir un cigarrillo con su discípulo. Mario Conde nunca olvidaría, por el resto de su vida, cómo la conversación, al principio intrascendente, de pronto cambió su tono cuando Cristóbal empezó a hablarle del futuro incierto de aquella biblioteca. La fecha de su jubilación ya había sido superada con creces y, en algún momento, cada vez más cercano, tendría que irse con sus muletas y su amor a los libros a otra parte, quizás a la tumba. La gran preocupación del anciano era el destino que seguirían unos libros que él había conservado y defendido por casi treinta años, unos libros que, estaba seguro, nadie cuidaría y querría como él.

—Cada uno de los libros que están allá atrás —señaló el almacén del fondo— tiene su alma, tiene su vida, tiene parte del alma y la vida de los muchachos que, como tú, han pasado por esta biblioteca y los han leído en estos treinta años... A cada uno yo lo clasifiqué, lo coloqué en su sitio, lo limpié, lo recocí y lo pegué cuando lo necesitó... Condecito, yo he visto muchas locuras en mis años. ¿Qué va a pasar con ellos? Tú te gradúas este curso y te vas de aquí. Yo me jubilo o me muero, pero me voy también. Los libros van a quedar a su suerte. Espero que el próximo o la próxima bibliotecaria los quiera como yo. Sería una desgracia si no lo hace. Cada libro, cualquiera, es insustituible, cada uno tiene una palabra, una frase, una idea que espera por su lector. —Cristóbal apagó su cigarrillo, se puso de pie, auxiliándose de la mesa y colocándose una de las muletas debajo del brazo—. Voy a merendar algo. Cuida la biblioteca... Antes de que yo regrese, vete para allá atrás y escoge los libros que te hagan falta o que te gusten. Llévatelos, sálvalos, pero cuídalos.

Asombrado por aquella proposición, el Conde había visto salir a Cristóbal, balanceando su cuerpo sobre los apoyos de madera.

Media hora después, cuando el anciano regresó, Conde seguía en su mismo sitio, sólo con el libro que leía entre las manos.

—¿Por qué no me hiciste caso? —quiso saber el bibliotecario.

—No sé, Cristóbal, no puedo...

—Ya lo lamentarás...

Quince años después, cuando el teniente investigador Mario Conde entró nuevamente en el antiguo Pre de La Víbora, convocado por el asesinato de una joven profesora de química, una de las primeras visitas que realizó fue a la antes pulcra biblioteca donde Cristóbal lo había inducido a leer a Virgilio, Sófocles y Eurípides, a Novás Calvo, Piñera y Carpentier. Para su dolor eterno, el antiguo estudiante comprendió que las predicciones de Cristóbal el Cojo habían sido superadas por la realidad. Unos pocos libros, desvencijados y moribundos, colocados de cualquier modo, cabeceaban entre los espacios vacíos de las estanterías antes repletas, de donde habían volado griegos y latinos, trágicos ingleses y poetas italianos, cronistas de Indias e historiadores y novelistas cubanos. La depredación había sido sistemática, despiadada, y al parecer nadie había pagado por aquella acción vejatoria. Entonces Conde pensó que Cristóbal el Cojo, en su tumba oscura, debió de sentir en los huesos los latigazos de una profanación alevosa, capaz de colapsar la mejor obra de su pobre vida de bibliotecario mutilado, amante de sus preciosos libros.

La zafra de aquella tarde valió el sacrificio de que Yoyi y el Conde volaran el turno del almuerzo, sobreponiéndose a los gritos de angustia de sus tripas, exigentes ya de más trigo para moler. Movidos por el temor a intrusiones definitivamente indeseables, consiguieron que una tercera parte de la biblioteca quedara revisada y fueron doscientos sesenta y tres los libros de alta cotización que de inmediato se llevarían de la casa de los Ferrero, quienes, además de recibir los cuatrocientos treinta y seis dólares y los mil trescientos pesos que le adeudaban los compradores, temblaron al

oír la suma de veintiocho mil cuatrocientos pesos que ahora les debían, y de la cual recibieron seis mil que el Yoyi llevaba encima. Mientras, Conde y su socio comercial decidieron crear con los libros desestimados en primera instancia un tercer fondo, con volúmenes seguramente vendibles pero a precios modestos, para crear un abultado fondo de emergencia, de casi quinientos libros, destinado a una segunda etapa de compraventa. Al mismo tiempo, en la sección de los «invendibles», además de los dos libros ilustrados que tanto alteraron la sensibilidad del Conde, fueron colocados varios tomos, incluidos una extraordinaria edición mexicana de 1716 de las poesías de sor Juana Inés de la Cruz; el siempre perseguido y cotizadísimo *Isla de Cuba*, ilustrado con treinta relucientes grabados de Federico Mialhe Grenier, impreso en La Habana en 1848; un ejemplar de *Aves de la Isla de Cuba*, de Juan Lembelle, fechado en La Habana en 1850; la siempre buscada primera edición, neoyorquina y de 1891, de los *Versos sencillos*, de Martí, valorizada por la firma del Apóstol en dedicatoria «al compatriota y hermano Serafín Montes de Oca, el bueno», y los dos tomos —de los cuales el Conde se alejó con especial dolor— de la rarísima y perseguida impresión de las *Poesías del ciudadano José María Heredia*, estampada en Toluca en 1832, la cual, a pesar de estar presentada como segunda edición corregida y aumentada, era valorada por los entendidos como una primera edición del clásico cubano, pues superaba imprecisiones y añadía importantes poemas excluidos de la original neoyorquina de 1825.

La satisfacción por el fabuloso negocio recién cerrado no pudo borrar, sin embargo, la preocupación de Yoyi por la alarmante presencia en aquella mina de libros de un comprador dotado de un peligroso radar capaz de llevarlo hacia los más perseguidos tesoros de la bibliografía cubana, como tampoco pudo acallar la resonancia malévola de la historia de Silvano Quintero en los oídos de Mario Conde, quien, luego de concluir el trato mercantil con el Palomo —un trato que lo cargaba de tantos miles de pesos como jamás había

visto en su vida—, prefirió refugiarse en la soledad de su casa, necesitado de tiempo y espacio para meditar.

Luego de ducharse, engulló los dos panes con carne de cerdo comprados en uno de los timbiriches del barrio —aunque los pagó sólo después de mirar críticamente la parte proteica, pues no hubiera sido el primero en comer perro asado o estofado de gato comprado a precio de cerdo—, y desechó la idea de salir en busca de ron y hasta la de llamar al Flaco para comentarle los últimos sucesos, o a Tamara, para proponerle su presencia y hablarle del hallazgo de las poesías de Heredia, que tanto amaba la mujer. Los excesos del día anterior, la fatiga de toda una jornada en la calle, llena por demás de emociones, y la urgencia de ponerse al día con sus ideas, se confabularon para disponerlo a disfrutar de una noche ejemplarmente apacible. Armado con sus cigarrillos y un vaso mediado de café, subió hacia la azotea de su casa, seguido por Basura, y se acomodó sobre un bloque de cemento, con los pies en el borde del alero. A pesar del calor del día, la noche había llegado con una brisa amable, anuncio de la inminencia de octubre, y el Conde se sintió a gusto consigo mismo al ocupar aquel mirador capaz de colocar a sus plantas el viejo barrio de los Conde, la patria de sus nostalgias y sus muertos. Levantó la vista hacia la colina de las canteras y, entre el follaje de los álamos, ocujes y falsos laureles, adivinó, más que vio, el techo de tejas inglesas del castillo en cuya construcción había trabajado, casi cien años atrás, su abuelo Rufino el Conde. Saber que el castillo seguía allí, prepotente y altanero, siempre resultaba un alivio, pues le hacía sentir que en el mundo quedaban cosas invariables, capaces de navegar incólumes entre las turbulencias del tiempo y la historia.

Basura, metido entre sus piernas, le reclamó a cabezazos y leves mordiscos una dosis de ternura, y el Conde le rascó tras las orejas, el punto más apetecido por el animal. Ignorando el bulto adicionado de la garrapata que Basura debía de haber capturado en una de sus incursiones callejeras, Conde dejó flotar su mente, donde se encalló la imagen grotesca de la mano gárfica de Silvano

Quintero. Algo demasiado grave debió de ocurrir alrededor de la difunta Violeta del Río para que sus presuntos amigos decidieran dar aquel escarmiento radical al periodista fisgón. La presencia en los apartamentos de Tercera y 26 de un personaje como el capo mafioso Meyer Lansky podía ser una simple visita ocasional, pero la experiencia sufrida por Silvano Quintero indicaba que una trama más oscura se fraguaba allí, un misterio que el Conde, con su habitual apego a los prejuicios, se negaba a admitir que implicara directamente a Violeta, fuera cual fuese su intrínquilis oscuro. Las señales más visibles indicaban hacia una conexión de Lansky con Alcides Montes de Oca, quien según Amalia Ferrero había revitalizado su fortuna en esa época, a pesar de la limitación de no pertenecer al círculo de los favorecidos por el sanguinario Fulgencio Batista. ¿Gracias a esa conexión don Alcides realizó sus provechosos negocios? Podía ser, pues salvo la droga, tráfico del cual Lansky no se ocupaba personalmente, el mafioso judío había logrado blanquear todas sus operaciones en Cuba gracias a la circunstancia de que el juego era legal en la isla y al apoyo interesado de Batista para la ejecución de sus especulaciones bancarias e inmobiliarias. Aquellos negocios materializaron el sueño dorado del antiguo pandillero, reconvertido en respetable hombre de negocios y colocado en el epicentro del gran proyecto turístico cubano, concebido como una Costa de Oro entre el Mariel y Varadero, extendida por más de doscientos kilómetros de un cálido litoral de ensueño, apenas a noventa millas de la Florida y cuarenta minutos de vuelo de Miami, una línea azul al borde de la cálida corriente del Golfo de México, beneficiada con las mejores playas del mundo y especialmente dotada para la construcción de hoteles, casinos, urbanizaciones de lujo, marinas, restaurantes y otros atractivos innombrables, sin duda capaces de generar una cantidad casi inconcebible de millones de dólares en unos pocos años. Si todo aquello flotaba con la segura legalidad que le concedía el apoyo del gobierno, Conde no lograba encontrar razones para arriesgar un escándalo con la mutilación de un desesperado

periodista de farándula que aporreaba una puerta tras la cual cantaba una mujer. Pero ¿por qué utilizar un apartamento a nombre de un tal Louis Mallet que aún no había asomado la oreja? El hecho de que Alcides Montes de Oca fuera miembro de la aristocracia criolla, viudo de una Méndez-Figueroa, podía explicar la cautela con la cual asumía su relación con Violeta del Río y mucho más la que podía existir con la matrona Flor de Loto. No obstante, las precauciones que envolvían aquellas conexiones resultaban casi excesivas si sólo se trataba de un asunto de amoríos sostenidos en secreto, como bien le comentara Silvano Quintero. Todos los caminos del razonamiento conducían al Conde hacia un abismo oscuro, en cuyo fondo debían de existir argumentos demasiado sinuosos que podían ser los verdaderos causantes de tanta reserva y violencia y, tal vez, del suicidio con cianuro de la bolerista.

Pero, dime, a ver: ¿qué coño tienes que ver tú con esa historia de hace cincuenta años? ¿Qué te importa si se mató o si la mataron, si ya nunca vas a poder saber la verdad? ¿Todo esto te obsesiona por la memoria de tu padre? Con un nuevo cigarrillo entre los labios y empeñado en triturar contra las soladuras de barro que cubrían el techo la impertinente garrapata de Basura, el Conde decidió que había llegado el momento de reprimir su curiosidad, de olvidarse de sus presentimientos y cerrar el libro de aquella historia definitivamente ajena. Debía conformarse, pues era más que suficiente, con el agradable descubrimiento de la voz grabada de Violeta del Río, la revelación del amor imposible que atormentó a su padre y, sobre todo, con disfrutar de su buceo en la más insólita biblioteca privada que ningún cubano de su época jamás hubiera pisado y gracias a la cual ahora podía gozar de un respiro económico en compañía de Tamara y sus viejos amigos. Insistir en aquella exhumación del pasado, en busca del fantasma cada vez más complicado de una presunta suicida, engendraba el sabor amargo de intentar hacer el amor a un bello cadáver, cuando tenía la posibilidad de hacerlo con una mujer húmeda y viva. La verdad era ya inalcanzable, pensó, y debía seguir encerrada en el reducto

donde la habían enclaustrado, pues entre los nombres que podía barajar sólo existían dos con posibilidad de conducirlo a ella: la enloquecida mamá Ferrero y la bailarina Flor de Loto, contando con la indispensable condición de que ésta estuviera viva, al alcance de sus manos y dispuesta, además, a contar lo que sabía.

La simple decisión de poner coto a su malsana curiosidad le reveló todo el cansancio acumulado en tres jornadas de orgías alimenticias, alcohólicas y bibliográficas, y el bostezo le llenó de lágrimas los ojos calcinados de sueño.

—Que se vaya al carajo Violeta del Río —dijo y se asombró de oír su propia voz. Bostezó y agregó, acariciando la cabeza de su perro—: Socio, yo me voy a dormir. ¿Y tú?

Basura agitó la cola, en sentido estrictamente negativo, y el Conde bajó hacia la casa tras él. Ya en el interior de la cocina, con la puerta en la mano, le hizo el último reclamo:

—¿Vienes o te vas?

Basura caracoleó, retrocediendo, y el Conde entendió su deseo de irse a trasnochar, como Silvano Quintero antes de perder el camino de su vida y la mitad de una mano.

—Qué perro me he buscado —admitió, le hizo un gesto de despedida y cerró la puerta. Camino del cuarto lanzó su ropa de cualquier modo, oprimió al paso la tecla de máxima velocidad del ventilador y se dejó caer en la cama, sin pensar siquiera en la posibilidad de abrir un libro. Diez minutos después dormía, abrazado por un sueño amable en el cual veía a una mujer joven y hermosa salir de un mar dorado donde empezaba a sumergirse el sol, que sofocaba allá en el horizonte su incendio de luz. Cuando la mujer estaba a su lado, descubría que era Tamara, pero él la identificaba como a Violeta, quien le susurraba, con su voz de bolero sentimental, que esa noche se quedaría con él, allí, frente al mar, viendo el día morir, con sus penas y sus glorias.

Cara B:

Me recordarás

Los golpes retumbaron en la casa como un reclamo del pasado. Mario Conde abrió los ojos con la sensación resbaladiza de no saber en qué sitio ni en qué tiempo estaba, y se sorprendió al comprobar que no le dolía la cabeza y apenas amanecía, según se empeñaba en advertirle por vías más evidentes el reloj lumínico donde palpitaban los números rojos 6:47. Volvieron a aporrear la puerta y su cerebro recuperó toda la lucidez: el Flaco, pensó de inmediato, algo le pasó al Flaco, como siempre pensaba cuando lo sorprendían llamadas nocturnas o visitas madrugadoras. Antes de levantarse gritó: «Voy», y en calzoncillos avanzó hacia la puerta y casi se derrumba cuando vio ante sí la estampa de Manuel Palacios.

—¿Le pasó algo al Flaco? —le preguntó, con el corazón desbocado.

—No, tranquilo, es otra cosa.

El alivio de saber que su amigo seguía vivo fue sustituido de inmediato por la indignación.

—¿Y por qué coño estás aquí, a esta hora de mierda?

—Quiero hablar contigo. ¿No vas a hacer café? —preguntó Manolo, dando un paso hacia el interior.

—Procura que sea algo importante. Dale, entra.

El Conde fue al baño, orinó con la abundancia y fetidez de cada mañana, se lavó la boca y se mojó el rostro. Arrastrando los pies entró en la cocina y preparó la cafetera, con el cigarro apagado en los labios. Definitivamente, con o sin resaca, el amanecer era su peor momento del día, y verse obligado a hablar, el más refinado de los castigos.

—Vine a verte porque... —Comenzó Manolo, pero Conde lo detuvo con la mano.

—Después que tome café —le exigió y dio un halón hacia arriba al calzoncillo, empeñado en deslizarse desde su magra cintura.

Conde abrió la puerta de la terraza y vio a Basura acurrucado en su trapo. La barriga se movía lentamente: respiraba. Tosió y escupió hacia el lavadero. Regresó y recogió el *jean* desteñido, abandonado

a su suerte la noche anterior, y se lo enfundó, recostado a una pared, de la cual se aprovechó, de paso, para rascarse la espalda.

Le entregó su café a Manolo y con su taza grande ocupó una silla mientras bebía a sorbos la infusión capaz de impulsar el proceso de reencontrarse a sí mismo tras cada despertar. Dio fuego al cigarrillo y miró los ojos levemente estrábicos del uniformado capitán de la policía de investigaciones.

—Vine a verte porque hay problemas... Graves.

—¿Qué pasó? —preguntó, más por rutina que por curiosidad. Durante años Manolo había reclamado sus consejos en las más diversas investigaciones y el Conde pensó si esta vez no se había extralimitado, despertándolo a aquellas horas impropias.

—Dionisio Ferrero está muerto. Lo asesinaron.

El disparo lo alcanzó en el pecho.

—¿Qué tú estás diciendo? —preguntó Conde, ya totalmente despierto, convencido de haber entendido mal.

—Amalia se levantó a las tres, con deseos de ir al baño, y se extrañó al ver encendida la luz de la sala. Pensó que era su hermano, y fue a ver si se sentía mal. Lo encontró en la puerta de la biblioteca, con una herida en el cuello. Ya estaba muerto.

A una velocidad inesperada el cerebro de Mario Conde había empezado a procesar lo escuchado. El policía que había sido se reveló en cada célula de su cuerpo, como un gen latente, activado de golpe.

—¿Se llevaron libros?

—Todavía no sabemos. Por eso vine a buscarte. A la hermana hubo que inyectarla y está medio aturdida.

—Ayer le dejamos mucho dinero.

—Dice Amalia que no falta, ella lo tenía debajo de su colchón.

—Déjame lavarme un poco y vestirme —pidió el Conde, y de camino a la habitación recuperó los zapatos que había usado el día anterior. Sacó una camisa del clóset y, al dejársela caer sobre los hombros, comprendió al fin la verdadera razón de la madrugadora presencia del capitán Manuel Palacios en su casa. Con pesada

lentitud regresó al comedor, donde Manolo fumaba, concentrado en sus pensamientos.

—Manolo..., ¿por qué viniste a buscarme?

El investigador miró a su antiguo compañero y sus ojos flotaron, más extraviados que nunca. Cambió la vista hacia el cigarrillo que se consumía entre sus dedos y susurró:

—Hasta ahora tú y Yoyi son los principales sospechosos. No me gusta ni pensarlo, pero creo que tú me entiendes, ¿verdad, Conde?

Los primeros chorros de sangre, bombeados por el corazón, se habían proyectado contra la hoja derecha de la puerta de espejos, agregando manchas a las creadas por la fuga del azogue y dibujando en su caída unas formas escurridas de pintura abstracta, que en su deslizamiento habían ido a engrosar el charco que continuó nutriéndose de las emanaciones finales del cuerpo ya caído. Una mancha casi negra se había coagulado sobre las losas ajedrezadas, marcando una bahía de boca estrecha, con sus riberas abiertas hacia el interior de la biblioteca, como si allí buscarse una profundidad acogedora. La raya de cal reproducía la postura final de Dionisio Ferrero, y lo primero en llamar la atención del Conde fue que había muerto con las manos abiertas. ¿O alguien se las había abierto para sacar algo de ellas?

Mientras Manolo discutía en un rincón de la sala con el médico forense por haber ordenado el levantamiento del cadáver sin su autorización, Mario Conde, observado por un sargento que le había sido presentado como Atilio Estévanez, se dedicó a estudiar el panorama. Al parecer, Dionisio había sido apuñalado por alguien colocado a sus espaldas, dentro aún de la biblioteca. De ser así, habría sido una persona de quien Dionisio no esperaba el ataque, pues no se hubiera vuelto tan mansamente, dejando desguarnecida la retaguardia, como se advertía en cualquier manual de guerra. El agresor era, sin duda, una persona conocida y obviamente derecha, pues lo había herido por aquel lado del cuello. Quien quiera que

fuese el asesino, estaba dispuesto a matar al hombre, pues de haber sido una pelea que se complica, quizás lo hubieran herido primero en la espalda, pero el matador había ido directamente en busca de las arterias del cuello, procurando liquidarlo de un golpe y a la vez silenciarlo con la liberación de su propia sangre. Para reforzar la idea de un asesino conocido por Dionisio estaba el hecho de que ninguna entrada de la casa había sido forzada, por lo cual, presumía el expolicía, el hombre le había abierto la puerta a su verdugo. La única razón factible, entre las barajadas por el Conde, era que Dionisio, engolosinado por las cifras oídas durante los últimos días, estuviera en tratos con alguien, a espaldas de su hermana, posiblemente el misterioso comprador de libros aparecido el día anterior, como venido de la nada, o con otro cualquiera, incluso desconocido para Amalia. La probable ausencia de algunos libros podría aclarar el móvil del crimen, aunque entrañaba el peligro, para el asesino, de convertir los ejemplares sustraídos en una pista factible de rastrear.

Manolo se acercó y el Conde lo miró a los ojos. Con un gesto, el capitán pidió al sargento Estévanez que se alejara.

—Esto es del carajo, ahora los forenses mandan más que uno... Son los científicos... A ver, antes de entrar allá dentro —indicó la biblioteca—, te voy a decir dos o tres cosas para que puedas pensar mejor...

—¿Dos o tres cosas? —preguntó Conde, con deseos de agarrar el cuello del uniforme de Manolo.

—Conde, yo sé que tú eres incapaz..., pero entiéndeme, coño.

—No te entiendo.

—¿Tú crees que si de verdad yo sospechara de ti estarías aquí conmigo? No jodas, compadre... Pero acuérdate de que los de arriba no te conocen y para ellos eres como un tráfuga desde que te fuiste de la policía...

—Yo me cago en los de arriba y me limpio con los de abajo... Pero está bien, está bien, a ver, dime...

—El asesino se llevó el cuchillo, aunque por la forma de la herida dice el forense que es un cuchillo corriente de cocina, puntiagudo, incluso sin demasiado filo.

—Anjá.

—Lo mataron entre las doce y las dos de la madrugada. Con la autopsia se puede cerrar más el plazo. El asesino es derecho...

—Eso ya lo sé.

—Lo hirieron desde atrás, y por el ángulo de entrada del arma se sabe que el asesino es unos diez centímetros más bajo que Dionisio.

Conde se exprimió el cerebro y le pareció recordar que el comprador misterioso había sido descrito por Dionisio como un negro alto.

—El asesino es como de mi tamaño —admitió el Conde.

—Una cosa importante: limpiaron el pomo de la puerta. Hasta ahora nada más hay huellas frescas de cinco personas...

—Dionisio, Amalia, Yoyi, el comprador que estuvo aquí y yo...

—Es posible. Esa huella de pisada sobre la sangre la hizo Amalia, cuando se acercó a ver si estaba muerto. Ahora le van a revisar las uñas a Dionisio, pero no creo que hubiera una pelea. Y vamos a comprobar las huellas tuyas, del Yoyi y de ellos dos, para ver si tenemos en los archivos las de la quinta persona.

—¿Y qué más?

—Ya te lo dije todo... De arriba me piden que resuelva esto cuanto antes. Dionisio era militar, estuvo en la clandestinidad contra Batista, y sus amigos van a chillar en cualquier momento.

—Pero no chillaron cuando se estaba muriendo de hambre —recordó Conde—. Dionisio estuvo dos o tres años trabajando en una corporación y de allí lo botaron cuando empezó a ver cosas que no le gustaban. Eso fue en la época más jodida de la Crisis... Y nadie se preocupó más por él.

—Voy a averiguar qué pasó con esa historia de la corporación —admitió Manolo—. Bueno, vamos a revisar los libros. Trata de ver si falta alguno...

Manolo le entregó a Conde unos guantes de nailon y, con cuidado de no pisar la sangre coagulada ni la silueta grabada, entraron en la biblioteca. Conde se detuvo en el centro de la habitación para tener una primera impresión del conjunto: hacia la izquierda, el sector de los estantes que ellos no habían revisado aún; los libros considerados invendibles por Conde y Yoyi, hacinados de cualquier forma en la parte baja de la estantería de la derecha, junto a la puerta; los libros de la reserva para una segunda etapa de venta, colocados en las estanterías que rodeaban la ventana, pero también en apresurado desorden; y las tres pilas ascendentes, en equilibrio precario sobre la estantería del frente, donde habían ido depositando los ejemplares especialmente valiosos que el Conde se había negado a llevar al mercado. Sin pensarlo demasiado se dirigió hacia los volúmenes más cotizados y dos veces pasó el dedo sobre los lomos y concluyó que, si su memoria no lo traicionaba, todos estaban allí, incluidas las ediciones cubanas más valiosas, cada una de las cuales recordaba perfectamente.

Regresó al centro de la habitación, cerró los ojos, trató de limpiar su mente de prejuicios. Volvió a mirar a su alrededor y, salvo unos extraños espacios entre los libros de las estanterías inferiores del área aún no revisada, no creyó advertir ninguna alteración, pero lamentó no haber observado más cuidadosamente la habitación la tarde anterior. En ese momento Conde tuvo la sensación de que Dionisio o Amalia, en alguna de sus charlas, le habían dicho algo decisivo sobre aquella biblioteca, una revelación importante que ahora flotaba sobre su memoria sin que consiguiera atraparla para darle forma definitiva. ¿Qué coño pudo haber sido?, se preguntó, pero decidió posponer el autointerrogatorio.

Exigiéndole un esfuerzo a su cerebro, Conde se acercó al espacio todavía inexplorado por ellos y trató de recordar si en algún momento Yoyi o Dionisio habían tomado algún ejemplar de aquel estante. Con la linterna que le facilitó Manolo comprobó por las alteraciones en el polvo que eran seis las trazas de los libros de allí

extraídos recientemente y observó que el resto de los volúmenes concentrados en aquel sector eran viejos tomos de leyes, de tarifas aduanales, de ordenanzas mercantiles de la época colonial, más una larga hilera de revistas especializadas en temas comerciales, publicadas entre los años treinta y cincuenta.

—No lo puedo jurar, pero de éstos no parece faltar ninguno —le dijo a Manolo, indicándole las joyas de la biblioteca—. Y hay libros que valen algunos miles de dólares...

—¿Algunos miles, dijiste? ¿Por un libro viejo? ¿Cuántos miles?

—Éste —indicó el lomo oscuro del *Libro de los ingenios* puede venderse aquí en Cuba en diez, doce mil...

—¿Doce mil dólares? —Se asombró Manolo.

—Por lo menos. Fuera de Cuba vale el doble.

—Cojones —exclamó el capitán, removido de pies a cabeza por la cifra—. Eso es más o menos el salario que voy a ganar yo en toda mi vida... Por un libro así matan a cualquiera.

—Y aquella parte nosotros no la habíamos tocado, pero allí faltan seis libros. Si los más valiosos están todos..., no entiendo. Tendrían que ser libros muy especiales...

—¿Y esos seis...?

—Vamos a preguntarle al Yoyi y a Amalia, pero yo no los saqué. Quizás Dionisio... Ahora mismo pueden estar en cualquier parte de la biblioteca o pueden habérselos llevado.

—Pero ¿podrían ser más valiosos que esos otros? —aventuró Manolo—. Si hay libros de doce mil dólares...

—Puede ser, pero lo dudo. Los libros que están por ese lado son sobre leyes y comercio, y no creo que haya alguno demasiado importante. Pero sobre todo lo dudo porque, puesto ya a robar libros, después de asesinar a un hombre, alguien que conociera el negocio se hubiera llevado algunos de los que ya habíamos separado. Quien carga con seis libros carga con diez. Así que, si se llevó los seis que faltan allí, no lo hizo porque fueran especialmente costosos, sino porque tenían algún valor muy particular para alguien, y eso sólo podía ser por lo que decían y no porque fueran

más o menos antiguos o por su rareza... A menos que no fueran libros, sino algunos manuscritos significativos por alguna razón — concluyó, pensando que la lógica se oponía, impertinente, a la idea de que en el sector de los libros sobre leyes y comercio estuvieran algunas piezas merecedoras de una caja fuerte: ¿la delgadísima y muy cotizada *Tarifa general de precios de medicinas*, considerado el primer texto impreso en la isla?

—¿Entonces qué supones?

—A lo mejor Dionisio, excitado como andaba por la plata que le estaban dejando los libros, sacó seis que le parecían muy valiosos y los puso en otra parte o hasta los vendió a espaldas de nosotros y de su hermana... Pero es una suposición. Si hizo algo así, el dinero tiene que estar en alguna parte.

—A pesar de lo que tú dices, ¿no podemos pensar que esos seis libros fueran de verdad muy valiosos y por eso el asesino se conformó con ellos, conociendo además que ustedes no saben de qué libros se trata?

—Todo puede ser. ¿Quieres que te diga una cosa? —Conde observó la biblioteca en silencio—. Cuando entré en esta habitación, hace cuatro días, tuve el presentimiento de que aquí había o hay algo muy especial. Después empecé a ver estos libros y creí que podía ser simplemente eso, ejemplares muy cotizados. Hasta pensé en algún manuscrito o en algún libro perdido que podía cambiar muchas cosas... Cuando me encontré la foto de la bolerista, quise creer que era esa foto y su historia perdida... Pero ahora estoy seguro de que no eran esos libros, ni un manuscrito raro ni la foto. Algo que quizás ya no está aquí.

—¿Y qué coño podía ser?

—Si fuera adivino... Además, Dionisio o su hermana me dijeron algo importante sobre esta biblioteca, pero no puedo saber qué coño fue...

—Voy a pedirles a los científicos de mierda que me precisen si fue ayer cuando esos libros salieron de ahí. A lo mejor hasta se

puede saber si los sacaron antes o después de que ustedes estuvieran trabajando aquí.

—Me parece bien.

Manolo extendió la mano y aceptó los guantes que el Conde acababa de quitarse. Los hombres se miraron a los ojos hasta que Manolo desvió la mirada.

—Eso de que aquí haya libros con tanto valor no es bueno, Conde... ¿Sabes?, me hace falta que vengas conmigo a la Central. Por las huellas y...

—No te preocupes, Manolo. Nada más te pido una cosa: no seas tú el que me interroque... Ahora mismo, así calmadito como me ves, tengo ganas de cogerte por el cuello y descojonarte la vida. Y tú sabes que cuando me vuelvo loco soy capaz de hacerlo.

Mario Conde volteó la cara, escurriéndose a la mirada implorante de Yoyi el Palomo. Sintió cómo sus sienes latían ante la degradación a la que era profesional y eficientemente sometido: la especialista en identificación le fue colocando cada uno de sus dedos en la almohadilla entintada y llevándolos después, como peces inertes, al cartón cuadriculado con diez espacios ávidos, donde fueron quedando marcadas aquellas trazas personales, las huellas de un hombre ahora fichado, llamado Mario Conde, alias «el Conde», nacido en..., hijo de..., vecino de... Nunca, hasta ese preciso instante, el expolicía había entendido cabalmente las proporciones de la vejación a la que era sometido un ser humano cuando atravesaba aquellos trámites infamantes, sólo en apariencia menos dolorosos pero en última instancia similares a los de la res en trance de recibir una chapilla en la oreja: ahora, a pesar de su sabida inocencia, había pasado a ser un nombre más en la lista útil de las personas registradas en los archivos policiales y, en cada investigación, aquellas marcas pasarían por la memoria fría de una computadora, con la esperanza maligna de que coincidieran con unas huellas inculminatorias.

Empeñado en devolver el color a sus dedos con un trapo mugriento, Mario Conde tuvo la plena y atormentada conciencia de los cientos de veces que había colocado a otros hombres, culpables e inocentes, ante aquel mismo proceso denigrante, y sintió una vergüenza retroactiva más dañina que la provocada por su propia vejación. Entendió de golpe, pues ahora las llevaba prendidas en su piel manchada, las razones de las malas miradas, cargadas de odio, de los hombres sometidos por él a semejantes humillaciones, y pensó que durante demasiados años había practicado un oficio demoledor. Aunque siempre había sabido que los policías son una molesta necesidad social, encargados unas veces de servir y proteger —como decía cierto lema, uno de los más eufemísticos que alguien pudiera concebir— y otras muchas de reprimir y preservar los fueros del poder —su misión más real, aunque nadie lo proclamara así, descarnadamente—, acababa de comprender del modo más dramático por qué los enrolados en aquel gremio son rechazados en todo sitio y momento. Insistiendo en la limpieza de sus dedos, Mario Conde oteó el horizonte de su conciencia, esperanzado en ver la tabla salvadora, dispuesta a convencerlo de que había sido, siempre, un policía honesto, incapaz de aplicar violencia sobre otros hombres, ajeno a la prepotencia, con la certidumbre romántica de estar haciendo un trabajo empeñado en ayudar mínimamente a mejorar el mundo. Pero la convicción se negaba a venir en su auxilio, dejándolo hundirse en la procelosa evidencia de que al fin y al cabo había sido policía —tal vez demasiado cerebral, casi blando—, y había formado parte de aquélla cofradía doblegante que ahora le clarificaba sus últimas y más reales esencias.

Sin fuerzas para oponerse, se dejó conducir por el sargento Atilio Estévez a través de los corredores de la Central de Investigaciones Criminales, en cuyas paredes todavía resonaban las historias de sus prodigiosas soluciones a casos intrincados que siempre solía asignarle un jefe mítico, alevosamente suspendido a perpetuidad por la dirección de Investigaciones Internas, y que

respondía al nombre todavía impronunciable de Antonio Rangel. ¿De verdad siempre había sido justo? Quiso creer que sí, para recuperar algo de su devastada estima, pues el Conde sabía que se dirigían a uno de los cuartos de interrogatorios y allí la iba a necesitar, en cantidades exageradas.

Cuando entró en el opresivo recinto, el sargento Estévanez le indicó una silla, detrás de una pequeña mesa de formica. Conde buscó su lugar, en el lado opuesto al sitio que solía ocupar cuando era él quien realizaba los interrogatorios, y miró hacia el espejo ubicado frente a sus ojos. Supuso que Manolo habría pospuesto su conversación con el Yoyi para acomodarse, quizás junto a alguno de los jefazos, tras aquel vidrio que dividía el cubículo de los interrogados de la sala de oficiales y testigos, marcando una férrea línea fronteriza entre los poderosos y los despojados de todo poder.

—Lo lamento —dijo el sargento Estévanez, como si en realidad fuera posible—, pero tenemos..., son unas cuantas preguntas, más rutina que otra cosa... El capitán Palacios me pidió que le dijera que es una declaración, no un interrogatorio... ¿Usted dice que ayer por la noche estuvo solo en su casa? ¿Alguien lo vio, lo llamó...?

El sargento se sorprendió al ver que, con su última palabra, Conde se ponía de pie, como propulsado, haciendo caer la silla, y caminaba ya hacia el espejo, donde golpeó dos veces, violentamente, con la palma de la mano.

—Manolo, ven para acá.

Conde regresó a su sitio y, antes de llegar, la puerta se abrió y entró su antiguo compañero.

—¿No podían conversar conmigo en otra parte? ¿Tenía que ser aquí, en un cuarto de interrogatorios, como si yo fuera un cabrón asesino? —Su voz era iracunda y rajada—. ¿Esto es tomar una declaración? No me jodas...

—Entiéndeme, Conde, esto ahora es distinto a cuando nosotros...

—Distinto pinga, chico, pinga —la ola de indignación le devolvió las fuerzas perdidas, saltó por encima de los sentimientos de

vejación y se desparramó incontenible.

—Sal un momento, Atilio —le pidió Manolo a Estévanez, y agregó, mirando hacia el cristal—: Quiero que me dejen solo y que apaguen los aparatos, ¿entendido?

Manolo esperó unos segundos y, como solía hacer en los viejos tiempos, acomodó una nalga en el borde de la mesa.

—Cálmate, coño...

—No quiero calmarme. Me he pasado demasiado tiempo calmado y ahora quiero estar bien empingado.

Manolo suspiró, chasqueó la lengua, movió la cabeza negando.

—¿Te puedo pedir perdón?

—No —dijo el Conde, sin mirarlo—. Ni cojones.

—Era una formalidad, Conde. Tenemos que saber cosas... ¿Tú crees que yo puedo pensar que tú...? ¿No entiendes que ahora tengo unos jefes que no creen ni en su madre?

—Es lo más humillante que me ha pasado en mi vida...

—Me lo imagino.

—No te lo imaginas, no puedes. Y si te lo imaginas, es peor, porque sabes lo que me has hecho.

—Por eso te pido perdón, coño —se lamentó Manolo.

—Te jodiste conmigo, la cagaste...

—Cojones, Conde, que no es para tanto. No te hagas ahora la víctima... A ver, ¿eso quiere decir que no me vas a ayudar? —Había una súplica conocida en la voz del capitán.

—No, ni te lo imagines —dijo el Conde, arropándose en su indignación, y aprovechó la ventaja que había logrado sacar—. Más bien te voy a joder... porque voy a averiguar quién mató a Dionisio Ferrero antes de que lo descubras tú. Y les voy a demostrar a todos los comemierdas como tú y como tus jefes de ahora quién es mejor investigador.

Manolo sonrió, con algún alivio. El Conde se revolvía, justamente como era de esperar en él.

—Está bien, está bien. ¿Eso es lo que quieres? Pues vamos a ver quién lo encuentra primero... Pero te advierto: va a ser un placer

restregarte en la cara quién es el mejor. Porque ya que estamos jugando al duro, voy a recordarte una cosa: cuando trabajábamos juntos, con el cuento de que eras mi jefe y mi amigo, siempre me tiraste a mierda y te cogías los casos para ti, y a mí me metías a revisar archivos, como a un comemierda, porque no creías que yo...

—Eso es mentira —protestó el Conde.

—Eso es verdad, y tú lo sabes. Pero ahora vamos a ver quién es quién llevando una investigación.

—¿Tú estás hablando en serio?

—¿Qué tú crees? Y te advierto una cosa: yo soy policía y voy a hacer mi trabajo, por arriba de la cabeza de quien sea. No me gusta que los hijos de puta hagan cosas y no paguen por ello... ¿Te acuerdas de eso?... Así que si tu socio Yoyi está metido en eso...

Conde encendió un cigarro, observó a Manolo. Recibió, como un flashazo, la sensación de que volvían a trabajar juntos, pero espantó de inmediato esa idea.

—¿Pero todavía tú crees que Yoyi puede haber sido...?

—Todavía no creo nada. Pero el que lo mató conocía a Dionisio y esa biblioteca vale mucho dinero.

—¿Sigues pensando que fue por llevarse unos libros?

—No sé —admitió Manolo—. Voy a investigar. Y voy a encontrar antes que tú al que mató a Dionisio Ferrero. Eso es seguro...

El sol del mediodía parecía dispuesto a derretir el pavimento cuando Yoyi el Palomo abandonó la Central de Investigaciones. Mario Conde lanzó el cigarro y se despidió de la piedra donde estuvo sentado más de dos horas, a la sombra de los falsos laureles plantados en la calle que corría por uno de los laterales del edificio.

—Mira tú qué jodienda nos hemos buscado, men... Estos policías son como ladillas, lo preguntan todo. Hasta por el carro, por las cadenas de oro... Y tu amigo Manolo es el peor: cuando muere, no suelta. Yo pensé que me iban a dejar guardado, te lo juro.

—Siempre es así: no tienen nada, y están buscando cualquier cosa que les sirva —sentenció el Conde y avanzaron por la avenida—. Cuando están perdidos son más peligrosos. Si te soltaron, es que no tienen nada.

—Tienen algo —susurró Yoyi y Conde lo interrogó con la mirada—. Dionisio tenía en el bolsillo del pantalón un papel con mi número de teléfono. Escrito por mí...

—No entiendo —susurró el Conde.

—Yo le di mi teléfono, por si acaso...

—¿Ibas a hacer negocios a mis espaldas?

—No, Conde, te lo juro... Era por si acaso.

—Así que por si acaso... Pues la cagaste, Yoyi.

—Ahora me dijeron que tenía que estar localizable.

—No te preocupes por eso. A mí también.

—¿Quién puede haber sido, Conde?

—Hasta ahora hay cuatro personas con muchas posibilidades..., y tú y yo somos dos. Amalia y el hombre que estuvo ayer allí son los otros... Pero pudo haber sido otra persona... En cualquier caso fue alguien a quien Dionisio conocía.

—Pero ¿por qué coño nosotros íbamos a querer matarlo? Esto nos complica el negocio... ¿Te das cuenta, men?

—Ellos también se dan cuenta. Saben que no nos hacía falta matar a Dionisio por unos libros que podíamos comprarle a tres o cuatro dólares cada uno... Pero los policías sabemos que a veces pasan cosas extrañas. Por ejemplo, un futuro asesino y un aspirante a cadáver se ponen de acuerdo para hacer negocios y...

—No jodas más con eso: lo único que hice fue darle mi teléfono... Pero ya entiendo. Fíjate cómo estás hablando, dijiste: los policías sabemos...

—¿Lo dije?

Yoyi asintió.

—Si algo me quedaba de policía, hoy lo mataron allá dentro.

—Yo creo que les jode mucho que nosotros nos ganemos en un día lo que ellos ganan en un mes, y sin tener jefes ni reuniones del

sindicato...

—Eso es verdad. Pero hay policías a los que les gusta hacer bien su trabajo. Manolo...

—¿Y qué hubo del negro cojo que fue a comprarles libros?

—Vamos a averiguar quién es —dijo el Conde—. Ésa es la única pista que tenemos, porque al parecer sacaron seis libros de la parte que nosotros no habíamos revisado, y a lo mejor fue eso lo que vino a buscar el asesino de Dionisio... La jodienda que me obsesiona es ese presentimiento que tengo desde que llegué a la biblioteca de los Ferrero. Es un presentimiento del carajo. Lo tengo clavado aquí —y señaló el punto exacto del pecho donde seguía ardiéndole la premonición—. Allí había algo raro y, no sé por qué, pero sigo pensando que todo esto tiene una relación con Violeta del Río...

—Y dale con lo mismo, men. ¿Qué coño puede haber entre la Violeta que se suicidó hace cuarenta años y este muerto de ahora?

—No lo sé, pero los presentimientos son así, a veces no tienen ni pies ni cabeza y cuando vienes a ver, se arma el muñeco.

—Ya te dije que estás loco, ¿verdad, men?

—Me lo dices tres veces, todos los días —contabilizó el Conde e indicó al Palomo un puesto callejero de café—. ¿Me vas a ayudar a averiguar quién mató a Dionisio, a saber qué había en esa biblioteca y nosotros no vimos?

Yoyi pidió dos cafés y miró fijamente al Conde, sin dejar de acariciarse la protuberancia ósea de su pecho.

—¿Vamos a jugar a los policías y ladrones?

—No seas comemierda, Yoyi. A veces eres un relámpago y otras te quedas dormido. ¿No te das cuenta? Tú y yo estamos prestados en la calle y siempre hace falta un culpable. ¿No entiendes que ese papelito con tu teléfono te pone en candela?

—Pero si yo no hice nada. ¿Tengo que jurártelo?

—No jures ni cojones y prepárate para ayudarme. Tú vas a averiguar de dónde salió el negro alto interesado en comprar libros y yo voy a ver a Silvano. ¿No te encanta hacer buenos negocios? Pues el mejor negocio ahora es aprovechar la ventaja que tenemos,

porque sabemos cosas que ellos no saben. Vamos a averiguar nosotros mismos lo que pasó anoche en la casa de los Ferrero. Coñó, pa'l carajo, sabe a mierda este café...

24 de diciembre

Querido mío:

Qué más puedo desearte, en una fecha tan señalada, que hoy esté contigo toda la felicidad del mundo y puedas compartirla con tus hijos, allá donde estás. Qué más quisiera (es mi mayor anhelo) que esa felicidad la compartieras conmigo, con todos tus hijos, libres de secretos ya demasiado pesados y con la mirada puesta en el futuro y no en el pasado.

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo siempre me hacen más vulnerable, y esta vez me he sentido más frágil que nunca. Algo extraño me está pasando, no sé si por las fechas o por la acumulación de pesares, porque en las noches hasta tengo la sensación de oír voces que me hablan de culpas, de pecados, de traiciones, a veces con una nitidez tan viva que me obligan a encender la lámpara de lectura y a mirar a mi alrededor, para encontrar siempre la misma soledad.

Creo que todo esto empezó a desencadenarse con la visita que me hizo, hace algo más de una semana, aquel policía insistente, ¿te acuerdas?, el encargado de investigar lo ocurrido. El maldito vino a verme para decirme exactamente lo que piensas tú: él está convencido de que ocurrió algo que no puede descubrir, pero se atreve a jurar que ella no se suicidó, aun cuando no tiene la menor prueba concreta para sostener su convencimiento. Después de soltarme eso me explicó que en realidad había venido para decirme que por órdenes de sus superiores el caso iba a ser cerrado, o sea, la investigación no continuaría, a pesar de sus dudas. Sin embargo, mientras bebía el café que le preparé, me preguntó muchísimas cosas, casi las mismas que nos

preguntó otras veces, sobre amistades de esa mujer, posibles enemigos, deudas del pasado, adicción a drogas y, por supuesto, posibles motivos del suicidio. Yo le conté otra vez lo que sé, con toda mi sinceridad pero sin mencionar otras historias que sigo pensando que no tienen relación con su muerte: sabes a cuáles me refiero.

Pero las sospechas de ese hombre, tus dudas y las voces que hablan de culpas, están haciendo temblar mis convicciones. Aunque hay algo que tengo totalmente claro (mi inocencia y, de más está decirlo, la tuya), he comenzado a pensar sobre lo ocurrido en esos días, buscando algún punto oscuro, un detalle que no se corresponda con las rutinas habituales, a tratar de encontrar, si existiera, el indicio de que su muerte fue provocada por una persona dispuesta a propiciar ese desenlace.

He pensado, por supuesto, que alguien como ella, a pesar del pasado infeliz de niña huérfana que te contó, de su fábula de muchacha decente desesperada por cantar y triunfar, de seguro dejó tras de sí enemistades y odios. Luego, el cambio que tú llevaste a su vida pudo despertar esos resentimientos de alguien decidido a cobrarle una dicha que pensaba que ella no merecía.

Lo terrible, por todo lo que nosotros sabemos, es cómo ese retrato insiste en dibujar mi propio rostro. Pero saberme inocente sólo me ayuda a perder esa falsa imagen, sin que me sirva para encontrar otra, si es que existe. ¿Alguna de sus amigas podría haber sido la culpable? Quizás la pelandruja esa que la visitaba y hasta la acompañaba a darse gustos con tu dinero, y se atrevía incluso a hacerse pasar por una señora cuando todos sabían a qué se dedicaba cuando ustedes la conocieron... Pero ¿por qué lo haría? ¿Era o no era su amiga? ¿La envidia por la suerte de tu amante sería suficiente como para empujarla a preparar el camino de su muerte? Oportunidades le sobraban: ella entraba y salía de la

casa de esa mujer cuando quería, usaba el apartamento incluso para pasar las tardes con tu amigo Louis, y tenía toda la confianza para vagabundear por allí. Pero el motivo de que sólo actuara por envidia no me parece suficiente, pues en último caso, matándola, habría matado a la gallina de los huevos de oro, ya que cuando esa mujer se convirtiera en tu esposa, como habías decidido, la otra perdularia podía vivir a la sombra de una vieja amistad gracias a la cual conseguiría obtener sabe Dios cuántas ventajas, además de las que ya disfrutaba por tu agradecimiento de haber sido la persona que te puso en el camino de esa mujer.

28 de diciembre

Querido mío:

Las voces me persiguen, obsesionada como estoy en saber. Hace unos días dejé esta carta pues un dolor de cabeza espantoso ya me impedía escribir. Hoy, más calmada, trato de terminarla, pero sólo para decirte que una voz me despertó anoche diciéndome que mi culpa es no saber lo que debía saber y mi castigo será saber lo que nunca hubiera querido ni debido saber. ¿A qué se refería? No lo sé, pero te juro que con o sin esas voces, con o sin tu consentimiento, seguiré buscando mi única salvación: la verdad. Aunque sea la más terrible de las verdades.

Deseo disfrutes un lindo fin de año. Hemos vivido doce meses infames, con desgracias de todo tipo, rematadas con tu lejanía desde hace ya más de tres meses. Espero que estos días de fiestas y jubileos sagrados den un poco de paz a tu alma y puedas tener un respiro de felicidad. Yo, en mi soledad, sigo consolándome con la idea de que muy pronto estaremos en otro año, y será un año propicio, para cada uno de nosotros.

Te deseo toda la felicidad del mundo, toda, toda, porque te quiere...

Tu Nena

Uno de los privilegios que Mario Conde no se cansaba de agradecerle a la vida era el de tener tres o cuatro buenos amigos. Sus casi cincuenta años gastados en el mundo le habían enseñado, a veces de manera perversa, que pocos estados suelen ser más frágiles que el de la amistad, y por eso protegía, como un fundamentalista, su sedimentada fraternidad con el flaco Carlos, Candito y el Conejo, pues la consideraba uno de sus bienes supremos. Varios años atrás, la partida de Andrés hacia los Estados Unidos le había provocado al resto de los amigos un sentimiento de mutilación, pero, a la vez, había tenido el benéfico efecto secundario de acercarlos más, de solidificar sus complicidades, de hacerlos más tolerantes con los otros y de convertirlos en empedernidos militantes en el partido de la amistad eterna.

La permanente amenaza que constituía el deterioro físico de Carlos hacía que el Conde se comportara con una avaricia enfermiza en su cercanía con el viejo amigo, al cual le dedicaba todo el tiempo posible, consciente de que hacía la mejor de las inversiones para el vacío de un futuro cuyo plazo de llegada se tornaba cada vez más corto.

A pesar de la insistencia de Carlos, empeñado en que su amigo debía utilizar un tiempo para la escritura de las historias que concebía y con frecuencia prometía redactar, el Conde se sentía extrañamente pleno cuando gastaba sus tardes y noches en conversaciones perezosas, en las cuales se lanzaban por los laberintos imprevisibles de la memoria, en obstinada persecución de un estado de gracia quizás imaginado, pero que ellos insistían en rastrear en un pasado de rostro amable, cuando los alentaban sueños, proyectos y deseos hacía tiempo triturados por la realidad. En esas charlas, repetitivas, sin afán de descubrimientos, aquellos

hombres se dejaban llevar por la ilusión de que alguna vez habían sido verdaderamente felices, y mientras hablaban, bebían, recordaban, se ponían a salvo de la desesperación y resucitaban los momentos más gratos de sus pobres vidas.

Aquella noche, lamentando la ausencia del Conejo, el Conde se dedicó a contarles a Carlos y a Candito los últimos acontecimientos en los cuales se había visto envuelto y la quemante reflexión sobre el oficio policial que había practicado mientras era fichado. Al final les confió la decisión, tomada esa tarde luego de la conversación que había tenido con Silvano Quintero: emprendería la búsqueda de la alguna vez famosa Flor de Loto, en realidad llamada Elsa Contreras, de cuya existencia el periodista había tenido noticias difusas pero fiables unos diez años atrás.

—¿Así que, a pesar de todo, vuelves a ser policía pero sin ser policía? —Sonrió Carlos y se sirvió una dosis del ron auténtico que ahora podían beber gracias a las posibilidades económicas del Conde.

—Ironías del destino, como diría un buen bolero. Aunque tú lo dijiste: sin ser policía.

—¿Quieres que te ayude a buscar a esa mujer? —se ofreció Candito, y el Conde negó con la cabeza.

—No, ahora no. A lo mejor después necesito que me tires un cabo, pero prefiero empezar yo solo. No quiero levantar polvo para no ahuyentar la pieza.

—¿Y de verdad tú crees que aquella historia tiene conexión con ésta? —quiso saber Carlos.

—No sé un carajo, Flaco. De todas maneras me gustaría saber qué pasó con Violeta del Río. Ayer me prometí olvidarme de ella, pero ahora esa mujer no se me va a ir de aquí —y se golpeó la frente con la palma de la mano— hasta que sepa por qué coño se suicidó. O la suicidaron...

—Te dio fuerte —dijo Candito y el Conde movió afirmativamente la cabeza, valorando si había llegado el momento de contar la

extraña historia del enamoramiento platónico que había sufrido su padre. Pero optó por mantenerla enterrada.

—Desde que me enteré de la existencia de esa mujer me pasó una cosa muy rara: era como si alguna vez yo hubiera sabido algo de ella y después lo hubiera olvidado. No sé de dónde me viene esa idea, pero si consigo saber qué pasó con ella, a lo mejor encuentro el origen de esa sensación... Después, cuando oí el disco, Violeta acabó de complicarme la vida.

—A mí también me hubiera gustado verla cantar. Ahora nadie canta así, ¿verdad? —comentó Carlos.

—¿Será por eso que nos pasamos la vida oyendo a los mismos cantantes, desde hace veinte años? —preguntó Candito.

—¿Veinte? —quiso precisar el Conde—. Treinta y... Cojones, somos unos viejos de mierda.

—¿Te acuerdas, Conde, cuando cerraron los clubes y los *cabarets* porque eran antros de perdición y rezagos del pasado? —recordó Carlos.

—Y para compensar nos mandaron a cortar caña en la zafra del setenta. Con tanta azúcar íbamos a salir de un solo golpe del subdesarrollo —evocó Candito—. Cuatro meses estuve cortando caña, todos los días de Dios.

—A veces me pongo a pensar... ¿Cuántas cosas nos quitaron, nos prohibieron, nos negaron durante años para adelantar el futuro y para que fuéramos mejores?

—Una pila —dijo Carlos.

—¿Y somos mejores? —quiso saber Candito el Rojo.

—Somos distintos: tenemos tres patas o una sola, no sé bien... Lo peor fue que nos quitaron la posibilidad de vivir al ritmo que vivía la gente en el mundo. Para protegernos...

—¿Saben lo que más me jode? —lo interrumpió el Conejo, asomando su dentadura por la puerta de la habitación—. Que nos volaron el sueño de poder ir a París con veinte años, que es cuando es bueno ir a París... Ahora se pueden meter a París por el culo y a Bruselas si les queda un hueco.

—¿Qué hubo, Conejo? —lo saludó el Conde y le extendió la botella de ron, luego de servirse a sí mismo.

—Todo el tiempo, todos los días hemos estado viviendo la responsabilidad de un momento histórico. Se empeñaron en obligarnos a ser mejores —dijo el Conejo, pero el Conde negó con la cabeza, casi sin poder contenerse.

—¿Y por qué hay tantos muchachos ahora que quieren ser rastafaris, rockeros, raperos y hasta musulmanes, se visten como si fueran payasos, se maltratan llenándose de argollas y tatuándose hasta los ojos? ¿Por qué hay tantos metiéndose drogas durísimas, tantos que se vuelven putas, chulos, travestis, y usan crucifijos y collares de santería sin creer ni en el coño de su madre? ¿Por qué hay tantos cínicos que juran por una cosa y creen en otra, y tantos que nada más viven calculando qué se pueden robar para tener dinero sin trabajar demasiado? ¿Por qué hay tantos que quieren irse de aquí?

—Yo tengo un nombre para eso —retomó la batuta el historiador del grupo—: cansancio histórico. De tanto vivir lo excepcional, lo histórico, lo trascendente, la gente se cansa y quiere la normalidad. Como no la encuentran, la buscan por el camino de la anormalidad. Quieren parecerse a otros y no a ellos mismos, por eso son rastas, raperos o lo que sea, y se ponen de drogas hasta aquí... No quieren pertenecer, no quieren ser buenos a la fuerza. Sobre todo no quieren parecerse a nosotros, que somos sus padres y unos fracasados de mierda...

—Los que más me joden no son éstos —reflexionó el Conde—. Los que me enferman son los que quieren parecer perfectos, confiables, pero que son todos unos oportunistas de mierda.

El Conejo asintió, bebió un trago. Algo espinoso y ácido se negaba a bajarle por la garganta.

—¿Se han puesto a pensar en qué clase de país nos ha tocado vivir? ¿Sí?, ¿no? —Esperó la respuesta que no llegó y remató—: Pues deberían hacerlo. Éste es un país condenado a la desproporción. El mismo Cristóbal Colón fue el que empezó a

joderlo todo, cuando dijo eso de que ésta era la tierra más hermosa y todo lo que le cuelga. Entonces tuvimos la suerte geográfica, histórica, de estar donde estuvimos en el momento en que estuvimos, y la dicha o la desgracia de ser como somos, y ya ven, hasta hubo una época en que podíamos producir más riquezas de las que necesitaba esta isla y nos creímos ricos. Si eso fuera poco, hemos producido más genios de los que nos correspondían por habitantes y por metros cuadrados y nos creímos mejores, más inteligentes, más fuertes... Esa desproporción es también nuestra mayor condena: nos puso en el medio de la historia. Acuérdense de que Martí quería equilibrar el mundo desde aquí, todo el mundo, el mundo entero, como si tuviera en sus manos la cabrona palanca que pedía Arquímedes. Como resultado de eso es que somos tan históricos y, además, no sólo nos creemos los mejores, sino que a veces hasta lo somos. Y ahí están las consecuencias... Sentido histórico y mala memoria, indolencia y predestinación, grandeza y levedad, idealismo y pragmatismo, como para equilibrar la carga con virtudes y defectos, ¿no? Pero al final de todo llega el cansancio. El cansancio de ser tan históricos y predestinados.

—Cansancio histórico —calibró el Conde la definición del Conejo, terminó su vaso de ron y miró a sus amigos, agonizantes modélicos del síndrome del cansancio histórico adquirido: el Flaco que ya no era flaco, con la médula destrozada en una guerra, por supuesto histórica, de la cual ya nadie hablaba; el Conejo, desgarrado, con los dientes cada día más grandes asomados a su calavera evidente, todavía capaz de teorizar sobre la desproporción insular pero sin haber escrito nunca alguno de los libros de historia que soñó escribir; Candito el Rojo, históricamente anclado en el solar bullicioso donde había nacido, pasando hambre desde que renunciara a sus múltiples negocios ilícitos y se empeñara en buscar respuestas trascendentales en una crónica escrita hacía dos mil años, donde se hablaba de un fin del mundo aderezado con castigos terribles para todos los que no entregaran su alma al Salvador; y Andrés, el ausente presente Andrés, ¿cómo era posible

que, para curarse radicalmente de sus nostalgias, para borrar su propia historia y burlar su agotamiento histórico hubiera llegado a decidir que lo mejor era no regresar jamás a la isla, ni siquiera a ver un juego de pelota en el estadio de La Habana, a una sesión de tragos, música y conversación con aquellos amigos, quienes, a pesar de mutilaciones, frustraciones, creencias y descreencias, cansancios históricos y hambres físicas e intelectuales, jamás se negaban a compartir una noche de evocaciones, con la vaga pero latente conciencia de que sin la preservación de esa fraternidad quizás se habrían olvidado de vivir hacía mucho tiempo?

—La vida nos estaba pasando por los lados —dijo el Conejo— y para protegernos nos pusieron orejeras, como a los mulos de carga. Nada más debíamos mirar hacia delante y caminar hacia el futuro luminoso que nos esperaba al final de la historia y, claro, no nos podíamos cansar en el camino. El único problema es que el futuro estaba muy lejos y el camino era en pendiente y estaba lleno de sacrificios, prohibiciones, negaciones, privaciones. Mientras más avanzábamos, más se empinaba la pendiente y más lejos se ponía el futuro luminoso, que además se fue apagando. Al muy cabrón se le acabó la gasolina. A veces creo que nos encandilaron con tanta luz y pasamos por el lado al futuro sin verlo... Ahora que estamos en la media rueda y nos estamos quedando ciegos, además de calvos y cirróticos, ya no tenemos mucho que ver ni mucho que buscar.

Escuchando al Conejo, el Conde sintió cómo se le empantanaba en la boca el sabor agridulce de una tristeza inconmensurable.

—Siempre se puede buscar a Dios —sentenció Candito.

—Nadie nos está cuidando, Rojo. Estamos totalmente solos —lo rebatió el Conde.

—¿Tú no crees en los milagros?

—Ya no. Pero confío en las premoniciones. Por una de ellas es que estoy empeñado en saber qué pasó con Violeta del Río —concluyó el Conde, en cuya mente volvió a flotar, en ese instante, la sensación de que le faltaba una causa realmente plausible para

aquella búsqueda de resonancias absurdas, y por eso aventuró la primera razón que vino a sus labios—. Quiero saber por qué se la tragó la historia.

Sin preocuparse de por qué lo hacía —en realidad no le interesaba saberlo—, conducido tal vez por la mezcla del alcohol y las esencias persistentes de ciertos fantasmas y fascinaciones, Conde abordó el carro de alquiler en sentido contrario al de su casa y le pidió al chofer que lo llevara hasta la esquina de 23 y L, o a cualquier otra esquina capaz de sumar las mismas cifras evocativas. Con agrado descubrió que aun a aquella hora final de la noche la intersección donde palpitaba el corazón acelerado de la ciudad seguía abarrotada de jóvenes difusos y adultos rastreadores de piezas prohibidas. En el portal y los alrededores del cine, y del otro lado de la calle, junto a las rejas dedicadas a proteger los jardines de la heladería, una humanidad insomne se deslizaba bajo la mirada soñolienta de varias parejas de policías. Gays de todas las tendencias y categorías, rockeros sin escenario ni música, feroces cazadores y cazadoras de extranjeros y dólares, aburridos noctámbulos con primeras, segundas y hasta terceras intenciones parecían allí anclados, sin temor a la cercanía del amanecer, como a la espera de algo desconocido pero capaz de arrastrarlos, calle abajo, quizás hacia el mar, o calle arriba, tal vez hacia el cielo.

La nueva vida surgida en la ciudad, luego del letargo profundo en que la sumiera los años más oscuros de la Crisis, tenía un ritmo y una densidad que el expolicía no lograba atrapar. Raperos y rastafaris, prostitutas y drogadictos, nuevos ricos y nuevos pobres rediseñaban una geografía urbana, estratificada según los dólares poseídos y que empezaba a parecerse a la normalidad, aunque siempre lo hacía preguntarse cuál era la vida real, si la que él conoció en su juventud, o la que ahora constataba, en su tiempo de madurez y de ilusiones desterradas.

Sin intenciones de buscar una respuesta satisfactoria, Conde se alejó del bullicio nocturno y tomó la pendiente de La Rampa, con los límites cronológicos de la nostalgia ubicados más allá de su memoria personal, mucho más allá de su más remoto recuerdo, y trató de encontrar los rastros todavía visibles de una ciudad rutilante y pervertida, un planeta lejano, conocido de oídas, escuchado en discos olvidados, descubierto en infinitas lecturas, y que en sus evocaciones siempre se le aparecía poblado de unas luces, clubes, *cabarets*, melodías y personajes que, ahora lo sabía, casi cincuenta años atrás debió de frecuentar Violeta del Río, con sus esperanzas a toda máquina, en busca de su lugar en el mundo.

Transitó, sin detenerse, ante el lumínico revitalizado de La Zorra y el Cuervo, donde alguna vez cantó aquella mujer, vedado ahora a quienes no cargaran los cinco dólares norteamericanos capaces de abrir sus puertas y garantizarle una silla; contempló la entrada sólidamente clausurada de La Gruta, de la cual no salía ya ni el último eco de los acordes trasnochados que una vez hicieron retumbar aquella cueva musical cuando afuera comenzaba a salir el sol; miró sin emociones especiales las ruinas calcinadas del antiguo Montmartre, proletariamente rebautizado como Moscú y proféticamente devorado por un incendio unos años antes de la desintegración del imperio; pasó, como si huyera, frente al portón desangelado del *cabaret* Las Vegas, donde le llamó la atención la presencia de un hombre, más o menos de su edad, que miraba con especial nostalgia el sitio ahora emparedado donde por tantísimos años se pudo beber el último café de las madrugadas habaneras; cruzó sin esperanzas ante la torre coronada por el Pico Blanco y no lo tocó ni un arpegio de guitarra; subió hacia el oscurecido Salón Rojo del Capri, con sus puertas atadas con una cadena, y por fin entró en los jardines del Hotel Nacional, atravesando la mirada hosca de los vigilantes, armados de *walkie— talkies*, que le perdonaron la vida cediéndole el paso sin hacerle preguntas, aunque visualmente lo acusaron de los cargos de ser cubano, de no tener dólares, de no ser del ambiente. Se detuvo unos minutos ante

el pórtico lujoso y también dolarizado del Parisi n, el *cabaret* donde alguna vez actuaron el inmortal Frank Sinatra —para que lo oyeran Luciano, Lansky, Trafficante— y una joven olvidada que se hacía llamar Violeta del Río y cantaba por el gusto supremo de cantar.

Ante la puerta del *cabaret*, reservado para el placer tropical de efímeros huéspedes extranjeros, acompañados por sus complacientes novias tarifadas y de producción nacional, Conde sintió, por primera vez en sus casi cuarenta y ocho años de vida, que trashumaba por una ciudad desconocida, que no le pertenecía y lo empujaba, excluyéndolo. Aquel *cabaret* no era suyo, nada en su atmósfera visible lo hacía llamativo o añorado. El aire de la noche, la caminata y aquella sensación de extrañamiento lo habían liberado del embrujo etílico, pero una molesta lucidez se había apoderado de su corazón maltrecho, dispuesto a hacerlo comprender que, salvo por algún recuerdo casi extinguido, Violeta del Río y su mundo de luces y sombras ya no vivían en aquella dirección, se habían ido sin dejar otra referencia que los restos físicos de escenarios cerrados, quemados o inaccesibles, incluso para la memoria de alguien empe inado en oponerse al último olvido. La fascinación del Conde por aquel mundo se encontr  definitivamente herida de muerte, y entendió que el único modo de rescatarla era dándose a sí mismo la satisfacción onanista de descubrir las verdades finales de Violeta del Río y las razones de su reaparición dentro de un libro de recetas imposibles, hallado en una biblioteca no menos imposible.

Con el alma adolorida, el Conde regresó a la calle y observó el panorama de edificios alguna vez pretenciosos de su modernidad, ahora doblegados por una vejez prematura. Contempl  al borde del asco a la jovencita siempre sonriente que, contra una pared, se dejaba babosear por un viejo de aspecto nórdico al que llamaba «mi chino». Escuch  la algarabía de los muchachos que, subiendo la pendiente de la calle O, exteriorizaban con gritos su júbilo quizás narcótico y pateaban las bolsas de basura encontradas a su paso. Se alarmó con el tránsito veloz del Lada reluciente, con la música de su reproductora a todo volumen, como empeñado en demostrar una

alegría ostentosa, prefabricada. Bajó hacia 23 y vio pasar a su lado dos policías pertrechados incluso con gigantescos perros pastores. Miró a su alrededor y tuvo la nerviosa certeza de hallarse extraviado, sin la menor idea de qué rumbo debía tomar para salir del laberinto en que se había convertido su ciudad, y comprendió que él también era un fantasma del pasado, un ejemplar en galopante peligro de extinción, colocado aquella noche de extravíos ante la evidencia del fracaso genético que encarnaban él mismo y su brutal desubicación entre un mundo difuminado y otro en descomposición. Al fin y al cabo, pensó Mario Conde, el Yoyi andaba cerca, pero no tenía razón: no es que él resultara tan increíble que pareciera de mentira. No: él mismo era una mentira, porque, en esencia, toda su vida no había sido más que una empecinada pero fallida manipulación de la realidad.

La Calzada de Monte y la mal bautizada calle Esperanza arman una cuña invertida que, dispuesta a desgarrar las carnes urbanas más flácidas, se abre hacia las entrañas de lo que fuera la vieja villa amurallada de La Habana. Desde el vórtice que Monte y Esperanza casi logran formar, en las inmediaciones del antiguo Mercado Único, hasta el agotamiento de ambas, en la populosa calle del Egido, sobre el mapa de la ciudad queda palpitando un triángulo eternamente degradado en cuyas entrañas se ha acumulado, a lo largo de los siglos, una parte del desecho humano, arquitectónico e histórico generado por la capital prepotente, siempre en marcha hacia el oeste, cada vez más lejos de aquel reducto de proletarios mal pagados, lumpens de todos los colores, putas, traficantes y emigrados de otras regiones del país y del mundo, deseosos de una oportunidad en la vida que casi nunca les habría de llegar. La Calzada de Monte, con sus tiendas de libaneses, sirios y judíos polacos vendedores de retazos, ropa de segunda mano y baratijas diversas, marcó en otra época la frontera entre el mundo de esplendores de la zona comercial de La Habana, con sus palacios, sus tiendas lujosas, sus parques y fuentes, sus teatros, salones de baile y hoteles, y aquel otro rincón innoble de los barrios colindantes de Atarés y Jesús María, barrios de negros y blancos pobres, con sus construcciones baratas y sin asomo de estilo, sus calles estrechas, su humanidad siempre arracimada, envilecida por la miseria y la marginación. En la memoria de los habaneros aquella zona de la ciudad, frecuentemente invadida por las emanaciones negras de la termoeléctrica de Tallapiedra, envenenada por los escapes de gas butano y asediada por los efluvios de los meandros más degradados de la bahía, era como un territorio cedido a los infieles, sin esperanzas ni intenciones de ser reconquistado. Entre sus calles sinuosas la historia parecía haber volado sin detenerse, mientras generación tras generación se empozaban allí el dolor, el olvido, la rabia y un espíritu de resistencia casi siempre desfogado en lo ilícito, lo pecaminoso, lo violento, en

busca de una dura supervivencia, procurada a toda costa y por cualquier vía.

En sus años de policía, Mario Conde había sufrido intensamente cuando alguna de las investigaciones lo llevaba a aquel recodo habanero donde nunca nadie sabía, había visto ni oído, al tiempo que dejaban claramente establecidas sus aversiones con las miradas de desprecio que lanzaban sobre los representantes de un orden distante, para ellos siempre represivo. La violencia, como desahogo de frustraciones crónicas, se utilizaba allí como moneda corriente, con la cual se pagaba cualquier deuda o agravio. Aquella ley regía desde tiempos cada vez más remotos en un territorio minado donde ser débil constituía la peor de las enfermedades.

Desde que asumiera el oficio de comprador de libros, el Conde no había vuelto a entrar en aquel agreste rincón de la ciudad donde, de antemano lo sabía, hubiera perdido el tiempo —tal vez, de paso, la cartera, los zapatos y hasta otros bienes corporales para él sagrados— si se atrevía a deambular por sus calles en sospechosa búsqueda de algo allí tan exótico como un libro en venta. Por eso, aunque presumía que los días negros de la Crisis debían de haberse ensañado con aquel triángulo de las Bermudas, no se imaginaba hasta qué punto había calado la degradación generada por los duros años de mayores carencias, supuestamente superados por el país.

Conde abandonó el auto de alquiler en el cruce ahora triste y cochambroso de Cuatro Caminos —mítico en otra época, pues en cada una de sus esquinas se alzaba un restaurante, en competencia de calidad y precios con sus equidistantes congéneres— y atravesó un par de callejones en busca de la calle Esperanza. De inmediato empezó a entender la afirmación de Yoyi el Palomo de que los dominios del Barrio Chino eran apenas los primeros círculos del infierno citadino, pues una primera mirada le hizo patente que estaba penetrando en el núcleo de un mundo tenebroso, un hoyo oscuro que allí perdía el fondo y hasta las paredes. Respirando una atmósfera de peligro latente, avanzó por un laberinto de calles

intransitables, como de ciudad posbélica, plagadas de furnias y escombros; de edificios en equilibrio precario, heridos por grietas insalvables, apoyados en muletas de madera ya carcomidas por el sol y la lluvia; de latones desbordados de desperdicios, como montañas infectas, donde dos hombres, todavía jóvenes, hurgaban en busca de cualquier milagro reciclable; de jaurías de perros deambulantes, invadidos de sarna y sin capacidad estomacal para cagar en la calle; de bulliciosos vendedores de aguacates, escobas, palitos de tendedera, pilas de linternas, inodoros de uso y leña para cocinar; y de aquellas mujeres endurecidas, afiladas como cuchillos, todas ataviadas con las bermudas de licra cada vez más ajustadas, ideales para resaltar las proporciones de sus glúteos y el calibre de un sexo exhibido orgullosamente. Una sensación de estar atravesando los límites del caos le advirtió de la presencia de un mundo al borde de un Apocalipsis difícilmente reversible.

Apenas traspuestas las fronteras del barrio, Conde comprendió que se había impuesto una misión prácticamente imposible. Ninguno de los pretextos imaginados —presentarse como periodista, un pariente lejano de alguien, un funcionario de salud pública en busca de un enfermo de sida, un desesperado en procura de un cuarto para alquilar— iba a serle útil cuando hiciera las primeras preguntas y descubriera el verdadero objeto de su interés. Por eso, su única alternativa para hallar la tenue pista de Elsa Contreras, la bailarina Flor de Loto, ubicada en aquella zona por el recuerdo de Silvano Quintero, era que en esa temporada estuviera en el barrio y no en la cárcel —como ya era su costumbre— su antiguo confidente Juan Serrano Ballester, alias Juan el Africano.

Cuando estuvo frente al edificio del callejón del Alambique donde había nacido Juan el Africano y donde había vivido los pocos años de libertad gozados en su lamentable existencia, Conde se alegró de no encontrar a nadie en la entrada y de inmediato debió preguntarse para qué aquel hombre se habría pasado la vida practicando robos, estafas y asaltos si jamás había logrado superar aquella circunstancia esencial: el edificio era una construcción de

tres plantas, de principios del siglo xx, sin balcones, con una faz adusta que más bien lo hacía parecer un recinto carcelario. Donde alguna vez hubo un portón con intenciones de separar la calle del corredor y de las escaleras que conducían a los pisos superiores, ahora sólo quedaba un boquete desdentado, y el Conde supuso que, en los días más álgidos de la Crisis, la madera del marco y de la puerta debieron de ser ofrendadas a algún fogón de leña desesperado. A ras de suelo flotaba un vapor de mierda y orines de cerdo, y por los escalones bajaba un hilo de agua también fétida, seguramente filtrada desde las agotadas tuberías albañales.

Juan vivía en el tercer piso de aquel falansterio, en una media habitación que logró conservar luego de cederle el resto del ya opresivo apartamento a la guajira guantanamera que le había parido unos jimaguas. Como el cuarto quedaba en la parte posterior del edificio, era preciso atravesar un pasillo angosto, flanqueado de puertas. Pero una parte del corredor original, desplomado en alguna era geológica remota, había sido reemplazado por dos tablones sobre los cuales, haciendo equilibrio, se podía acceder a las habitaciones del fondo. Tomando aire para evitar hasta la respiración durante el tránsito a través de las maderas, el Conde abrió los brazos, como un equilibrista, y se lanzó a la aventura. Al fin ante la puerta que el Africano había añadido hacia el pasillo, Conde se preguntó si realmente aquel empecinamiento suyo por encontrar los detalles del destino final de una cantante perdida tenía algún sentido, y otra vez la lógica le dijo que no, aunque algo indescifrable lo empujaba a continuar, y tocó a la puerta.

Cuando Juan lo reconoció estuvo a punto de desmayarse. Hacía apenas dos meses había salido de su más reciente estancia carcelaria, luego de cumplir una condena de tres años por estafa continuada. Por eso, encontrar en su casa a aquel policía, emergido de un rincón oscuro de su pasado, no podía significar otra cosa que una desgracia segura.

—No te asustes, coño, ya no soy policía —se apuró a explicar el Conde, pero el otro negó, incrédulo, moviendo su cabeza nigérrima

y afilada de escultura dahomeyana—. Te lo juro, viejo, hace más de diez años que estoy fuera...

—¿Lo juras por tu madre? —lo conminó el Africano, convencido de que nadie es capaz de jurar en vano por la madre, a menos que se viera muy, muy obligado a hacerlo.

—Por mi madre, te lo juro —dijo el Conde y recordó al Yoyi y sus juramentos—. Vengo porque me hace falta tu ayuda. Y esta vez no es favor por favor: te pago con plata —añadió y se tocó el bolsillo.

—¿Te botaron de la policía?

—No, me fui porque quise.

El Africano casi cerró los ojos, procesando la información.

—Ya sé, ahora estás trabajando con extranjeros y eres gerente de una corporación de éstas, ¿no? ¿Te estás buscando muchos fulas?

—No soy gerente de nada. ¿Me dejas entrar?

—Júrame otra vez que no eres policía. A ver, júrame por tus hijos, que los encuentres muertos cuando llegues si es mentira...

—Te lo juro.

El Conde había decidido que, en su extraña situación, lo mejor era contarle la verdad al Africano, o al menos la parte de la verdad relacionada con su búsqueda de los días perdidos de Violeta del Río, por más increíble que pudiera resultar aquel empeño para cualquier oído racional. Mientras armaba la historia, trató de imaginar cómo podría ayudarlo su exconfidente, pues apenas iniciada la exposición de sus intereses, el hombre le había cerrado el camino más corto con la confirmación de que sabía hasta el nombre de los perros que deambulaban por el barrio, pero no conocía a Elsa Contreras y mucho menos a ninguna Flor de Loto.

—Estás jodido. No puedo ayudarte —concluyó Juan, con una sonrisa de satisfacción en sus ojos rojizos, sin duda complacido al imaginar que, al no poder ayudarlo, el Conde se iría de su casa, rápido, por donde mismo había llegado.

—Tengo que estar seguro de que esa mujer no vive por aquí. Quiero encontrar a alguien que conozca de verdad a todo el mundo

en el barrio. ¿O es que no quieres ganarte unos pesos? Mira, me puedes presentar como un primo de tu exmujer que va a vivir unos días contigo..., no sé, porque acabo de salir de la cana, ¿no te parece?

El Africano rió, casi estrepitosamente.

—¿Pero tú estás loco? Oye, Conde, aquí todo el mundo salió el mes pasado de la jaula. ¿En cuál voy a decir que tú estabas si nadie te vio en esa cárcel, en cualquiera que sea?

Conde lo admitió, no había sido una buena idea, y el Africano le propuso:

—Vaya, vamos a decir que tú eres primo de la guajira, pero vienes de Matanzas... Allá te dedicabas a matar vacas y la policía se te pegó atrás y andas por aquí para refrescar la sombra. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—Pero aquí no te puedes quedar. Además de que no cabes... —Y cuando abrió los brazos estuvo a punto de tocar las paredes de aquel hoyo de dos y medio por cuatro metros.

—Me puedo ir por la noche y volver mañana.

—Y en cuanto encuentres a esa mujer te desapareces...

—Me desaparezco —aceptó el Conde.

—Si es así, está bien. Ahora a los asuntos serios: ¿cuánto me pagas por la pincha?

—Mil pesos —dijo el Conde, convencido de poder removerlo con la cifra.

—Por mil pesos no me juego la vida. —El Africano bostezó y se acarició una de las tres cicatrices visibles en su rostro, más negras y brillantes que el resto de su piel—. Dos mil y tú pagas la comida y todo lo demás.

—Okey —aceptó el Conde sin titubear.

—Bueno, para empezar a hacer ambiente, vamos a tomarnos unos tragos por allá abajo y después nos vamos a comer a la fonda clandestina de Veneno. Ese tipo sí sabe todo lo que se mueve aquí. Yo me encargo de sentarlo un rato con nosotros y tú sabrás cómo

averiguar por esa mujer sin que él se dé cuenta de que andas en otra cosa. Porque te advierto algo: si se huelen que los estamos tupiendo, no hacemos el cuento, ni tú ni yo...

—No es para tanto —dijo el Conde y el Africano levantó los hombros.

—Dame el dinero, me hace falta ahora mismo.

Conde miró al expresidiario y movió la cabeza, negando.

—Yo puedo parecer loco o comemierda, pero no soy tan...

—Dame la mitad, vaya —casi rogó el Africano—. A ver, para que entiendas: estoy en llamas con unas gentes ahí. Hice un negocio y me salió mal y les debo plata. Si les paso algo, se tranquilizan un poco. Si no, no puedo salir a la calle... Esa gente no cree en nada...

Conde meditó un instante y comprendió que no tenía demasiadas alternativas.

—Está bien, te doy la mitad. Lo demás, cuando aparezca la mujer.

Cuando salieron a la calle, el sol furioso del mediodía había dispersado a los deambulantes, pero la música ocupaba ahora el lugar de las personas, abarrotando el espacio, cruzando melodías, compitiendo en volúmenes dispuestos a aturdir a los que se arriesgaban a penetrar aquella atmósfera compacta de sonos, boleros, merengues, baladas, mambos, guarachas, rocks duros y blandos, danzones, bachatas y rumbas. Las casas cuyas entradas daban a la calle, con las puertas y ventanas abiertas, trataban de tragar un poco de aire caliente, mientras hombres y mujeres, de todas las edades, se balanceaban en sillones, disfrutando la brisa artificial de los ventiladores y la música ensordecedora, viendo pasar, cargados de resignación, el tiempo muerto del mediodía.

A dos cuadras de la casa del Africano entraron en un solar, en cuyo patio interior varios hombres bebían cerveza, abrazados también por la música. Una mulata de unos cuarenta años, peinada con trencitas atadas con cuentas de colores y enfundada en una licra a duras penas capaz de contener las libras excesivas de sus

nalgas, parecía ser la dueña del negocio y miró directamente al Africano cuando lo vio llegar con el desconocido.

—Dame dos láguers ahí y no jodas, que éste es mi yunta.

—A mí me importa un carajo que sea tu yunta: aquí no quiero gente rara... —La mulata gritó y observó al Conde, desafiante.

—África, vámonos pal carajo, que se meta sus cervezas por el culo —reaccionó el Conde y dio media vuelta, en busca de la calle, cuando una voz a sus espaldas lo detuvo.

—Socio, socio, no te vueles. —El Conde miró. Junto al Africano estaba ahora Michael Jordan, o por lo menos su doble: era un negro alto, macizo, con la cabeza rapada y enfundado en un uniforme de los Chicago Bulls—. Esta mujer es una habladora de mierda.

—No sé qué tanto misterio, si el barrio completo sabe que aquí se vende cerveza —dijo el Conde y aceptó la botella congelada ofrecida por Michael Jordan, quien, sin embargo, retuvo la destinada al Africano.

—Acaba de darme el láguer —exigió Juan y sonrió.

—¿Ya puedes salir a la calle? —quiso saber Michael Jordan.

—De aquí vamos para lo de Veneno. Estoy resolviendo.

—Me alegro por ti, hermanito —dijo Michael Jordan y sonrió—. Mira que vivo eres feo, así que muerto le puedes meter miedo al susto... —Y se volvió hacia el Conde, exhibiendo una blanquísima sonrisa.

Tres cervezas después Mario Conde había explicado cómo funcionaba el negocio del robo y sacrificio de vacas en las cada vez más esquiladas llanuras matanceras y, a cambio, sabía los puntos del barrio donde se vendían trajes de basquetbolistas y camisas de futbolistas y peloteros, leche en polvo, aceite para cocinar y la ubicación del depósito de electrodomésticos mejor surtido de la ciudad, con aprovisionamientos directos desde los cercanos almacenes del puerto. Con la quinta cerveza tenía una idea bastante ajustada de en qué lugares del barrio y a qué horas se podía conseguir marihuana o pastillas, y sabía que incluso era posible comprar *crack* y coca, y hasta conocía las tarifas de las putas

locales: las chupa-chupas, especializadas en la felación; las pelandrujas, las más baratas y menos recomendables; las todoterreno, abiertas a cualquier especialidad; y las jinetas sin suerte, verdaderos caramelos que sólo se cazaban en la alta madrugada, a veces por precios muy razonables (aunque siempre en dólares), si venían desesperadas luego de haber perdido la noche en su incursión por los hoteles y sitios turísticos de la ciudad... Una vida agitada y lenta a la vez, con tiempo para vivir y tiempo para luchar, se desarrollaba en aquella especie de gueto por cuyas calles, periódicamente, pasaba una pareja de policías de a pie o un auto patrullero, como recordatorio de que las rejas estaban abiertas, pero que existían.

—Vamos a comer que estoy herido —propuso el Africano, y salieron nuevamente al ruido y al sol.

Atravesaron calles sucias, demasiado parecidas entre sí, hasta penetrar por el boquete de una desvencijada tapia de madera y zinc que apenas ocultaba las ruinas de lo que había sido una construcción de tres pisos, ya sin techo ni entresuelos, y de la que sólo había sobrevivido el esqueleto de columnas, entre las cuales pendían, sostenidos con horcones y alambres, pequeños techos de zinc y de lona destinados a proteger unos bultos informes y unas enormes cajas de cartón.

—Ahí viven los que no tienen casa. La mayoría son orientales recién llegados. Casi todos se dedican a manejar bicitaxis. Duermen encima de la bicicleta, cagan en cartuchos que después tiran en la basura, y se bañan cuando pueden —explicó el Africano.

—¿Y los dejan vivir ahí? —El Conde, ingenuo, trató de poner lógica al asunto.

—A cada rato les tumban los techos y los botan, pero a la semana vuelven. Ellos u otros... El problema es no morir de hambre...

Atravesaron las ruinas y el Africano empujó una puerta de madera y asomó la cabeza. Unos instantes después trasponía el dintel un mulato cargado de cadenas de oro.

—Éste es mi pana, Veneno —dijo Juan volviéndose hacia el Conde—. Y éste es mi socio, el Conde —le explicó a Veneno, quien miró críticamente al desconocido y sin pronunciar palabra se alejó unos pasos hacia el fondo de la edificación demolida. Conde no logró escuchar la conversación que sostuvieron los dos hombres, pero pudo ver cómo Juan sacaba del bolsillo el fajo de billetes que poco antes él mismo le entregara y lo depositaba en las manos de Veneno, quien lo aceptaba sin demasiado júbilo.

Sentados ya en la fonda al aire libre que regentaba Veneno, el Africano, dispuesto a cobrarle al Conde hasta el último centavo posible por el favor, pidió los platos más caros que se ofertaban en el restaurante clandestino: el enchilado de langosta y el bistec de res empanizado. Ya en las cervezas poscafé, Juan invitó a Veneno a compartir un rato con ellos y, de manera casual, mencionó a una prima de la madre del Conde que, según su amigo, vivía en el barrio.

—¿Elsa Contreras? —preguntó Veneno y bebió un trago de cerveza. Veneno era un mulato claro, casi blanco, empeñado en patentizar su prosperidad con la exhibición de varios miembros de su dentadura encasquillados en metal de dieciocho quilates, las tres cadenas con medallas (en convivencia con un par de collares de cuentas coloridas), los anillos empedrados, las dos manillas y un Rolex de la misma pureza áurea y que en conjunto debían de andar por los dos kilogramos de oro. Aquella carga metálica no podía ser fruto de las ganancias gastronómicas de una maltrecha fonda al aire libre y el Conde supuso que aquél era sólo el negocio ilícito más visible de Veneno, aunque se desentendió de sus suposiciones, encendió un cigarro y bebió de su cerveza.

—Esa pariente era un personaje. Allá en la casa no se hablaba mucho de ella, porque fue puta y bailaba encuera en el Shanghai...

—La tipa es más vieja que una momia, ¿no? —apuntó Veneno.

—Como ochenta debe de tener, digo, si no partió...

—La verdad, no me suena, pero si vas a estar unos días por el barrio, te averiguo.

—Perfecto. A ver si le hago la visita... —dijo el Conde y alzó una mano hacia el dependiente, con tres dedos erectos.

Esa noche, mientras se restregaba bajo la ducha, procurando arrancarse de la piel la suciedad, la infamia y la sordidez entre las que había gastado uno de los días más extraños de su vida, Mario Conde volvió a preguntarse cómo era posible que en el corazón de La Habana existiera aquel universo pervertido donde vivían personas nacidas en su mismo tiempo y en su misma ciudad, pero que a la vez le podían resultar tan desconocidas, casi irreales en su acelerada degradación. Las experiencias acumuladas en unas horas superaban sus previsiones más exageradas y ahora se preguntaba si le alcanzaría la respiración para continuar aquella búsqueda capaz de abocarlo a la náusea.

Después de comer y de beber varias cervezas en la fonda de Veneno, el Africano le había exigido un segundo adelanto de trescientos pesos, imprescindibles, según dijo, para continuar la investigación. El Conde, atrapado en su propia red, separó un par de billetes de veinte y le entregó a su guía espiritual y material los trescientos pesos que aún llevaba encima.

—Pero déjame decirte algo —lo miró a los ojos, blandiendo el dinero en una mano—. Aunque ya no sea policía, tengo muchos amigos policías. Y creo que no te conviene engañarme. Todavía puedo hacerte la vida un yogur, ¿está claro?

—Coño, Conde, yo soy incapaz...

—Procura ser incapaz —le advirtió y le entregó los billetes—. Acuérdate de que yo siempre te encuentro.

Alborozado por las cervezas bebidas y la suma recibida, Juan le pidió que lo esperara en una esquina y entró en un solar más tétrico que el del bar clandestino de Michael Jordan. Cinco minutos después, con una sonrisa de felicidad, el Africano regresó y propuso al Conde que lo acompañara a la azotea de su edificio, para mostrarle el barrio desde las alturas.

Entre dos tanques de agua sin tapa y unas tendederas tristes, llenas de ropas zurcidas, Conde se había asomado al alero y logró tener una vista privilegiada de un sector del barrio, en plena animación con la caída de la tarde. Calculó que frente a él, detrás de varias moles de concreto oscuro, un poco más allá de las torres renegridas de la termoeléctrica, estaba el mar, tan cercano y a la vez ajeno a aquel lugar. Perdido en sus estimaciones geográficas y filosóficas, había regresado a la realidad reclamado por el olor dulzón a hierba quemada, y al volverse encontró a Juan el Africano, recostado a uno de los tanques, tragando el humo de un raquítico cigarro de marihuana.

—Ahora yo voy a ver si de verdad tú no eres policía. Vaya, date un toque —lo había conminado Juan, alargándole el envoltorio de papel.

—Me importa un carajo lo que pienses. No voy a fumar.

—¿Y si te hago marañas me vas a echar atrás la policía?

—Ya la tienes atrás, desde que naciste. El que se jode si lo ven contigo soy yo...

—¿Tú nunca has fumado? —le había preguntado el Africano, al parecer feliz, mostrándole la breva, y hasta sonrió un poco más al ver cómo el Conde negaba con la cabeza—. Yo fumo desde los trece años. Y siempre que puedo fumo aquí, solito, para gozar bien el pito... Mira, ésta es mi huaca. Aquí escondo las cosas desde que era un chama —dijo y le mostró al Conde cómo guardaba otro par de cigarrillos, envueltos en una bolsita de nailon, que hizo bajar por un respiradero sanitario cuya boca salía justo al lado de uno de los tanques de agua.

—¿De quién te estabas escondiendo? —quiso saber el Conde, dejándose caer contra el otro tanque.

El Africano dio una calada profunda al cigarrillo.

—Debo cinco mil pesos. Es que yo soy un salao, ¿sabes? La mala suerte me persigue. Me metí en un negocio, cogí un adelanto y me embarqué...

—¿Cinco mil pesos de adelanto? —pensó el Conde—. Eso era para drogas o para matar a alguien... ¿No?

—No quieras saber tanto —y volvió a fumar, casi quemándose los dedos.

—¿El negocio era con Veneno?

Juan sonrió y movió la cabeza.

—No, Veneno era el intermediario. El negocio era con otros tipos. No son del barrio. Tipos duros de verdad, que no se embarran las manos por cuatro pesos. Manejan una cantidad de plata que te cagas.

—¿Tú los conoces?

—Negativo. No se dejan ver así como así. Son gente, mira, con cacumen —y se tocó la sien, en señal de inteligencia—. Son unos blancos que están bien, pero bien parados y nada más hacen negocios gordos.

—Eso suena a mafia, ¿no?

—¿Y qué tú te crees? —Juan dio la última fumada y soltó la colilla mínima.

—¿Tenías que matar a alguien, Juan? —preguntó otra vez el Conde, con temor a oír una respuesta afirmativa.

—Ya te dije que no fueras tan preguntón. Se acabó el interrogatorio... Déjame vacilar un rato la nota, anda.

Conde se incorporó y buscó el mejor ángulo para ver la calle Esperanza. Descubrió, en una azotea vecina, una caseta quizás construida para la cría de palomas, tras la cual unos muchachos de unos quince años se turnaban con vehemencia unos prismáticos, sin dejar de masturbarse, viendo alguna escena que al Conde también le hubiera gustado contemplar.

Cuando ya oscurecía, el Africano, jubiloso y desinhibido, le había propuesto dar una vuelta, a ver qué se pegaba, y el Conde, sin imaginar a lo que se lanzaba, aceptó la invitación. Subieron por Esperanza, hacia los confines del barrio, y en uno de los callejones transversales, cuyo nombre estaba oculto por toneladas de churre histórico, su compañero le sugirió esperar un rato, según él para

estudiar el ambiente. Varias personas habían saludado al Africano y dos se detuvieron a conversar un rato, y se fueron al parecer convencidos de que el Conde era un experto matarife de ganado, primo de la guajira exmujer del Africano, y amigo, incluso, de Veneno y Michael Jordan. Poco después de las ocho, el Africano compró una caja de cigarros a un vendedor callejero y le brindó uno al Conde.

—De estos tú si fumas, ¿verdad? Y para que veas cómo yo comparto mi plata —había dicho, sonriente, para agregar—: te invito a templarnos unas putas.

Conde, sorprendido por la proposición, no había sabido qué responder. A lo largo de su existencia, íntegramente gastada entre las cuatro paredes de la isla, había participado de las más diversas aventuras físicas y morales, algunas dentro, otras fuera de la policía, a veces ebrio y en ocasiones en la más espantosa sobriedad. Pero hasta ese momento nunca lo habían invitado a tener sexo pagado y lo había sorprendido sentir cómo una malévola incertidumbre le recorría el cuerpo y había llegado a pensar si después de todo no le gustaría probar una vez en su vida.

—Si de verdad quieres meterte en el ambiente y que nadie sospeche, tienes que seguir palante, hasta el fondo —había dicho Juan, cuando daba el primer paso.

—No, deja eso —consiguió protestar débilmente.

—Oiga —lo conminó el Africano—, que no se diga... Te veo un poco delicadito. No te fumas un taladro y tampoco te jama una jeva... ¿Tú no serás maricón, eh, chico?

A medianía de cuadra estaba el tumbadero, según lo calificó el exconfidente. Un viejo matrimonio, dueño de una casa de tres habitaciones, las alquilaba por horas a las parejas sin lugar donde hacer el amor y a las putas del barrio que llevaban allí a sus clientes. La estrategia para conseguir un punto, según el Africano, era pararse en las inmediaciones del tumbadero y esperar a que lo divisaran las renacidas mujeres del oficio. El Conde, asediado por un temblor frío en el estómago, se había recostado a la pared,

expectante, virgen de aquella experiencia. Encendió un cigarro con la colilla del anterior y miró a uno y otro lado de la calle, por la que deambulaban varias personas. Diez minutos después habían aparecido las dos mujeres. Una era mulata, teñida de rubio, y la otra blanca, muy delgada, con el pelo rojo brillante, y el Conde calculó, con cierta dificultad, que ambas andarían por los veinte años, aunque por momentos parecían mayores y otras veces casi unas adolescentes. El Africano, de inmediato, había escogido a la blanca, y mostrándole su sonrisa amarilla y careada, le preguntó, por pura rutina, cuánto le cobraba por un servicio completo.

—Cien pesos —había dicho ella, y Juan puso cara de cliente asombrado—. ¿Te parece caro? Mira, negrón, son veinte por una paja, cuarenta por una mamada, sesenta y me la metes sin besarme, ochenta con beso y por cien tienes derecho a cogerme el culo... Y todo eso sin contar que eres un negro mono y te vas a templar a una blanca con el bollo rosadito...

—¿Puedo tocarlo a ver cómo está ese chochito?

—Cinco pesos —le advirtió la muchacha, deteniendo con maestría el avance de la mano simiesca del hombre.

El Conde había llegado a sentir los primeros síntomas de la asfixia mientras escuchaba los términos del acuerdo entre el Africano y la todoterreno y se descubrió al borde del desmayo cuando la mulata, mostrando una sonrisa que dejaba ver dos muelas de oro en la comisura de su enorme boca, le había susurrado:

—¿Y tú, pipo? ¿No quieres una limpieza general?

Conde había hecho su mejor esfuerzo para sonreír, convencido de que sería incapaz de acostarse con aquella mujer, incluso de besarla, y miró al Africano, que disfrutaba con la situación. Entonces había comprendido que toda su liberalidad moral era apenas un juego infantil en aquel mundo alucinante, donde el sexo adquiría otros valores y usos, y se convertía en un medio de vida, una vía de desfogue de las miserias y tensiones.

—No se discute más —dijo Juan—. Vamos pa dentro.

Conde había sentido cómo aquella situación, tan trivial para el Africano y las muchachas, lo obligaba a tomar una de las decisiones más agónicas de su vida: o salía corriendo, buscando una salida del barrio y una salvación para su desvencijada ética, o seguía los impulsos de su enfermiza curiosidad y participaba hasta donde su estómago se lo permitiera de aquel acto puramente comercial. Negado a pensar más, casi dispuesto a lanzarse al foso de la degradación, había avanzado hacia la sala de la casa, donde Juan, ya acariciando las nalgas pequeñas pero compactas de la muchacha blanca, cerraba tratos con un anciano de aspecto respetable y abonaba el precio acordado, sin prestar demasiada atención a las condiciones del alquiler: nada de drogas, de golpes, ni gritos; el ron y la cerveza las vendía la casa; se pagaban por adelantado; la tarifa corría por horas...

Sin mirar a los dueños de la casa, otra vez concentrados en la pantalla del televisor, como si en las informaciones del noticiero les fuera la vida, el Conde, en una especie de hipnosis, había atravesado el corredor y entrado detrás de la mulata en la primera de las habitaciones, y sólo tuvo un salvador sobresalto de vigilia cuando vio que el Africano y su muchacha entraban tras él.

—¿Pero qué...?

—Tenían uno solo libre —había dicho el Africano que, luego de darse un primer trago de ron directamente de la botella, comenzó a besar desaforadamente a su compañera.

Por el resto de su vida y por más que lo intentara, Mario Conde sería incapaz de recordar cómo era la habitación ni qué había en ella, además de la cama y el lavamanos empotrado en la pared. Sin embargo, nunca podría olvidar el gesto preciso con el que su mulata de alquiler, una vez dentro, dejó caer sobre la cama un paquete de condones, para de inmediato alzar su brevísima blusa y colocarlo ante la evidencia de dos senos de corola negra, que le apuntaron al pecho como a un condenado a morir por fusilamiento.

La muchacha, experta en sus artes, había advertido la cara de miedo que debía de tener el Conde y moviendo lascivamente la

lengua se le acercó hasta envolverlo en su aliento dulzón:

—¿No te gustan mis téticas, pipo? ¿No vas a chupármelas un poco para ponerme rica?

Conde supo en ese instante que había llegado al límite de su curiosidad y que si avanzaba un paso más no le alcanzaría la vida para arrepentirse. Por eso tomó al vuelo la única salida digna que encontró a su alcance.

—Yo no voy en ésa. Con ellos aquí yo no sigo —y se volvió para señalar al Africano y a la muchacha blanca, y los encontró ya completamente desnudos, sin la menor inhibición por la presencia de los otros, quemando etapas a una velocidad prodigiosa. Y sin querer verlo, lo vio: el rabo endurecido de Juan el Africano era como una morcilla descomunal, surcada de venas, coronada por una cabeza morada, ya babeante, bajo la cual colgaban dos cojones taurinos donde se enroscaban unos vellos negros. Por su mente otra vez racional pasó veloz la preocupación espacial de si la muchacha, casi sin senos y con las costillas a flor de piel, sería capaz de albergar en sus entrañas ese trozo de carne firme que, con real satisfacción, había empezado a lamer por el lomo y por el vientre, cuando no la tenía completamente metida en la boca. Una sensación de vacío se le instaló entre las piernas y supo, definitivamente, que su suerte estaba echada.

—Pero ¿qué te pasa, mi chino? —Se había alarmado la mulata, temerosa de perder los dineros colocados al alcance de su sexo.

—Que no voy en ésa —había repetido el Conde, aferrado a las palabras de su salvación.

Conde permaneció con la cabeza debajo de la ducha fría, tratando de limpiar su cerebro de aquella visión taladran te: la pinga como un garrote del Africano, las costillas de la muchacha blanca, los pezones de la mulata y su lengua de reptil, aquella voz falsamente apasionada y, sobre todo, el acto de verse a sí mismo abrir la puerta y dar un paso atrás, el primero de su estrepitosa retirada hacia unas calles sucias en las cuales, al fin, había recuperado la extraviada capacidad de respirar.

Cubriéndose con la toalla, sacudido por la evidencia de que le resultaba molesta su propia desnudez, el Conde salió del baño. Sin conciencia plena de por qué lo hacía, buscó el tocadiscos en un rincón de la sala. Lo colocó sobre la mesa del televisor inútil, acomodó en el plato el disco de Violeta del Río y lo puso a girar, accionando el brazo mecánico. Cuidadosamente depositó la aguja en el primer surco y se alejó hasta el sofá, como si necesitara esa distancia. Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, envuelto en una sensación de vértigo, trató de concentrarse, de vaciar su mente de los lastres fétidos de la experiencia a la que se había dejado arrastrar y se empeñó en escuchar sólo la voz de Violeta del Río, suplicando, reclamando, ordenando: «Vete de mí», hasta sentir cómo la melodía alteraba su piel, sus cabellos, sus uñas, y consiguió percibir que rescataba la urgencia de conocer el verdadero destino de aquella mujer, cuyo fantasma parecía haber vuelto para deshacer un silencio fabricado, demasiado tiempo en equilibrio precario. Como un poseído, Conde comprendió que el espíritu latente de una mujer reducida a su voz, sólo a una voz, estaba haciéndose sangre de su sangre, carne de su carne, convirtiéndolo, sin que él pudiera evitarlo, en una prolongación viviente de la difunta, como si Violeta del Río palpitara aún en los latidos que le golpeaban las sienes y en la inesperada convicción de que aquella voz lo estaba llamando para revelar más de una verdad.

—Pero ¿cómo es posible, coño? No puede ser —se dijo y corrió hacia el viejo escaparate del cuarto donde guardaba los desechos y recuerdos de sus vidas anteriores. En el tránsito perdió la toalla y, completamente desnudo, abrió de par en par el mueble. De rodillas, extrajo el cajón de madera que ocupaba la parte inferior izquierda del escaparate, provocando un alud de bultos que empujó de cualquier modo.

Dentro de la caja estaban los objetos de su padre que él había decidido conservar pero que nunca, desde la ya lejana muerte de su progenitor, había vuelto a mirar. Un viejo guante de beisbol de

modelo prehistórico, dos álbumes de fotografías, un sobre con diplomas por méritos laborales, un par de zapatos blancos y negros de puntera afilada, una libreta de teléfonos carcomida, dos cajas de oxidadas cuchillas Gillete, la gorra de conductor de ómnibus con su chapa de identificación, fueron saliendo del baúl hasta que Conde vio lo que su memoria al fin le había remitido desde el recodo de sus más turbios recuerdos. El sobre original aparecía desvaído por la humedad y los años, pero resultaba inconfundible: metió la mano y extrajo el pequeño disco, iluminado con la circunferencia amarilla donde brillaba la gema de la casa grabadora. Conde acarició la placa plástica y descubrió que su superficie se había ondulado, convirtiéndola en un objeto inservible. Consiguió al fin recordar a su padre, sentado en la sala de esa misma casa, envuelto en una penumbra que su mirada de niño sentía misteriosa, dedicado a escuchar ese disco, deglutiendo, quizás, sensaciones similares a las que, más de cuarenta años después, aún podían alarmar a su hijo. La recuperación de aquella imagen de un hombre espantosamente solo que oye cantar a una mujer desde un aparato eléctrico le pareció que, de alguna manera, explicaba al fin su visceral empatía con una voz que había recibido por primera vez hacía tanto tiempo y que se había empozado en su mente, dormida mas no muerta. ¿Hasta qué punto su padre había amado a aquella mujer a la que escuchaba en la oscuridad? ¿Por qué había conservado para siempre aquel disco, tal vez ya inservible desde mucho antes? ¿Qué le había dicho a su hijo aquella noche perdida en el ayer? ¿Y por qué él, tan recordador, se había olvidado de aquel episodio peculiar que debía haberse mantenido a flote en sus recuerdos? Mario Conde acarició otra vez la superficie plástica, ondulada como un mar nocturno, y pensó que su padre había sido uno más de los hombres que habían sucumbido a la capacidad de seducción de Violeta del Río y que, como Silvano Quintero, seguramente lloró al conocer la noticia de su muerte y al comprender que de ella ya sólo quedaba el testimonio de su voz estampado en los surcos de aquel pequeño disco. ¿O su memoria y la imagen hasta entonces impoluta

de su propio padre le estaban tendiendo otra trampa, ocultándole verdades que podían ser terribles?

8 de enero

Querido mío:

Yo había decidido esperar varios días para volver a escribirte, dejando que se desvaneciera el espíritu navideño que pasó por mi lado sin mirarme, pero los acontecimientos de los últimos días me han alterado, pues han arrancado las pocas esperanzas que aún me quedaban. ¿Qué va a suceder ahora con nuestras vidas? ¿Será posible alguna vez tu regreso? ¿Qué pasará en este país? Aunque haya intentado cerrar los oídos a los ruidos de la calle, la decisión de romper relaciones que anunciaron los Estados Unidos ha venido a llenarme de nuevos temores, pues parecen haberse cerrado las puertas de los regresos, y el tuyo, que tanto soñaste, se vuelve prácticamente imposible.

Por eso estas cartas son, ahora más que nunca, mi único consuelo, y recibir una respuesta sería la mayor recompensa. No te imaginas cuánto daría por saber si en los días de Navidad y Año Nuevo te acordaste de mí siquiera un segundo. Daría mi vida por saber si recordaste que por años de amor y prosperidad estuvimos juntos (aunque a veces tan aparentemente distantes) mientras las campanadas del reloj se aproximaban al segundo final del año y tragábamos uvas, como mandaba la tradición. ¿Podré saber alguna vez si para ti ha sido mejor este fin de un año de dispersiones y rencores que todos aquéllos en los cuales, aun en obligado silencio, compartíamos la esperanza de la felicidad?

Lo que no puedo entender es cómo es posible que ni siquiera me hayas enviado una de esas postales con nieve o con la estrella de Belén brillando en la cartulina, con pensamientos ya impresos y un espacio reservado para un par de palabras personales. ¿Es que mi castigo será eterno? Así lo supongo, pues debo asumir con dolor que tu resentimiento es mucho más que un disgusto pasajero, una

sospecha de esas que se pueden desvanecer con otras ideas y pensamientos de alivio... Tu resentimiento es condena, y mi única salvación es convencerte de mi inocencia, con pruebas irrefutables. Por eso he decidido salir a buscar esas pruebas. Venceré el miedo terrible que hoy me produce andar por un mundo extraño, que ya no me pertenece ni entiendo y se torna cada día más radical y peligroso. Voy a vencer los ecos de las voces que me persiguen en las noches y a sacrificar la paz de mi soledad por buscar el bien mayor de tu perdón.

Hoy, cuando me decidía a escribirte y a empezar mi búsqueda, sentí cómo recuperaba una disposición de ánimo diferente, una energía que creía perdida, y he dedicado casi todo el día a limpiar tu biblioteca. En estos meses es la primera vez que vuelvo a entrar en este sitio sagrado de la memoria familiar, pues me resulta demasiado doloroso por lo mucho que me recuerda las épocas felices de nuestras vidas y de toda la familia. He vuelto a ver otra vez los libros que tu abuelo compró en su juventud, con ese apetito que no le hacía dudar jamás entre un libro o un par de zapatos; los acopiados por tu padre en sus días de trabajo en el bufete, en la universidad, en su época de empeños políticos; y sobre todo los que tú, poseído por esa pasión familiar, ibas comprando en cada rincón de la ciudad y fuiste acumulando como verdaderos tesoros, los libros que tanta envidia despertaban en quienes tuvieron el privilegio de poder contemplarlos. Vi tu colección particular de libros sobre leyes, ordenanzas aduaneras, tus revistas de comercio y, no te lo puedo negar, sentí cómo se me partía el corazón al saber que quizás nunca vuelvas a acariciar sus tapas de piel, sus hojas ásperas, a leer sus letras para ti tan llenas de sentido. Por eso, al terminar la limpieza le he recordado a tu hija que pase lo que pase, muera quien muera, todo cuanto existe en este recinto es absoluta y eternamente sagrado: de allí no puede salir una sola hoja, ni siquiera un ejemplar puede ser

cambiado de sitio, para que el día de tu regreso —porque a pesar de todo sé que volverás— puedas caminar con los ojos cerrados hasta el estante que decidas y sacar, como solías hacer, el libro buscado. He dispuesto que una vez al mes, por algunas horas y siempre en un día cálido y sin amenazas de lluvia, se abran las puertas de los estantes para que los libros respiren y se fortalezcan, como solías decir. Una vez cada seis meses, sólo con paño y plumero, se limpiarán los lomos y cortes superiores de los libros, sin moverlos de su sitio, para evitar el menor desorden en tu orden personal. Pero sobre todo he querido evitar con estas decisiones que si algo me ocurriera, cualquier mano, ni siquiera las de tus hijos, puedan entrar en los secretos más ocultos de tu vida y de la mía, que desde hoy estarán entre las páginas de estos libros, esperando por ti.

Querido mío: me despido por un tiempo. No volveré a escribirte hasta recibir noticias tuyas o hasta tener la verdad en mis manos. Y no me importa si esa verdad, como me han dicho las voces que me persiguen, será mi peor castigo. Porque no resisto que me desprecies y me culpes por un pecado no cometido. Pero nunca dudes que igual te seguirá queriendo, incluso más, y esperando tu regreso, con más ansias...

Tu Nena

23 de enero

Querido mío:

Hace unos días me juré no volver a escribirte, al menos hasta tener noticias tuyas o poder decirte lo que ambos debemos saber. Estaba tan dolida por tu silencio y ofuscada por mi propia situación y esas malditas voces que me hablan en la noche con la intención de enloquecerme, que olvidé esta fecha tan significativa: ¡felicidades, mi amor!

En cuanto recordé tu día de cumpleaños decidí que, aun sin ti, debía celebrarlo. Es triste, porque sería como una fiesta sin anfitrión, pero de la cual yo tendría el privilegio de ser la principal invitada, la única en realidad, pues tus hijos andan cada vez más ocupados y distantes, envueltos en la vorágine de cambios que se suceden día a día. Entonces cometí un error, otro error. Empujada por el júbilo que sentía en esos momentos, me fui a la biblioteca y busqué, ¿recuerdas?, aquel recetario que tanto te gustaba, de donde tantas veces escogiste los platos que me proponías para las comidas en casa. Recordé, leyéndolo al vuelo, tu afición por la lengua de res al jerez, el bacalao al pil pil según la receta vasca de Juanito Saizarbitoria, esos camarones a la criolla que tan bien se me daban, o el pavo relleno a lo Rosa María que en los últimos años escogiste como plato central para las cenas de Nochebuena (prescindiendo, por supuesto, de esas mermeladas de frutas que te parecían una aberración yanqui...). Cuál no sería mi sorpresa al pasar algunas páginas del libro en busca de la receta de tu plato preferido (el riñón al vino tinto) y encontrarme allí una foto de la difunta, con la noticia de que por ti había dejado de cantar. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí? No, no puedes. ¿Puedes imaginar cuánto la odié, cuánto me alegré de su muerte? Sí, seguro puedes, pues por tu silencio sé que cada día más piensas que fui yo quien provocó esa muerte, aun cuando sabes bien que sería incapaz de hacer algo así.

En ese instante terminó la fiesta. Mi celebración solitaria se deshizo y me reforcé en la convicción de que mi vida sólo volverá a tener sentido si consigo hallar la verdad que tú exiges para exonerarme de esas acusaciones infundadas. Y encontraré esa verdad, porque te quiero siempre,

Tu Nena

El olor de la tierra recién regada, el perfume matinal de las flores, el cielo azul sin la mácula de una nube y el canto de un sinsonte desde el follaje de un aguacate cargado de frutos le parecieron al Conde componentes extraordinarios de la vida, regalos de la naturaleza sin los cuales no era posible vivir. ¿Y si uno se ve obligado a pasar por el mundo despojado de la posibilidad de disfrutar de esos simples prodigios?; ¿si uno despierta cada amanecer asediado por la fealdad y la sordidez más compactas, atrapado en un pantano que te arrastra hacia el robo, la violencia, el invento del día a día y los modos más diversos de la prostitución física y moral?; ¿el sinsonte trina igual para todos, la misma melodía, en los mismos tonos? Mario Conde se miró las manos, aparentemente limpias, y volvió a levantar los ojos hacia el patio, convencido de que, a pesar de las carencias y frustraciones sufridas por años, todavía podía considerarse un ser afortunado, pues ni él ni sus amores más cercanos se habían visto obligados a atravesar las fronteras últimas del envilecimiento para sobrevivir.

El aroma del café tocó su olfato y, adelantándose al trago delicioso, se llevó un cigarrillo a los labios, preparándose para ejecutar la fusión de aquellas dos sensaciones maravillosas y tan devaluadas por la propaganda médica. Pero los dolores y las dudas ancladas en su cerebro casi no le permitieron sonreír cuando el Palomo, bandeja en mano, le ofreció la taza de porcelana fileteada con hilos dorados.

—Dime, ¿cómo te fue? —le preguntó al joven después de beber la infusión y darle fuego al cigarrillo.

—Como siempre, empecé por Pancho Carmona. Por cierto, aproveché y le vendí quince libros, a mejor precio de lo que pensábamos. Ahorita te liquido lo tuyo —prometió el Palomo y le contó el resultado de sus investigaciones, que arrojaron un saldo negativo pero revelador: nadie en el negocio de los libros viejos conocía a ese negro alto, cojo del pie derecho y con tipo de

predicador cristiano, inoportunamente aparecido en la casa de los Ferrero.

—En ese hombre hay algo que no puede cambiar —pensó en voz alta el Conde—: es negro y alto. Pero una cojera se puede fingir y lo mismo hablar de una forma determinada.

—Te juro que no se me había ocurrido, men —tuvo que admitir Yoyi.

—Ya ves que no eres tan lámpara como piensas... Y lo otro que no se puede cambiar es saber o no saber de libros. Y si el hombre fue directo hacia seis libros en específico es porque conoce...

—Como el musicólogo cegato... ¿Sabes lo que me dijo Pancho? Pues el libro que cogió Rafael Giró, la primera edición del libro ese de Borges, pero dedicada a una tal Victoria Ocampo, la estaban vendiendo en veinte mil dólares en una librería de Boston... Así que el ejemplar que te cambió por ese disco de mierda vale una pasta... Ya ves, tú tampoco eres tan lámpara como piensas, men.

—Siempre he dicho que soy un comemierda, con diploma y varios posgrados. Y ayer saqué el máster. Hoy voy a buscar el doctorado.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó?

Con un nuevo cigarrillo en los labios y una segunda taza de café en las manos, Conde le hizo a su socio comercial un resumen de su paseo entre las tinieblas, cuidándose de no revelar huidas cuando menos sospechosas y la confirmación de los turbios amores que habían alterado a su padre.

—¿Y tú no sabías que ese barrio era así? —Sonrió el Palomo, luego de escucharlo—. Pues nada más arañaste la cáscara. Debajo hay más. Te lo juro.

—Me lo imagino... ¿Sabes qué? Tengo la impresión de que esta ciudad está cambiando demasiado rápido y que yo le he perdido el pulso. En cualquier momento tengo que salir a la calle con un cabrón mapa... Bueno, ahora voy a ir a la Central de Policía. Quiero averiguar si han adelantado algo. Nos vendría bien saber si las huellas del negro misterioso son de alguien que esté fichado y ya se

sabe quién es. Y voy a ver si me quieren ayudar a encontrar algo de Flor de Loto. Tengo que pensar cómo convengo a Manolo para que me dé esa información...

—¿Y qué hago yo? —quiso saber el Yoyi, acariciando la proa de su esternón.

—Yo te llamo y te digo si pude averiguar algo del negro. Si no, vuelves a hacer lo mismo que ayer, pero sabiendo que a lo mejor el negro alto no es cojo ni habla como un predicador.

—Pero, men, ¿otra vez? —protestó el joven.

—Esto es así, Yoyi.

—Sí, pero ya bastante jodidos estamos con no poder sacar más libros de la casa de los Ferrero para además perder dos días en esa averiguadera. *Time is money, remember*, y yo tengo que atender mis negocios.

—Pero *remember* también que tenemos un muerto atrás... Y tú lo sabes, a la policía no le gustan las gentes como tú, que hacen dinero sin que ellos puedan evitarlo. Colgarte ese muerto sería para ellos una delicia...

—Un muerto que yo no maté. ¡Está claro, men! Estoy limpio y encontrar al que lo despachó es problema de ellos, no mío. A ellos les pagan por eso y yo me gano la vida luchándola en la calle. Pero si a ti te dio por hacerte el detective y andar por ahí buscando a una vieja puta y a una cantante de boleros, eso es cosa tuya. Yo me borro de esa historia, te lo juro.

Conde observó otra vez el patio, las flores, trató de escuchar el canto del sinsonte y buscó entre aquellas pinceladas idílicas una alternativa irrefutable.

—¿No te das cuenta, Yoyi? Mientras más rápido encontremos al que mató a Dionisio Ferrero, más rápido podemos llevarnos los libros que quedan allí..., y te voy a proponer un trato. A ver: si ya se perdieron seis libros, a lo mejor valiosos, da lo mismo si salen otros cinco, seis, siete... Vamos a comprar los seis que tú quieras...

—¿Los que yo quiera? —El rostro de Yoyi cambió de expresión.

—Los que tú quieras —dijo el Conde.

—¿Puede ser el Libro de los ingenios o la Biblia de Gutenberg si aparece allí?

—Los que tú quieras —ratificó el Conde.

—Despreocúpate, yo voy a encontrar a ese negro. Mira, mira, te lo juro, men —y besó la cruz formada por sus dedos.

Elsa Contreras Villafaña, alias Flor de Loto, alias la Rubia, había dejado de ser interesante para la policía en el año 1965, cuando, revolucionariamente regenerada de la práctica de la putería, se había convertido en jefa de turno de un taller de costura, en El Cerro, y había declarado como domicilio la casa marcada con el número 195 de la calle Apodaca, en La Habana Vieja. Su ficha policial, recuperada por las nuevas autoridades creadas en 1959, tenía su primera anotación en 1948, cuando había sido fichada por ejercer la prostitución en zonas no autorizadas para tal empeño. Luego, hasta 1954, Elsa Contreras Villafaña, ya conocida como Flor de Loto entre los asiduos al teatro Shanghai, había sido detenida otras dos veces por escándalo público, una por agresión con arma blanca y otra por tenencia de drogas —marihuana—, y había cumplido una condena menor en la cárcel de mujeres de La Habana. Sin embargo, desde 1954 la mujer parecía haberse acogido al buen vivir, pues no se encontraban nuevos hechos delictivos en su biografía policiaca. Su reaparición se producía en 1962, cuando volvió a ser detenida por el ejercicio de la prostitución y el proxenetismo en un bar del puerto de Nuevitas, en Camagüey, a raíz de un escándalo provocado por la extraña agresión de un hombre, una especie de chulo local, quien le arrancó de una mordida parte de un seno a una de las prostitutas regentadas por ella. A raíz de aquel incidente, Elsa había sido confinada a un centro de reeducación, donde estuvo ocho meses, al final de los cuales empezó a trabajar como costurera en un taller donde llegaría a ocupar, un año más tarde, la jefatura de turno.

—Aquí hay algo raro —comentó el Conde, y el sargento Atilio Estévez, que por orden del capitán Palacios se había dedicado a controlar las pesquisas del Conde, lo miró intrigado. Para convencer a su excompañero, reacio a abrirle las puertas de los archivos policiales— ya tú no eres policía, había insistido Manolo; tú sabes que a los jefes no les gusta eso. —Conde había acudido a sus más refinadas artes de persuasión y a la evidencia de que saber algo sobre Elsa Contreras en ningún caso afectaría la investigación oficial de un homicidio. De mala gana, repitiendo que no le gustaba lo que hacía, Manolo había accedido, con la condición de que el sargento Estévez supervisara la indagación.

Los datos hallados le confirmaron a Mario Conde que el silencio policial iniciado en 1954 indicaban que por esa fecha Flor de Loto debió de dar el salto de categoría capaz de inmunizarla al acoso — al menos visible— al cual sólo eran sometidas las desgarnecidas fleteras deambulantes, explotadas por chulos y policías. Pero aquel ascenso, codiciado por los cientos de putas que pululaban por las calles de La Habana de los cincuenta, debió de haber necesitado un impulso especial, y más si —según Silvano Quintero— el negocio que poco después llevaría la mujer era de meretrices exclusivas y no un prostíbulo cualquiera de los barrios de Pajarito y Colón. Y aquel tipo de negocio, en la Cuba de esa época, solía tener un rostro visible, el de la famosa matrona conocida como Marina, regente de unas veinte casas de putas, y un dueño oculto en las tinieblas de su nueva respetabilidad: el judío Meyer Lansky.

Movido por una premonición, Conde le pidió al sargento la localización de la ficha de Alcides Montes de Oca, pero no se sorprendió demasiado al recibir una respuesta negativa: no aparecía nadie con ese nombre en los registros policiales comunes. Pensó si sería provechoso revisar el *dossier* Lansky, pero se convenció de la inutilidad del esfuerzo, pues el judío no figuraba en Cuba como dueño legal de muchos negocios, al frente de los cuales colocaba a sus acólitos cubanos o a tráfugas recién importados de los Estados Unidos, donde ya no eran bien vistos.

Por teléfono pidieron a la Oficina del Registro de Direcciones los nombres de los ocupantes de la casa de la calle Apodaca 195, y la respuesta fue contundente: la edificación se había venido abajo durante un temporal, en 1971, y sus ocupantes trasladados a un albergue transitorio. Pero entre los damnificados por el derrumbe no había nadie llamado Elsa Contreras Villafaña. Estévanez, picado por la curiosidad, llamó a la dirección de identificación de la Oficina Central del Carnet de Identidad y Registro de Población, y solicitó información sobre la mujer y le dieron como dirección permanente la de la calle Apodaca 195, apartamento 6, según el dato obtenido en 1972.

Conde sonrió, ante la mirada atónita del sargento Estévanez, incapaz de explicarse cómo era posible que Elsa Contreras hubiera logrado perpetrar aquel engaño tan burdo. ¿Dónde se había metido aquella mujer? ¿De qué manera había logrado burlar a la policía y a los Registros de Direcciones y de Consumidores, los cuales trabajaban en constante comunicación respecto a defunciones, traslados y cualquier movimiento físico de los once millones de cubanos residentes en la isla, fácilmente controlados por la cama donde dormían y la comida que recibían? Pero el Conde ubicó el misterio en su más inquietante dimensión: ¿por qué lo había hecho?

—Lo primero es averiguar si está muerta —dijo el Conde—. ¿Tienes algún policía disponible para revisar los registros de los cementerios?

—¿De todos los cementerios? —Se asustó el sargento.

—Al menos los de La Habana. Dos policías resuelven eso en un día.

—Deja ver qué puedo hacer —aceptó Estévanez—, pero sigo sin saber la relación de una cosa con la otra.

—Yo también, pero en alguna parte puede haber una conexión con alguien que se llamaba Catalina y se hacía llamar Violeta del Río, y ésa es la persona que de verdad me interesa... ¿Y qué averiguaron del negro misterioso? —quiso saber ahora el Conde y Estévanez negó con la cabeza.

—De eso no puedo hablar...

—Oye, que no es para tanto. Nada más quiero saber si ya tienen una identificación.

El sargento rezongó, pero sin demasiada intensidad.

—Las huellas que aparecieron en la biblioteca no están fichadas.

—¿Y qué dice la autopsia de Dionisio Ferrero?

—Lo mataron alrededor de la una de la madrugada. No hay otras señales de violencia, nada en las uñas, así que lo cogieron sorprendido y se lo llevaron de un solo golpe.

—¿Y los libros que faltaban en el último estante?

—Los sacaron el mismo día que mataron a Dionisio. Lo otro que sabemos es que Amalia no encuentra el cuchillo que Dionisio usaba para trabajar en el patio. Pensamos que esa puede ser el arma del crimen...

—Demasiados misterios juntos —susurró el Conde—. Esto es como una puesta en escena.

—Eso dice el capitán Palacios. Él piensa que todo eso lo preparó alguien que sabe muy bien cómo confundir a los investigadores.

Conde sonrió, imaginando lo que podía imaginar Manolo.

—Cuando veas a tu capitán, recuérdale de mi parte que lo más escondido siempre está visible. Y que no sea tan comemierda. Si me oculta cosas, seguro le va a costar más trabajo resolver este mierdero.

El Conde no se sorprendió cuando, cansado de aporrear la puerta, se convenció de que Juan el Africano se le había esfumado del cuartucho de la calle del Alambique con una ganancia neta de mil trescientos pesos y una socarrona sonrisa de satisfacción en sus dientes careados. Los riesgos implícitos en la circunstancia de que tarde o temprano se sabría quién era en verdad aquel supuesto primo de su exmujer, seguramente ratificaron al Africano que lo mejor era sacarle algún dinero al antiguo policía —dulce venganza

—, y aplacar con él a sus acreedores, para luego perderse del barrio o esconderse en lo más profundo de sus catacumbas.

Para sopesar sus alternativas, el Conde atravesó nuevamente los tablones temblorosos y procuró la claridad y el aire menos fétido de la azotea. La ausencia del Africano lo colocaba en una situación delicada, pues lo más probable era que, antes de volatilizarse, su viejo confidente hubiera aclarado en las instancias adecuadas que había actuado obligado por presión policial. De haber hecho algo así, ahora el Conde se hallaba completamente desguarnecido y en el indudable peligro físico que representaba haberse convertido en un cara pálida en pleno territorio apache, con todas las connotaciones que tal intrusión solía representar. Recostado en uno de los tanques de agua, el mismo contra el cual el Africano se había fumado la tarde anterior su cigarro de marihuana, el Conde concluyó que la lógica más racional le advertía que lo mejor era salir del barrio inmediatamente. Ni en el tiro de cerveza de Michael Jordan ni en la fonda clandestina de Veneno sería bien recibido y ahora le parecía evidente que el paseo por el barrio y las estadías en varias de sus esquinas podían haber sido parte de una estrategia del Africano para mostrarlo a todos los que debían registrarlo en sus archivos mentales, de un modo más sutil pero no menos eficiente que el fichaje policiaco al que le sometieron sus antiguos colegas. De ser cierta su especulación, por aquella vía se le había cerrado cualquier camino hacia el posible paradero de la volátil Flor de Loto y ahora mismo no existían en su horizonte modos factibles de abrir una brecha. Su pretendida investigación por cuenta propia parecía haber terminado con una burda estafa.

—Hay que ser comemierda...

Con un cigarrillo en los labios el Conde sonrió, burlándose de sí mismo y de su increíble ingenuidad, que incluía la invitación a cervezas y un almuerzo con langosta y carne de res. Alzó la vista hacia el cielo sin nubes y se sintió oprimido por la luz impávida del mediodía: se había quedado con las manos vacías, desprovisto de expectativas, lo que hacía más pesada la carga de misterios que lo

acosaban. Tosió, carraspeó y escupió hacia su derecha. Dio una fumada doble a la colilla del cigarro para dejarla caer en el respiradero sanitario abierto a su lado y sólo en ese momento recordó que aquél era el escondite del Africano. De rodillas, cuidando de no quemarse con la colilla aún brillante, metió el brazo dentro del tubo de hierro fundido y en un recodo sus dedos tocaron una superficie lisa, que su tacto reconoció como un pedazo de nailon. Haciendo pinzas con dos dedos extrajo un pequeño sobre transparente en cuyo interior había un cigarrillo mal liado y un fragmento de papel, donde una letra redonda e insegura, alérgica a los acentos y las comas, había escrito: «Ahora se llama Carmen y vive en el solar de Factoría 58. Suelta lo que me debes y estamos en paz. Ecobio tú no sabes lo que te perdiste yo le di a la mulata por los dos. Ten cuidado».

Casi conmovido por la lección de ética del Africano, que le hacía recuperar su fe en la raza humana, el Conde le acercó el encendedor al papel. La brecha se había abierto otra vez y una sensación de júbilo regresó a su cuerpo. Sin pensarlo apenas colocó dentro del envoltorio los setecientos pesos restantes como pago por la información obtenida. Cerró el sobre y, cuando lo iba a colocar en su escondrijo, pensó que no era casual la presencia en él del cigarrillo de marihuana: más bien parecía un obsequio o una invitación del Africano, empeñado en acortar distancias entre un expolicía y un expresidiario. Con la curiosidad removida, Conde extrajo el pitillo y devolvió el nailon a su sitio. Miró otra vez en derredor y comprobó su absoluta soledad. ¿Se atrevía? Recordó entonces la experiencia asfixiante de la noche anterior en el tumbadero, y se dijo que al parecer algo estaba derrumbándose en sus patrones más sólidos si había sido capaz de entrar en una habitación con una puta real y tarifada. Y ahora la invitación expedita a probar alguna vez los efectos de una marihuana seguía latiendo, como una tentación. ¿Qué coño me pasa? Pensó si lo mejor no sería llevarse el cigarrillo y decidir qué hacer con él en la intimidad de su casa, aunque lo disuadió el riesgo que implicaba

andar las calles del aquel barrio con droga encima, precisamente mientras era parte de una investigación por homicidio. Cuando iba a meter la mano en el respiradero para dejar en su sitio la marihuana, recordó su conversación con el Yoyi sobre su absoluta virginidad narcótica y, con mano todavía dudosa, se atrevió a llevar la llama del mechero a la punta del cigarrillo colocado en sus labios e inhaló, guardando en sus pulmones el humo dulce y leve de la mítica hoja del cáñamo índico. Fue en ese instante cuando una fuerza superior a sus deseos rebotó en su cerebro y, para no darle otras opciones, lo obligó a aplastar el pitillo contra las losas de la azotea, hasta convertirlo en parte de la arcilla calcinada que levantó la frotación exagerada de su zapato. Una sensación de alivio subió a su cuerpo y, sin darse tiempo para pensar, se puso de pie, decidido a atravesar el barrio en busca de las respuestas que sólo podía ofrecerle una prostituta regenerada, escondida de su pasado.

Cuando abandonó el edificio tardó casi un minuto en ubicar dónde le quedaba la calle Factoría, hasta concluir que debía de estar varias cuadras hacia su izquierda. Como en sus tiempos de policía, empezó a prepararse mentalmente para lo que podía ser una ardua entrevista. Avanzaba por la acera, con la mente en ebullición, sin apenas oír las músicas que se sucedían y transformaban de casa en casa, sin ojos para la actividad enloquecida del barrio.

Despojado de capacidad de reacción, Mario Conde sólo supo que algo sucedía cuando ya le habían propinado el empujón destinado a proyectarlo a través del portón abierto de un solar. Sus pies, atrapados por la violencia del tirón, se trenzaron como cuerdas inermes y, ejecutando un vuelo en picada que le pareció infinito, Conde logró tamizar a través de su retina los cables eléctricos colgantes junto a la escalera, las bolsas de nailon repletas de basura, la llanta retorcida de una bicicleta, y hasta pudo ver cómo el piso sucio, de cemento crudo, se acercaba inexorablemente a su rostro, al tiempo que su olfato recibía la insultante acidez de un olor

a orines secos, justo antes de sentir cómo le arrancaban la cabeza y le apagaban la luz.

Tenía fuego en la garganta, como si hubiera tragado un puñado de arena hirviente. Se moría por un poco de agua: su reino, hasta su culo daba por un buche de agua... Un instinto recóndito lo hizo llevar la mano al bolsillo y hurgar en la tela, hasta que sus dedos palparon la superficie metálica del pequeño pote y pensó: un oasis, estoy salvado. Tratando de economizar movimientos para no alterar sus dolores, logró abrir el mínimo estuche y, con la yema del dedo, se untó la pomada china en la frente. Lo sorprendió constatar que su cabeza seguía en el sitio de siempre, quizás un poco descentrada, aunque le resultó obvio que aquel bulto alterado no era la misma cabeza que había tenido hasta esa tarde: le pareció como si le hubiera crecido, desbordando su estructura ósea y, en su ahora desmedido volumen, estuviera a punto de estallar. Con el filo de la uña se depositó un pellizco de pomada en la punta de la lengua y la ardentía del bálsamo asiático lo reconfortó y le hizo recordar, vaga pero inequívocamente, que en algún sitio y momento imprecisable pero cercano había tenido una conversación con un hombre pálido y lento, que había surgido de la más densa oscuridad, ataviado con una ridícula túnica color naranja que estuvo a punto de provocarle una carcajada. ¿Por qué le parecían tan reales las imágenes de aquel delirio? ¿O sería la memoria de una vivencia real? Recordó que el hombre, tal vez demasiado alto para ser auténtico, se le había aproximado, desplegando alrededor de su silueta un denso halo luminoso —¿será el mismísimo Dios?, había pensado en aquel momento—, y de inmediato, sin presentarse siquiera, había empezado a hablarle, con una voz gutural y pausada, de las nobles verdades y del sufrimiento. Aunque no pudo determinar de dónde lo conocía, al verlo de cerca y oírlo disertar sobre aquellos temas, se había convencido de que ya sabía quién era, segurísimo, lo llegó a sentir incluso familiar y se esforzó por seguirlo en su charla sobre el

dolor como elemento intrínseco a la existencia humana, desde el nacimiento hasta la muerte, según había dicho el hombre alto, luminoso y naranja, el dolor que nos acompaña aun más allá de la muerte, pues la vida es apenas un ciclo que se reanuda en cada reencarnación. ¿Reencarnación? ¿Entonces estoy muerto?, había preguntado el Conde, creyendo que tal condición explicaba mejor la presencia del iluminado —a este cabrón yo lo conozco—, pero el hombre había negado con la cabeza, mientras le advertía: Lo equivocas todo, siempre te equivocas, te equivocas demasiado... Y eres testarudo: quieres encontrarle una explicación a cada cosa, ése es tu problema, y no eres capaz de entender que la naturaleza no puede ser comprendida por ningún sistema de definición único o invariable, dijo y abrió una prolongada pausa. El mundo, Conde, es tal como es, independientemente de cualquier pensamiento específico que uno tenga sobre él. Y tú estás lleno de pensamientos terriblemente específicos, hasta quieres cambiar el mundo con esos pensamientos, y olvidas que eres tú mismo lo único que tu mente puede cambiar. Libérate de prejuicios y medita, medita... ¿Y de dónde te conozco, de dónde me conoces tú a mí para hablarme de mis pensamientos y prejuicios?, recordó el Conde que había preguntado, pues sentía cómo aquellas palabras le empezaban a sonar cada vez más conocidas al ser dichas de viva voz por aquel espectro que parecía estar a medio camino entre este y otro mundo. El sufrimiento es el resultado del deseo de poseer. La mente y los sentimientos frustran su funcionamiento cuando se apegan a los prejuicios de la experiencia. No le des más vueltas: medita y asciende, medita y libérate. Al final vas a comprender que nada es casual: todo lo que ha ocurrido estaba deseando ocurrir... Las palabras cobraron todo su sentido en la mente del Conde y le produjeron un estremecimiento cerebral: «aquello estaba deseando ocurrir». No, no puede ser, le había dicho al iluminado, ¿de verdad eres tú? No lo puedo creer... ¿Ves lo que te decía? —le había reprochado su pálido interlocutor—: Sólo te atreves a creer en lo que piensas que debes creer, y no abres tu mente... ¿Pero no me

digas que eres tú?, había insistido el Conde, abrazado por el júbilo, sin escuchar los reproches de su interlocutor: aquello, claro, estaba deseando ocurrir, y durante muchos años de su vida el Conde lo había deseado, aun cuando sabía imposible que aquello ocurriera: el hombre lento y pálido era uno de sus dioses inamovibles, eso mismo, un ser iluminado, casi un *mukta*, el que conoce a Dios —o al menos alguien que se le había acercado muchísimo, por vía de la perfección—, y tenerlo allí, a su lado, oírlo, era un inconmensurable privilegio. Siempre había querido tanto hablar contigo, logró decirle, con voz tomada por la emoción, pero no para hablar de la muerte y el sufrimiento, ni siquiera de la reencarnación, que, la verdad, me importa un carajo, con una vida de mierda ya tengo bastante, así que no aspiro a otra. Yo quería hablar contigo de algo más difícil, o más intangible, como tú dices... Dime, por favor, ¿cómo se hace para escribir historias realmente escuálidas y conmovedoras? ¿Cuál es el secreto? ¿Por qué Seymour se suicida la noche de su luna de miel? ¿Y Buddy, qué ha sido de la vida de Buddy Glass desde que se mudó a esa cabaña fuera de Nueva York? Y Esmé, ¿alguna vez llegó a ser feliz? ¿Recibió la historia que le escribió el soldado? Pero dime, dime también, ¿es verdad que no has dejado de escribir en todos estos años?... El hombre iluminado, agredido por el alud de preguntas, pareció sentirse incómodo dentro de su túnica anaranjada, hizo unas muecas ostensibles con la boca, y al fin movió la cabeza negando algo recóndito, aunque, sin poder evitarlo, había sonreído levemente, cuando el Conde atacó de nuevo: No puedo creer que sea verdad que no hayas vuelto a escribir. ¿Sabes que eso es un crimen? Está bien que medites, que te ilumines —te ves muy bien con esa luz que te sale de dentro, de verdad—, que te alejes del mundo, coño, viejo, pero no podías dejar de escribir, no podías. No te acepto que por meditar hayas dejado de escribir, precisamente tú. Es más que un crimen, este... ¿Cómo te llamo? Dime J. D., había concedido el interrogado. Anjá, J. D., J. D., repitió el Conde, satisfecho por haber acumulado las lecturas y meditaciones necesarias para merecer aquella confianza de poder

llamarlo J. D., y siguió: Sí, es un crimen, J. D., porque te quedaron muchas cosas por escribir y a nosotros por leer. ¿Cómo lo sabes?, se había interesado en ese punto el iluminado, y Conde sintió cómo en ese momento empezaba a recuperar varios de sus dolores latentes, al tiempo que la luz proveniente de J. D. se iba diluyendo en la oscuridad y su palidez se acentuaba, su túnica se desvanecía. Pero Conde había logrado gritar: Lo sé porque cuando te leo me quedo con ganas de seguir leyéndote. Me mata leerte... ¿Sabes otra cosa? Sí, tú la sabes: lo que más me gusta, cuando me quedo completamente agotado después de leer un libro, es ese deseo de ser amigo del autor y poder llamarlo por teléfono en cualquier momento. A ti te hubiera llamado muchas veces. Así de simple, ¿ves?... J. D. asintió y en su rostro desvaído se reflejó el orgullo invencible de que alguien pudiera citar de memoria a alguno de sus personajes. Pero se sacudió el terrenal atisbo de vanidad y miró con lástima al preguntón: Nunca conozcas a un escritor si te gustó su libro, Chandler *dixit*. Y tenía razón: los escritores son una raza extraña. Mejor es leerlos que conocerlos, eso es seguro, y movió su túnica naranja antes de esfumarse en la noche habanera, pero el Conde había creído oír, o al menos creía recordar, la voz del iluminado, cada vez más etérea, que antes de su desvanecimiento total le decía: Debo dejar cosas para hacer en mis otras vidas... Además, ya hay demasiados libros escritos. Pero recuerda lo que nos enseñó el Buda: sólo hay un tiempo esencial para despertarse; y ese tiempo es ahora. Así que acaba de despertarte, cabrón... La oscuridad había regresado, como si obedeciera un mandato, y Conde, totalmente consciente, tuvo una dolorosa percepción de su cuerpo y de la sed que lo quemaba. Se apresuró a paladear un poco más de pomada china, pensando si ésa sería la fórmula mágica para hacer regresar a J. D., pero J. D. no volvió y se sintió desolado, más que adolorido, porque J. D. no había sido capaz de darle un simple número telefónico al cual llamarlo cuando volviera a leer, por centésima vez, alguna de sus historias, siempre escuálidas y conmovedoras.

Tendido en la hierba, asediado por los dolores que le remitía su maltratada anatomía, Mario Conde se descubrió incapaz de precisar qué tiempo había requerido para decidirse y finalmente atreverse a abrir los ojos, pues a pesar de su voluntad, sólo uno de sus párpados alzó el telón, apenas lo necesario para hacerle evidente que había caído la noche y estaba solo. Cerró el ojo útil y con la mano palpó el otro, para descubrir un promontorio húmedo y latente, elevado desde la ceja hasta la mejilla. ¿Me habrán sacado el ojo?, pensó, olvidándose por el momento de su charla con el iluminado, porque la sed y el dolor lo fulminaban, y sintió unos enormes deseos de llorar con el ojo sobreviviente. Imponiéndose a las punzadas que le llegaban de la espalda, de una rodilla, del abdomen, la cara, la nuca y, sobre todo, del interior de la cabeza, logró sentarse y, con las manos contra el suelo, soportar el embate del mareo, lamentablemente analcohólico. En medio de la oscuridad descubrió que estaba en un solar yermo y después de unos minutos entrevió, a unos doscientos metros, una calle mal alumbrada por la cual, de vez en cuando, pasaba algún automóvil. Pensó si gatear sería el mejor modo de llegar a la calle, pero tuvo miedo de cortarse las manos con los vidrios, seguramente numerosos entre las hierbas. Acopió energías para ponerse de rodillas y, sosteniendo la macerada cabeza entre sus manos, hizo el esfuerzo supremo y consiguió ponerse de pie, trastabillando como en una de sus mejores borracheras. Sólo en ese momento tuvo conciencia de que estaba descalzo y, cuando se tocó el pecho, comprobó que tampoco tenía camisa. ¿Y el ojo?, ¿de verdad le habrían sacado el ojo?

Doce caídas después, abrasado por la sed cada vez más ardiente que le ascendía por la garganta y con un nuevo dolor punzante en la planta del pie izquierdo, los desechos de Mario Conde lograron al fin llegar a la avenida, y supo que estaba en las inmediaciones de la silenciosa y oxidada termoeléctrica, que proyectaba sus tétricas sombras geométricas sobre el descampado. Pensó que su mejor alternativa sería cruzar la calle hacia la gasolinera para desde allí tratar de localizar a Yoyi o a Manolo. Pero

dudó de sus fuerzas. Antes de intentar aquel cruce riesgoso, debía recuperar un poco de sus energías y, sin pensarlo, se dejó caer de rodillas en la hierba, y no pudo evitar el derrumbe inmediato de su cuerpo hacia la acera. Quizás mientras caía ya hubiera perdido la conciencia, pues no sintió dolor cuando su cara encontró la superficie de concreto.

Lo devolvió al sufrimiento la mano que insistía en limpiarle la ceja y el pómulo inflamados. Las punzadas eran tan intensas que el Conde lanzó un manotazo.

—Tranquilo, Bobby, tranquilo —dijo una voz—. Te dieron para comer y para llevar... Déjame limpiarte un poco, ahora te van a hacer placas hasta de las orejas.

Conde comprendió que la voz no era la de su amigo iluminado y supuso que estaba en un sitio tan mundano y horrible como un hospital y preguntó:

—¿Me sacaron el ojo?

—No, está ahí. Todo jodido, pero en su lugar.

—¿Quién tú eres?

—El enfermero. El médico te puso un analgésico y ahora vamos a coserte.

—¿Con una aguja? —Se horrorizó el Conde.

—Sí, claro, pero como tienes tantos huecos vamos a usar la máquina de coser... Arriba, desmáyte otra vez, voy a empezar por la ceja...

—Espérate, espérate... Déjame llorar un poco primero...

—Dale, pero llora rápido.

—Oye, por cierto, ¿no has visto por ahí a un tipo muy grande vestido con una túnica naranja?

—Sí, estuvo por aquí, pero se fue para los carnavales. Vamos, desmáyte que allá voy.

Cinco minutos o cinco horas después el Conde movió los párpados y tuvo la sospecha de que ahora sí estaba definitivamente muerto, equivocadamente muerto, pues alguien había pasado por

alto todos sus pecados y él estaba subiendo al cielo, donde una voz angelical advertía:

—Ahí viene, ahí viene.

Cuando pudo despegar el ojo útil, vio, desde su posición horizontal, los rostros de Tamara, Candito, el Conejo y Yoyi, pero su cerebro embotado fue capaz de discernir que la voz escuchada no pertenecía a ninguno de aquellos arcángeles. Entonces dejó caer la cabeza hacia el lado y, a la altura de su cara, encontró la del flaco Carlos, inclinado en la silla de ruedas.

—De pinga, hermano, te molieron con ganas.

—No jodas, Flaco, si ni siquiera me dejaron tuerto.

Mario Conde rehusó hacer una denuncia formal. Le pareció ridículo, definitivamente blando, ponerse a contarle a un policía que unos tipos malos, a los que ni siquiera había visto, le habían dado un saco de patadas por andar metido donde nadie lo había llamado. Además, ¿a quién, sino a sí mismo y a su ingenuidad y a su estupidez, podía acusar por aquella golpiza? Los nombres inverosímiles de Veneno y Michael Jordan eran los únicos que se le ocurría barajar como posibles gestores de la agresión, pero la falta de pruebas y la seguridad de que ambos se habrían protegido con buenas coartadas le advertían de lo inútil del intento. Para colmos, en lo profundo de su aporreado ser ahora percibía cierta gratitud: después de todo, sólo le habían dicho que no era bien venido en el barrio y lo habían despedido de la forma habitual en aquellos lares.

El médico insistió en retenerlo un día en el hospital, bajo observación, pero al saber que no tenía fracturas, sino hematomas, inflamaciones y un par de heridas ya suturadas en la ceja izquierda y tras la oreja derecha, Conde rogó que lo liberaran, bajo juramento—convenientemente falseado por los dedos montados— de someterse al trance de inyectarse los antibióticos indicados. Luego, sacando provecho de su situación, fingió que oponía resistencia a la propuesta de Tamara de alojarlo por unos días en su casa, para qué ella iba a molestarse, dijo, si no es grave, pero a la primera insistencia de la mujer puso cara de obediente resignación y accedió.

Cuando al fin pudo verse en el espejo, Conde se encontró frente a un aprendiz de monstruo que le resultaba levemente conocido. Aunque la hinchazón de la ceja y el pómulo habían cedido gracias a los antiinflamatorios y las bolsas de hielo y ya podía entreabrir el párpado, el globo del ojo estaba totalmente enrojecido y su visión pasaba por una película opaca, empeñada en alterar su perspectiva del mundo, pintándolo de rosa.

Luego de tragar un par de pastillas, de soportar en la nalga la intrusión punzante de la inyección y de empezar a reconciliarse con el mundo al beber el café recién hecho por Tamara, Conde se

deslizó en la bañera de agua tibia y permaneció recostado hasta que el agua se refrescó. Aquella paz, aquella pulcritud, la sensación de seguridad y de saberse en el centro de atención de la mujer a la que más tiempo y con más insistencia había amado, le provocaron un bienestar reparador, y pensó si toda su vida no debería transcurrir de ese modo. Pero siempre había un escollo empeñado en desviar el camino hacia esa paz tan añorada, como si su destino fuera vivir entre el borde y el vórtice mismo de la incertidumbre.

Dispuestos a aprovechar la situación, sus amigos habían convertido su convalecencia en una fiesta, y a las diez de la mañana desembarcaron en la casa de Tamara. Candito y el Conejo se habían turnado para mover por unas quince cuerdas el sillón de ruedas del Flaco, y cuando Yoyi se les incorporó los recriminó por no haberlo llamado, pues él los habría traído a todos en su Chevrolet, escuchando en el camino aquella selección de éxitos de Credence Clearwater Revival, obsequio cumpleaños del Conde.

Refugiados bajo el follaje del flamboyán todavía florecido, rey del patio de la casa de Tamara, bebiendo sólo limonada fría por solidaridad militante con el macerado amigo, Conde les contó las razones posibles por las cuales había sido despedido de manera tan contundente del viejo barrio de Atarés y, ocultando la tentación narcótica y su encuentro con el pálido J. D., les ratificó su decisión de regresar al día siguiente, en busca de aquella mujer esquiva cuya dirección ya conocía.

—¿Y tú crees que te dieron para que no hablaras con ella? —preguntó Candito, quien, a pesar de sus más de diez años de aséptica vida cristiana, conservaba la sabiduría callejera de sus tiempos de guerrillero urbano dedicado a los más disímiles negocios.

—No, no creo —meditó el Conde—. Ellos no deben de saber que el Africano me dejó la pista. Me sacaron del barrio para que no fuera a joderles los negocios. Allí se cocinan cosas muy gordas y hay unos tipos de fuera que manejan mucha plata. Seguro pensaron que soy policía.

—¿Tú crees que se atrevan con la policía? —Dudó Carlos.

—Allá abajo, men —intervino el Yoyi e indicó con un dedo las profundidades del subsuelo—, ya no creen en nada ni en nadie. Y esos tipos que no son del barrio funcionan como la mafia... Pero no, no te dieron por ser policía, eso siempre es peligroso. Te dieron por metiche.

—El problema es que me hace falta hablar pronto con esa mujer. El mundo es tal como es, independientemente de cualquier pensamiento específico que se tenga sobre él. Según lo que esa mujer me diga, voy a saber si estoy buscando por el camino equivocado o no. He meditado mucho y siento que me puedo iluminar.

—¿Tienes fiebre? —preguntó Carlos, alarmado por aquel modo de hablar del Conde.

—¿Y por qué ella te va a contar algo que a lo mejor no quiere contar? —La lógica despiadada del Conejo bajó los deseos del Conde al nivel de la realidad.

—Porque si es verdad lo que yo creo —dijo el Conde—, flor de Loto ha vivido más de cuarenta años con miedo. Y eso es demasiado tiempo para cualquier cosa, ¿no?

—Sí, es verdad. Pero si hasta se cambió el nombre... —El Conejo sostuvo su duda.

—¿Y cuándo tú dices que vas a ir? —El flaco Carlos se acomodó en su sillón de ruedas.

—Mañana —dijo el Conde.

—¡Pero tú estás loco! —protestó Carlos.

—Mañana —ratificó Conde y la fuerza de la afirmación le despertó dolores aturcidos.

—Yo voy contigo —dijo Candito—, y eso no se discute.

—Yo también voy, qué carajo —soltó el Conejo.

—¿Cuántas pistolas alquilo? —preguntó Yoyi, entusiasmado—. Últimamente han bajado de precio...

—No, tenemos que ir limpios —dijo el Conde.

—Pero un par de cabillas no vienen mal —concluyó Candito y agregó—: Que Jesús mi Señor y Salvador me perdone.

El Chevrolet Bel Air quedó bajo la observación tarifada de un vigilante, frente al Parque de la Fraternidad, y el Conde, aún con una leve cojera, un ojo enrojecido y la herida de la ceja cubierta con una tira de esparadrapo, condujo su tropa hacia la Calzada de Monte, en busca del barrio de Atarés. Candito y el Palomo, ataviados con camisas anchas, ocultaban en su cintura las barras de acero que utilizarían para su defensa si fuera necesario, mientras el Conejo, con la voz por momentos temblorosa, insistía en contar la historia de aquel barrio, eternamente marginal y famoso por la furia de sus habitantes, donde siempre había sido peligroso adentrarse con el pie equivocado.

Cuando estuvieron ante el dintel del solar de la calle Factoría, número 58, Conde le pidió a sus amigos que lo esperaran en la acera y evitaran cualquier problema. Lamentó que frente a ellos corriera, calle abajo, un río de lavas albañales, capaz de impregnar el ambiente con su fetidez. Hizo un esfuerzo para imponerse a su cojera y traspuso el umbral que daba acceso a un patio interior abierto como una pequeña plazoleta, donde dos mujeres se afanaban por blanquear la ropa en los lavaderos de cemento. Conde observó a su alrededor, buscando indicios peligrosos, pero supuso que a aquella hora de la mañana habría como una tregua necesaria luego de una noche de intenso trasiego. Tratando de armar una sonrisa, avanzó hacia los lavaderos donde las mujeres, detenida su faena ante la proximidad del intruso, se volvieron, dispuestas a enfrentarlo, aunque el Conde estimó que su aspecto podía despertar curiosidad, pero no una sensación de peligro. Las saludó, ampliando su sonrisa, y les preguntó en qué cuarto vivía una señora ya mayor, llamada Carmen. Las mujeres se miraron con un recelo instintivo.

—Aquí no vive ninguna Carmen —respondió la mayor de ellas, una negra con brazos como jamones blandos.

—Aquí sí vive Carmen —insistió el Conde y se le iluminó el cerebro—. Mi amigo Veneno me consiguió la dirección.

Las mujeres volvieron a consultarse visualmente, pero permanecieron en silencio, y el Conde agregó:

—Yo no soy policía y nada más quiero hablar con ella sobre una pariente mía que se nos perdió hace mucho tiempo.

—Allá atrás, en el último —dijo la negra más gruesa, haciendo patente cuánto le desagradaba el simple hecho de dar información a un desconocido.

Conde le hizo un gesto de agradecimiento y caminó hacia el fondo del arruinado edificio, sorteando unas muletas de madera todavía capaces de sostener, más por milagro que por eficiencia física, el corredor de la segunda planta, y se asomó a la puerta abierta del último cuarto. Era una habitación de unos cuatro por seis metros, totalmente atestada de objetos opacos y arruinados, entre los que destacaban una camita estrecha, un refrigerador de los años cincuenta, despintado, con sobresaltos asmáticos, y un altar con varias imágenes de yeso, además de un sillón de madera sobre el cual dormitaba una anciana, delgada, de piel cuarteada, y casi calva.

Con delicadeza tocó en la puerta y la anciana abrió los ojos, levantó la vista, aunque se mantuvo inmóvil.

—¿Carmen? —preguntó, inclinándose hacia ella, pero sin atravesar la puerta.

—¿Quién tú eres?

Conde se sorprendió con la pregunta, pues no tenía una respuesta convincente para ella: ¿un vendedor de libros que encontró una foto y oyó un disco...?

—Es un poco largo de explicar. ¿Puedo pasar?

La anciana lo registró con la vista y finalmente asintió con la cabeza. Cuando entró, ella le indicó con la barbilla un pequeño banco de madera. Conde advirtió que Carmen economizaba sus movimientos y, por la postura difícil de su brazo izquierdo, anclado sobre el regazo, dedujo que había sido víctima de algún tipo de

parálisis. Con dolor, el hombre comprobó hasta qué punto la vida y el tiempo podían coordinar sus crueldades para devastar a un ser humano. ¿Aquel adefesio alguna vez había sido una mujer hermosa, pletórica de empuje, depravada y caliente, capaz de hacerse famosa entre los hombres de La Habana por su desnudez rumbera sobre un escenario? ¿O sólo se trataría, pensó, casi temblando, de una pista falsa urdida por el Africano y alguno de sus compinches, que lo habían lanzado en busca de una pobre vieja en realidad llamada Carmen, sin ninguna relación con Elsa Contreras, alias Flor de Loto?

Conde se acomodó en el banco y se inclinó hacia la mujer.

—Usted me disculpa, a lo mejor estoy equivocado... La persona que yo ando buscando se llamaba Elsa Contreras... y mucha gente la conocía como Flor de Loto.

—¿Y por qué la andas buscando?

Conde decidió lanzarse a fondo.

—Porque me han dicho que era la mejor amiga de una cantante. Violeta del Río.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber otra vez la anciana, sin mostrar la más mínima alteración facial, y el Conde comprendió que su única alternativa era contarle la verdad.

Mientras resumía quién era y por qué buscaba a Elsa Contreras, el Conde fue percibiendo lo absurdo de aquella historia, con cuyos detalles trataba de alzar un edificio imposible, sin cimientos ni columnas, a punto de venirse abajo por su propio peso muerto. Pero aun así, sólo con la omisión del asesinato de Dionisio Ferrero, soltó toda su información, incluyendo el enamoramiento silencioso de su padre, sin saber todavía si la anciana era la persona buscada y sin tener la menor esperanza de que, aun siendo Elsa Contreras, él hubiera logrado motivar su interés y sacarle tal vez los cerramientos capaces de ajustar las partes inconexas de aquella increíble novela perdida en el pasado. La primera luz de esperanzas alumbró al Conde cuando relató la golpiza de la cual había sido objeto, pues

pudo entrever un signo de vida en la anciana: sus labios agrietados consiguieron armar una sonrisa.

—Tú eres un loco, muchacho —dijo la anciana cuando consideró que el hombre había terminado su relato—. Sí, hay que estar loco para meterse así en este barrio de mierda...

—¿Entonces usted es...?

—¿Cómo fue eso que me dijiste de tu padre?

—Parece que alguna vez vio a Violeta, a lo mejor la oyó cantar, y se enamoró de ella. Por las noches oía su disco, él solo, en la oscuridad. Creo que alguna vez hasta me mencionó su nombre...

—Las cosas de Violeta —dijo y lentamente la anciana levantó el brazo derecho para señalar una cómoda desvencijada—. En la primera gaveta. Una caja de cartón.

Conde la obedeció y, bajo una montaña de pastillas plastificadas, frascos, bulbos de inyecciones y tubos de pomada, vio la caja de cartón, de unos veinte por treinta centímetros.

—Sácala y mira lo que tiene dentro —ordenó ella.

Conde extrajo la caja, la apoyó sobre la cómoda y levantó la tapa. Una cartulina blanca ocupaba todo el espacio. Al sacar la cartulina Conde descubrió que era un pliego de papel fotográfico, doblado al medio. Sin mirar a la anciana extendió la enorme fotografía y quedó frente a una mujer en sus veinte años, intensamente rubia, sólida, sonriente, hermosa, que se defendía de la desnudez total con unas coronas brillantes, como flores de loto, sostenidas sobre el pubis y los pezones de sus senos prodigiosos.

—Estás viendo a Elsa Contreras cuando era Flor de Loto en La Habana —dijo y agregó—: Mira para acá: ahora estás viendo una vieja medio muerta que se llama Carmen Argüelles.

16 de febrero

Querido mío:

Desde mi carta anterior apenas he realizado progresos en la búsqueda de una verdad tan necesaria para mí y, sin

embargo, he ido encontrando otras verdades inesperadas que hoy me atormentan.

Hace varios días fui a ver al infeliz del periodista fisgón al que tus amigos estuvieron a punto de arrancarle la mano. Lo encontré hecho un guiñapo humano, alcoholizado, con un miedo permanente del que sólo se libera cuando se repleta de aguardiente. El hombre se negó a contarme nada, pero gracias a él pude localizar a la bolerista aquella que una vez tuvo una discusión con esa mujer, y hablamos largo rato sobre lo sucedido y, a pesar de ser una mujerzuela de ese ambiente de cantantes y cabareteras, casi podría decir que me pareció sincera. Para ella, según me juró desde el principio, su problema con la difunta había terminado el día mismo de la discusión, pues supo que en aquella guerra ella llevaba las de perder cuando se enteró de los poderes que estaban a la espalda de su enemiga. Pero me aseguró haberse sentido redimida con las cuatro cosas que logró decirle en su cara de hipócrita en el papel de jovencita inocente. Después se mantuvo lejos de esa mujer, y apenas tuvo noticias de ella hasta que se enteró de su muerte varias semanas después de ocurrida, cuando regresó de unas actuaciones que hizo en México. Hablamos largo rato y, cuando se sintió en confianza, me contó de manera casi casual algo que todavía me niego a creer y sólo tú podrías negar o ratificar: según ella, la verdadera razón que la hizo alejarse para siempre de esa mujer fue que, unos días después de la discusión, tú fuiste a su casa con ese negro chofer que contrataste en los últimos tiempos, y le habías advertido que se mantuviera lejos de ella y que no volviera a hablarle por el resto de su vida si quería seguir cantando y comiendo. Fue en ese momento cuando había salido del cuarto un amigo suyo (así lo llamó), quien al escuchar tus amenazas quiso protestar y fue cuando el negro chofer, sin decir una palabra, sacó una pistola y se la puso entre las

cejas y, casi enseguida, con la misma pistola lo golpeó en la boca y le reventó los labios contra los dientes. Entonces, según ella, tú dijiste que por suerte habían venido en plan de paz, pero que ya podían imaginarse cómo vendrían la próxima vez si decidían decretarles la guerra o si se ponían a estar comentando por ahí que tú los habías visitado... Apenas terminó de contar esa historia terrible, la cantante empezó a llorar, y yo, ¿sabes qué le dije?: le dije que eso era mentira, y me fui.

La verdad, sin embargo, es que aquella mujer me pareció tan sin cera que me atrevo a preguntarte ahora: ¿ocurrió algo así? Desmíentela, por favor, y dime además que no es cierto que la desaparición de aquel pobre chofer a quien utilizaste para ocultar nuestro secreto fue el resultado de un acto cuyo desenlace no quiero ni imaginar. Dime, ¿también a él le declaraste la guerra cuando tuvo la desgraciada idea de querer sacarte plata con amenazas de chantaje?

Debo asumir que muchas veces se paga un precio altísimo por saber la verdad. Buscando una, todavía esquivas, he rozado otra que mejor hubiera sido no conocer y que me ha revelado hasta qué punto intenté luchar contra la corriente donde habías colocado tu vida desde que conociste y enloqueciste por esa mujer de mis desgracias...

22 de febrero

Querido mío:

Andaba tan compungida con la historia de la cantante que me sentí en la necesidad de hablar con tu hija sobre ese episodio y sobre todas las cosas que he ido pensando en los últimos meses. Hacía varias semanas que ella y yo apenas conversábamos, fuera de los comentarios sobre los asuntos cotidianos, pues entre mi obsesión y mi estado de ánimo cada vez más decaído, y las responsabilidades que ella ha

aceptado en su trabajo, incluso hay días en que, si acaso, nos vemos mientras se toma el café de la mañana y cuando engulle un par de bocados por la noche.

Para mi sorpresa, tu hija escuchó la historia casi con alegría. Me dijo que a ella no le sorprendía, ya que de un hombre como tú no se podía esperar otra actitud, pues siempre fuiste un egoísta, sólo pensabas en ti y utilizaste a tu conveniencia a quienes te rodeaban: a tus padres por su apellido y su prestigio, a tu esposa por su dinero, a mí por mi fidelidad... Sin embargo, a ella y a su hermano los tratabas como extraños a pesar de ser sangre de tu sangre, tan hijos tuyos como los muchachos, a los cuales también utilizaste para tener el favor de tus suegros, su dinero y sus influencias. Y dijo, como si estuviera dispuesta a enloquecerme, totalmente descompuesta, que hace tiempo se preguntaba, y esta historia ahora se lo confirmaba, si no habías sido tú mismo quien había eliminado o mandado a eliminar a esa mujer por algo que te exigió, por algo que no te gustó o simplemente porque ya no te convenía su presencia y sobraba en tu nueva vida, cuando de seguro sabía demasiadas cosas que para ti era preferible enterrar, junto con su cuerpo... Tu hija sólo se calló cuando se lo exigí con una bofetada... Pero ya había soltado su veneno.

Si antes sospeché que ella podía sentir algún rencor hacia ti, hoy estoy convencida de cuánto te odia por el modo en que le negaste todo lo que le pertenecía. Para mí ha sido muy doloroso comprobar esa terrible verdad, y me siento culpable por la debilidad de haberle contado sobre su verdadero origen, pero bien sabes que lo hice buscando que se sintiera orgullosa y segura, aunque al final, ya ves, sólo he logrado engendrar un resentimiento capaz de hacerla sentirse satisfecha al poseer lo que ella considera otra prueba más de tu verdadera estirpe y, con esa prueba, la certeza de que

fuiste tú quien pudo haber ordenado el silencio final de esa mujer.

¿Sabes qué es lo más doloroso, lo verdaderamente cruel de esta revelación atroz? Haber comprendido, aun cuando siempre te amé y me atreví a violar todas las convenciones, dándote incluso dos hijos, que yo también sentía miedo de ti y quizás por eso nunca tuve la determinación necesaria para rebelarme contra el papel y el destino que me impusiste, mientras te burlabas de todas las promesas hechas por años... Y ahora mismo, si me atrevo a escribir todo esto, es porque sé que esta carta nunca llegará a tus manos. En realidad, no me atrevería jamás a enviártela por dos razones que ya conoces: por miedo y por amor. Creo que más por amor. Por un amor que siempre será capaz de perdonarlo todo.

Tu Nena

Así como usted me ve, hecha un guiñapo humano, viviendo en este solar de mierda, todavía sigo pensando que la vida siempre ha sido generosa conmigo. Muy generosa. Me ha dado sus latigazos, como a todo el mundo, algunos bien duros, pero me ha permitido ver y disfrutar lo que otros no pueden ni soñar aunque vivan dos siglos sin dormir una sola noche.

Mira, cuando cumplí los trece años, descubrí algo que sería mi salvación: yo tenía un poder especial, y me dije: voy a usar este don de la naturaleza para sobrevivir. Vamos, mira otra vez esa foto, mírala bien... ¿Lo sientes? Mi poder lo tenía en la cara, en el pelo, en las tetas duras que ya pare cían dos manzanas cuando cumplí los doce años y sobre todo aquí abajo, entre las piernas, donde tenía enterrado un tesoro. Justo cuando tenía trece años, mi padre se mató, se cayó de un edificio donde estaba limpiando las ventanas, y como no pertenecía a ningún sindicato ni teníamos dinero para contratar abogados, no nos pagaron ni un peso de

indemnización. Ni los gastos del entierro. Mi madre, mi hermanita y yo vivíamos en un solar a tres cuadras de aquí, en la calle Indio, y nos quedamos sin nada, casi nos estábamos muriendo de hambre, de hambre de verdad, de no comer nada, y esa hambre me obligó a dejar de ser una niña, así, de un día para otro. Cuando yo salía a la calle los hombres me miraban, algunos hasta me decían cosas, y en ese momento pensé: si Dios me ha dado este cuerpo, el mayor pecado es dejarlo morir, dejar morir a mi mamá y a mi hermana... Empecé templándome al gallego dueño del cuarto donde vivíamos para que no nos tirara a la calle, y después le tocó al carnicero, al bodeguero y al panadero, y como la cosa funcionaba bien seguí con el tendero y el peletero. De verdad yo nunca vi ni sentí aquello como algo sucio o inmoral, sino como una forma muy práctica y además agradable de ganarme la existencia, de no morirme de hambre, porque cuando lo hacía me sentía bien, me gustaba hacer gozar a los hombres y me encantaba que los hombres me hicieran gozar a mí. Así, sin más complicaciones ni sentimientos de culpa ni un carajo, porque ya lo dijo un sabio, el tipo parecía conocer algo de esto: lo mejor de ser puta es que se trabaja acostada y en el peor de los casos, si no ganas mucho, por lo menos algo caliente te cae en el estómago...

A los quince años yo sabía todo de los hombres, de lo que necesitan y debes darles para ablandarlos, de lo que les gusta y a veces no se atreven a pedir, y lo más importante: había aprendido las formas de dejarlos creer que singan mejor que los demás y de hacerlos sentirse hasta felices cuando te dan dinero y cosas por echar un palito... Por eso me dije que ya podía sacar más que la comida y la ropa, hacerme una profesional y hasta ganar bastante dinero si encontraba el camino para llegar a los que pagan sin protestar por una buena noche en la cama. Sin ninguna modestia lo puedo decir: lo de menos es que yo tuviera un cuerpo de campeonato; lo que de verdad decidía es que era más inteligente que la mayoría de las putas, tenía esa inteligencia natural de los animales salvajes, y había descubierto que hay dos cosas muy

peligrosas en este oficio: una es enamorarse de un cabrón dispuesto a chulearte lo que ganaste con el sudor de tu frente y la otra es no tener conciencia de tus límites, pues debes saber que por mucho que te cuides, a los treinta años ya estás en decadencia, y lo que no tienes a esa edad ya no lo vas a conseguir nunca. Como casi todo en la vida. Por eso empecé a buscar una forma de no ser una puta cualquiera y se me ocurrió ir a ver a los empresarios del Shanghai y les dije que quería bailar en sus *shows*. El Shanghai tenía mala fama, de teatro de relajo, como le decía la gente, pero lo importante es que allí iban todas las noches tipos con plata, gente de la sociedad, algunos por pura jodedera, otros porque les gustaba calentarse viendo a las muchachas encueras, y yo sabía que allí podía pescar algún buen peje y trabajé para eso. Cuando los del teatro me vieron bailar encuera, enseguida comprendieron, yo era una joya, y por unos pesos me consiguieron una inscripción de nacimiento a nombre de Elsa Contreras, donde decía que tenía veintiún años, cuando nada más tenía diecisiete.

A los quince días empecé a bailar y los hombres se volvieron locos, iban al teatro a verme, y así fue como conocí a Louis Mallet, un francés cuarentón que era el representante en Nueva Orleáns de una naviera importante, la Panamá Pacific, y también tenía un negocio de importación de madera en Cuba, desde Honduras y Guatemala, en sociedad con un cubano que se llamaba Alcides Montes de Oca. Y mi vida cambió, como había cambiado mi nombre. Louis empezó a salir conmigo y al mes ya me había alquilado un apartamentico cerca de la universidad para tener un sitio agradable donde estar juntos. Louis era un hombre bueno, amable, yo diría que cariñoso, y ni siquiera me prohibió que siguiera bailando en el Shanghai, él me decía: eres una artista, y como él estaba tres o cuatro meses en Cuba y el resto en Nueva Orleáns o en Guatemala, pues yo aprovechaba el tiempo y hacía mis trabajos extras, pero ya nada más con gente que podía pagarme bien, y así empecé a reunir un dinerito, a vestirme con ropas caras, a usar buenos perfumes, y mis clientes subieron de categoría.

Pero fue en el año 55 cuando mi vida cambió de verdad y pude dejar el teatro y todo lo demás. En esos días Louis estaba en La Habana y me dijo que pidiera una semana libre en el Shanghai, nos íbamos a Varadero, pues quería descansar y presentarme a unos amigos suyos que me iban a proponer un negocio muy ventajoso. Cuando llegamos a Varadero nos alojamos en un hotel precioso, frente al mar, un edificio de madera que parecía sacado de una película americana. Por el día nos bañamos en la playa, como dos novios, y paseamos en un descapotable. Por la noche fuimos a una comida en una casona a la orilla del canal, cerca de la zona donde después construyeron el hotel Kawama. Allí estaban Alcides Montes de Oca, el socio de Louis, al que yo había visto un par de veces, y un hombre muy elegante, que hablaba bajito y tenía cara de payaso aunque casi nunca se reía, que resultó ser Meyer Lansky. A la hora de la comida llegó otro hombre, Joe Stasi se llamaba. Fue una cena muy aburrida, porque Louis, Alcides, Stasi y Lansky hablaron todo el tiempo de importar y exportar cosas, y como Lansky no bebía nada más que un par de copitas de Pernod y odiaba a los borrachos, apenas nos sirvieron unas copas de vino. Luego, cuando nos brindaron el coñac y el café en la terraza, frente al canal, Alcides Montes de Oca me dijo por fin para qué me querían. Ellos estaban trabajando para atraer a millones de turistas americanos a Cuba y a esos turistas había cuatro cosas que no les podían faltar: buenos hoteles con todas las comodidades, muchos casinos de juego, facilidad para conseguir drogas de calidad y la posibilidad de tener a su disposición mujeres jóvenes, sanas, elegantes y depravadas. Si yo aceptaba, mi negocio sería trabajar con esas mujeres: ellos estaban planificando unos viajes especiales a La Habana para gente de mucho dinero, tipos famosos, políticos, artistas, periodistas, todos iban a ser invitados por ellos para que se sintieran en el paraíso y luego hablaran bien de sus vacaciones en La Habana. Para esa gente yo debía crear una especie de agencia capaz de satisfacer cualquier demanda con muchachas especiales. No podían ser putas llenas de malos hábitos, groseras, muy usadas. Tenía que

escoger lo mejor, sería un servicio de calidad, pues esas mujeres no sólo tendrían que acostarse con los hombres, sino que a veces serían sus acompañantes mientras estuvieran en La Habana y debían saber comportarse en un restaurante, un *cabaret*, un casino de juego y hasta en un teatro. A las mujeres se les pagaría un sueldo fijo, un buen sueldo, tuvieran poco o mucho trabajo, para evitar que anduvieran fleteando por ahí. Si yo aceptaba, un hombre de Stasi se encargaría de montar toda la estructura del negocio: él sería una especie de administrador-contador, trabajaría además en contacto con los hoteles y los casinos, y yo buscaría a las mujeres y me ocuparía de prepararlas, junto con una maestra de urbanidad que las enseñaría a comportarse y a vestirse. Después yo trabajaría directamente con las muchachas, sería como una *mánager*, con una participación del tres por ciento de lo que esos ricos y famosos perdieran en los casinos, lo cual podría ser bastante... Para empezar, los tres o cuatro meses que iba a necesitar para poner a funcionar la agencia, tendría un salario de quinientos pesos. ¡Quinientos pesos! ¿Usted sabe lo que eran quinientos pesos en esa época? Una fortuna.

Sin pensarlo un minuto dejé de bailar en el Shanghai y me puse en función en mi nuevo trabajo. A principios del 56 ya estaba lista la agencia, como la llamaba Bruno Arpaia, el hombre de Stasi que trabajaba conmigo. Teníamos dieciséis mujeres y a casi todas las había reclutado fuera de los barrios de putas. Yo buscaba en los *cabarets* y clubes de La Habana y hacíamos invasiones al interior, como le decíamos nosotros, y en las ciudades grandes, Cienfuegos, Camagüey, Matanzas, escogíamos muchachas que nos sirvieran para el negocio y las enseñábamos a comer, a vestirse, a hablar bajito, y yo les explicaba además cómo se debía tratar a un hombre y cómo dejarse tratar por él...

A fines de ese año la agencia funcionaba tan bien que debimos buscar más mujeres. En una de las invasiones, en un cabarecito de Cienfuegos, me encontré con una muchacha que cantaba allí tres o cuatro noches por semana, y además de ser una de las mujeres

más bellas que había visto en mi vida, tenía una voz especial, yo decía que era una voz de mujer porque no podía calificarla de otra manera. Lo único horrible de la muchacha era el vestido pobretón que usaba y sobre todo el nombre, Catalina Basterrechea, aunque para mejorarla un poco la gente le decía Lina, Lina Ojos Bellos.

Cuando la conocí un poco me di cuenta de que Lina era como la Cenicienta: su vida era cantar y se la pasaba soñando con la aparición de alguien que le diera una oportunidad para ponerse los zapatos de cristal y demostrar su talento y, si estaba en su camino, hacerse famosa. La misma historia de siempre. Sólo que para ella ponerse a cantar tenía un componente de placer, como si fuera una necesidad casi más importante que la de comer. Por eso, aunque Lina no era puta ni tenía vocación para serlo, podía estar dispuesta a hacer lo necesario para alcanzar su meta. Al principio yo estaba encantada con la posibilidad de enrolarla en el negocio, porque nada más verla pensé que me había encontrado en el fango un diamante, nada más que con pulir la un poco podía ser la estrella de la agencia, pero cuando hablé un rato con ella, sentí en esa muchacha algo distinto, algo que me conmovió, y la verdad es que yo nunca fui de las que se conmueven con historias de padres muertos, de tías hijas de puta y primos que te violan a los diez años, como me contó ella. No... Por eso le expliqué bien claro a lo que me dedicaba, y todavía no sé bien por qué le hice una oferta especial: si quería, podía venir conmigo para La Habana y aquí, de alguna manera, ella me ayudaría en el negocio, sin tener que putear, y con mis contactos yo le buscaría una persona que pudiera darle una mano para encontrar algún lugar donde cantar. Y, por supuesto, ella cargó con una maletica baratona y vino conmigo, sin despedirse siquiera de la hija de puta de su tía que le había hecho la vida imposible... Siempre he pensado que el destino se empeñó en que Lina y yo nos encontráramos, que su historia me tocara el pedacito de corazón que me quedaba, que oírla cantar fuera siempre un gusto. O no sé qué carajo fue, pero desde el principio Lina y yo nos hicimos amigas, y si alguna vez me pasó por la mente que si ella

fracasaba en lo del canto le propondría trabajar en el negocio como las demás muchachas, a los pocos días me olvidé de aquella idea y decidí protegerla, ayudarla en todo lo que pudiera. ¿Fue como un sentimiento maternal? ¿Como si me viera a mí misma y quisiera darme otra oportunidad? Vete tú a saber..., pero fue así.

Al mes, mes y medio de estar Lina en La Habana, Louis regresó de Nueva Orleáns y me dijo que debíamos ir otra vez a Varadero para encontrarnos allá con Lansky, Alcides y dos empresarios americanos, dueños de una compañía constructora que se iba a encargar de hacer unos hoteles allá mismo en Varadero. No sé por qué convencí a Louis de que sería bueno llevar a Lina, pues se me ocurrió que ella podía cantar un poco para sus amigos, a ver si la cena no era tan aburrida... Así fue como se conocieron Alcides Montes de Oca y Lina Ojos Bellos: él tenía casi cincuenta y ella menos de veinte, pero esa noche, cuando terminó la conversación de negocios y Lina empezó a cantar, Alcides, nada más de verla y oírla, se enamoró como un loco de la muchacha.

Alcides Montes de Oca era un personaje con sus cosas extrañas, quiero decirle. Venía de una familia de sociedad, era muy rico, más todavía desde que heredó la fortuna de su mujer, que se había muerto hacía poco. Le gustaba mucho hablar de política, estaba muy orgulloso de ser nieto de un general del Ejército Libertador y sentía un odio a muerte por Batista. Según decía, Batista era lo peor que le había pasado a este país, y por esa época estoy segura de que hasta simpatizaba con los rebeldes, porque muchos de ellos habían sido del Partido Ortodoxo, al que pertenecía Alcides cuando Batista dio el golpe de Estado y suspendió las elecciones que iban a ganar los ortodoxos. Él era además un hombre muy culto, leía mucho, y Louis me decía que en su casa había montones de libros. Pero a la vez no dejaba de ser ni un minuto un hombre de negocios, tenía olfato para eso, y aunque no aparecía como dueño de casi nada, pues no le hacía falta, tenía acciones en todas las compañías grandes de Cuba y por la vía de los negocios había hecho muy buenas migas con Lansky, sin que

esa relación saliera en los periódicos, porque todo el mundo sabía que el judío había sido traficante allá en el norte, aunque acá sólo tenía negocios legales y se portaba, bueno, ya le dije, como un caballero.

Así fue como Alcides y Lina se enredaron en un amorío que los tenía embobecidos, y, para complacer a la muchacha, él le consiguió un hueco para cantar en el segundo *show* de Las Vegas y al poco tiempo la mudó de mi casa para un apartamento en Miramar, en un edificio acabadito de construir. El único problema que complicaba aquel romance eran las aspiraciones políticas y la situación social de don Alcides: él había enviudado hacía poco y no podía formalizar una relación con una guajirita pobre, a la que además le llevaba treinta años... ¡Si hubiera sido ahora! Pero en aquel tiempo un escándalo así podía perjudicar mucho la posición de Alcides y por eso decidieron ocultar sus cosas, aunque él mantenía a Lina, le daba todos los gustos, pagaba el apartamento y hasta le regaló un carro, aunque para evitar comentarios, legalmente Louis aparecía como dueño de todo.

La persona que se ocupaba de los gastos y necesidades de Lina era la secretaria personal de Alcides, se llamaba Nemesia Moré, una mujer tremenda. Ella llevaba toda la papelería comercial y hasta política de Alcides, además de ser algo así como el ama de llaves de su casa, pero con más poder, pues cuando Alcides enviudó, Nemesia pasó a ser como la señora de la casa. Ella andaba por sus cuarenta, con buena figura todavía, era muy seria, y tenía un don: siempre era capaz de adivinar el pensamiento de Alcides y satisfacerlo antes de que él se lo pidiera, y por eso Alcides decía, medio en jodedera y medio en serio, que la mujer más importante de su vida era Nemesia Moré: sin ella no podía vivir.

Mientras, Lina había empezado a cantar y el dueño de Las Vegas le había puesto a Alcides una sola condición para contratarla: cambiarle el nombre. Imagínate tú a un animador anunciando: «Y ahora, damas y caballeros, la sin par ¡Catalina Basterrrrrechea!»... Fue el mismo Alcides quien, después de pensar un poco, dijo:

«Violeta del Río», como si tuviera ya aquel nombre en la cabeza, y así murió Catalina Basterrechea, Lina Ojos Bellos, y nació la bolerista Violeta del Río, que enseguida empezó a hacerse famosa y a cantar en mejores lugares, hasta llegar al *show* del Parísien, cuando ya en La Habana la conocían como la Dama de la Noche y había no sé cuántos tipos que iban detrás de ella, para oírla cantar y, claro, para tratar de templársela, porque la guajirita se había convertido en una mujer espectacular, vestida con ropas traídas de Nueva York, arreglada en las mejores peluquerías de La Habana, perfumada con esencias francesas... ¿De esa mujer fue que se enamoró tu padre? El pobre, cómo debió de sufrir...

Por lo que yo sé, Lina veía por los ojos de Alcides, y en lo único en que ella no quiso complacerlo fue en aceptar las clases de un maestro de canto que él había insistido en contratarle: ella quería cantar como le saliera del alma, y si la enseñaban, decía, le iban a dañar ese deseo natural que había tenido desde niña y la había salvado de volverse loca. Y yo creo que tenía razón. A ella no le hacía falta escuela, sino un micrófono. Sobre una pista se convertía en un fenómeno como yo no había visto ni oído nunca —y había visto y oído bastante en esta vida que vale por tres—, con una magia que envolvía. Todavía hoy, después de tantos años, yo cierro los ojos y puedo verla con el micrófono en la mano, echándose hacia atrás el pelo, que le caía como un manto sobre los ojos bellos, mojándose los labios con la punta de la lengua, y la oigo cantar aquellas canciones que le salían del alma... Pobre niña...

Violeta fue una mujer feliz, la más feliz del mundo mientras duró aquel sueño. Esto suena a novela de radio, pero fue así. Y siguió siendo feliz cuando en el año 1959 todo cambió de repente y para todos: para Lansky y para Alcides, para Louis y para mí, para las muchachas de la agencia. Porque cambió el país... Los rebeldes ganaron la guerra y Batista se fue de Cuba, algo que ya todo el mundo quería. Aunque al principio sólo se hablaba de Revolución, algunos ya mencionaban la palabra comunismo y el primero en comprender lo que podía venir fue Lansky, y por eso enseguida

empezó a recoger sus bártulos. Louis también pensó que lo mejor era poner mar por medio y convenció a Alcides para que sacara de Cuba lo que pudiera y se olvidara de la política, pues ya su momento había pasado. Al principio Alcides se negó, pero en unos meses, con dolor de su alma, se dio cuenta de que Louis y Lansky tenían razón. Así y todo, cuando decidió irse lo hizo pensando en que regresaría en unos meses, en unos años si acaso, pronto volvería a lo suyo y por eso sólo se iba a llevar el dinero que ya había sacado y lo más importante para él: sus hijos y su mujer, Violeta del Río.

A mí no me sorprendió demasiado que Violeta aceptara la propuesta de Alcides de dejar de cantar y de irse a vivir con él a los Estados Unidos. A lo mejor la convenció la promesa de Alcides de que allá, donde nadie los conocía, podrían casarse y vivir normalmente. O la convenció saber que más adelante podría intentar volver de nuevo a sus canciones. O la decidió pensar que en aquel momento lo más importante en su vida era mantener su relación con un hombre que la idolatraba y del que ella se había enamorado. Sea como fuese, a finales de 1959 Violeta anunció su retiro del espectáculo y Alcides empezó a preparar la salida de Cuba tratando de salvar lo salvable, aunque perdió cantidad de dinero cuando empezaron a intervenir centrales azucareros y a nacionalizar negocios americanos en los que él tenía acciones.

En esos meses Violeta y yo tuvimos tiempo para vernos con mucha frecuencia. Lansky había vuelto a Cuba por última vez como en marzo o abril de 1959, cerró sus negocios y regresó a los Estados Unidos. Claro, uno de los negocios que murió fue la agencia de muchachas, y de pronto me vi sin trabajo, con mucho tiempo y bastante dinero en el banco. Louis, por su lado, me prometió seguir viniendo a Cuba cada vez que pudiera, pero estaba claro, él no podía llevarme con él, allá en Nueva Orleans estaban su mujer y sus hijos, su otra vida, y en esa otra vida yo no cabía. De todas maneras, no me importó mucho todo aquello: varias de las muchachas estaban dispuestas a seguir trabajando conmigo y yo

me decía: por mucha revolución que haya aquí, si un negocio sigue abierto, ése va a ser el de las putas. Así que, mientras eso pasaba o no pasaba, me sobraba tiempo para decidir qué hacía. Nada, a veces una se porta como una comemierda, por más experiencia de la vida que tenga...

La pobre Violeta sí estaba desesperada por irse. Después del anuncio de su retiro ya no tenía nada que hacer aquí, más bien quería alejarse de todo, pero Alcides demoraba la salida, esperando a ver si sucedía algo y no se veía obligado a dejar el país y perder tantas cosas. Pasaron como seis o siete meses, y todo se aceleró cuando el gobierno anunció que se nacionalizaban los negocios americanos en Cuba... Al otro día Violeta me habló del viaje, a más tardar en un mes se iban, y ahora era de verdad, porque el domingo siguiente Alcides pretendía dar el paso definitivo: la iba a llevar a su casa para presentársela formalmente a sus hijos, que ya eran unos adolescentes, y darles la noticia de su decisión de casarse con ella.

Nunca me pudo pasar por esta cabeza que aquella tarde yo estaba hablando por última vez con mi amiga Catalina Basterrechea, Lina Ojos Bellos... Fuera de los enredos políticos, que ella no entendía demasiado, en su horizonte no había nubes, por el contrario, todo era luz y promesas de felicidad. ¿Qué clase de mierda, no?... Mil veces yo me he preguntado por qué no mandaron todo al carajo y se fueron de Cuba dos, tres meses antes, enamorados y felices, a vivir lo mejor de sus vidas...

Yo me vine a enterar de lo que había pasado el lunes siguiente, cuando fui al apartamento de Violeta para saber cómo le había ido en lo que entre nosotras le decíamos su entrada triunfal en el gran mundo de los Montes de Oca. Cuando llegué, me extrañó ver un movimiento raro y a la que me encontré allí fue a Nemesia Moré, la secretaria de Alcides. Ella me recibió como si yo fuera una extraña y me pidió que me fuera inmediatamente. ¿Pero quién coño es usted?... Ésta es la casa de mi amiga, empecé a decirle, y la muy bestia me soltó la bomba de un tirón: Su amiga está muerta y usted ya no es bienvenida en esta casa... En aquel momento me quedé

paralizada y sólo atiné a preguntar qué había pasado. Se suicidó, me dijo la mujer, y me advirtió: No llame al señor Alcides, está muy afectado y lo mejor es dejarlo en paz.

Como todavía Alcides Montes de Oca era Alcides Montes de Oca en Cuba y había logrado que la vida privada de Lina estuviera fuera del alcance público, apenas se dijo algo de su suicidio en un par de periódicos y no se tocó más el tema. Yo estaba desesperada por saber, pero las personas que podían decirme algo se tragaron la lengua, y gracias a un muchacho que vivía cerca de mi casa y se había hecho policía pude averiguar algo más: Lina se había suicidado con cianuro. Pero ¿por qué? ¿Por qué matarse cuando era más feliz? ¿Sería por haber dejado de cantar? No podía ser, pues aunque debió de haber sido duro, lo hizo por su propia voluntad. ¿Por tener que irse de Cuba? Tampoco, porque ella quería irse, se iba con su hombre y con una promesa de matrimonio... Lo único posible era que entre ella y Alcides hubiera sucedido algo muy grave, pero no me podía imaginar qué había sido, si ya él estaba hasta dispuesto a asumirla públicamente como su nueva mujer.

Desesperada, empecé a vigilar a Alcides. Necesitaba hablar con él, saber lo que él sabía, conocer la razón para que Lina se atreviera a hacer algo tan horrible. Lo llamé varias veces y nunca me lo pusieron al teléfono, le mandé recados con un par de amigos y no me respondió, hasta que comencé a vigilarlo y un día lo vi salir de la casa, en su Chrysler, iba manejando su chofer, y lo seguí en mi carro. Vine detrás de él hasta La Habana Vieja, lo vi entrar en las oficinas de la Western Union y fui hasta allí. Cuando me vio a su lado casi no se asombró, pero se mantuvo serio. Por un momento pensé: este hombre va a llorar. Él terminó de entregar unos mensajes, recogió otros y salimos. Cuando estuvo al lado del carro y abrió la puerta, me dijo:

—Lina me partió el corazón. Si yo estaba dispuesto a dárselo todo, ¿por qué hizo eso?

Sin volver a mirarme, entró en el carro, que dobló por la esquina y se perdió. Ésa fue la última vez que vi a Alcides Montes de Oca y

la última que traté de saber por qué aquella muchacha a la que todos creíamos feliz se había quitado la vida, como si estuviera viviendo uno de esos boleros que tanto le gustaba cantar.

Arrebatado por un impulso selvático, el Conde estuvo a punto de empezar a lanzar las preguntas que se le habían ido atragantando mientras penetraba en la tragedia de amores frustrados contada por la anciana. Pero al ver cómo las lágrimas se empozaban en las profundas estrías faciales de Carmen Argüelles, se abstuvo, con la contención que suele sentirse ante el dolor de la muerte, y decidió posponer su curiosidad. Aunque la confesión de la mujer empezaba a redondearle una historia a la cual seguían faltándole algunos pedazos equilibrantes, al fin algo conseguía sostenerse en pie con la dilucidación definitiva de un primer misterio: efectivamente, Violeta del Río había muerto hacía más de cuarenta años, como él ya sabía, pero lo había hecho bajo su nombre real de Catalina Basterrechea, y aquella circunstancia, apoyada por los últimos destellos del poder de don Alcides Montes de Oca, explicaba el olvido compacto en que había caído su otro yo, la cantante Violeta del Río, cuya vida había sido clausurada unos meses antes.

Con la promesa de volver en unos días, Mario Conde se despidió de la anciana, que ahora le parecía hasta más reducida y endeble, como si haber descendido hacia el pasado la hubiera gastado físicamente. Ya en el umbral se detuvo y regresó. Metió la mano en un bolsillo y sacó unos billetes: eran ciento cuarenta pesos, todo cuanto llevaba encima. Delicadamente los colocó en el regazo de la anciana.

—No es mucho, Carmen. Son pesos de ahora, no de los de antes, pero todavía sirven para algo —dijo y, sin poder evitarlo, acarició el pelo mustio y escaso de la mujer.

En la calle Factoría su equipo de guardaespaldas parecía una tropa derrotada por el hastío y la fetidez. Sentados en el quicio de una escalera, tenían a su alrededor un cementerio de cucuruchos de

maní, varias latas de refresco y hasta dos periódicos abandonados, residuos de las estrategias con las cuales habían tratado de resistir el asedio del hambre y la espera.

—Coño, men, cómo habla esa vieja —protestó Yoyi, y el Conde supuso que calculaba el tiempo invertido en términos económicos—. Me imagino que ya lo sabes todo, ¿no?

—¿Qué te dijo, Conde, qué te dijo? —insistió el Conejo, y Conde les prometió contarles, pero antes deseaba sacarse una espina dolorosa.

—¿Están dispuestos a meterse conmigo en el barrio? —preguntó y miró a sus amigos.

—A ver, Conde, ¿qué es lo que tú quieres? —indagó Candito, con el tono de quien conoce las respuestas posibles.

—Nada, atravesar el barrio para demostrarles que no me rindo. Yoyi, ¿tú piensas como Juan que los tipos que mandan en este barrio son mafiosos? Bueno, ahora van a ver que tenían que haberme matado para sacarme de aquí. ¿Vamos?

—¿Y ésa guapería, Conde? —El Conejo sonreía, nervioso, con toda su dentadura en exposición—. Tú nunca has sido guapo ni un carajo.

—Pues a mí me gusta esa idea, te lo juro. A ver si alguno se troca y quiere que le dé una ración de pan con lechón —comentó el Yoyi, tocándose el costado donde llevaba la barra de acero—. Mira que atreverse a tocarme a este tipo que es mi sangre...

—Deja la sonsera, Yoyi. La verdad es que quiero ir porque tengo un presentimiento...

—¿Otro? —se burló el Conejo y apuró el paso para no perder al resto del grupo.

Conde, con su ceja izquierda cubierta por el vendaje, un ojo amoratado y la leve cojera de su pie abrió la marcha en busca de la calle Esperanza. En la esquina siguiente un grupo de jóvenes de mala traza, blancos y negros, vieron avanzar la extraña comitiva, y su afilado instinto de conservación les advirtió la cercanía del peligro

y, como insectos veloces, se dispersaron, para alivio de los invasores.

Frente al solar donde creía que había sido golpeado, Conde detuvo a sus amigos. Miró hacia el interior de la edificación, a uno y otro lado de la calle, y luego buscó un cigarrillo y lo encendió, como diciendo, aquí estoy. Pero por la calle sólo pasaron dos policías de uniforme, algunos ciclistas, un esforzado conductor de un triciclo dedicado al transporte de personas y, por la acera, un par de mujeres muy compuestas, una de las cuales el Conde identificó como la mulata de su frustrada aventura puteril.

—Vamos a tomarnos una cerveza —propuso sin pensarlo, dando la espalda a la mujer, que siguió de largo, al parecer sin reconocerlo bajo su nuevo aspecto.

—Conde, no te pases —le advirtió el Conejo.

—Vamos bien, men, que los tipos de este barrio son una partía de pendejos... —dijo Yoyi en voz alta y Candito sonrió.

—No te creas ese cuento, niño —dijo el Rojo—. Nacer y vivir aquí es una escuela que tú nunca pasaste. ¿Ves que todo es feo, apestoso, sucio? Pues así se pone el corazón de esta gente y hacen cosas feas, apestosas y sucias como lo más natural del mundo. Dios es el único que puede cambiarlos... Pero vamos, el Conde se nos está volviendo un tipo duro.

Conde se ubicó y señaló la cuadra siguiente como la de la piloto de Michael Jordan. Mientras caminaba percibió que en dos días algo había cambiado en el barrio, sin lograr identificar de dónde provenía aquella sensación, más etérea que física. Cuando se asomó al solar, dispuesto a entrar, descubrió que las transformaciones eran más drásticas de lo imaginado: el patio interior, donde tres días atrás bebían varios hombres, aturdidos por la música, se hallaba ahora completamente desierto, como si allí jamás hubiese existido un atiborrado bar clandestino regentado por un doble de Michael Jordan. Conde dudó de su sentido de la orientación, quizás se había equivocado, y buscó con la vista el edificio del Africano para cerciorarse de que había sido allí donde bebieron las cervezas.

—Levantaron el bar —dijo y de inmediato propuso—. Vamos a la fonda de Veneno.

Retrocedieron dos cuabras y doblaron a la izquierda, en busca de la fonda, y en el trayecto Conde descifró al fin una de las mutaciones sufridas por el barrio: en la calle había tanta gente como siempre, pero sólo en algunas casas se oía música, a diferencia de las otras ocasiones, cuando debió avanzar a través de una compacta cortina sonora. Como en su anterior visita a la fonda de Veneno, Conde atravesó el boquete de la tapia que separaba el edificio en ruinas de la calle y, seguido por sus amigos, avanzó junto a los precarios techos de lona y de zinc bajo los cuales se refugiaban los parias recién llegados. Siguió, en busca del patio donde estaban las mesas del improvisado restaurante, y tras el portón encontró el mismo panorama de desolación hallado en el solar donde se alojó el bar clandestino.

—Pasó algo gordo, Conde —fue la sentencia de Candito el Rojo al ver el asombro de su amigo.

—Cogieron miedo después de la leña que le dieron al Conde. A lo mejor creyeron que lo habían matado —aventuró el Palomo.

—Claro, y como pensaban que éste era policía... —concluyó el Conejo.

—No, ellos sabían que yo no era policía, y por eso me dieron. Únicamente que hayan pensado que de verdad me habían matado —fue la suposición del Conde.

—No pensaron nada... Si hubieran querido limpiarte lo hubieran hecho y ya. —Candito miró las puertas cerradas de las casas asomadas al patio—. Aquí pasa algo extraño. Mejor nos vamos.

—Sí, el Rojo tiene razón. Vámonos de aquí. Miren para el cielo, parece que va a llover...

—Yo quería pasar por casa de un tipo que conozco —dijo el Conde.

—Deja eso para otro día —exigió Candito—. Vámonos de aquí.

—¿Y por fin qué te dijo la mujer, Conde? —El Conejo, aliviado con la idea de salir del barrio, había recuperado su curiosidad

esencial.

—Violeta del Río se llamaba Catalina Basterrechea, tenía unos ojos preciosos y lo que más amaba en el mundo era cantar canciones de amor —dijo el Conde y soltó la historia.

—Y cuando usted era policía, vaya, ¿no había computadoras?

—Claro que había. Una, así grandota... Le decíamos Felicia. Oye, yo parezco viejo, pero lo que estoy es mal usado.

—¿Y usted no trabajaba con ella?

—No, siempre me han caído como una patada. Yo soy un poco tolete para esto, la verdad.

—Pero si es fácil.

—Yo no dije que fuera fácil o difícil. Me caen mal y soy tolete para eso... ¿Cuántas computadoras tienen ahora en la Central?

—Dos..., pero una está rota.

—Y seguro es más bruta que yo. ¿Qué te apuestas a que no encontramos nada?

El sargento Estévanez sonrió y movió la cabeza: aquel tipo debía de ser un jodedor. En su mente no cabía la imagen de un investigador incapaz —por tolete— de buscar un dato elemental en una computadora y estar convencido, antes de buscar, de que no lo hallarían.

—¿Cómo es el nombre...?

—Catalina Basterrechea —repitió el Conde, y coincidió con Flor de Loto en la apreciación sonora de que con aquel apelativo nadie podía salir a un escenario y cantar un bolero.

La búsqueda resultó más ardua de lo supuesto por el sargento, y el Conde se sintió satisfecho cuando, tras diversos intentos, el suficiente policía cibernético se vio obligado a utilizar el teléfono para consultar con un especialista la localización de determinados archivos del pasado.

Estévanez dio nuevas indicaciones a la máquina, negada a responder a sus preguntas, y Conde salió al pasillo, a través de

cuyas ventanas vio que afuera había comenzado a caer un aguacero despiadado. A toda velocidad se dirigió hacia uno de los baños y mientras orinaba advirtió que había pospuesto demasiado tiempo sus deseos y suspiró aliviado al sentir que se descargaba con la misma vehemencia de las nubes veraniegas. En ese instante lo sorprendió la voz.

—Dicen que en los baños se han hecho grandes amistades. O se han reparado algunas viejas...

Conde no se volvió, dedicado a sacudir concienzudamente el pene, manipulándolo como si fuera de un calibre superior al que en realidad portaba.

—Pero no te lo voy a presentar —dijo y guardó el miembro.

El capitán Palacios prefirió utilizar uno de los inodoros, en lugar de los urinarios donde se había vaciado el Conde. Al terminar, se volteó y se asombró al ver el rostro amoratado de su antiguo compañero.

—¿Pero qué coño te pasó?

—Por poco me matan, pero bicho malo nunca muere. Y si muere, reencarna, como me dijo un socio que sabe de eso. Éste es el riesgo de andar averiguando por ahí sin ser policía.

—Pues te dieron con ganas... ¿Y averiguaste algo? —preguntó el capitán.

—Algunas cosas sobre el dueño original de la biblioteca y sobre la muchacha que cantaba boleros. Hay gente que tiene dudas de que se haya suicidado... Pero no te preocupes, no apareció nada relacionado con Dionisio. ¿Y tú?

—Apenas he tenido tiempo de nada. Esto cada día es peor. Pero no podemos encontrar al dichoso negro alto y cojo que estuvo en la casa de los Ferrero el día antes de la muerte de Dionisio. Los del negocio de libros viejos no lo conocen...

—Eso yo lo sabía —dijo el Conde—. Y estoy sospechando que Dionisio y su hermana nos tupieron con eso del negro alto, y después de lo que pasó, Amalia no sabe cómo salir de esa mentira.

—¿Tú crees? —Manolo miró al Conde, interesado en aquella suposición—. ¿Por qué harían eso?

—En la casa de los Ferrero, específicamente en la biblioteca, está la respuesta de lo que pasó allí. El otro día Dionisio o su hermana me dijeron algo sobre esa biblioteca que me parece que es la clave de todo.

—¿Y todavía no te acuerdas de lo que te dijeron?

—No me acuerdo de quién fue ni de lo que me dijo, pero es algo que está dándome vueltas en la cabeza... Y no sé cómo ni por qué, pero ese algo tiene también alguna relación con la cantante de boleros.

—¿Vas a seguir con eso...? Mira, Conde, para mí todo es más sencillo: Dionisio se negó a hacer un negocio con algunos de esos libros, entonces la persona que estaba con él se disgustó, seguramente discutieron y ahí fue cuando se descontroló y lo mató. Cuando vio lo que había hecho se llevó esos seis libros, porque digas lo que digas, deben de ser los más valiosos que había allí...

—Me parece muy bonito —dijo el Conde—, y lo mejor es que ni Yoyi ni yo encajamos en esa historia. No nos hacía falta matar a nadie ni robarnos unos libros que Dionisio nos podía vender por cualquier precio...

—¿Y si Yoyi quiso hacer un negocio sin contar contigo? Había libros que tú no querías vender porque eran muy raros... Me dijiste algo de manuscritos que podían valer muchísimo... Y el que entró en la casa era alguien conocido de Dionisio. Fíjate que hasta pudo encontrar su cuchillo.

Conde observó la mirada imprecisa de Manolo, quien lo observaba con la suspicacia del portador de una carta invencible.

—Yoyi puede ser cualquier cosa, pero no un asesino.

—¿Por qué estás tan seguro? Yoyi es un negociante y el dinero lo vuelve loco...

—Yoyi es mi amigo —concluyó Conde, y Manolo sonrió: él sabía lo que aquella condición significaba en la ética del antiguo teniente—. Olvídate de él y busca por otro lado.

—Estoy buscando por todas partes, pero me pasa como con los imanes: tú le das la vuelta, y cuando lo sueltas, ellos solos dan el giro y vuelven a juntarse... y siempre se unen por el mismo lado...

—Si me hicieras caso como antes... Dime, ¿ya saben por qué Dionisio dejó la corporación donde estuvo trabajando después que se licenció del ejército?

—Más o menos, porque nadie habla claro. Parece que Dionisio era demasiado estricto y vio cosas que no le gustaban en esa corporación. Imagínate cuáles. Parece que se puso pesado y le hicieron la vida imposible. Él solito tuvo que irse.

—Algo así me imaginaba. El hombre era un fundamentalista y eso por poco le cuesta morir de hambre.

—¡Conde, Conde! —El reclamo del sargento Estévanez interrumpió la disquisición del Conde—. Ah, capitán, no sabía...

—¿Qué pasó? —quiso saber Manolo.

—Encontré algo extraño: el caso de esa mujer no está abierto pero tampoco está cerrado...

—Esto se pone bueno. Pero mejor salimos del baño —propuso el Conde—, no vaya a ser que alguien sospeche que yo soy el bugarrón de unos policías...

La lluvia de la tarde había borrado el ambiente gris que envolvió a la ciudad desde el mediodía, como liberándola de una carga opresiva, dispuesta a hundirla hasta sus adoloridos cimientos. El cielo recién lavado había recuperado su alegría estival y una brisa fresca se filtraba entre los árboles, susurrantes y pintados con la luz impresionista del inminente crepúsculo.

El hombre, musculoso y compacto a pesar de la edad, se balanceaba con suavidad en el sillón de madera. Tenía los ojos perdidos en el jardín, y a intervalos de veinticinco a treinta segundos llevaba el tabaco a sus labios y el rostro le quedaba momentáneamente oculto por la nube de un humo perezoso que, consciente de su densidad perfumada, empezaba a ascender de su

boca hacia el paraíso, donde se perpetúa el espíritu de los habanos bien hechos y mejor fumados.

Desde la ventanilla del auto el Conde lo observó y sintió la invasión inconfundible de la nostalgia. Verlo fumar, en la soledad apacible del portal, relajado, al parecer satisfecho, era un espectáculo que jamás soñó que tuviera oportunidad de disfrutar. En los diez años trabajados a las órdenes de aquel hombre, recio y con don de mando, el por aquella época teniente investigador Mario Conde había visto crecer un afecto especial, mezcla exquisita de diferencias y afinidades, por el hombre del tabaco que, sin contemplarlo demasiado, lo había hecho beneficiario de su abultada experiencia policial, de las claves de su ética incorruptible y del más esquivo beneficio de su confianza y de su celosa amistad. Por eso, cuando un equipo de Investigaciones Internas, revestido de facultades policiales y políticas ilimitadas, dictaminó que las capacidades de aquel hombre habían mermado y decidieron desmovilizarlo de la policía por el procedimiento de adelantarle la jubilación, el Conde se había lanzado al vacío tras él, en un acto de flagrante solidaridad, y entregó su renuncia, arriesgándose con su actitud a ser considerado sospechoso de alguno de los actos de corrupción, indolencia y prevaricación que les había costado sus puestos y hasta condenas carcelarias a varios investigadores y, por simple responsabilidad vertical, habían puesto punto final al mandato del hasta ese día impoluto mayor Antonio Rangel.

—El jefe de ahora, ¿es mejor que el Viejo? —Al fin habló el Conde, volviéndose hacia Manolo, sentado tras el timón.

—Nunca va a haber otro como él. Sobre todo para ti.

—Eso es verdad —dijo el Conde y abrió la portezuela del auto, dispuesto a realizar otro encuentro con su pasado.

Cuando Rangel los vio acercarse se puso de pie. A sus setenta años conservaba el pecho voluminoso, el vientre liso y los brazos fornidos que siempre cultivó y exhibió con orgullo.

—No lo puedo creer —dijo y sonrió, con el tabaco entre sus labios.

Conde comprobó cómo la vejez y la distancia de las funciones de mando habían alterado las actitudes de Rangel, cuando se aproximó a ellos dispuesto al abrazo. ¿Se habría ablandado el hombre de hierro?

—Huele bien ese tabaco. ¿De dónde lo sacaste? —quiso saber el Conde.

—Cuando mi mujer haga el café te voy a regalar uno... Tengo ahí dos cajas de León Jimenes recién llegadas de Santo Domingo. Ya sabes, mi amigo Fredy Ginebra. Y me mandó un ron Brugal que está...

—Eso se llama tener buenos amigos —admitió el Conde—. ¿Y qué me cuentas de tus hijas?

Un relámpago de ilusiones pasó por los ojos del antiguo jefe.

—Están planeando venir de vacaciones para fin de año. La que se casó con el austriaco sigue viviendo en Viena, dando clases de español. La que se fue para Barcelona trabaja en una compañía de seguros... Les va bien a las dos. Pero siempre estoy preocupado por ellas y por mis nietos...

—¿Y ya se te pasó el berrinche? —quiso saber el Conde. Aún recordaba el disgusto del mayor, cuando todavía era mayor, por la decisión de sus hijas de irse de Cuba y armar sus vidas en otras geografías.

—Creo que sí. Ahora me dedico a sacar cuentas del tiempo que llevo sin verlas... ¿Y sabes lo mejor? Mi mujer y yo vivimos de la plata que ellas nos mandan a cada rato. El retiro no da ni para empezar. ¿Te imaginas eso, yo viviendo de los dólares que me mandan mis hijas?

—Tus hijas siempre fueron buenas —opinó el Conde, sin saber cómo salir de aquel terreno minado—. Yo me hubiera casado con cualquiera de las dos...

Antonio Rangel lo miró, con una extraña profundidad, todavía capaz de hacer temblar al Conde.

—A lo mejor no hubiera sido mala idea. Hubiera tenido que soportarte como yerno, no habría tenido los dólares que me salvan

la vida, pero tú hubieras amarrado a alguna de ellas a este cabrón país... ¿Cambiamos el tema?

—Claro —aceptó el Conde—. ¿Viste lo que te traje? —E indicó a Manolo.

—Así que ya eres capitán —dijo Rangel, señalando los grados de Manolo y tratando de abandonar el hoyo de su tristeza.

—Pero me ha salido un poco cabrón —intervino el Conde.

—No le haga caso, mayor, éste siempre está comiendo mierda —protestó Manolo.

—No te preocupes, nunca le hice caso. Pero no me digas mayor... Y a ti qué te pasó —dijo, señalando la cara del Conde—, ¿te arrolló un tren?

—Más o menos.

—Te queda bien ese parche en la ceja. ¿Cuántos días llevas sin afeitarte?

—No te voy a responder. Ya no eres mi jefe...

—Eso es verdad. ¿Y se puede saber qué coño hacen ustedes por aquí?

Mientras bebían el café servido por la esposa del antiguo jefe y el Conde daba fuego a un León Jimenes pálido y sin venas, Manolo le narró a Rangel la versión policial de la muerte de Dionisio Ferrero y las razones por las cuales Mario Conde estaba implicado en la investigación, sin mencionar que el expolicía figuraba todavía en la caliente lista de los sospechosos.

—Pero el Conde anda buscando por otro lado —concluyó el capitán.

—Y ahora estoy más convencido de que pasó algo extraño hace cuarenta y tres años —soltó el Conde.

—¿Cuarenta y tres años? —Se entusiasmó Rangel, policiacamente, y fumó de su tabaco.

—¿Te acuerdas de que alguna vez me hablaste de un teniente de apellido Aragón?

—Sí, claro, fue mi primer jefe. Era un tipo especial.

—Pues el teniente Aragón dejó un caso abierto hace cuarenta y tres años...

—¿El de la mujer que se suicidó con cianuro? —preguntó Rangel, asombrado.

—¿Y cómo tú sabes que es ese caso? —El asombro del Conde superó al de su antiguo jefe.

—Porque según Aragón fue el único que no pudo resolver en su vida. Después de varios meses de investigación, su jefe le ordenó cerrar la investigación. Había muchas evidencias que apuntaban al suicidio, pero Aragón insistía en que había pasado algo raro y quería seguir trabajando...

—Es que de verdad pasó algo raro —ratificó el Conde.

—Espérate, dime cómo fue, para ver si entiendo.

—Aragón aceptó la orden y archivó la investigación, pero tuvo la previsión de no cerrar el caso —dijo el Conde—. Por eso nos costó más trabajo encontrar ese expediente, pues lo creíamos cerrado. Ahora están buscando los demás papeles, el informe de la autopsia, pero en el resumen que tenemos dice que la mujer murió por la ingestión de una dosis mortal de cianuro, aunque en el estómago tenía además restos de antibióticos... Y Aragón pensaba que nadie dispuesto a suicidarse se preocupa por tomar media hora antes un antibiótico para curarse una infección en la garganta. Él apostaba por el asesinato, pero no tenía manera de probarlo, y le faltó tiempo para investigar... Por lo que sé, yo también creo posible que a esa mujer la mataran, tal vez por algo muy grave que sabía. Imagínate que su amante y Meyer Lansky eran uña y carne... Por eso vinimos a verte. Me hace falta ponerte a pensar, tienes que acordarte de algo que Aragón te contara de ese caso...

El exmayor de la policía dejó su tabaco sobre un cenicero y miró hacia el jardín. El Conde sabía que la memoria de Rangel almacenaba una cantidad prodigiosa de información, y ahora sus neuronas debían de hurgar en el recuerdo de las conversaciones sostenidas por años con aquel policía prehistórico, de cuya infalibilidad siempre solía hablar.

—La mujer era joven y muy hermosa. Era cantante... —dijo Rangel, devolviendo su mirada al Conde—. Y Aragón no encontró motivos para el suicidio pero tampoco para el asesinato. Los más sospechosos no tenían motivos que los pudieran incriminar y en la casa había huellas de varias personas, aunque todas tenían coartadas sólidas... La difunta lo tenía todo listo para irse del país, hasta el pasaporte ya visado, y se iba con el hombre que había sido su amante por varios años. ¿El socio de Lansky?

—Anjá, ese mismo. Vas bien —lo alentó el Conde.

—Aragón me contó que le extrañaron mucho un par de cosas: que aquella muchacha no pareciera tener amigas y que su amante se fuera de Cuba tres semanas después del suicidio. También le sonó raro que antes de suicidarse pusiera en el tocadiscos su propio disco... Espera, espera, ya me acordé, lo más sospechoso es que diluyera el cianuro con un jarabe para la tos... Según él, si se iba a matar, se tragaba el veneno y ya, ¿para qué diluirlo en una medicina?

—La mataron, hace rato estoy seguro de eso —afirmó el Conde, con una entonación victoriosa.

—Aragón estaba convencido de que, si hubiera tenido más tiempo, habría encontrado otras pistas, pero estamos hablando del año 1959, no, ya era 1960, cuando empezaron los sabotajes y había muy pocos policías de investigación con capacidad para llevar todos los casos. Por eso le ordenaron olvidarse de la cantante y meterse en otras investigaciones. Además, no había familiares ni nadie que exigiera una aclaración definitiva de lo que pudo haber ocurrido, y él ya no tenía sospechosos... Pero lo que no entiendo es por qué tú quieres relacionar esa muerte con la del hombre de los libros.

Conde sonrió y fumó de su tabaco.

—Ahora, porque sé que la asesinaron. Al principio fue por un presentimiento...

—No lo puedo creer, Conde, ¿todavía tú sigues dando lata con eso de los presentimientos?

—Pero qué tú quieres, Viejo: si de verdad tengo un presentimiento. El amante de esa mujer era el dueño de la biblioteca que heredaron los Ferrero.

—¿Y ese hombre...?

—Se murió en 1961 —intervino Manolo, para demostrar el desvarío del Conde—. Un accidente de auto, en los Estados Unidos.

—¿Entonces? —quiso saber Rangel.

—¿Entonces? —Lo imitó el Conde—. Nada, voy a seguir investigando, porque pienso lo mismo que Aragón: Violeta del Río no se suicidó y estoy seguro de que a Dionisio Ferrero lo mató alguien relacionado con ese misterio. ¿Qué les parece? Si no hubieran matado a Dionisio, nunca más nadie se hubiera interesado por Violeta del Río.

Rangel y Manolo cruzaron sus miradas. Hubieran deseado hacer algún chiste, pero la experiencia les imponía cautela: las premoniciones del Conde solían tener sorprendentes conexiones con la realidad. Observando su tabaco, el viejo Rangel al fin sonrió.

—Conde, hace más de diez años que no te hago esta pregunta... y no me gustaría morirme sin que me respondieras en serio. ¿Por qué carajo un tipo como tú se hizo policía?

Conde fumó de su puro, con una leve sonrisa socarrona, nacida de su memoria más afectiva.

—De verdad verdad no lo supe por muchos años —dijo, ya sin sonreír—. Aunque a veces me gustaba lo que hacía, casi nunca me sentía bien como policía. Después pensé que todo había sido por culpa de los hijos de puta que hacen cosas y muchas veces no pagan por ellas... Pero últimamente, cuando veo cómo va el mundo, creo que alguna vez soñé con arreglarlo un poco para que no fuera un lugar tan jodido, y me tragué la historia de que como policía podía hacerlo. Fue un sueño romántico, ¿no? Ahora sé que nadé contra la corriente, pero no me arrepiento de lo hecho, aunque nunca volvería a hacerlo. Ni muerto volvería a ser policía. Ni con un jefe como tú. Si antes era un agnóstico, ahora soy un descreído... Viejo, ya no creo ni en las cuatro nobles verdades de que habla un

amigo mío... Si acaso en la amistad, en la memoria y en algunos libros. Suena un poco cínico, pero es la verdad. Lo que veo todos los días no me gusta y sería muy violento para mí vivirlo desde la policía. Vendiendo libros viejos me siento más libre, sin poder sobre los demás y sobre todo más conforme conmigo mismo. Y a mis casi cuarenta y ocho años he aprendido que eso es demasiado importante. Cuando puedo, pues disfruto de mis pequeños placeres, lo más lejos posible de todo lo que huele a poder y a creermelo con derecho de pensar por los demás y a tener que cumplir órdenes que a veces no quisiera cumplir. ¿Ves?, ahora tengo más claro por qué no quiero ser policía que la razón de por qué lo fui durante diez años.

Abandonó la cama con la sensación de haber tenido otro encuentro con su amigo J. D., pero sin recordar esta vez el asunto del diálogo: nada, seguramente la meditación y la reencarnación, al cabrón le ha dado por eso y no quiere escribir, pensó, mientras ponía toda la delicadeza que sus dolores residuales le permitían en el intento de alzarse sin despertar a Tamara. Ya de pie, se volteó, y observó por unos segundos el sueño de la mujer, la boca levemente abierta, la bata de dormir plegada, dejando al desnudo unos muslos todavía tersos en su ascenso hacia la prometedora irrupción de las nalgas. Conde se inclinó sobre ella, respiró hasta llenarse los pulmones con el olor a sábana caliente y saliva dulce, a pelo revuelto y vapores femeninos emanantes de aquel cuerpo casi inerte y lo sorprendió la convicción de que ya había cruzado todas las fronteras de la autopreservación porque amaba sin recato a aquella mujer que sentía como propia, con la cual había intercambiado incluso los secretos más íntimos: el chapoteo casi inaudible de la lengua de Tamara en el pozo de la boca y el ronroneo como lastimero que solía emitir en los instantes en que pasaba de la vigilia al sueño, y, ya en el segundo preciso de la definitiva caída en la inconsciencia, la ríspida sacudida que sorprendía a su cuerpo, siempre capaz de alarmar al Conde. Ella, por su lado, conocía y sufría de sus ronquidos nocturnos de fumador con una fosa nasal tupida por efectos de un remoto pelotazo recibido en el rostro, de la ansiedad que lo perseguía incluso en el fondo de sus sueños, la cual, según ella, lo llevaba a adoptar insólitas posturas como la de dormir boca abajo, apoyado sobre los codos y con la frente contra la almohada, como si cumpliera una penitencia musulmana. La cuota de secretos compartidos por años de encontronazos incluía el conocimiento de fobias y temores, de admiraciones y rencores, y la necesaria posesión de las claves para la activación más sutil y eficaz de sus resortes sexuales. El Conde recordó cuánto le agradaba a ella que él le lamiera el clítoris con un movimiento punzante de la lengua, dejando correr su saliva hacia las aberturas de la vagina y el ano, al tiempo que las palmas de sus

manos frotaban los enardecidos pezones, y él sentía al fin la tensión profunda del vientre de la mujer, la alteración de sus inspiraciones y exhalaciones, advertencia del desborde en cascada del silencioso orgasmo. Percibiendo cómo se le recogía el escroto y una gota lasciva le recorría la uretra, el hombre disfrutó del recuerdo de las artes aplicadas por Tamara para hacerlo gozar con toda la plenitud posible, que incluían el lamido de sus tetillas, la caricia del esfínter anal, el repaso lingüístico del pene y los testículos y, ya penetrada, la apertura de sus piernas para que él, de rodillas, disfrutara del espectáculo rosado de sus carnosidades húmedas de saliva y secreciones propicias, y contemplara cómo su miembro de honor, con movimientos taladrantes, hurgaba en el interior cálido de un cuerpo entregado de par en par al placer, al amor y a la fuerza del hombre.

Al descubrirse endurecido por la evocación, Conde pensó si los años no los habían convertido ya en algo más que dos amantes: eran una asentada mezcla de conocimientos y tolerancias que, en algún momento, deberían aceptar como proporción definitiva, pero que ambos trataban de retardar, como egoístas custodios de los últimos restos de una libertad reducida al disfrute de sus soledades periódicas, soledades demasiado amables pues se podían rematar con el tránsito breve de un barrio a otro de La Habana, donde siempre los esperaba la sensación salvadora de seguridad, solidaridad y pertenencia con la cual podían premiarse el uno al otro.

Cuando entró en el baño, desechada la idea de la masturbación a la cual se vio abocado, Conde se detuvo ante el espejo y se dijo que ya estaba bien de parecer una momia mal entizada y de un tirón se arrancó los vendajes colocados sobre la ceja y la parte posterior de la oreja. Observar la costura de tres puntos sobre su piel amoratada le produjo un leve mareo y cambió la mirada, horrorizado de sus propias cicatrices.

Después de beber el café y fumar el primer cigarro del día, consideró las perspectivas de la jornada y decidió que intentaría

hablar con Amalia Ferrero, cumplidos ya los ritos funerarios de Dionisio, y concluyó que también le resultaba imprescindible hacerle una nueva visita a Elsa Contreras, la alguna vez famosa Flor de Loto, ahora refugiada en el nombre y la piel atterradoramente real de la devastada Carmen Argüelles.

Tamara lo sorprendió cuando encendía el segundo cigarrillo, después de beber otra taza de café.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, levantándole la barbilla para observar mejor el estado de la herida.

—Hecho mierda, pero listo para el combate —dijo él—. El café todavía está caliente.

Ella fue en busca de la cafetera y Conde, con el apetito matinal que le habían provocado su reflexiones, observó el movimiento de las nalgas pródigas debajo de la finísima tela del camisón de dormir. Sin poder contenerse dejó el cigarrillo y se acercó a la mujer y, luego de besarla en el cuello, depositó sus manos en las nalgas, abriéndolas como páginas de un libro precioso.

—¿Amaneciste cariñoso? —Sonrió ella.

—Verte a ti me pone cariñoso —respondió él y la empujó suavemente contra la meseta.

—¿Me dejas tomarme el café? —pidió ella.

—Si después me dejas hacer otras cosas...

—Tú estás enfermo.

—Pero no soy contagioso. Y llevo tres días durmiendo contigo como si fuéramos hermanitos. Y ya no puedo más. Por tu culpa estuve a punto de hacerme una paja en ayunas...

—Mario, tengo que ir al trabajo.

—Yo te pago el día.

—¿Como si fuera una puta?

Conde recibió el relámpago del recuerdo. Vio la lengua lasciva de la mulata mercenaria, sus pezones erectos, y hasta oyó su voz, supuestamente erotizante. Con nitidez sintió el recogimiento progresivo de sus partes, como el animal huido que se refugia en su cueva.

—Sí, vete para el trabajo —dijo él y recuperó el cigarrillo, aún humeante y casi consumido.

—¿Qué te pasó? —quiso saber ella, alarmada por la reacción del hombre.

—Nada, nada, estoy preocupado —susurró y salió en busca del teléfono. Pero regresó a la cocina y, como si se confesara por primera vez en su vida, le preguntó a la mujer—: ¿Alguna vez has pensado en serio si deberíamos casarnos? —Y, ante el asombro que su pregunta llevó al rostro de Tamara, agregó—: Era jugando, no te preocupes... —Y salió.

Tamara, todavía sorprendida por la pregunta, se quedó estática, casi sin dar crédito a lo que había oído y, con el teléfono en la mano, el Conde sonrió al escucharla decir:

—¿Serán los golpes que le dieron en la cabeza?

Yoyi el Palomo aporreó con insistencia el claxon de su Chevrolet y el Conde, meditabundo, se despidió de las figuras de concreto de la casa de Tamara.

—¿Qué quieres sacarle a la hermana del muerto? —preguntó el joven, luego de estrechar la mano del Conde y accionar la palanca de los cambios.

—Quisiera sacarle la verdad, pero me conformo con una pista...

—¿Y a la vieja de Atarés?

—Voy a tratar de que me complete la historia. No me dijo algunas cosas. Y no puedo creer que sea por miedo. Ya han pasado demasiados años...

—¿Y vamos tú y yo solos al barrio? No vine preparado. Ando con la cadena y las manillas...

—No te preocupes, no creo que se atrevan otra vez. Allí pasó algo que me gustaría saber. De todas maneras llevamos los trozos de cabilla...

Cuando estuvieron frente a Amalia Ferrero, Conde advirtió que había vuelto a ser la mujer gastada y transparente que encontró

varios días atrás. El remedio alimenticio proporcionado por los libros parecía haberse consumido con el dolor y ahora sus ojos tristes se perdían de vista por el incontenible pestañeo y sus dedos se veían encarnados, al borde del sangramiento, con toda seguridad por haber sido sometidos a una intensa masticación nerviosa.

—La policía me prohibió vender más libros hasta que terminen la investigación —dijo, sin preámbulos, al ver a los recién llegados.

—Vinimos por otra cosa. ¿Podemos hablar unos minutos?

Amalia volvió a pestañear, atacada por un impulso incontrolable, y les cedió el paso hacia la sala. Conde observó las puertas de espejo de la biblioteca, cerradas, y buscó en vano el cenicero de vidrio. ¿Qué coño era lo que le había dicho uno de los hermanos sobre aquella biblioteca? ¿Cuál de los dos habría sido?, trató de hurgar en su memoria, pero la respuesta posible se negó a salir.

—Amalia, me da pena molestarla, pero necesitamos su ayuda. El hombre que vino a comprar libros sigue sin aparecer, aunque nos hemos enterado de otras cosas y tal vez...

—¿Qué otras cosas? —Los ojos intermitentes de la mujer cobraron un destello de vida.

—La cantante de que le hablé, Violeta del Río, se llamaba Catalina Basterrechea. Era la amante de Alcides Montes de Oca.

—Me entero ahora... No lo sabía. Ni idea... —negó, enfática.

—Es extraño que no lo supiera. Ella se iba de Cuba con Alcides. Y si ustedes se hubieran decidido, se habrían ido juntos.

—Pero yo no sabía... Yo no quería irme...

El Conde decidió que había llegado el momento de presionar.

—Su mamá sí sabía. Lo sabía todo... Ella fue la que hizo los trámites para enterrar a esa mujer cuando se suicidó.

—Mamá hacía lo que el señor Alcides le pedía. Ya le dije, era su persona de confianza. Pero yo no sabía...

—Es que siempre hubo dudas sobre si Catalina Basterrechea se suicidó o si la asesinaron.

Al pronunciar la última palabra Conde supo que había pulsado una fibra dolorosa. Una reacción física casi imperceptible había

sacudido a la mujer, poniéndola a la expectativa. Conde dudó, aunque su instinto le indicó que debía hundir el bisturí en busca de los tejidos enfermos.

—Me sigue pareciendo extraño que usted, viviendo en esta casa, tan cerca de su mamá y de Alcides, no se enterara de esa tragedia. ¿Qué edad tenía usted en el 60?

—No sé —titubeó Amalia, pestañeó con insistencia, levantó la mano para llevarse un dedo a la boca, y se contuvo—. Veinte años. Pero era otro tiempo, yo era como una niña.

—Según tengo entendido, ya había empezado a trabajar, se hizo federada, miliciana, aceptó cargos en el banco, en el sindicato...

—Todo eso es verdad, pero no sé nada de ninguna Catalina ni de lo que hacía con su vida el señor Alcides. Y lo que supo mi madre ya no existe, se lo llevó la locura... ¿Complacido?... ¿Por qué no se van y me dejan tranquila? Me siento muy mal, ¿sabe? —La voz suplicaba, el derrumbe era previsible—. Dionisio era mi hermano, ¿entienden eso? Casi lo único que me quedaba en el mundo... Mis sobrinos se fueron. Mi madre se está muriendo. Hoy, mañana... Y esa dichosa biblioteca de mierda...

El rayo partió las tinieblas mentales del Conde e iluminó el recuerdo. Amalia había dicho algo muy personal sobre la biblioteca que podía ser una brecha hacia la verdad.

—¿Qué le pasa con la biblioteca, Amalia? Hace unos días me dijo algo así como que la biblioteca la rechaza y usted la rechaza a ella. ¿Por qué?

Amalia miró a los hombres y movió las pestañas con insistencia. Su voz brotó como un susurro agotado.

—¿Me van a dejar tranquila?

Conde aceptó el fin de la charla con un movimiento de cabeza, más convencido ahora de que en aquella casa, especialmente en la apetecible biblioteca de los Montes de Oca, se escondían secretos inconfesables que quizás Amalia había creído devorados por la memoria perdida de su madre y por el paso a veces salvador del tiempo.

Yoyi insistió en presenciar el diálogo con Elsa Contreras, ¿o sería con Carmen Argüelles?, y el Conde pensó que tenía derecho: al fin y al cabo la policía lo seguía considerando sospechoso de un asesinato del presente que el exinvestigador se empeñaba en dilucidar desde el pasado.

—Como a ti te gustan las cosas lindas y caras, te lo advierto desde ahora: no vas a ver nada agradable —dijo el Conde y penetraron en el barrio.

—No jodas, men, ni que ver a una vieja fea fuera algo del otro mundo... ¿Sabes una cosa? Yo estoy pensando como tú. El que mató a Dionisio no lo hizo para robar. Y estoy pensando, soy muy mal pensado, que Amalia sabe algo, te lo juro.

El Conde sonrió, cuando doblaron por la calle Factoría.

—No hace falta que jures... Ahora te voy a pedir un favor: déjame hablar a mí con la vieja. Aunque se te ocurra lo que se te ocurra, no metas la cuchareta, ¿está bien?

—¿Te gusta hacer de jefe?

—A veces sí, men —dijo el Conde, cuando se asomaron al patio del solar y descubrieron cómo el sitio parecía haber recuperado su ritmo habitual. Al fondo, las dos mismas mujeres del día anterior se dedicaban a lavar grandes bultos de ropa, y el Conde supuso que se ganaban la vida con aquella faena. De algunas puertas abiertas escapaba la música escogida por cada cual, contraponiéndose, rechazándose, en una competencia capaz de reventar tímpanos no entrenados. En un quicio, tres hombres parecían rendir culto a la botella de ron colocada en el suelo mugriento, mientras debajo de la escalera un muchacho se dedicaba a bañar un cerdo con el agua depositada en un tanque de petróleo. En el balcón del piso superior, tras una tendedera cargada de sábanas remendadas y toallas casi transparentes, una negra como de pergamino, vestida de blanco y con sus collares al cuello, fumaba un grueso tabaco. Junto a ella, una mulata joven, con los rizos del pelo abiertos como la cola de un

pavo real, se frotaba los ojos abultados por el sueño recién concluido, para luego rascarse con fruición sarnosa debajo de los senos. Todas las miradas, incluida la del cerdo, siguieron los pasos de los forasteros, que, sin saludar a nadie, avanzaron hacia el fondo del solar.

Carmen Argüelles ocupaba el mismo sillón, en la misma posición del día anterior, pero esa mañana estaba acompañada y Conde supuso se trataría de la sobrina que, según la anciana, vivía con ella. Era una mujer gorda, de aspecto sólidamente vulgar, con tetas de balón y unos cincuenta años macerados, empeñada en acomodar pequeños paquetes en un maletín colocado sobre la cama.

Conde saludó, se disculpó por la interrupción, presentó a su acompañante y le preguntó a Carmen si podían conversar un rato más.

—Ya ayer te conté todo.

—Pero hay otras cosas...

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —intervino al fin la gorda.

—Es mi sobrina Matilde —ratificó Carmen y se dirigió a la mujer—. No te preocupes, vete ya, se te hace tarde... —Y volvió a mirar a los visitantes—. Ella vende turrónes de maní y ésta es la mejor hora...

Conde guardó silencio, esperando la reacción de Matilde, y miró a Yoyi, exigiéndole obediencia.

—Está bien —dijo al fin Matilde, que colocó los últimos paquetes en la bolsa y se la colgó al hombro, para dejar una advertencia en el aire—: Vengo ahorita.

Cuando salió la mujer, Conde y Yoyi avanzaron hacia el interior del cuarto y vieron cómo Carmen sonreía.

—Yo no le dije nada a Matilde del dinero que me dejaste ayer. Si se lo digo, fua, desaparece. Tú sabes, nunca alcanza...

—Ese dinerito es para usted —dijo el Conde, validando la acción de Carmen y dejando entrever la posibilidad de que hoy hubiera otro dinerito al final de la conversación.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó la anciana y Conde se felicitó por la efectividad de su salida—. Ayer te lo conté todo...

—Hay dos o tres cosas... ¿Usted conocía a los hijos de Nemesia, la secretaria de Alcides?

—Tenía dos, un varón y una hembra, pero nunca los vi. Vivían en la casa de Alcides y, claro, a mí no me invitaron allí.

—¿Cómo era la relación de Alcides y Nemesia?

—Ayer te lo dije... Ella le llevaba los papeles y la casa, sobre todo desde que él enviudó. Era una mujer culta, muy inteligente, y un poco dura con todo el mundo, menos con Alcides, por supuesto...

—¿Y nada más? —insistió el Conde.

—¿Qué tú sabes de eso? —se extrañó Carmen.

—Nada —admitió Conde—. No sé nada...

La anciana pareció dudar un momento, sólo un momento.

—Lina me lo contó. El hijo varón de Nemesia era de Alcides. Ellos eran muy jóvenes cuando eso pasó. La familia decidió que lo mejor era casar a Nemesia Moré con el chofer de Alcides, para que le diera el apellido al muchacho. Luego nació la hembra, pero Alcides juraba que no era de él, aunque Lina no se lo creyó. Según ella, era su vivo retrato. A aquel chofer le daban cien pesos al mes por encima de su sueldo, para mantenerlo callado. Lo extraño es que un buen día el chofer desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra, y nunca se volvió a saber de él...

Conde calibró las palabras de Carmen y miró a Yoyi.

—¿Qué se supone que pasó?

—Como suponer, no sé, pero eso está extraño, ¿no?

—La gente no se pierde así como así, y más si tiene un trabajo por el cual le pagan el doble... ¿Lansky? —Soltó el Conde, en un raptó de inspiración.

—¿Lansky qué?

—¿Desde cuándo Lansky y Alcides eran amigos?

—Desde que Lansky empezó a venir a Cuba, por los treinta y pico. Pero empezaron a hacer sus negocios después, cuando la

guerra.

—¿Qué negocios?

—La familia de Alcides tenía influencias y él conocía a todo el mundo. Y Lansky tenía dinero para invertir. Parece que fue eso. Cuando la guerra mundial, Alcides hizo una fortuna importando manteca desde los Estados Unidos. Lansky usó sus conexiones allá para que Alcides tuviera el monopolio de ese negocio... Luciano los ayudó. Cuando aquello, tenía el control del puerto de Nueva York. Alcides le pagó a Lansky conectándolo con la gente que mandaba aquí. Los políticos...

—¿Y qué negocios tenían en 1958, cuando se reunían en el apartamento de Lina? Porque si con Batista ya Alcides no tenía las influencias de antes y a Lansky no lo querían mucho en los Estados Unidos...

—De eso yo no sé...

—Usted sí sabe... Hace cincuenta años de eso, Carmen. Ya todos están muertos, no pueden hacerle nada. Pero estoy seguro de que era algo muy complicado... Por creer que estaba averiguando sobre eso le volaron la mano a un hombre.

—¿El periodista?

—Ese mismo. ¿Cuál era el negocio?

—De verdad no lo sé, pero ellos estaban tramando algo.

—¿Además de los hoteles y el juego?

—Claro, además de eso.

—¿Drogas?

La anciana negó con la cabeza, enfáticamente.

—Carmen —dijo el Conde, y lanzó su última carta—, tal vez por esa historia mataron a su amiga Violeta... Lo del suicidio fue una puesta en escena, aunque nadie se la tragó. Ni siquiera la policía... Tampoco usted se la tragó. Pero Violeta era su amiga y usted se quedó callada...

La anciana bajó la vista hasta su brazo muerto. ¿Le dolería el brazo o la conciencia?, se preguntó el Conde. Cuando levantó la mirada algo había cambiado en su expresión.

—No, Alcides no lo hubiera permitido. Él era un gran hijo de puta, pero estaba enamorado de Violeta. No, nadie la mató por algo que ella supiera...

—¿Está segura de que Alcides no estaba complicado en el tráfico de drogas?

—Alcides no se hubiera metido en eso de las drogas, estoy segura, y Lansky, que era el jefe de todo lo que hacía aquí la mafia, recibía comisiones, pero no participaba personalmente. La droga era el negocio de Santo Trafficante, el hijo. Lansky se había empeñado en ser un hombre de negocios, quería vivir sin tener detrás a la policía, como su amigo Luciano, que haló cárcel, lo botaron de los Estados Unidos y tuvo que irse para Sicilia, donde su vida no valía un medio. El judío cuidaba su imagen en Cuba como lo más sagrado y se quitó de cualquier cosa que pudiera afectarle. Al menos se quitó directamente, ¿me entiende?... Además, con los proyectos para hacer hoteles y casinos que iban a dejar millones de millones, todos limpiecitos, no podía arriesgarse con negocios sucios. Pero dejaba hacer a otros y siempre le caía su comisión...

—Entonces, ¿qué podían tramar con tanto misterio esos dos? Si sus negocios eran legales...

—Ahí sí no puedo ayudarte, pero no sé por qué, a lo mejor tenía algo que ver con la política.

Conde miró otra vez al Yoyi, como buscando un punto de apoyo. Aquella idea escapaba de todos los esquemas armados hasta ese instante, pero iluminaba el vacío existente en aquella historia.

—Sí, a lo mejor... por eso andaban con tanto sigilo. Pero ¿qué podía ser?

—Ellos hablaban mucho de Batista, siempre mal. Pensaban que iba a joderlo todo. Alcides le tenía un odio a muerte, y Lansky decía que era un tiburón, no paraba de tragar dinero, pero el país se le estaba yendo de las manos y les iba a joder el gran negocio.

—Claro, y Batista se lo jodió —pensó el Conde en voz alta, aunque se sintió perdido en un mar de ideas y posibilidades.

—Se empeñó en ganar la guerra y la perdió —comentó Yoyi, incapaz de soportar por más tiempo el mutismo obligatorio—. Lansky y Alcides tuvieron que irse y perdieron una fortuna... Al final Batista era un estorbo para ellos.

Conde miró a Yoyi y recordó que el muchacho era un león de la calle pero también, aun cuando lo olvidara con demasiada frecuencia, había pasado por la universidad y algo debía de haber aprendido.

—Otra cosa, Carmen —dijo Conde, con mayor suavidad—. ¿Por qué usted se cambió de nombre y se le perdió a los del registro de direcciones?

La anciana miró al Conde, y luego a Yoyi. Sonrió con picardía.

—Hay cosas que es mejor esconder... ¿Sabes que yo conocí a tu padre?

Conde, sorprendido con la salida de Carmen, trató de evitar el previsible derrumbe.

—No estamos hablando de mi padre —intentó disuadirla.

—No te preocupes, no es nada terrible... Tu padre iba a cada rato a oír cantar a Violeta y empezaba a darse tragos, hasta que se caía de la silla. Dos veces vi cómo lo sacaban a rastras del club. Tu padre era un cobarde, nunca tuvo valor para acercarse a Violeta. Yo hablé con él dos o tres veces, me daba lástima. El pobre infeliz, estaba enamorado como un perro... Estuvo dándole vueltas a Violeta hasta que alguien le dijo que si quería seguir caminando con las dos piernas, mejor no aparecía más por donde ella estuviera cantando. Desde ese día no volví a verlo...

Conde sintió cómo cada palabra de la anciana le laceraba la piel. Pero decidió que ése no era el momento de dejarse vencer por descubrimientos que lo superaban.

—Lo siento por mi padre... Pero no me ha dicho por qué usted se escondió y se cambió de nombre...

La anciana volvió a mirarse el brazo muerto.

—Louis Mallet no volvió nunca a Cuba. Yo no me decidí a irme en 1960, en 1961..., y cuando vine a ver, me quedé trancada aquí.

El dinero se me fue volando, tuve que volver a trabajar, pero ya tenía más de treinta y cinco años y lo que hice fue montar un burdel en Nuevitas, cuando todavía se podía. Todo eso se jodió enseguida y me metieron en una especie de escuela, para regenerarme. Hasta me enseñaron a coser. Pero tenía la ficha de puta pegada en la espalda, y cuando tuve un chance de quitarme eso de arriba, lo hice. Empecé a usar mi verdadero nombre y metí a Carmen a costurera, aquí en Atarés, y dejé a Elsa Contreras puteando unos años más, con la fama de haber sido Flor de Loto en el Shanghai de La Habana. Pero ser puta a los cuarenta años es del carajo. Tienes que templarte a cualquier cosa, sin cobrar mucho, porque además la competencia se puso por las nubes: como las mujeres ya eran libres y soberanas, iguales a los hombres, pues templaban por ver la leche correr, las muchachitas empezaban a singar como desaforadas a los catorce años y a nadie le importaba acostarse con quien fuera por gozar la papeleta, total, lo dicho, todos éramos iguales y gozábamos iguales, ¿no? En medio de esa locura yo conocí a un hombre..., un buen hombre..., y decidí enterrar para siempre a Elsa Contreras y guardar a Flor de Loto en esa gaveta... Por cierto, el muchacho no ha visto la foto —dijo, como si se estuviera refiriendo a otra persona, seguramente muerta—. Mira, enséñasela y déjame el dinerito de hoy debajo de la caja, para que Matilde no lo vea cuando regrese... Esa gorda de mierda se lo come todo...

Conde sonrió, se dirigió en busca de la foto y se la entregó a Yoyi. Del bolsillo sacó unos billetes, dispuesto a depositarlos en la gaveta, pero de pronto pareció cambiar de idea.

—¿Y qué más?

La anciana no pareció entender la pregunta. Tampoco Yoyi, quien dejó de mirar la foto.

—¿Cómo que qué más? —preguntó Elsa.

—Falta un pedazo de la verdad que usted conoce. Pero es un pedazo importante. Y ya le dije, hace de todo eso más de cuarenta años. Y ésos son muchos años para tener miedo...

Carmen vio cómo Yoyi devolvía la foto a su caja y se la entregaba al Conde, que antes de tomarla guardó en el bolsillo los billetes de la recompensa prevista.

—La última vez que lo vi, cuando Alcides fue a montarse en su carro, frente a la Western Union —dijo la anciana, con voz apagada—, me dijo que Violeta le había partido el corazón.

—Eso ya lo sé —recordó el Conde—. Lo que no entiendo es por qué dijo eso. Si Alcides no tuvo que ver con su muerte, él debía de saber mejor que nadie que Violeta no se había suicidado. Él tenía que sospechar que la habían matado. ¿Por qué se fue y lo dejó todo así? No, ese hombre le dijo otra cosa...

La anciana volvió a mirar su brazo. Sin levantar la vista empezó a hablar:

—Lo que me dijo Alcides es que no metiera la nariz donde no debía. En ese momento él no podía arriesgar el futuro de sus hijos y por eso se iba, pero pensaba volver en cuanto pudiera, porque tenía que arreglar aquí ciertas cosas. Y su chofer, el negro Ortelio, se iba a ocupar de algunos de sus negocios y uno de ellos era que nadie revolviera la muerte de Lina o sus reuniones secretas con Lansky. Todo, como Lina, debía quedar muerto y sepultado hasta que él volviera y lo desenterrara. Por mi bien, me dijo, yo debía olvidarme de todo, especialmente de comentarle aquella conversación a la policía... Y lo dijo de una manera que todavía me espanta. Por eso cerré la boca y no averigüé más. Aquel hombre no era de los que te pedían algo por gusto y luego se olvidaban. No, nunca fue de esos...

4 de marzo

Querido mío:

Las voces que me persiguen me han obligado a hacer lo que mi conciencia se rebelaba a ejecutar. Ellas me han ordenado seguir adelante, en busca de la verdad definitiva, no ya para demostrarte mi inocencia, en la cual tal vez nunca creerás, sino para ratificar la tuya, puesta en duda por tu

propia hija, y encontrar al fin la paz de saber que no cometiste ese acto tan atroz con alguien a quien decías amar. Pero lo cierto es que temo, cada vez con más fuerzas, si hallar esa verdad no resultará mucho más terrible que vivir esta condena de olvido y abandono, muchísimo más doloroso que la incertidumbre de hoy.

Durante días he tratado de localizar el paradero de esa mujerzuela que bailaba desnuda y fue tan amiga de esa mujer, confiada en que tal vez ella me pudiera dar alguna información capaz de orientarme. Pero mi esfuerzo ha sido vano. Los sitios que una persona de su oficio podía frecuentar han sido clausurados por el gobierno, como parte de su campaña de liquidación del pasado. No pude encontrarla en el apartamento que le rentaba tu amigo ni en una dirección de La Habana Vieja donde una vez me comentó vivía su hermana menor.

Por eso me llené de coraje y busqué al teniente que investigó la muerte de esa mujer y esta vez fui yo quien hizo las preguntas. El hombre accedió a verme en su despacho, por una media hora, pues dice estar desbordado de trabajo con las conspiraciones y sabotajes que se suceden por todas partes, como reacción previsible a los decretos revolucionarios. Aun así fue amable y escuchó mis razones para querer saber algo más sobre el destino final de esa mujer. Él me confió que, al principio, también había pensado en la posibilidad de que tú estuvieras detrás de su muerte. Ellos te conocen bien y saben de tu amistad con ciertas personas que él sólo quiso calificar de peligrosas. Saben además que en tus días de estudiante en la universidad formaste parte de los piquetes políticos más violentos y desde esa época demostraste ser un hombre capaz de todo. Pero, precisamente por tu manera de ser, el modo en que ella murió parecía incongruente con tu carácter y muy pronto se convenció, al observar tu reacción ante lo sucedido, de que

no tenías relación directa con su muerte y por eso te dejó partir. ¿De quién sospechaba entonces?, le pregunté, y me respondió categóricamente que si de verdad ella no se había suicidado, como siempre ha creído, su muerte debió de haber sido preparada y ejecutada por una mujer, y me explicó cómo la falta de violencia y la oportunidad ofrecida por el frasco de jarabe eran detalles muy femeninos, y lo orientaban en aquella dirección. Su primera sospechosa fue la bailarina, debido a sus antecedentes, pero un par de conversaciones con ella le hicieron descartarla. Me confesó que más de una vez había pensado (¿ves?, como tú) si no había sido yo la culpable de todo, pues incluso era la única persona con acceso reconocido al apartamento y porque, al darse cuenta de nuestra relación (¿cómo pudo descubrirlo ese hombre?), le parecí quien más motivos acumulaba para desear su muerte. Sin embargo, al ver las consecuencias que me había traído lo ocurrido, le resultó evidente que yo debí de haberlas calculado y por eso decidió posponerme como sospechosa, sin eliminarme del todo. ¿Y entonces?, le pregunté. Entonces me quedé con las manos vacías, me dijo, y a su pesar debió aceptar la exigencia de sus superiores de posponer el caso y decretar el suicidio como causa probable de la muerte, aunque él siguió convencido de que había sido un asesinato y que el ejecutor, o más bien la ejecutora del crimen, era una persona con algún motivo terrible, para él desconocido, pero suficiente como para desear y atreverse a concretar su necesidad de venganza.

Como te podrás imaginar, esta conversación me ha calmado y me ha alterado, todo a un tiempo. Estar casi segura de que tú eres tan inocente como yo me ha traído una paz que funciona como un bálsamo para mi atormentado cerebro (el pobre no deja de oír voces, incluso ya en pleno día) y me ratifica por qué has pensado con tanta vehemencia (como lo pensó el policía) en mi posible culpabilidad. Pero

descartados la bailarina, tú y yo como culpables: ¿quién queda? Es tan horrible la idea que ahora anda rondando mi mente, tan tremenda la sospecha, que prefiero cerrar los ojos y los oídos, callar mi boca, pues darle forma a ese pensamiento me haría enloquecer, definitivamente... Además, ¿qué pruebas tengo? Ninguna. Un poco de odio, una dosis de frustración, una porción de resentimiento no pueden ser los ingredientes capaces de convertir a alguien siempre dulce y gentil, diría que dócil, en un asesino, empeñado en revertir el destino y capaz de sacrificar a una persona con la cual ni siquiera se ha hablado una palabra en la vida. ¿No piensas como yo? Dime que tú tampoco lo crees, que no puede ser, que estoy loca o soy una desnaturalizada por pensar algo tan brutal y desquiciado, dímelo, por favor.

Te quiere siempre, te quiere más, te necesita tanto en estos momentos terribles...

Tu Nena

Mario Conde decidió, sumaria y unilateralmente, que su convalecencia y su relación con los antibióticos habían terminado y le pidió a Yoyi que se detuviera ante un mercado con el propósito de hacer requisa para la imprescindible celebración del histórico acontecimiento. Los sucesos de los últimos días, empeñados en trastocar una rutina a la que casi se estaba acostumbrando, habían alterado sus nervios y puesto su cerebro a funcionar a una velocidad de vértigo. Y, para calmar nervios y neuronas vertiginosas, Conde no conocía mejor remedio que una sesión profunda de tragos y conversación.

Las seis botellas de ron, colocadas sobre la mesa de hierro y cristal, eran un desafío. El flaco Carlos, que hacía muchos años había dejado de ser flaco, las miraba, goloso, como si fueran joyas invaluables. El Conde, constatando la felicidad palpitante en los ojos de su amigo, volvió a preguntarse si estaba haciendo lo correcto al

facilitarle los medios de un suicidio gradual. Pero viéndolo probar el primer trago, con fruición física y mental, pensó otra vez que ayudarlo a salir de aquel cuerpo devastado con el cual Carlos no quería vivir era la prueba más ardua que debía resistir su sentido de la amistad y de la vida misma, pero a la vez un acto supremo de amor con cuyo desenlace previsible él sería el principal perdedor: cuando no estuviera el Flaco, ¿adónde iría el Conde con sus palabras, con su sed de ron, música y nostalgia?

—Tenemos un solo problema, Conde. —Carlos movió la silla hacia donde su amigo, meditabundo, lo había visto beber el primer trago—. Cuando se te acabe el dinero, vamos a tener el pico mal acostumbrado. Este ron es demasiado bueno.

—Eso es verdad, salvaje, aunque no es tan grave —dijo el Conde—. A lo malo siempre se acostumbra uno. Nosotros sabemos mucho de eso, ¿verdad?... Pero no te preocupes, Dios proveerá, me lo dijo Candito y él nunca me ha fallado.

—Bueno, al menos por ahora está proveyendo...

—¿Y el Conejo y Candito? —quiso saber el Palomo, ya con su vaso servido en la mano.

—Deben de estar al llegar —informó Carlos y bebió medio vaso de un golpe.

La tarde había caído súbitamente, como solía ocurrir en aquellos finales del verano caribeño, pero el calor apenas había remitido. Sin embargo, en el patio de Carlos, bajo los árboles y las orquídeas recién humedecidas, la temperatura parecía soportable.

—Ya que estamos celebrando, vamos a oír música, ¿no, Conde? —Se entusiasmó el Flaco e indicó hacia la grabadora y el grupo de casetes colocados bajo la ventana.

—¿Y qué oímos?

—¿Los Beatles?

—¿Chicago?

—¿Fórmula V?

—¿Los Pasos?

—¿Credence? —preguntó el Conejo, recién llegado, para poner fin a la cíclica representación en la cual solían enfrascarse Carlos y el Conde, orgullosos y satisfechos de poseer algo invariable, totalmente propio, que nadie, ni siquiera el tiempo, los golpes, las frustraciones, las negaciones y las ausencias, había sido capaz de arrebatarse. ¿Y la muerte? Me cago en la puta madre de la muerte, se dijo Conde, y señaló a Carlos con el índice:

—Anjá, Credence... —Y de inmediato agregó, como disgustado —: Pero no me digan que Tom Fogerty canta como un negro...

—Ya, ya, canta como Dios... Lo que yo digo —sonrió Yoyi, cansado de seguir con la cabeza el vaivén de la pelota en que se enfrascaron los otros—. Ustedes son increíbles, parecen de mentira, por mi madre te lo juro... ¿Cuántas veces han hablado de lo mismo?

—¿Y cómo va tu averiguación, Conde? —quiso saber el Conejo, ya armado con su vaso de ron y sin prestar demasiada atención a las preocupaciones del joven.

—Complicada, porque tengo la sensación de que la verdad está aquí, delante de mis ojos, y no puedo verla.

—¿Cómo se come eso? —preguntó Carlos.

—Estoy convencido de que la muerte de Dionisio tiene alguna conexión con la de Violeta del Río, que no se suicidó. Pero las únicas personas que me pueden relacionar esas dos muertes son Amalia Ferrero y su madre... La madre está loca hace cuarenta años y Amalia jura que ella no sabe nada.

—¿Y tú le crees? —intervino Yoyi.

—No... Y ése es mi problema. Desde el principio ella está escondiendo algo, tal vez lo hizo para proteger a Dionisio... ¿O a su madre? ¿O a la memoria de Alcides Montes de Oca?... Al fin y al cabo parece que Alcides era su padre... ¿Pero cómo hago para que cuente esa historia?

Carlos, Yoyi y el Conejo se miraron y llegaron a la misma conclusión. Yoyi asumió el papel de portavoz:

—Suéltasela a la policía, qué carajo. Que la interroguen como nos interrogaron a nosotros, que la fichen y la maltraten un poco

como ellos saben hacerlo: ¡siéntese aquí!, ¡no hable ahora!, ¡baje las manos!, ¡nosotros somos los que preguntamos!, ¡es mejor que colabore!, ¡míreme a los ojos!... Sutiles que son ellos. ¿Tú también eras así, Conde?

El otro optó por no responderle.

—Manolo ya habló con ella y no sacó nada en limpio. Pero él dice que es una exageración mía decir que lo de Violeta tiene relación con lo de Dionisio. Aunque lo he puesto a pensar.

—¿Y eso de Lansky y Alcides Montes de Oca?, ¿qué te parece eso, men? —Yoyi cargó su vaso de hielo y se sirvió otra dosis de ron.

—Ésa es otra parte de la historia. A lo mejor nunca se va a saber qué tramaban juntos, pero tengo una idea...

—¿Cuál? ¿A ver? —Se entusiasmó el Conejo.

—Ellos querían sacar a Batista del medio. El negocio se iba a pique y Alcides Montes de Oca no lo tragaba... Pensaba que Batista era una desgracia para este país. A lo mejor estaban planeando matarlo...

—Eso suena bien —admitió el Conejo—. Si liquidaban al mulato tenían la posibilidad de maniobrar y no perder lo que estaban montando aquí.

—Pero algo pasó para que no lo hicieran, si era eso lo que pensaban hacer —divagó el Conde.

—Se les acabó el tiempo —dijo el Conejo—. La guerra se terminó demasiado rápido, y ya no hubo remedio.

—Puede ser —admitió Conde.

—¿Y el negro misterioso? —Fue Yoyi el que intervino ahora—. ¿Por qué sigue sin aparecer nadie que cuadre con ese personaje?

Conde se sirvió otro trago. Miró el fondo del vaso como si allá, debajo de las capas de ron, estuviera el oráculo de las respuestas y su mente recibió un corrientazo iluminador.

—¿Pero cómo no se me ocurrió antes? Cojones...

—¿Qué cosa? —indagó Carlos.

—Ese negro no existe. Nunca existió. Fue un bluff para sacarnos más plata. Me cago en...

—Pero ¿y las huellas? —La lógica del Conejo hizo su aparición.

—Son de cualquiera. De uno que vende cebollas por la calle, del cobrador de la electricidad... Alguien que por alguna razón entró en la biblioteca...

—Espera, espera, Conde. —Carlos trató de poner cordura a la conversación—. ¿Esas huellas estaban ahí para confundir a la policía o por casualidad?

—Claro que por casualidad. Alguien entró allí por cualquier motivo, menos para comprar libros. Nadie en el negocio se puede haber enterado de que ésa era la biblioteca que estábamos trabajando Yoyi y yo, porque no se lo dijimos a nadie.

—¿Y los libros que faltan, men? —Siguió Yoyi.

—No falta ningún libro. Sacaron esos seis de su lugar y los pusieron en otra parte.

—¿Pero quién los sacó y no se los llevó? Tienen que haber sido Dionisio o Amalia.

—¿Entonces quién coño mató al Dionisio ese? —El Conejo no parecía convencido con las suposiciones del Conde.

—Lo mató alguien que no tenía ninguna relación con el negocio de los libros. A Dionisio lo mataron por otra cosa, algo que, fuera lo que fuese, estaba en la biblioteca.

—¿Y tú dices que no era un libro? —intervino Carlos.

—Es lo que me parece —dijo el Conde y levantó la palma de su mano a la altura de los ojos—. Sí, lo tengo todo aquí y no puedo verlo.

—Eso pasa a veces —dijo Candito y con la mano saludó a los amigos.

—¿Qué hubo, Rojo? ¿Hoy vas a darte un trago?

—No, hoy tampoco.

—¿Tienes al cristiano de guardia? —Conde sonrió, pero de inmediato comprendió que había hecho un mal chiste.

—Sí, porque vengo de un velorio. —Candito se reclinó en una butaca de hierro, parecía cansado.

—¿Quién se murió, tú? —quiso saber Carlos.

—El hermano de un miembro de mi iglesia. Tú lo conocías, Conde..., se llamaba Juan Serrano, le decían Juan el Africano.

El Conde dejó su vaso en el suelo y miró a su amigo.

—¿De qué tú estás hablando, Candito?

—Lo encontraron ayer. Llevaba dos días muerto. Estaba en una cisterna abandonada en el patio de la termoeléctrica de Tallapiedra.

El dolor era un peso muerto, anclado detrás de los ojos, una mancha oscura de la cual no lograba deshacerse, aunque tenía la impresión de que si conseguía meter la mano dentro del cráneo podría atraparlo y arrancarlo de allí, para su inmediato alivio. A pesar de que se había suministrado una dosis doble de duralginas y de haber gastado todo el contenido de un pote de pomada china, Conde presentía que la jaqueca no lo abandonaría y decidió asumirla como un hombre.

Cuando enfiló por la calle Esperanza, en busca del corazón enfermo del viejo barrio de Atarés, todavía era incapaz de explicarse por qué lo hacía o qué buscaba. Mientras caminaba por las aceras trituradas, evadiendo escombros y basuras petrificadas, pensó que la circunstancia de nacer, vivir y morir en aquel sitio era una de las peores loterías que podía tocarle a un ser humano. Como la que te hace nacer en Burundi o en Bombay o en una favela brasileña, en lugar de ver la luz en Luxemburgo o en Bruselas, donde nunca pasaba nada y todo suele ser limpio, ordenado y puntual. O en cualquier otro sitio amable, pero lejos de aquel barrio donde se mamaba la violencia y la frustración histórica, se crecía entre la fealdad más insultante y la degradación moral cotidiana, entre el caos y los acordes de las trompetas feroces del Apocalipsis, dispuestas entre todas a atrofiar para siempre las capacidades de discernimiento ético de una persona y convertirla en un ser primario, sólo apta para luchar y hasta matar por la supervivencia.

Los olores insultantes, el paisaje de edificios devastados, los ríos urbanos de detritus humanos, las rejas cada vez más sólidas tras las cuales se parapetaban los vecinos, la respuesta agresiva como expresión de necesidades acumuladas por siglos y generaciones, convertían en condenados sin causa ni juicio a los maldecidos por el destino, hacinados en aquel lugar, obligados a purgar su fatalidad con el peso de una vida de zozobras y años de estancia carcelaria, una vida de mierda que podía terminar con el dolor frío de las navajas empuñadas en partir el corazón de una persona que, como

colofón a tanta desgracia, recibía por tumba el fondo pútrido de una cisterna abandonada.

Conde se adentró en el barrio, acariciando con vehemencia la barra de acero envuelta en una bolsa de nailon, dominado por el deseo irracional de encontrar a alguien en quien descargar su odio, y pudo comprobar que definitivamente había pasado la conmoción del primer momento, aquel silencio antinatural que dos días atrás reinaba en aquellas calles sin que él hubiera sido capaz de explicarse sus razones. Porque otra vez la vida —si así podía llamarse— le había recuperado su miserable normalidad en aquel círculo infernal. Total, sólo se trataba de un muerto más. La música volvía a ser dueña de la atmósfera, en competencia con los gritos de los vendedores; la gente se agrupaba en las esquinas, indolentes, con las miradas turbias de siempre; las mujeres se empeñaban en exhibir los volúmenes de sus carnes; los bicitaxistas, llegados desde el oriente del país en busca de la oportunidad de su vida, sudaban su frustración miserable, pedaleando en contra de sus estómagos mal pertrechados y sus espaldas maceradas. El agobio y la desesperanza recuperaban un trono momentáneamente cedido al dolor y al miedo.

¿Qué códigos había violado el Africano para que se decretara su muerte? ¿Simplemente una deuda de mil, dos mil, tres mil pesos bastaba para que se decidiera el destino de un hombre? ¿Eran ésas las leyes de una mafia emergente, dispuesta a imponer respeto con castigos ejemplarizantes a los transgresores y advertencias dolorosas a los fisgones? Conde recordó que casi cincuenta años atrás otra mafia había castigado alevosamente la curiosidad de un periodista metido donde no debía estar, y que él mismo, apenas cuatro días antes, se pudo considerar afortunado por haber escapado sólo con una golpiza y un par de cicatrices. Pero el pobre Africano...

Cuando llegó a la calle del Alambique, con una disposición física capaz de sorprenderlo, Mario Conde ascendió hasta el tercer piso del desvencijado edificio y atravesó, por primera vez sin temor

alguno, los tablones tendidos sobre el vacío. Pasó frente a la puerta de la que había sido la casa del Africano, precintada ahora con un sello policial, y buscó el acceso a la azotea.

La luz deslumbrante del sol de las diez de la mañana refulgía contra las soladuras descoloridas y agrietadas del techo y el Conde se arrodilló junto al respiradero sanitario y metió el brazo, hasta más allá del codo. Con los dedos en pinza extrajo el sobre de nailon que él mismo había devuelto a su escondite con setecientos pesos. Colocó el sobre en la azotea y metió nuevamente el brazo, hundiéndolo hasta el dolor que le hería en la axila, y sintió en la yema de los dedos una superficie sintética, negada a dejarse atrapar. Casi acostado en el suelo, empujó un poco más el brazo, atrayendo con sus dedos la resbalosa superficie, para hacerla rodar hacia la palma de la mano, que al fin se pudo cerrar sobre una redondez dura y familiar.

Sin preocuparse demasiado por la fricción dolorosa que sintió en la piel del codo y los nudillos, sacó el brazo y la mano, en la cual venía atrapada la pelota de beisbol envuelta en varias capas de celofán. Sentado sobre las soladuras quitó los envoltorios y observó la caprichosa esfera que, en un terreno de juego, podía regir los deseos y necesidades de tantas personas. La del Africano era una pelota corriente, muy usada, a juzgar por la porosidad de la piel, el desgaste en las costuras, las manchas de tierra que, sin embargo, todavía dejaban ver los trazos negros de una firma estampada sobre el forro de cuero. Con un dedo mojado en saliva Conde limpió delicadamente el área grabada y pudo leer un nombre escrito con letra torpe y diminuta: Ricardo Lazo. Recordó a aquel catcher del equipo Industriales, muerto hacía muchísimos años en un accidente, pero que en sus días de gloria se había destacado por su elegancia para recibir los lanzamientos y, sobre todo, para capturar los foulfllys. A pesar del tiempo y de la muerte, pensó, acariciando la pelota, Ricardo Lazo todavía era importante para la memoria de alguien y trató de imaginar cuánto podía significar aquella pelota en la vida del hombre ahora muerto, para que hubiera decidido ocultarla como el

mayor de sus tesoros. ¿Cómo la había obtenido? ¿Qué hazañas le evocaba aquella circunferencia capaz de adaptarse perfectamente entre los dedos de un hombre, aquel volumen hecho a la medida de los sueños? Sus preguntas ya no tendrían respuesta, al menos mientras el Conde estuviera en la tierra y el Africano en el infierno. Pero allá se encontrarían alguna vez, en el tiempo de la eternidad, y el Conde, después de pedirle perdón y de decirle cuánto lamentaba no haberle regalado los tres, cuatro mil pesos en que habían tarifado su vida, le preguntaría todo lo relacionado con aquella pobre y gastada pelota que alguna vez disfrutó de la realización inconmensurable de un encuentro retumbante y sólido con un bate de madera.

La vista se le nubló y Mario Conde comprendió que estaba llorando. Un sentimiento de frustración, rabia, impotencia le estaba sacando las lágrimas que ni siquiera los golpes y el dolor físico habían hecho brotar. Lloraba por el Africano y lloraba por sí mismo, por sus errores y culpas, por la vieja pelota de beisbol y por los desconocidos que alguna vez habían jugado con ella y, seguramente, compartieron con el difunto expresidiario el dolor de atravesar cada día una existencia miserable entre las cuatro paredes del barrio y ahora pretendían escapar de aquella cárcel mayor por los caminos de la violencia. Lloraba por la muerte de tantos sueños, esperanzas y responsabilidades históricas. Con el revés de la mano, violentamente, se secó los ojos, recuperó las tiras de celofán y volvió a acostarse sobre la azotea, para devolver la pelota a su sitio. Pensó que debía permanecer allí hasta que se produjera el inminente derrumbe del edificio, quizás el de toda la ciudad, resquebrajada y podrida. Quiso imaginar si ese día infernal no habría alguien, tal vez uno de los hijos de Juan el Africano, que pudiera encontrarla enterrada en la montaña de escombros en que se convertiría todo aquello sobre lo cual estaba, ya de pie, un hombre culpable, por omisión y por participación, por indolencia y empecinamiento, llamado Mario Conde.

Aturdido por el dolor de cabeza se echó en el bolsillo el sobre con el dinero y caminó hacia el borde de la azotea. Observó el panorama del barrio, con sus tendederas de ropa gastada, las ruinosas casetas de cría de palomas y cerdos, las desvencijadas antenas de televisión, los improvisados techos de zinc bajo los cuales dormían los bicitaxistas orientales y, en la calle, el tráfico de personas enfrascadas en la búsqueda de una vía para mejorar un destino marcado por aquella deteriorada geografía.

El grito, escapado de sus entrañas, brotó como un vómito incontenible y recorrió las azoteas heridas de muerte, las paredes agrietadas, las escaleras precarias, las puertas huérfanas de pintura pero plagadas de pestillos y cerraduras, las calles malolientes, rebotando, saltando, extendiéndose por la atmósfera, sin que nadie pudiera atraparlo, hasta llegar a los confines del barrio y del miedo, y seguir libre, más allá, más allá, quizás sobre el mar, para navegar empecinadamente hasta donde se pierden los dolores y los recuerdos.

—Hijos de puta —gritó, con la voz rajada, hasta perder la respiración, y recalcó—: Hijos de puta, yo estoy aquí —casi sin aliento, con el horizonte nublado otra vez por las lágrimas y la cabeza a punto de estallarle en mil pedazos por las patadas del dolor.

Abrió los ojos lentamente, casi con precaución, y comprobó que se había liberado del dolor. ¿A quién podía agradecerle el milagro? ¿A Dios, que parecía existir cada vez menos, a Buda el Iluminado o al terrenal inventor de las duralginas? La oscuridad, dueña ya de la habitación, le confirmó la llegada de la noche y calculó que la carga de analgésicos ingeridos lo habían vencido por dos o tres horas.

Ahora escuchó los golpes en la puerta y comprendió que un primer llamado había sido el causante de su despertar, y desde la cama gritó: «¡Ya voy!», antes de incorporarse.

Por primera vez en muchos días la presencia de Manolo fue bien recibida por la sensibilidad maltrecha del Conde, y casi sonrió al ver el rostro fatigado del policía.

—Me dijeron que querías verme —dijo el capitán Manuel Palacios y el Conde asintió.

—Ven, vamos a hacer café.

—¿Tú estabas durmiendo a esta hora? —preguntó, con un dejo de envidia.

—Se me partía la cabeza —explicó el Conde, luego de colocar el polvo en el colador y cerrar la cafetera—. Hoy ha sido un día extraño. ¿Qué día es hoy?

—Jueves. ¿Por qué? —quiso saber Manolo, acomodado en una de las sillas de la cocina, los brazos sobre la mesa, y el Conde levantó los hombros, restándole importancia al día de la semana—. ¿Ya no estás bravo conmigo?

—Estoy empingado con el mundo. Cada día me convenzo más de que es un lugar de mierda... Pero como hoy es jueves, creo que a ti te voy a perdonar.

—Menos mal —movió la cabeza, sin expresar otra emoción, y agregó—: Estoy hecho tierra, coño... A ver, ¿qué querías?

—Dime lo que saben de la muerte de Dionisio.

—Lo mismo, estamos empantanados. ¿Y tú?

—Tengo una idea, pero debemos trabajarla entre los dos.

—A ver —dijo Manolo, sin mayor interés.

—Espérate, está colando.

Mario Conde le puso la dosis mínima de azúcar con la cual solía endulzar el café y sirvió dos tazas. Bebió el suyo, de pie, soplando con insistencia, y luego le dio fuego a un cigarrillo.

—Quedó bueno, ¿eh?

—Conde, estás así, no sé, apagado... ¿Qué te pasa?

—Todo... Bueno, a lo que íbamos. Estoy seguro de que la hermana de Dionisio sabe algo y no lo quiere decir. En esa biblioteca hubo o hay algo que es la explicación de lo que pasó allí.

—¿Sigues con eso?... A ver, ¿qué tú quieres hacer?

—Revisar a fondo la biblioteca, obligar a Amalia a que nos deje hablar con su madre, a ver si de verdad está tan loca como ella dice. Y quiero que tú la interrogues a ella otra vez, pero apretándola hasta donde puedas.

—Conde, es una mujer, tiene más de sesenta años. No es una delincuente. ¿Tú sabes que es militante del Partido?

—Empiezas suave y después vas viendo si te hace falta apretar las tuercas. Tú sabes hacerlo. Te gusta hacerlo.

Manolo movió su taza vacía sobre la superficie de la mesa, al parecer dudando si debía complacer o no a su antiguo jefe. En la época en que hacían pareja, Manolo obedecía casi ciegamente los mandatos del Conde y los resultados solían ser satisfactorios.

—No sé, la verdad...

—Mira, hay algo de lo que estoy casi seguro: el negro alto es un fantasma, no existe —dijo y le explicó a Manolo su teoría.

—Pero si hicieron eso entre los dos para sacar más dinero —meditó Manolo—, no veo la relación con la muerte de Dionisio.

—Si las huellas sin dueño son, no sé, del electricista, y las otras son mías, de Yoyi y de Amalia, y si no fui yo ni tampoco Yoyi quien mató a Dionisio, ¿qué nos queda?

—No jodas, Conde —saltó Manolo.

—Claro, pudo ser alguien que estuvo allí y no tocó nada.

—Me estás metiendo el diablo en el cuerpo. —Manolo se movió nervioso, recuperó la taza vacía y miró su interior.

—Yo lo tengo dentro hace rato. Amalia es la pieza clave en toda esta historia. Amalia y la biblioteca —dijo el Conde y fue en busca de la cafetera para servir otros dos tragos de café.

—Va y tienes razón —admitió Manolo.

—¿Qué se sabe del tal Juan Serrano Ballester que apareció muerto en Tallapiedra?

Manolo, sorprendido por el súbito cambio de conversación, detuvo la taza en el aire.

—¿Tú lo conocías?

—Fue mi informante, hace años.

—Di tú... Pues nada, todavía no se sabe nada. Le dieron ocho puñaladas.

—¿Qué pasa en ese barrio, Manolo? ¿Tú sabes que la droga y la putería están allí al tolete?

—Todo el mundo lo sabe. Y cada dos o tres meses chapeamos bajito y cogemos a diez putas, cinco chulos, tres vendedores de *crack* y marihuana y no sé cuántos negociantes de lo que te puedes y no te puedes imaginar.

—¿Y?

—A los dos meses está todo igual. Unos entran en la cárcel, otros salen; unos quitan el negocio, otros lo abren. Es lo de nunca acabar.

—¿Y por qué tú crees que pasa eso?

Manolo terminó al fin su café y tomó un cigarrillo de la caja del Conde. Lanzó el humo hacia el techo.

—No saben o no pueden vivir de otra manera. Es como una enfermedad incurable: tiene alivio, pero sigue ahí, sin irse.

—¿Sabes que están organizados? ¿Que funcionan como una mafia y los capos de verdad no son del barrio? Son gente que maneja mucha plata y tienen poder para mandar a que saquen a alguien del juego.

—Sí, y sé que eso es muy peligroso. Puede ser el principio de algo terrible.

—Estamos jodidos, viejo.

—Y eso que ahora hay más policías... Pero ni así.

—Esa enfermedad, como tú le dices, no se cura con policías... Pobre Juan.

Manolo miró al Conde y sonrió, levemente.

—Hay algo que no me quieres decir.

—Ni te voy a decir —afirmó el otro y regresó a su silla.

—¿Tú no tendrás algo que ver con lo que le pasó a ese hombre? Ahora que lo pienso, al tipo lo mataron muy cerca de donde tú apareciste desmayado...

—¿Me vas a acusar de haberlo matado a él también?

—No, porque lo mataron el día en que tú saliste del hospital. Pero ahora estoy seguro de que tienes alguna relación con todo eso...

—Bueno, dime, ¿qué hacemos con Amalia?

Manolo se puso de pie y colocó una mano sobre el hombro del Conde.

—Tú eres del carajo, Conde. Me pides que confíe en ti y tú no confías en mí. Aunque voy a hacerte caso. Vamos a revisar la biblioteca y a interrogar a la mujer... Pero mañana. Hoy no puedo ni pensar. Estoy metido en tres casos a la vez y me hace falta descansar. Igual que a ti. Tienes una cara de mierda que cualquiera diría que fue hoy cuando te cayeron a golpes.

13 de marzo

Querido mío:

En estos días he recordado mucho a tu padre. Puedo verlo sentado en esta biblioteca donde ahora te escribo, con el buró lleno de papeles, pero siempre dispuesto a conversar unos minutos conmigo mientras bebía el café recién colado que yo, personalmente, me encargaba de hacerle y traerle. En mi memoria está su imagen como la del hombre más bondadoso y amable que jamás haya conocido. En dos, tres, no sé, varias ocasiones, él me habló de cómo le gustaba motivar a sus alumnos de la universidad y los hacía leer Edipo rey, pues pensaba que Sófocles, cinco siglos antes de nuestra era, había logrado el milagro de escribir una obra sobre lo que él consideraba la investigación criminal perfecta: la que termina por acusar al propio investigador de un asesinato que nunca creyó haber cometido.

Aunque a instancias tuyas leí varias veces esa tragedia, yo olvidé por muchos años aquellas conversaciones y a la vez desoí por muchos meses las voces del demonio (sí, ahora lo sé, es un demonio) que vive en mi cerebro, cuando me tentaba y a la vez me advertía sobre los peligros de

conocer una verdad que se podría volver en mi contra. Tal vez mi error fue creer, a pesar de todos mis deseos, que las voces se referían a ti, y hasta volví a pensar que, de algún modo inalcanzable para mis averiguaciones, tú habías sido el culpable de lo ocurrido y ésa era la terrible verdad que podría encontrar si seguía escarbando. Pero lo sabido hoy, por la más absoluta casualidad, es motivo no sólo para sentir que debo arrancarme los ojos sino también rasgar mi vientre, de donde salió la semilla de toda esta tragedia real que en sus horribles proporciones se me ha revelado al fin sin duda alguna. Y ahora he aprendido, y de qué modo, que la suerte de Edipo es la de todos los humanos que tenemos pecados pendientes.

El comentario, sin segundas intenciones, hecho por nuestro viejo veterinario (vino a examinar a la ancianita Linda, tu terrier preferida, enferma como yo de melancolía desde tu partida) sobre la desaparición de dos cápsulas de cianuro del paquete que trajo hace unos meses para combatir la invasión de ratas que se produjo en el patio y el jardín de la casa, nunca hubiera significado para nadie otra cosa que un extravío casual, tal vez incluso debido hasta a un mal conteo del veterinario, y habría pasado como un comentario curioso, sin conexión alguna con la muerte de una persona que, para casi todo el mundo —nuestro veterinario incluido— no tenía la menor relación contigo. Pero el destino, empecinado y cruel, se encargó de poner precisamente en mis manos esa noticia capaz de dar sentido a todas mis sospechas y me arrojó contra la verdad que tanto me empeñé en buscar, sin imaginar que con ella estaba matándome a mí misma, pues comprendí de golpe que únicamente yo había sido la culpable de lo ocurrido por haber propiciado, bien lo sé, los argumentos necesarios para este crimen.

He buscado en mi cerebro algún aliento de justificación y creo haberlo encontrado en la razón que impulsó esta

tragedia hacia su desenlace fatal: y sólo puedo culpar al amor, todo fue culpa del amor. Nuestra pobre niña siempre te amó en silencio, siempre esperó la recompensa de tener un padre y por ese amor se rebeló y se negó a perder lo que esa mujer nos iba a robar a ella, a mí, y hasta a ti... Pero ni esa convicción me puede salvar de la condena eterna que significa saberme la creadora de una persona capaz de acudir al crimen más calculado para salvar sus derechos y su necesidad de amor, sin imaginar que, con su acción, estaba matando ese amor y esos derechos, definitivamente...

Querido mío: es tanto el dolor acumulado dentro de mí que me descubro sin fuerzas para seguir escribiendo estas cartas sin sentido. Nunca las recibirás, primero porque no deseas recibirlas, y luego porque sería incapaz de enviarlas, más conociendo lo que ahora conozco, pues prefiero que me sigas culpando a mí y que nunca sepas esta tremenda verdad. De todas formas, para mi eterno castigo, las voy a conservar como testimonio de mis pecados, de mis dolores, y también de mi amor. Un amor desde hoy imposible, pero que siempre será tuyo.

Adiós, querido mío. Esta vez para siempre.

Nena

La precinta policial cayó al suelo, como una serpiente decapitada. Cuando empujó las puertas encristaladas y respiró el aroma manso del papel viejo, Mario Conde recordó la conmoción sentida diez días atrás, justo en el instante de poner un pie en aquella biblioteca de ensueños. ¿Sólo diez días? Desde aquel momento habían ocurrido tantas cosas en su vida, y en la vida —y hasta en la muerte— de las personas relacionadas con aquel sitio, que ahora pensó si su presencia no había sido como la de esos príncipes dotados del poder de deshacer un embrujo paralizante decretado para la eternidad. Por lo menos aquella biblioteca, fósil deslumbrante de los empeños de tres generaciones de bibliófilos con suficiente dinero para coleccionar sus caprichos, había sido profanada por sus intenciones mercantiles y, como último coletazo vengativo y agónico, se había llevado la vida equivocada de un hombre que tal vez nunca supo quién era verdaderamente.

Quizás el más imperdonable pecado de ligereza cometido por Mario Conde había sido pensar que, gracias a aquellos libros, acumulados a lo largo de un siglo y luego conservados con un celo enfermizo por otros cuarenta años, podía alterar su siempre precaria situación económica y, al menos mientras los libros lo permitieran, repartir riqueza y alegría entre sus allegados, tan necesitados como él de ambos beneficios en férreo racionamiento. Por eso todo lo ocurrido le parecía ahora la obra de una predestinación superior a sus pecados, su karma y sus equivocaciones: era la respuesta de un sino agazapado entre los volúmenes silenciosos, que había vuelto a la vida para reclamar una justicia demasiado tiempo pospuesta. El hallazgo, obviamente predestinado, del recorte donde se anunciaba el retiro sorpresivo de Violeta del Río, apenas había resultado ser la punta del iceberg allí anclado. Los fragmentos de la verdad que el Conde había logrado sacar a flote a partir de aquella noticia olvidada habían ido dibujando y dando sabor a una tragedia extraviada en la neblina del ayer, un drama cuya motivación más recóndita había sido la causante de cuando menos dos muertes.

Conde observó a su alrededor y trató de recuperar la insistente premonición que lo había sorprendido a su llegada a la biblioteca de los Montes de Oca. Pero la premonición se negó a venir. Estudió el caos creado por su presencia en todo el sector central y derecho del recinto, en contraste con los volúmenes todavía organizados que dormían en las estanterías de la izquierda. Con delicadeza pasó sus dedos por los lomos de los ejemplares más valiosos y sintió el temblor de agradecimiento de aquellos libros por no haberlos convertido en carne de mercado, a pesar de las alarmantes cantidades que su belleza, antigüedad y rareza prometían, y el contacto con los libros terminó de convencerlo de que en aquella habitación seguía estando la cifra mágica capaz de completar la ecuación de la verdad.

Miró hacia los estantes ordenados y supo en ese momento que todo habría resultado cuestión de tiempo. Los seis libros de allí ausentes no habían sido sustraídos por su calidad ni su valor, sino apenas por su ubicación. En ellos, o entre ellos, sobre ellos, bajo ellos se había escondido la verdad y, con ese convencimiento, le llegó la marea de la frustración: quien había sacado los libros se había llevado la verdad, seguramente toda la verdad. Pero debía cerciorarse.

Utilizando el banco de madera que varios días atrás les facilitara Dionisio Ferrero, comenzó a revisar los estantes superiores. Para empezar, bajó un grupo de libros de Enrique Serpa, Carlos Montenegro, Alejo Carpentier, Labrador Ruiz y estudió sus cortes, buscando una posible alteración en su grosor. Luego miró entre cada uno de los volúmenes y, persuadido de que no había nada entre ellos, regresó al banco y uno a uno fue examinando los ejemplares restantes, desplazándolos después hacia el espacio antes ocupado por los recién extraídos.

Cuando estaba por terminar con el tablero superior, dedicado a autores cubanos, Conde se sintió reclamado por la voz de Manolo.

—Ven, dice que ya está lista.

Al llegar a la casa de los Ferrero, Manolo le había exigido a Amalia que les permitiera revisar otra vez la biblioteca y les dejara hablar con su madre. Curiosamente, esta vez Amalia no había protestado ni repetido la advertencia de que su madre estaba loca y, luego de parpadear con insistencia, les pidió unos minutos para prepararla.

Ahora, tras los pasos de Amalia, Manolo y Conde atravesaron el pórtico de las marmóreas columnas toscanas y accedieron a una habitación desolada, de grandes ventanales, donde, supuso el Conde, pudo haber estado el amplio comedor de la residencia, pues de inmediato entró en la vasta y deteriorada cocina, con sus paredes cubiertas por llamativos mosaicos portugueses. Luego la casa era partida en dos por un pasillo, flanqueado de puertas que daban acceso a las habitaciones y los baños, también de proporciones descomunales. En la tercera puerta de la derecha Amalia se detuvo y, con la resignación de una mujer ya sin fuerzas, incapaz de oponer más resistencia al acto de la violación, empujó la hoja de madera y cristal grabado con arabescos modernistas.

Decidido a resolver aquel enigma pospuesto, Conde dio un paso hacia el interior del cuarto y estuvo a punto de soltar un alarido. Sobre la cama imperial de madera oscura, con sólidas columnas talladas de las que colgaban unas gasas deshechas, estaba el cadáver viviente, completamente desnudo, de lo que alguna vez había sido un ser humano. Imponiéndose a sus deseos de echar a correr, Conde hizo un acopio de fuerzas y observó el esqueleto yacente sobre el colchón desprovisto de sábanas. Sólo el levísimo movimiento del aire en el diafragma hundido advertía que allí quedaba algún aliento de vida, pero el cráneo, definitivamente cadavérico, sumergido en la almohada, parecía desprendido del resto del cuerpo, de donde se había evaporado toda fibra muscular, como devorada por un carroñero voraz. Los brazos y las piernas inertes parecían gajos secos, quebradizos, y con horror Conde vio la abertura morada y tumefacta del sexo, macerada por los ácidos de la orina, y la piel colgante, plegada una y otra vez sobre sí misma,

que alguna vez estuviera poblada por el monte de Venus. La muerte tocaba todas las puertas de acceso a aquel desecho humano y hasta en el aire se respiraba el aroma amargo de su presencia.

—¿No van a preguntarle nada? —Conde percibió algo más que indignación en la voz de Amalia: había odio, un odio visceral, una furia punzante, capaz de reacciones impredecibles, pero le agradeció que los increpara, pues era el modo más digno de apartar la mirada de aquel espectáculo atroz.

—¿Por qué hizo esto? —Logró preguntar, escapando hacia el pasillo.

—Ustedes me lo pidieron. Ahí la tienen... ¿No es eso lo que querían? ¿No les bastaba lo que yo decía? ¿No querían esta exhibición? Vamos, pregúntenle, vamos...

Conde sintió cómo Manolo le tocaba los hombros, pidiéndole espacio para salir de la habitación viciada por la muerte.

—Amalia, creo que ahora sí tenemos que hablar —dijo el capitán de policía y el Conde trató de recuperar el resuello perdido.

—¿De qué más vamos a hablar? —La mujer parecía dispuesta a conservar su agresividad y el Conde pensó que era preferible, pues el odio la hacía más vulnerable.

—De muchas cosas. Vamos a la sala.

La caravana deshizo el camino, con el Conde ahora como guía. Quería alejarse cuanto antes del cuadro goyesco que él mismo había forzado y, al regresar a la sala, le dijo a Manolo que él volvía a los libros.

—¿Pero qué quieren encontrar? —La voz de Amalia seguía siendo grave y afilada, y el Conde tuvo la impresión de que pertenecía a otra mujer—. ¿Cuándo me van a dejar en paz? ¿Cuándo nos van a dejar morirnos tranquilas?

—Cuando sepamos quién mató a su hermano —respondió Manolo—. ¿O no le interesa que lo sepamos?

—Buscando no sé qué en esa biblioteca de mierda y viendo a mi madre morir, no sé cómo lo van a saber. No lo sé, no lo sé...

—Pues yo sí —dijo el Conde, cada vez más convencido de sus sospechas, y se volvió hacia el capitán Manuel Palacios—: Deja la conversación con ella para después. Llama a una ambulancia y alguien que vigile a Amalia. Luego ayúdame en la biblioteca.

Manolo prefirió obedecer al Conde, aunque de mala gana. Su habilidad para los interrogatorios se había despertado y ahora sólo deseaba ponerse a hablar con Amalia. Por eso, luego de pedir auxilio médico y refuerzos policiales, ya en el interior de la biblioteca, le reprochó al otro su decisión.

—No te preocupes, si aparece algo aquí va a ser tan definitivo que no vas a tener que trabajar demasiado con ella... Coge tú el estante de abajo. Revisa entre los libros, míralos uno por uno, estamos buscando cualquier cosa...

Conde recuperó la altura del banco de madera y reinició la faena interrumpida. Fue moviendo los volúmenes, observando sus cantos y, en alguna ocasión, sacudiéndolos por las tapas. Terminada la estantería superior se dedicó a la siguiente, de donde trasladó algunos ejemplares al espacio ganado en el tablero ya revisado. Sin capacidad para advertir la calidad de los libros que pasaban ante sus ojos, avanzó por el segundo nivel y percibió cómo las manos le sudaban, con una abundancia enfermiza, pero trató de controlar su ansiedad y se impuso ser más exhaustivo en su búsqueda, al tiempo que le advertía a Manolo:

—Busca bien. Estamos cerca —y volvió a su faena, convencido de que su premonición extraviada había regresado, para confirmarle que su origen seguía allí, todavía latente.

—¿Cerca de qué, Conde?

—De lo que buscamos. Algo que rechazaba a Amalia...

—¿Y no tienes idea de qué puede ser?

—No, la verdad.

—¿Puede ser una carta manuscrita?

—Puede ser —contestó el Conde, concentrado en su búsqueda.

—¿Y debe tener firma?

—Ah, Manolo, qué sé yo... Una carta... Mi presentimiento, ay, coño —susurró, herido por el intenso dolor en la tetilla izquierda.

19 de marzo

Mi queridísimo y único amor:

Hace seis días, transida de dolor, te dije que no te volvería a escribir y me despedía de ti para siempre, sin saber lo que hacía. ¡Dios mío! El castigo que en esos momentos estaba pagando por aquel acto de orgullo que me llevó, hace varios años, a revelar a tu hija su verdadero origen, me había confirmado que, si en realidad había existido una culpable de la muerte de esa mujer a la que tanto amaste, esa culpable era yo. Y lo era porque, creyendo abrir las puertas del amor, desbrocé el sendero del odio y la ambición de una persona que no tenía la culpa de ser quien era y de no poseer lo que, siendo quien era, ella comenzó a suponer, alentada por mí, que le correspondía por ley natural. Porque fui yo, y nadie más que yo, quien puso en sus manos el motivo del crimen, como me gritó hace unos días cuando le revelé mi descubrimiento.

Pero ayer, cuando recibí la más terrible de las noticias, sobre mi alma cayó, como una montaña, la devastadora certeza de que tu muerte también pesará eternamente sobre mi alma. Conociéndote como te conozco, sé que fuiste en busca de ese desenlace y que las razones que te llevaron hacia él fueron el amor que todavía sentías por esa pobre mujer y la frustración por no poder regresar a repartir los castigos que te aliviarían de ese dolor.

He descubierto, demasiado tarde, que eras un hombre mucho más débil de lo que siempre imaginé o quise imaginar. Esa capacidad de sentir amor y de sufrir por una mujer me ha sorprendido por su profundidad y me ha revelado que incluso alguien como tú puede quedar indefenso (como siempre viví yo) ante el embrujo de una verdadera pasión. Y quizás fue

esa vehemencia, heredada por tu hija, lo que la empujó hasta el extremo de optar por el crimen para obtener lo que le era arrebatado.

Ahora no sé qué sucederá con mi vida. La esperanza, debilitada pero nunca perdida, de poder recuperarte algún día se ha esfumado, y con ella se ha ido la posibilidad de hacerte saber que tus sospechas sobre mi culpabilidad directa siempre fueron infundadas. Pero, junto al dolor incurable de saber que has muerto sin dejar de pensar que fui yo quien mató a esa mujer, debo añadir ahora el de saber que en realidad he sido la culpable de todo lo ocurrido, y esto ya es un castigo demasiado grande para mí. Si todavía fueran pocas esas condenas por mis desvaríos, suma la que arrastro cuando veo a tu hija, a nuestra hija, y la reconozco como la ejecutora directa de estas desgracias... Es demasiado, es insoportable para mi corazón, pues sé que siendo ella la persona a quien más he querido en el mundo, después de ti, jamás podré perdonarla y desde hoy la veré como a la asesina de esa mujer y, ¡perdónala, Señor!, de su propio padre.

Amor mío: estos terribles descubrimientos me han hecho ver la fragilidad de los mundos que parecían mejor cimentados, casi indestructibles. Tu vida, la mía, la familia que creaste se han venido abajo, devoradas desde dentro por una plaga insaciable, como se comienza a resquebrajar la salud de esta casa, con pinturas que se diluyen por la lluvia y jardines invadidos por la maleza.

Las voces infernales que retumban en mi cerebro se han vuelto más agresivas y, ya lo sé, terminarán por robarme la razón. El demonio que me habla, que me persigue todo el día, ha descubierto al fin sus verdaderas intenciones, pues fue él mismo quien me empujó a avanzar hacia el abismo donde voy cayendo... Por eso, antes de llegar al fondo del cual ya nunca saldré, he querido escribirte, segura de que la

recibirás, allá donde estés, esta última carta en la cual no me atrevo siquiera a pedirte perdón (no lo quiero, me revolcaré en mi culpa, anticipándome a los fuegos del infierno), pero en la que debo repetirte que mi gran pecado fue amarte demasiado y esperar algo a cambio de ese amor y para pedirte, por favor, que perdones a tu hija: no la culpes de lo que es mi pecado.

Estoy segura de que Dios te acogerá en su seno. Un hombre capaz de amar tanto merece el perdón de sus pecados. Adiós, mi amor. Te quiere más, ahora y para siempre...

Tu Nena

Después de años de masticar la humillación, como si fuera el alimento natural de nuestras vidas, cuando al fin parecía que la suerte o la justicia divina se ponían de nuestra parte para que pudiéramos disfrutar lo que nos pertenecía por ley natural y por derecho de fidelidad, apareció esa mujer. Salió no sé ni de dónde, llegó dispuesta a llevárselo todo y, cuando me di cuenta de lo que iba a pasar, ya estaba pasando, sin remedio. Pero yo no podía resignarme y por eso hice lo que tenía que hacer, pues no iba a permitir que ella ni nadie nos quitara lo que nos pertenecía, lo que yo había esperado cada día de mi vida, armada de toneladas de paciencia, en un rincón de esta casa maldita, donde nací con sangre de Montes de Oca y nunca pude llegar a ser una Montes de Oca... Por eso, todavía hoy, a pesar de todo lo pasado, no siento ni un átomo de remordimiento y lo digo con toda conciencia, porque no, no estoy loca. Si hoy estuviera en la misma situación, volvería a hacer lo mismo.

Desde que tuve uso de razón mi madre me enseñó la gran verdad de mi vida: yo no era hija de un chofer casi analfabeto, mi apellido no era Ferrero, y mi vida debía ser y alguna vez sería otra, porque yo era hija del señor Alcides Montes de Oca, nieta del doctor

Tomás Montes de Oca y bisnieta del general Serafín Montes de Oca, un héroe de este país que dejó su casa y su fortuna para pelear en las dos guerras de independencia y salió de ellas sin un ojo, con un brazo inutilizado y dieciocho cicatrices de bala y sable en el cuerpo. Y venir de ese tronco me daba el derecho a disfrutar los privilegios que alguna vez, mamá lo juraba, yo disfrutaría. Pero mientras debía guardar silencio, el silencio sería mi divisa, y mi orgullo se alimentaría en la sombra. Aquél era un secreto que sólo compartiríamos nosotras dos, pues ni siquiera podía saberlo mi hermano Dionisio, que también era hijo del señor Alcides, pero le faltaba mi paciencia y tenía un carácter rebelde, como el bisabuelo general, y una forma de ser que era preferible no ligar con aquel secreto.

Gracias a ese origen, aunque no pudiera vivir con todos los lujos y consideraciones que me correspondían, tuve mis oportunidades en la vida. Estudié en una buena escuela privada, tuve ropas y comida de niña rica y en el año 1957 matriculé en la universidad para estudiar ciencias comerciales. Pero en realidad todo eso apenas eran migajas y desde niña debí presentarme como huérfana de padre, como una obra de caridad de mi propia familia.

Por suerte para nosotras, aquel chofer, Virgilio Ferrero, había desaparecido de nuestras vidas cuando yo tenía unos siete años, y mamá pensaba que eso era lo mejor que podía habernos pasado. Dionisio sufrió mucho con aquella ausencia, él lo quería como si fuera su padre, pues nunca conoció otro, y con el tiempo lo consideró un canalla por habernos abandonado, seguramente detrás de otra mujer. Yo nunca supe lo que había sucedido con aquel hombre, pero pensándolo después me he convencido de que no fue nada bueno, porque alguna vez mamá habló de él como de un malagradecido, había mordido la mano que le daba de comer..., y el señor Alcides no era de los hombres capaces de soportar mordidas de sus perros.

Cuando la esposa del señor Alcides murió, en 1956, mamá y yo nos abrazamos de alegría: es difícil imaginar cómo la muerte de una

persona pueda ser tan bienvenida, pero para nosotros era la caída del único obstáculo frente a la posibilidad de llegar a tener lo que nos correspondía. Mamá esperó desde ese día que ocurriera lo que debía ocurrir: después de veinte años de relaciones secretas, el señor Alcides se casaría con su Nena, como él siempre llamaba a mamá. En todo aquel tiempo, además de su amante, ella había sido quien llevaba cada detalle de la vida comercial y política del señor Alcides, y era más que su mano derecha: era sus dos manos y muchas veces sus ojos, sus oídos. Además, él siempre había mantenido viva la esperanza de mamá, pues ni siquiera después de su matrimonio él había dejado de visitarla en su cuarto. Hasta que apareció esa mujer.

Al principio mamá se puso furiosa, pero luego trató de convencerse de que aquello sería una pasión pasajera de un hombre de casi cincuenta años por una muchacha de mi edad, o sea, que sobradamente podía ser su hija. Las mujeres de aquella época tenían, no sé, otra paciencia, y mamá decía que si había esperado en la sombra tantos años, no se iba a volver loca por algo sin futuro que seguramente desaparecería como mismo llegó. En realidad mamá sufría mucho, aquello era un insulto, peor todavía, una vejación, aunque no podía hacer otra cosa que esperar, pues en verdad no podía exigirle nada al señor Alcides, legalmente Dionisio y yo éramos hijos del tal Virgilio Ferrero y ella era sólo una empleada de la casa, la de más confianza, pero una empleada. Y en el fondo, en el fondo de todo, estaba el miedo: ella sabía que aquel hombre tan educado podía hacer cualquier cosa por lograr lo que se proponía y no era aconsejable atravesarse en su camino... Como se atravesó Virgilio Ferrero.

Por esa época mamá empezó a enfermarse de los nervios. No dormía bien, tomaba pastillas, andaba con problemas en el estómago, ella, siempre fue tan fuerte y saludable. Y sobre todo empezó a perder la alegría. Si antes había sido una mujer a la espera, segura de sus posibilidades, ahora se había convertido en una mujer desesperada, con celos, envidia, con dolor por ver cómo

se le escapaba de las manos el hombre al que siempre había amado, el sueño de su vida.

Y la mujer ésa, la cantante, me la imagino viviendo feliz de la vida con el premio gordo que se había sacado... Fue en el año 1958 cuando la vi por primera vez. Yo le inventé a mamá que una amiga mía iba a celebrar su fiesta de compromiso en un *cabaret* y necesitaba dinero para hacerle un regalo el día de su fiesta. Me puse de acuerdo con esa amiga y los invité, a ella y a su novio, para ir los tres al *cabaret* Parisién. Fue la primera y la única vez en mi vida que entré en un lugar así. Todavía me acuerdo como si hubiera sido ayer, aquel lujo, las luces de colores, las mujeres y los hombres elegantes, el casino con las ruletas, las mesas de dados y de cartas, los camareros vestidos con trajes negros de solapas brillantes, muy peinados, parecían artistas de cine... Vimos el primer espectáculo, con la orquesta de Roberto Faz y unas bailarinas, luego vino la orquesta del *cabaret* y al final, como a la una, o más tarde, salió por fin a cantar esa mujer. La Dama de la Noche, dijeron...

En ese mismo momento entendí por qué el señor Alcides se había enamorado de ella. Cualquier hombre podía enamorarse de ella nada más de verla, con su cara como de ángel, aquel traje brillante y ajustado a un cuerpo que parecía una escultura griega y, sobre todo, esa voz, así fuerte, directa, casi no necesitaba de la música para meterse en tus oídos y obligarte a oírla y a querer seguir oyéndola. Por eso la odié más: porque era hermosa como yo no lo sería nunca, porque la gente la adoraba. Esa noche supe que si no pasaba algo muy grande, mamá y yo no tendríamos nunca nuestra oportunidad, pues aquella mujer era invencible...

El señor Alcides, por cubrir la forma y sobre todo para no enemistarse con sus suegros, que tenían todo el dinero del mundo, mantuvo en secreto sus amoríos, pero obligó a mamá a ponerse al servicio de esa mujer, como si ya la cantante fuera la señora Montes de Oca. Ella vivía en un apartamento en Miramar, comprado por el señor Alcides, y por lo menos una vez a la semana mamá debía pasar por allí, comprobar que ella tenía todo lo necesario y hasta

firmarle algunos cheques para sus gastos en ropas, perfumes, lo que se le antojara. Más que una vejación, aquel encargo era un castigo, pero el señor Alcides, enamorado como estaba, fue incapaz de comprender el dolor que le infligía a la persona que más lo amó en su vida.

Mamá esperaba, rezaba para que ocurriera algo, y algo ocurrió, para acabar de complicarlo todo: los rebeldes ganaron la guerra, Batista huyó y triunfó la Revolución. Al principio nosotras recibimos aquel triunfo como una bendición, porque durante varios años habíamos vivido en zozobra permanente por la vida de Dionisio, que siendo un niño todavía, cuando matriculó en la universidad, se había ligado a la oposición a la dictadura y luego a la lucha clandestina aquí en La Habana, que fue más peligrosa y sangrienta que la misma guerra en las montañas. Recuerdo cómo mamá y yo nos pasamos cada día de esos años con el temor de recibir la noticia de que Dionisio había aparecido torturado y muerto en alguna esquina. Cuando lo del asalto a Palacio, en 1957, estuvimos a punto de volvernos locas porque Dionisio no apareció en tres días y pensamos que debía de ser uno de los muertos de los que se hablaba en la calle y no se decía nada en ningún periódico. Pero ahora Dionisio estaba a salvo y eso nos alegró, y nos alegró también saber que había terminado el horror de esos años. Incluso el señor Alcides festejó la victoria de los rebeldes pero sobre todo la caída del tirano, que había hecho todo lo posible por arruinarlo, negándole cualquier participación en los buenos negocios que el gobierno iba repartiendo entre sus acólitos, aunque el señor Alcides, en realidad, tenía un poder que escapaba a los designios de Batista, pues mantenía negocios y gran amistad con un grupo de hombres que en las cosas importantes mandaban tanto o más que Batista, porque eran quienes lo apoyaban económicamente, a veces más que los mismos americanos.

En dos ocasiones recuerdo haber visto en esta casa a Meyer Lansky. Era un hombre feo y nunca se reía. Mamá me contó que Lansky y el señor Alcides estaban trabajando en un gran negocio de

hoteles y casinos, un proyecto que en unos años los haría multimillonarios... El gran problema de Lansky y el señor Alcides era que necesitaban a Batista en el poder para ser los dueños principales de ese negocio, pero Batista, con su torpeza política, estaba a punto de echarlo todo por la borda, pues cada día se veía más claro que estaba condenado a perder la guerra porque casi nadie quería pelear por él. Fue entonces cuando ellos empezaron a planear la forma de sacarlo del medio, para evitar que fueran los rebeldes quienes lo consiguieran. El problema es que sólo tenían una forma de hacerlo: matando al tirano. No sé los detalles, mamá tampoco los supo y si los supo nunca quiso contármelos, pero en aquel complot había otros hombres importantes, además de Lansky y el señor Alcides. La idea era contratar a un profesional, un hombre que iba a venir de fuera para cumplir esa misión. Sería un especialista que no debía hacer preguntas y que no estuviera vinculado a ninguna de las familias de la mafia, porque la reacción inmediata de los batistianos sería imprevisible, eran como bestias, y el señor Alcides, Lansky y sus otros socios no podían aparecer como los responsables de aquella acción, al menos en un primer momento.

Un error de cálculo echó abajo aquel plan: los americanos no le dieron a Batista todo el apoyo que él pedía, los ingleses no le vendieron más aviones y el ejército, sin ganas de pelear por un dictador, se desmoronó y la guerra se terminó antes de lo que todo el mundo pensaba. El señor Alcides se alegró mucho, pues pensó que cualquier cosa era preferible a vivir con Batista en el poder, pero esta vez el más hábil de los Montes de Oca se equivocó, porque a lo primero que se enfrentó el gobierno revolucionario fue a los negocios del juego y la prostitución, y el proyecto de Lansky y el señor Alcides se desinfló en unos pocos meses, no, en unas semanas.

Lansky comprendió enseguida que su momento había pasado, y un buen día se fue y no regresó jamás. El señor Alcides no: él no soportaba la idea de irse, éste era el país de los Montes de Oca, y

trataba de confiar en que por la vía legal se podían salvar las cosas, todo el mundo sabía que el turismo era la única opción factible de este país, que sin los negocios de las compañías americanas la isla se podía paralizar, y confiaba en que cuando pasara la tormenta todo volvería a funcionar como antes. Al fin y al cabo cualquier gobierno necesita dinero, y las inversiones previstas por ellos eran la mejor fuente de financiación. Por eso esperó todo el año 1959 sin decidirse a salir de Cuba, aunque, previendo ya lo que podía ocurrir, fue recuperando plata y metiéndola en bancos americanos, junto a la que tenía fuera del país.

Además de la tranquilidad que para nosotros representó saber seguro a Dionisio, metido ya de cabeza en la Revolución, aquellos cambios fueron una luz de esperanzas: mamá pensaba que el señor Alcides debía reorientar su vida, y que en su horizonte ahora sobraba un personaje como esa mujer. Pero otra vez mamá calculó mal el alcance de aquella relación... Pasaron los meses, en la casa se vivía en tensión, como si todavía hubiera guerra, y cuando el señor Alcides vio que todo era más serio de lo imaginado por él, y se hablaba de la nacionalización de las compañías americanas, decidió no esperar más, empezó a cerrar sus negocios sobrevivientes y preparó su salida antes de que fuera demasiado tarde. Y tomó la determinación que mataba todas nuestras esperanzas y hacía inútiles tantos años de silencio y espera: se casaría con esa mujer, se la llevaría con él, aunque si queríamos, así dijo delante de mí, sentado en esta misma sala, si queríamos nosotras porque ya no contaba con Dionisio, podíamos seguirlo. Y aunque no lo dijo, quedaba claro que yéndonos de esa manera mamá seguiría siendo su secretaria y yo la pobre hija del chofer Virgilio Ferrero, acogida por caridad y por costumbre a la sombra de los Montes de Oca, aunque ya no estuviéramos en el país de los Montes de Oca.

Aquello era lo más humillante que me había pasado en la vida, más, incluso, que no llevar mi apellido. Y para mamá era el fin de todas sus esperanzas. Por eso le pidió un tiempo al señor Alcides,

con el pretexto de que no le gustaba la idea de dejar atrás a Dionisio, pero incapaz de gritarle la verdad... Esa mujer, por su parte, encantada de haber pescado por fin al viejo rico, dispuesto hasta a casarse con ella, dejó de cantar y empezó a preparar también su salida de Cuba.

Todo esto pasó a principios del año 1960. Yo había decidido que en esas condiciones no me iba a ningún lado y estaba dispuesta a aprovechar las oportunidades que por fin se me daban en la vida sin importar si era o no una Montes de Oca. Así que empecé a trabajar en el banco, y disfruté como una fiesta todo el proceso de las nacionalizaciones, la reforma agraria y la reforma urbana, sobre todo el cambio de moneda que dejaba en la ruina a tantos ricos y obligaba a irse de Cuba a tantos otros. Mi odio, mi frustración, mi marginación se transformaron en fervor y sentí cómo me fortalecía mientras me convertía en verdugo de todos los Montes de Oca y los que habían sido como ellos, hombres capaces de dictar la vida y hasta cambiarles los nombres a las personas.

Pero la pobre mamá languidecía a ojos vistas y verla así era lo más doloroso que me podía pasar, más doloroso incluso que la pérdida de mis sueños de siempre. No obstante, yo todavía confiaba: seguramente ella haría algo, era su derecho, su vida, sus años de lealtad y sacrificio, era su amor... Pero ella, tan fuerte y tan dispuesta para casi todo, se había vuelto incapaz de forzar una solución, y por eso yo tomé la decisión de ayudarla.

Un día, cuando los Montes de Oca y esa mujer lo tenían todo listo para irse, decidí golpear donde más les dolería. Como mamá tenía una llave del apartamento de Miramar, yo saqué una copia. Desde ese día empecé a cazar mi oportunidad y una tarde en que el señor Alcides debía ir a buscarla para no sé qué gestiones, me fui hasta Miramar y entré en su apartamento. Lo primero en sorprenderme fue comprobar lo bien que vivía: en comparación con esta casa, aquél era un apartamento modesto, pero estaba montado a todo lujo. Para mí fue como un golpe en el estómago entrar en la habitación y encontrarme una cama matrimonial de estilo, más

grande que las camas normales, donde seguramente se revolcarían ella y el señor Alcides, viéndose fornicar como animales en un espejo que habían hecho colgar del techo. En varios cofrecitos tenía joyas finas, debían de valer una fortuna. Y la ropa: clósets llenos de ropa cara, zapatos de las mejores marcas, hasta abrigos de piel que nunca habría podido usar en Cuba... Todo eso lo había comprado con el dinero que nos pertenecía a mamá, a Dionisio y a mí, yo, que jamás había usado una ropa como aquélla y no tuve otra joya que una cadenita de oro y un anillo, el regalo del señor Alcides por mis quince años.

Mi opción para sacar de en medio a esa mujer era el veneno. Dos meses antes se había destapado una plaga de ratas en el patio y el jardín. Como en la casa a mí me tocaba hacer algunas de las cosas más desagradables, fui yo quien debió llamar al veterinario y acompañarlo en la preparación de la matanza, facilitándole lo que necesitara. Conversando con él supe que iba a preparar unos pequeños bolos de comida que mezclaría con unas pastillas de cianuro. El veterinario manipulaba el veneno con unos guantes de goma y la nariz cubierta con un pañuelo. Sin que yo le preguntara, él empezó a hablarme de las características del cianuro y me explicó cómo funcionaba en el organismo de los animales y hasta me dijo que para un ser humano la dosis mortal eran dos de aquellas pastillas, de 150 miligramos cada una... Y como si ya hubiera algo en mi subconsciente, cuando le traje la harina que me pidió para ligarla con las pastillas trituradas, logré robarme dos cápsulas y las guardé.

Todo estaba a mi favor aquel día y no tuve que romperme la cabeza buscando cómo hacerle tragar el cianuro. Esa mujer estaba tomando unas medicinas, pues en la meseta de la cocina había un frasco de antibióticos y un pomo con un jarabe para la tos. Eso me garantizaba, además, no correr el riesgo de poner el veneno en un líquido que pudiera beber el señor Alcides.

Luego fui a la sala del apartamento y saqué de su sobre el disco que había visto al llegar. Era el que el señor Alcides había pagado

para que le grabaran. Lo coloqué en el tocadiscos y lo puse a funcionar. Cuando oí su voz, sentí cómo me temblaban las piernas. Ella cantaba una canción, se llamaba Vete de mí, y de pronto tuve la impresión de que se dirigía a mí. Por eso, sin esperar más, tomé las precauciones que había aprendido del veterinario, trituré las cápsulas y las diluí en el jarabe. Luego lo limpié todo y salí de la casa.

Al día siguiente la criada encargada de limpiar el apartamento de esa mujer llamó a mamá para darle la noticia: la había encontrado muerta, en el piso del baño. La idea de que había sido un suicidio era la más lógica, pues no había violencia, ni nada robado. Pero el policía encargado de la investigación, aunque no encontró pistas seguras, tenía muchas dudas, casi apostaba por la posibilidad de un asesinato, aunque la falta de evidencias y de sospechosos le fue cerrando los caminos hacia la verdad que él presentía. Las huellas que encontraron en el apartamento eran las de las personas que lo visitaban habitualmente y él no pudo asegurar que alguna de ellas tuviera que ver con la muerte de esa mujer.

Unos días después del entierro, el señor Alcides aceleró los trámites para irse de Cuba, aunque su actitud hacia mamá no cambió. Más bien empeoró. Él estaba convencido de que esa mujer no se había suicidado y quizás sospechaba que mamá podía ser la culpable de su muerte, pero de seguro le parecía una decisión tan impropia de alguien como ella que no se atrevió a mencionarla, aunque tampoco volvió a pedirle a mamá que nos fuéramos con él, precisamente cuando más la necesitaba... Así llegó la fecha de la salida y yo tuve la certeza de mi tremendo error: el señor Alcides seguía enamorado de la muerta y ya nunca volvería a tener la relación de antes con mamá. De todas formas le pidió que se quedara en la casa, él regresaría en unos meses, un año a lo sumo, pues la tensión que empezaba a existir con los Estados Unidos iba a tener alguna solución y casi todo el mundo creía saber cuál podía ser. Entonces fue cuando le encargó a mamá le cuidara sus cosas, sobre todo los jarrones de Sèvres y su biblioteca. Mamá le juró que

cuando él regresara, las porcelanas y los libros estarían en su lugar. Y ella también.

Aquella actitud perruna de mi madre fue lo que me descontroló por completo. Yo le limpiaba el camino y ella seguía sin luchar, ni por ella ni por mí. Lo aceptaba todo, sin exigir nada, pobre infeliz. Entonces decidí jugarle la última carta: si mamá no tenía posibilidades, quizás yo sí las tendría. Le escribí una carta al señor Alcides, en la que le contaba todo lo que mi madre me había confesado de la relación entre ellos, de mi origen y del de Dionisio, de las sospechas sobre la desaparición de Virgilio Ferrero, y le decía que mamá me había confesado que ella preparó el jarabe, con dos pastillas de cianuro, para deshacerse de esa mujer. Al final le aseguraba que yo había tratado de impedirlo, pues para mí su felicidad era tan valiosa como la mía, al fin y al cabo era mi padre y siempre lo había querido como tal. Después coloqué la carta entre las ropas que el señor Alcides había puesto en su maleta y me dispuse a esperar mi recompensa.

El señor Alcides se fue y ni siquiera volvimos a tener noticias de él: ni una carta, ni una llamada. Mamá, desesperada por ese silencio, empeoró de sus nervios. Ya no era la mujer de antes y ahora tenía crisis de depresión, se encerraba días sin hablar conmigo, a veces no quería ni comer, oía voces por la noche y hasta empezó a escribirle cartas al señor Alcides. Eran unas cartas largas, las escribía a veces en varios días y luego las colocaba en un sobre de correo aéreo, para empezar con otra carta, sin imaginarse que con tantas explicaciones lo que hacía era hundirse más en el pantano al que yo la había empujado. Ella ahora apenas salía de la casa, pero como yo estaba fuera casi todo el día, trabajando en el banco, me imaginé que había encontrado la forma de que alguien llevara sus cartas el correo, quizás el mismo cartero, pues ella lo esperaba todas las mañanas, con la esperanza de recibir alguna correspondencia del señor Alcides.

Aquello duró varios meses. Y yo esperé, pacientemente, pensando que mi carta había cumplido su función, pues mamá no

recibía respuesta a las tuyas. Por eso la sentía cada vez más tensa, más obsesionada con la muerte de esa mujer y el perdón del señor Alcides... hasta que todo se desplomó definitivamente. La noticia de la muerte del señor Alcides en un accidente de tráfico, manejando borracho por la carretera de los cayos del sur de la Florida, fue el tiro de gracia. La primera pista de que había ocurrido algo muy extraño fue, por supuesto, que el señor Alcides estuviera borracho, pues nunca había bebido algo más que un par de copas de vino en una comida o una cerveza en alguna fiesta. La otra es que él estuviera manejando, cuando todos sabíamos que no le gustaba hacerlo y por eso siempre había tenido un chofer. ¿Qué hacía él solo, manejando borracho por la carretera de los cayos? Aquello tenía todas las trazas de una muerte buscada, de un suicidio, y mamá lo supo desde el primer momento, y por eso, dos o tres días después de recibir la noticia, me dijo que lo sabía todo sobre la muerte de esa mujer y me acusó de ser la culpable de todas las desgracias ocurridas...

Una noche, como a la semana, Dionisio me llamó al banco. Había venido, por pura casualidad, a ver a mamá y la encontró agonizando en su cuarto. Se había cortado las venas. La coagulación impidió que se desangrara, pero había perdido mucha sangre y su vida estaba en peligro. Cuando llegué al hospital los médicos me aseguraron que se salvaría, aunque había caído en un *shock* profundo. En ese momento yo deseé que muriera y terminaran de una vez sus sufrimientos y, sobre todo, que no me volviera a mirar con aquellos ojos acusadores, pero mamá se recuperó, aunque quedó como en un letargo... Desde ese día no volvió a hablar. Es increíble, estuvo en silencio hasta tres o cuatro años después, cuando perdió completamente la razón y empezó a vivir otra vez su vida de antes, y le dio por decir cosas sin sentido, de la correspondencia del señor Alcides, de la escuela de los niños, de la enfermedad de la difunta esposa del señor, de la limpieza de los libros para que él no se disgustara cuando fuese a trabajar en la biblioteca...

Ésa es la historia. Es mi historia... Aquellas cartas que mamá escribió debieron haber seguido sin destinatario, para siempre, como ella misma dispuso. Pero el pobre Dionisio lo echó todo a perder. Embullado por el dinero que estábamos ganando con la venta de los libros, trajo a la casa a un compañero suyo del ejército, también desmovilizado, pues según él su amigo sabía mucho de libros y tenía relaciones con algunos extranjeros. Dionisio quería enseñarle los libros que este señor decía que eran más valiosos, para preguntarle a su amigo si tenía idea de a quién podían interesarles. Después se le ocurrió inventar lo del negro alto que andaba buscando libros, para forzarlos a subir los precios y para tener un pretexto si su amigo le encontraba algún comprador. Lo que acabó de complicarlo todo fue cuando le dio por registrar en la biblioteca, buscando ejemplares que ustedes no hubieran tocado y lucieran más valiosos, y encontró cuatro de esas malditas cartas. Él las leyó, sobre todo la que debió de ser la última, y cuando terminó fue a buscarme a mi cuarto, me acusó de ser una asesina y de haber causado la locura de mamá por mi ambición y por mi delirio de grandeza de crearme una Montes de Oca. Yo le dije que todo aquello era mentira, de dónde lo sacaba, y me mostró las cartas. Léelas, coño, léelas, me dijo y me las tiró en la cara. Cuando las leí, sentí cómo todo el mundo que yo había tratado de apuntalar con el olvido y el sacrificio de cuidar a mamá durante cuarenta años, sin casarme, sin tener hijos, sin vivir mi propia vida, se venía abajo con aquellas cartas escritas por una mujer al borde de la locura, que se culpaba de lo sucedido por haberme convertido en parte de aquella historia de frustración, sin imaginar, la pobre, que había sido yo misma quien había puesto la cifra final de su condena y había empujado al señor Alcides al precipicio.

Matar a mi hermano fue fácil. Yo no podía pasar lo que me queda de vida sintiendo en la mirada de Dionisio esas acusaciones y con la amenaza que me hizo de contarle todo a la policía. La muerte de mamá ya es cuestión de días, de horas tal vez, pero la de Dionisio podía demorarse, su amenaza de denunciarme podía ser

un arranque momentáneo, pero también podía convertirse en realidad, él era capaz de hacerlo, y lo peor es que yo no tenía fuerzas para resistir ni su odio ni el miedo a verme acusada y condenada por haber cumplido con mi deber, primero para salvar a mi madre, luego para salvarme yo y tener algo de lo que era mío... Ya no lo pensé más: lo maté con su propio cuchillo y después busqué en el librero, encontré otras cinco cartas y las destruí todas. Enterré el cuchillo en el patio, llamé a la policía y me senté a esperar la muerte de mamá para preparar la mía.

Lo que jamás se me hubiera ocurrido pensar es que mamá le hubiera escrito una carta al señor Alcides cuando ya estaba muerto... Por eso, cuando busqué, saqué de entre los libros otras cinco cartas, escritas todas entre la fecha de la salida del señor Alcides y la que mamá escribió y cerró dos días antes de su muerte. ¿Quién podía imaginarse que ella le escribiera una carta a un muerto y además la guardara en otra hilera de libros? Pobre loca infeliz...

Bueno, ahora pueden hacer conmigo lo que quieran, cualquier cosa, total. Porque van a fusilarme, ¿verdad?

¿Qué va a pasar ahora contigo? ¿Adónde coño irás a parar? Mario Conde acarició el libro y observó con angustia los restos todavía apetecibles de la biblioteca y, como pocas veces en su vida, sintió en el alma el peso sólido de su pobreza. De niño, con sus primeros amigos del barrio —casi todos difuminados por la vida, el exilio y, en los últimos tiempos, hasta por la muerte—, conde solía sentarse bajo los tamarindos de la gallería de su abuelo Rufino a practicar el juego de ser rico y darse el gusto de comprar los bienes más codiciados: una escopeta de perdigones, un guante de pelotero, una bicicleta marca Niágara para los más soñadores. Pero la escasez de realidades entre las que escoger que siempre los acompañó y la imposibilidad de llegar a poseer muchas de las riquezas imaginadas terminaron por engendrarles un sentido frugal

de sus necesidades y placeres, que algunos de ellos, pasado el tiempo, llegaron a convertir en una especie de ascetismo vital, mientras que otros trataron de remediar poniendo aguas por medio, en busca del mundo de las abundancias soñadas. Conde nunca olvidaría cuando, a los catorce años, se despidió de su querido amigo Miguelito el Ñato. La noche antes de la partida hacia Miami, luego de recibir las dos viejas pelotas de beisbol que le correspondieron en la repartición de bienes realizada por su amigo, recordaron la tarde fabulosa en que Miguelito había encontrado la solución perfecta para invertir una soñada fortuna: si tuviera dinero, mucho dinero, había dicho el muchacho, yo me compraría una varita mágica. Ahora, de pie en el centro de la biblioteca que habría deseado llevarse consigo, Mario Conde pensó si la mejor solución para su avaricia libresca no hubiera sido la posesión de aquella varita mágica de Miguelito el Ñato, un simple trocito de madera extraída de ciertos bosques de Escocia, pero dotado del poder de trasladar hacia su casa, con un simple giro de muñeca, todos y cada uno de aquellos libros, con su carga de sabiduría y belleza, compendio y suma de doscientos años de la literatura y el pensamiento del país desproporcionado donde había tenido la suerte de nacer y la obstinación de permanecer, a pesar de todos los pesares.

Con el sabor de aquella frustración prendido en la boca, Conde trató de recordar el orden preciso, con aspiraciones de perpetuidad, existente en aquel sitio durante cuarenta y tres años, pero la evocación se negó a conformarse en su mente. Las estanterías removidas, las montañas de libros clasificados según su valor comercial, las ausencias ya notables de los ejemplares llevados al mercado y la desorganización reciente provocada por su persistente premonición, habían alterado una estructura que parecía perfecta cuando, en realidad, escondía en sus entrañas dolorosos secretos, dispuestos a provocar alteraciones mayores que las allí constatables a simple vista. Conde pensó si todavía quedaría algo extraordinario por descubrir en aquel recinto. Para estar seguro consultó el

termómetro de su premonición y éste le respondió que no: allí sólo quedaban libros, extraordinarios, insustituibles, inquietantes, libros bellísimos que valían fortunas y libros que enriquecían con su lectura, muchos libros que deseaba llevarse consigo..., pero solamente libros, sin más misterios ni revelaciones.

Caminó frente a los estantes y tomó en sus manos varios de los volúmenes que más hubiera deseado poseer, pero pronto abandonó un inventario con amenazas de convertirse en interminable. Una varita mágica. Ésa era la solución. Para todos... Pobre Amalia, pobre Nemesis Moré, pobre Catalina Basterrechea, pobre Dionisio Ferrero, pobre Alcides Montes de Oca, pobre Juan el Africano, pobre Silvano Quintero: muertos, locos, mutilados. Con la misma varita mágica tal vez Conde podría remendar el destino trágico en el cual se habían visto envueltos y de un golpe los sacaría de aquella historia para darles otra vida. Pero sus activos de vendedor y comprador de libros viejos no alcanzaban para adquirir aquel artefacto salvador y debió conformarse con la idea de que, a pesar de las teorías de Rafael Giró, lo cierto es que, en ocasiones, la vida puede parecerse demasiado a un bolero y la única salida elegante es entregarla, con sus penas y alegrías, a una voz capaz de aliviarla de su fatalidad esencial: una voz tibia como la de Violeta del Río.

—¿Quién va a hacer la zafra ahora? ¿Quién carajo se va a forrar con esos libros, men? Anda, dime...

Conde sopló dos veces más antes de probar el café. Le gustaba beberlo así, acabado de colar, pero bajándole la temperatura hasta sentirlo templado en el paladar, dispuesto a entregar la plenitud de su amargor.

—Qué lástima, ¿verdad? Amalia no tiene herederos. Los hijos de Dionisio se fueron de Cuba hace diez años, cuando los balseros. Seguramente van a confiscar los libros y los van a llevar a la Biblioteca Nacional.

—¿Todos? ¿Todos? —La incredulidad de Yoyi el Palomo parecía un papalote en ascenso, dispuesto a romper amarras.

—Todos —ratificó el Conde y casi sonrió, ya con el cigarrillo humeante entre los labios, y matizó su afirmación—. Ojalá.

El flaco Carlos lo miró desde su silla de ruedas.

—Si no me equivoco, salvaje, después de todo te alegras. Esos libros te iban a volver loco, ¿no?

—Los libros y otras cosas. De pronto descubrí que me gusta eso de tener mucho dinero; una noche se me metió en el cuerpo el fantasma de Violeta del Río; cuando me cayeron a golpes hablé con Salinger. Después, averiguando otras cosas, descubrí que mi padre era de los que podía emborracharse y llorar cuando se enamoraba, pero sobre todo que era un cobarde..., y últimamente quise ser mago y cargar con esos libros. Es preferible que se los lleven para donde sea, cuanto antes...

—Están locos, todos están locos —protestó Yoyi—. Son anormales, te lo juro, anormales sin remedio.

—¿Y qué va a pasar con la mujer? —Candito se secó el sudor de la frente—. Que Dios la perdone...

—No sé bien... A la madre se la llevaron al hospital. Estaba completamente deshidratada y parece que no tiene salvación. Hacía cinco días que Amalia la tenía amarrada y no le daba agua ni comida...

—Qué vieja más dura, coño —dijo Carlos—. Yo estoy un día sin comer y me voy del aire.

—Pero esa mujer sí está loca, ¿verdad? —preguntó el Conejo, inclinándose hacia el Conde.

—Yo creo que sí, y ése es el problema —dijo el Conde—: debe de estar loca, pero no parece loca. No habla como una loca y hace cosas sabiendo las consecuencias. Mató al hermano sin pensarlo demasiado, y ahora quería matar a la madre para después matarse ella. No, no puede estar bien de la cabeza.

—Hija'e puta es lo que es —sentenció Yoyi—. Y esos pobres libros...

Conde negó con la cabeza, admitiendo que su socio comercial era quien realmente no tenía remedio, y trató de llenar sus

pulmones con la calma de la tarde. La confesión de Amalia Ferrero, o Montes de Oca, como siempre hubiera preferido llamarse, lo había arrastrado como un torrente hacia los límites de la depresión y por eso había preferido no ligar su estado de ánimo con el alcohol. A pesar de sus esfuerzos, no conseguía liberarse del sentimiento de culpa que lo atormentaba desde esa mañana, al asumirse responsable por haber destapado con su presencia toda aquella historia lamentable. Mordido por el dolor propio y el ajeno, comprendió que todo lo vivido en esos días era una advertencia macabra de su incapacidad para remendar las vidas de otras personas y, sobre todo, la suya propia.

—¿Qué dijo Manolo cuando vio que tu presentimiento era el bueno de verdad y le pusiste en la mano la solución del caso? — Carlos se veía satisfecho de hacer la pregunta y en su misma formulación exaltaba el ingenio de su amigo.

—Me pidió perdón otra vez. No le quedaba más remedio. Aunque esta vez me hubiera gustado equivocarme, ¿sabes?

—¿Que te hubiera gustado qué? —Yoyi sonrió—. Oye, Conde, si no había sido Amalia, ese muerto nos iba a seguir persiguiendo a ti y a mí...

—No quiero decir eso. Pero hubiera preferido que Amalia no hubiese hecho nada de lo que hizo. Toda su vida no fue más que una infeliz.

—Sí, ésa es la jodienda en esta historia —se preocupó el Conejo—. ¿Quién es el malo? ¿El tal Alcides porque se enamoró? ¿La Violeta porque se metió sin saberlo en el camino de Amalia y de su madre? ¿La madre de los Ferrero por decirle a su hija quién era el padre? ¿Amalia por creerse con derecho a ser Montes de Oca y por querer salvar el amor de su madre o por querer tener lo que le pertenecía? ¿Dionisio por ser un intransigente con todo lo que le pareciera incorrecto y haberse metido a registrar los libros...?

—Es verdad —admitió Carlos—. Una historia sin malos es más complicada.

—El malo soy yo —dijo entonces el Yoyi—, el malo no, el comemierda, porque después de la primera visita que hicimos juntos, Dionisio me llamó a mi casa...

—¿Te llamó? —El Conde sintió cómo su curiosidad se despertaba.

—Sí —continuó el Palomo—, después que le di mi teléfono me llamó para proponerme la venta de los libros que tú no querías comprar... Por eso tenía en el bolsillo el papelito con mi número.

—¿Y qué pasó?

—Le dije que íbamos a esperar, pues en esa biblioteca yo no podía hacer nada a espaldas tuyas... Que iba a tratar de convencerte, pero que tú eras el rey de los comemierdas y si decías que no, era no.

—¿Tú hiciste eso? —Conde lo miraba sin esconder su asombro.

—Te lo juro. Quiero decir, te lo juro de verdad.

—Tú también eres un poco extraño, Yoyi, ¿no te parece?

—Los caminos del Señor son insondables —opinó Candito.

—Qué señor ni señor, Candito... Se me está pegando de ustedes. Anormal es lo que soy. ¿Sabes cuántos miles podía haber hecho de un solo palo? Y ahora se llevan esos libros y ya vas a ver: ni la mitad llegan a la biblioteca.

—¿Tú crees? —El Conejo se movió molesto. Su amor por los libros, especialmente los de historia, podía llegar a niveles de absoluta irracionalidad.

—Casi siempre se esfuman algunos en el camino —admitió el Conde—. Ya ha pasado con otras bibliotecas...

—Eso no está bien, no señor —opinó Candito—. Miren, si yo no fuera cristiano y no me importara cometer un pecado y, claro, si yo fuera ustedes —señaló a Conde y a Yoyi—, a lo mejor me metía en esa casa y por lo menos me despachaba un par de sacos de libros. Total, si ustedes los iban a comprar.

La mirada de Yoyi taladró los ojos del Conde. La mente del muchacho debía de girar a velocidades supersónicas, manejando cifras, viendo resultados.

—No inventes, Yoyi —le advirtió el Conde.

—Oye, Conde, yo creo que el Rojo tiene razón —intervino Carlos—. Para ser aspirante a santo todavía este cabrón piensa de una manera...

—Y Manolo te debe un favor —valoró el Conejo—. Y favor con favor se paga... Yo haría eso si fueras tú y, de paso, invitaría a buscar unos cuantos libros a algunos amigos... como nosotros.

—Que no inventen dije, coño. No me van a convencer —aseguró el Conde y se puso de pie, dándole la espalda a sus amigos. Avanzó unos pasos hacia el fondo del patio, encendió otro cigarrillo y pateó el cadáver de una botella de ron.

Yoyi se preparó para hablarle, dispuesto a ofrecerle más argumentos, pero Carlos hizo un gesto con la mano pidiéndole que dejara al Conde, él se ocupaba, y sonrió.

—Dejen ya al salvaje, caballeros —dijo en voz alta—. Total, unos libros de mierda ahí...

—Ningún libro de mierda, Flaco —protestó el Conde, dando media vuelta—. Es la mejor biblioteca que vi y voy a ver en mi puta vida.

—Bah, Conde, no es para tanto —siguió Carlos y sonrió a los otros. Sus mecanismos de persuasión, aceitados por el uso frecuente con que los utilizaba para convencer al Conde, estaban en marcha.

Abrió el libro con la misma fruición con que podía haber separado las piernas de una mujer conquistada por amor, dispuesto a extasiarse en la apropiación de sus perfumes secretos y de sus colores más profundos. Cerró los ojos y respiró: el papel, levemente oscurecido por los muchos años, rezumaba un vapor de ancianidad orgullosa. Embriagado por aquel aroma, empezó a hojear unas láminas capaces de exhibir todavía sus tintes originales, y se deleitó con las imágenes de potentes ingenios en plena faena y campos de caña al parecer paradisiacos que, como cualquier realidad

debidamente proyectada y manipulada, escondían el infierno cotidiano de unos hombres, considerados menos que hombres, traídos desde muy lejos para que dejaran su sudor, su sangre y su vida entre las cañas malditas que contribuyeron a potenciar la riqueza y la desproporción nacional de que hablara el Conejo. Quizás ciento cincuenta años antes, un hombre llamado Serafín Montes de Oca podía haber pensado algo similar al tomar en sus manos aquel volumen y, después de deleitarse con sus grabados y de acariciar sus tapas de piel, había cerrado el libro dispuesto a sumarse a una guerra que pretendía cambiar la realidad allí grabada.

Con delicadeza Conde dejó en uno de los estantes de su librero el codiciado ejemplar que enloquecía a los buscadores de joyas bibliográficas, acomodándolo entre la carátula gastada de los cuentos de su amigo J. D. Salinger y la contratapa ruda de los tomos de las poesías de Heredia, colocados allí unos minutos antes, y sintió el nítido regreso de la envidia. ¿Alguna vez podría ejecutar aquel acto con un libro escrito por él mismo, donde contara alguna de aquellas historias empezadas y abandonadas, enterradas y exhumadas, pretendidamente escuálidas y conmovedoras que desde hacía años se proponía escribir? ¿Cómo había sido capaz de exigirle a J. D. que siguiera escribiendo si él mismo no se atrevía a lanzarse a la aventura siempre pospuesta? ¿Qué pasaría con su pasado y con su memoria si no los ponía en blanco y negro, a salvo del tiempo y del olvido?

Se alejó del librero como si huyera de una acusación y entró en la cocina para preparar la cafetera. Abrió hacia la noche la puerta del patio y encontró la estampa alegre de Basura, con la cola en movimiento, los ojos rutilantes.

—¿Qué hubo, perro sato? —lo saludó y aceptó en sus piernas las patas del animal, exigente de caricias—. ¿Y cómo andas de hambre? Todavía ahí queda algo. Pero déjame advertirte bien —el Conde abrió el refrigerador y extrajo la última porción de sobras destinadas al perro—, no te acostumbres: ahorita volvemos a ser

pobres, así que guarda energías para lo que viene, que no se sabe hasta cuándo va a durar...

Conde avanzó entre los saltos y ladridos de Basura, depositó la comida en la bandeja metálica y se detuvo a verlo comer.

Regresó a la cocina reclamado por el olor del café. Preparó la jarra con el azúcar y endulzó la infusión, para luego servirse la taza exagerada que le exigía su cuerpo. Se acomodó en la mesa y a través de la ventana observó el cielo limpio y estrellado del epílogo del verano. Aquel vacío oscuro, extendido hasta el infinito, tal vez quería decirle algo con relación a su propia vida, aunque Conde se resistió a escucharlo. Su cuota de dolores físicos y del alma se había desbordado con las alucinantes experiencias vividas en los últimos días y necesitaba del olvido como de un bálsamo reparador. Pero su mirada lo traicionó, de modo flagrante, y su vista volvió, como imantada, al vacío impávido del cielo, empecinado en envolverlo. Entonces dio dos caladas al cigarro y aplastó la colilla.

—¿Estoy obligado a pensar?, ¿a revolver la mierda que tengo en la cabeza? —le preguntó a la oscuridad y se puso de pie—. Pues vamos a hacerlo en forma: al duro y sin guante...

Caminó hacia la sala y abrió el viejo tocadiscos de Carlos. Sobre el plato estaba el single de Violeta del Río, que se había negado a escuchar en varios días, y despertó al aparato. Lentamente el disco comenzó a girar y Conde levantó el brazo y lo depositó sobre la placa musical. Apagó todas las luces y se dejó caer en el sofá, como había hecho su padre más de cuarenta años atrás.

La introducción del piano lo empujó hacia atrás, pero procuró mantenerse firme, dispuesto para el golpe: recibió en el pecho el ataque de la voz viva de Violeta del Río y sintió un temblor.

*Tú, que llenas todo de alegría y juventud
y ves fantasmas en la noche de trasluz
y oyes el canto perfumado del azul.
Vete de mí...*

Mario Conde entendió que aquella orden terminante quizás siempre estuvo dirigida a él, esperando por él. Tal vez su padre había presentido que algo así ocurriría alguna vez —¿la propensión a los presentimientos es hereditaria?— y, enfrentándose a todas las angustias que le despertaba aquella voz, había guardado para su hijo una copia del disco, sabiendo que llegaría el momento en que debiera escucharlo y sentir, él también, la emoción de enfrentarse con aquella voz de mujer. Lo incontestable era, sin embargo, que Catalina Basterrechea, la joven Lina Ojos Bellos, le había estado pidiendo al Conde, con insistencia, que se alejara y dejara a los muertos, a los perdidos y a los vencidos tapiados tras la neblina del ayer, donde debían dormir en paz. Pero él se había empeñado en saber y, al final, apenas había conseguido levantar un lodo pútrido, debajo del cual sólo había más y más podredumbre y ponzoña. Aquella voz había tenido parte de culpa, trató de defenderse: esa voz lo había empujado sin piedad, como si al tiempo que exigiera lejanía, también reclamara la mínima reivindicación de no perderse total e irreversiblemente en el olvido. Porque su voz era el testamento más contundente de Violeta del Río, aquella muchacha que estuvo a punto de saltar por encima del destino que llevaba escrito en la frente. Pero Violeta había cometido el más terrible pecado de infidelidad cuando se atrevió a sacrificar lo que siempre había deseado ser y hacer en la vida, para alcanzar una posible felicidad que quizás nunca le había correspondido. Tal vez la autotraición fue quien la condujo a la muerte: si se hubiera negado al sacrificio de su mayor placer y hubiera decidido seguir cantando, una y otra vez, aquellas canciones de amores frustrados, ¿habría burlado a la muerte? Ya nadie lo sabría, nunca nadie pudo saberlo, pero la posibilidad de superar a los designios de la fortuna siempre conseguía alarmar al Conde: ahora estaba convencido de que sólo la fidelidad a sí misma pudo haber protegido a Violeta del Río, únicamente cantar y seguir cantando pudo haberla salvado de un odio que asoló la vida de tantas personas.

Cuando terminó la canción volteó el disco, dispuesto a completar el descenso y ya no tuvo dudas: aquellas dos canciones habían sido grabadas para él.

*Me recordarás
cuando en la tarde muera el sol...*

Los golpes en la puerta lo sacaron de aquel diálogo con la muerte y el destino. Presintió que la vida lo reclamaba: abrió y se encontró con la sonrisa de Tamara.

—¿Hasta cuándo vas a oír a esa mujer? —dijo ella, y la forma de calificar a Violeta del Río lo estremeció: cuarenta años en la muerte y todavía «esa mujer» era capaz de provocar resentimientos.

—Hasta ahora, ya terminé —dijo y le cedió el paso, mientras se dirigía al tocadiscos y lo apagaba. El plato giró, gastando sus últimos impulsos, y se detuvo. El Conde, obedeciendo al fin la orden que no había sabido escuchar a tiempo, quebró la pequeña placa en dos, en cuatro, en ocho pedazos y los lanzó dentro del tocadiscos, para luego bajar la tapa y cerrar sus pestillos.

—¿Por qué hiciste eso? —Se asombró Tamara.

—Debí haberlo hecho antes. Pero sabes que soy lento, en casi todo.

—Bueno, eso no siempre es un defecto.

—Tienes razón. Ven, hice café.

Le sirvió a Tamara y separó una taza para él. Ocuparon las sillas y se miraron por encima de la mesa.

—¿Qué haces por aquí?

—Carlos me llamó. Me dijo que estabas medio deprimido y haciendo cosas que ni él mismo se imaginaba que te atrevieras a hacer. Y es verdad: acabo de ver una.

—No hice nada terrible. Rompí un disco viejo y enterré algunos muertos... Y antes lo único que hice fue robarme siete libros: uno para cada uno de los interesados.

—Estás loco, Mario. Si te agarran...

—No sé si Martí lo dijo o no, pero debió haberlo dicho: robar libros no es robar. Y parece que él era como tú, siempre tenía la razón. Más que un robo fue un autorregalo...

—A ver, le autorregalaste, como dices, libros a Yoyi, Candito, el Conejo, Carlos y te autorregalaste uno tú... Sobran dos.

—Hay uno para Andrés: como está lejos, le escogimos el *Álbum pintoresco de la isla de Cuba*, con las ilustraciones de Bernardo May. Hace un año, en una subasta, vendieron uno en doce mil dólares. Si quiere puede venderlo, aunque sé que ni se le va a ocurrir... Y el otro es para ti.

Conde dejó el cigarrillo humeante en el cenicero y fue hasta el estante, de donde extrajo los dos tomos oscuros de la edición de las poesías de Heredia, unos ejemplares que, tal vez un día ya remoto, habían estado en las manos del pobre poeta desterrado.

—Éste es el tuyo —le dijo a Tamara.

—¡Qué honor! ¿Qué libro es?

—Oye y dime qué te parece —y abrió uno de los volúmenes por cualquier parte, suponiendo que cualquier parte sería convincente, y leyó, satisfecho por la fortuna de haber posado sus ojos precisamente en aquella estrofa—: «Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista / Con inútil afán? ¿Por qué no miro / Alrededor de tu caverna inmensa / Las palmas ¡ay!, las palmas deliciosas, / Que en las llanuras de mi ardiente patria / Nacen del sol a la sonrisa, y crecen / Y al soplo de las brisas del Océano, / Bajo un cielo purísimo se mecen?»...

—Heredia. «Niágara» —dijo ella, con la voz tomada por la emoción.

—Edición de Toluca, 1832. La más valiosa, la que tipografió Heredia con la ayuda de su esposa, la mejor... Para ti.

—Esto es una locura... —Intentó la protesta, pero al mirar los ojos del hombre comprendió que cometía un crimen si se resistía a aquel acto de amor—. Gracias —dijo, tomando los libros y se puso de pie, para besarlos en los labios.

—No esperaba tanto a cambio —dijo él, y le acarició el pelo, mirándole a los ojos—. No te vayas nunca de mí, por favor.

Y Mario Conde sintió cómo se soltaban sus amarras y lo abandonaba la fuerza capaz de sostenerlo en pie. Pensó: voy a llorar, coño. Supo que estaba llorando cuando Tamara le acarició el rostro y percibió la humedad resbaladiza por la que corrían los dedos de esa mujer, su mujer.

—Estoy aquí —dijo ella—. Siempre voy a estar aquí. Ése es mi premio y mi condena...

Él la miró, agradecido de su presencia y de su existencia, y cuando levantó los ojos hacia la ventana, vio una luna rotunda, capaz de romper la oscuridad e iluminar un cielo ahora resplandeciente, donde quizás Violeta del Río le estuviera cantando a Dios, por los siglos de los siglos, un imposible bolero con un final feliz.

*Mantilla,
verano de 2003 —otoño de 2004.*



Leonardo Padura (La Habana, 1955) ha publicado ensayos, cuentos y novelas, entre ellas *El hombre que amaba a los perros* (2009). Es conocido sobre todo por la serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Mario Conde, merecedoras de premios como el Café Gijón 1995, el Premio de las Islas 2000 y el Premio Hammett 2005. Aclamada por los lectores y por la crítica más exigente, la Serie Mario Conde consta de los siguientes títulos: *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997), *Paisaje de otoño* (1998), *Adiós, Hemingway* (2001), *La neblina del ayer* (2005), *La cola de la serpiente* (2011) y *Herejes* (2013).